AUTHOR:

DANVILA, ALFONSO

TITLE:

LULLY ARJONA.
NOVELA.

PLACE:

MADRID

DATE:

1901

Master Negative #

93-81645-6

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

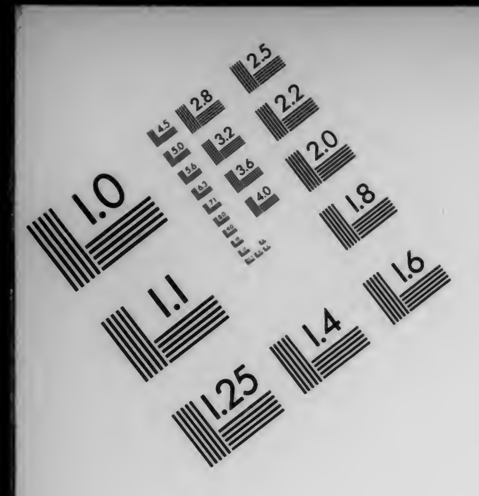
Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86D23
S7 Danvila y Burguero, Alfonso.
Lully Arjona; novela
Madrid 1901 D 337 + 1; p

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8-5-93 INITIALS: MGJ
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT





AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202

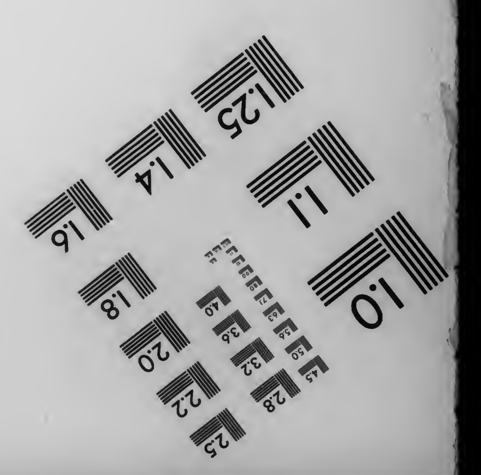
Centimeter

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 mm

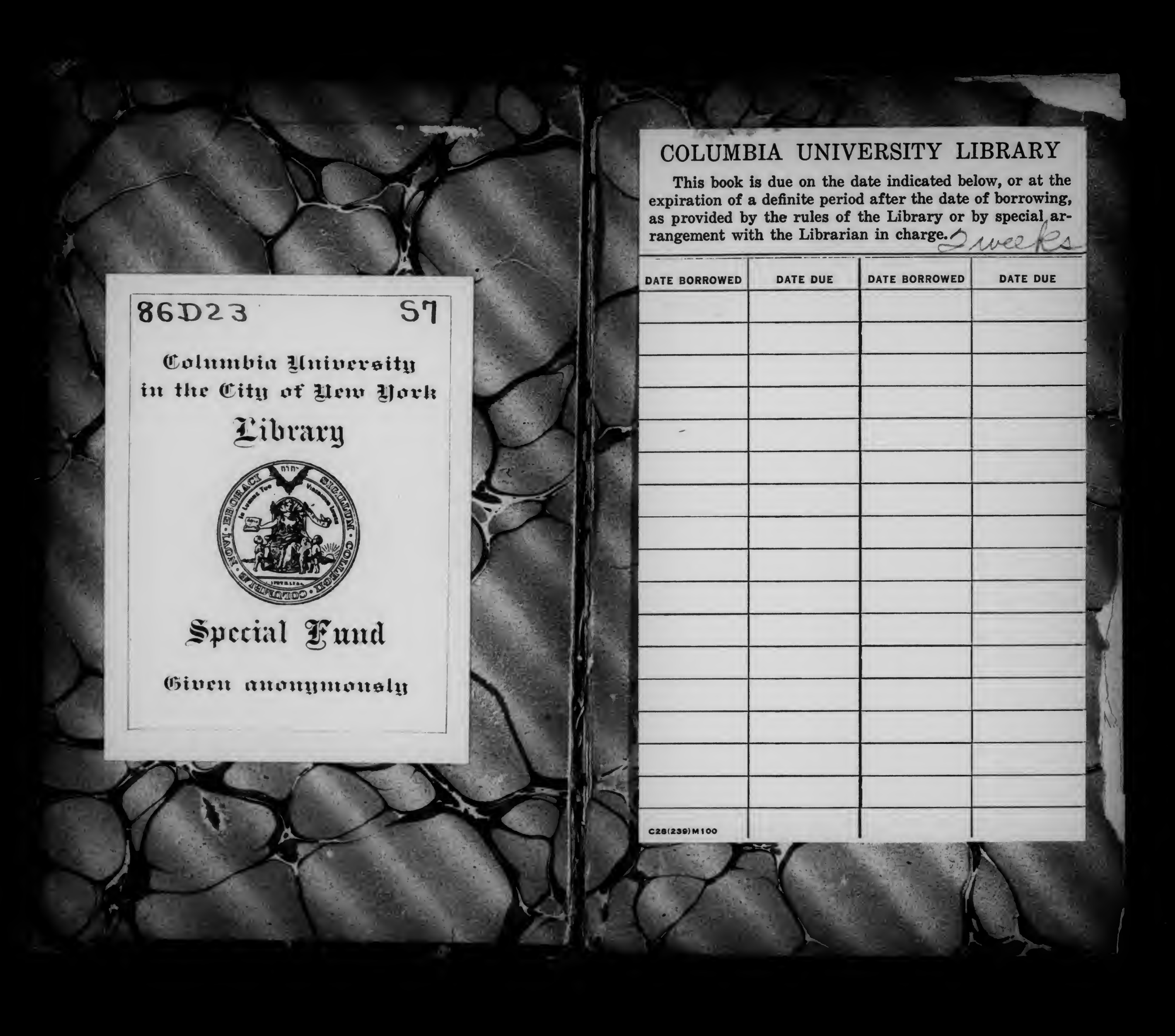
1 2 3 4 5

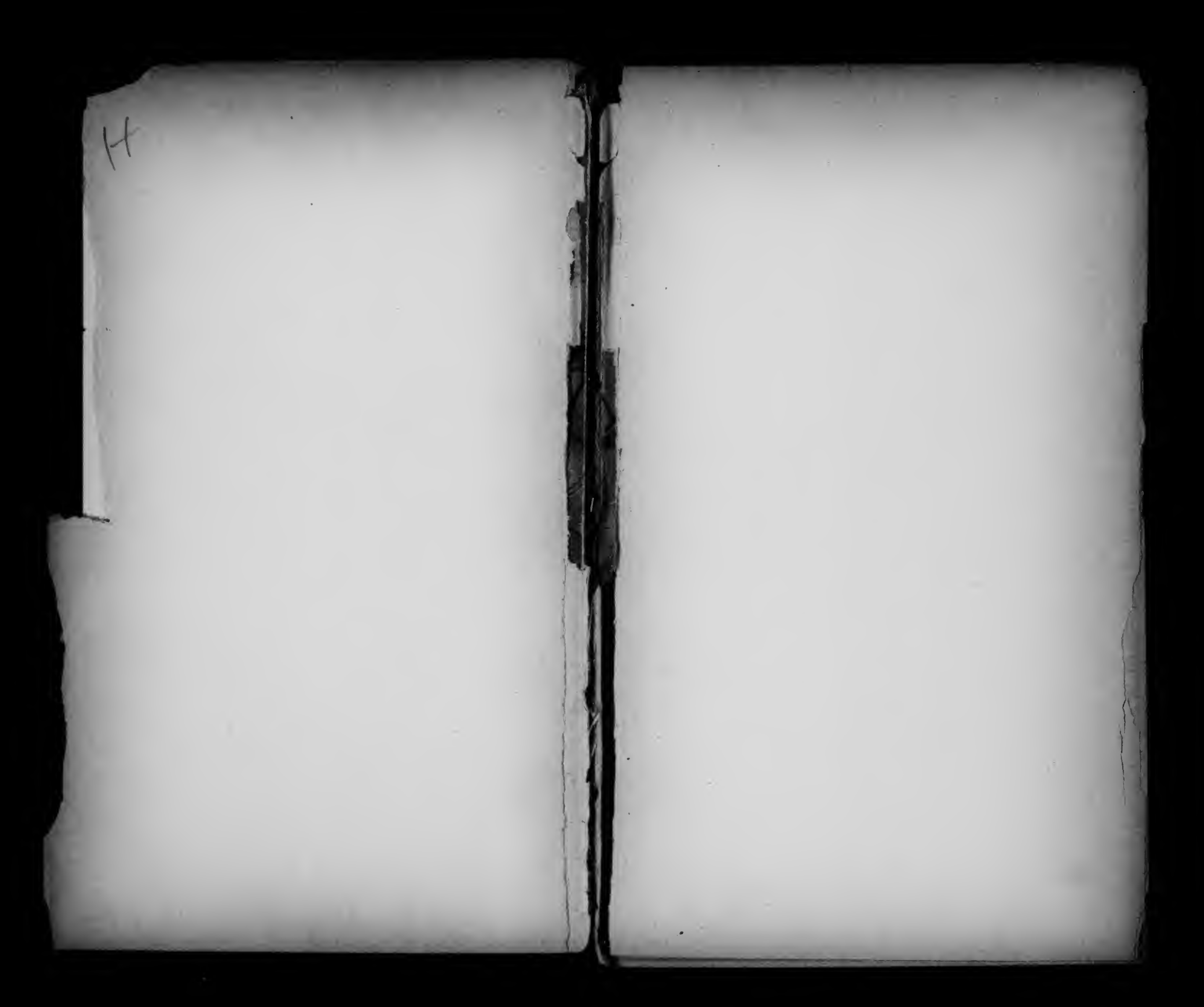
Inches

1.0 1.1 1.25 1.4 1.6 1.8 2.0 2.2 2.5 2.8 3.2 3.6 4.0 4.5 5.0 5.6 6.3



MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.


86D23
S7
Columbia University
in the City of New York
Library
Special Fund
Given anonymously


H



LULLY ARJONA

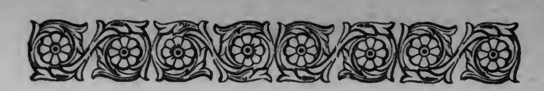
ALFONSO DANVILA

LULLY ARJONA

NOVELA



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1901



PRIMERA PARTE

I

—*Lully*, hija mía, que es cerca de la una y yo tengo que ir á casa de Dolores á las cuatro. Anda, levántate. Enrique ha mandado decir que se queda á almorzar con unos amigos, así que estamos solas y podremos comer aprisa. Cuéntame, cuéntame. ¿Te divertiste anoche? ¡Volverías á las tantas, naturalmente! Yo no te oí llegar, porque á las dos estaba con los angelitos Todo Madrid, ¿no es verdad? Díme, ¿fué tía Concha? ¿Y las primas? ¡Jesús, qué oscuro está esto! No se ve gota ..

La persona que así hablaba se dirigió hacia la ventana con objeto de abrirla, lo cual consiguió al cabo de un rato, dejando entrar al sol con completa libertad por el gabinete y por otra estancia vecina que servía de alcoba.

El cuarto sorprendido de aquella manera no tenía nada de extraordinario, y antes bien parecía más ele-

gante y coquetón cuando las entornadas maderas dejaban adivinar la calidad de los muebles que cuando los atrevidos rayos de Febo, en la plenitud de su brillo y sin guardar consideraciones de ningún género, se deleitaron en sacar á relucir la gastada urdimbre de las telas, complaciéndose en hacer apreciar los pequeños desastres que el tiempo y la falta de una sabia y periódica sustitución dejan siempre marcados en butacas y sillones.

No era, sin embargo, la mencionada sala vivienda desagradable ó antipática, ni tampoco lugar en que el mal gusto imperase, sino antes bien, cuarto cómodo y perfilado, nido íntimo y personal, y hasta pudiera calificársela de *boudoir* pasable á dejar de ver las antedichas máculas y faltas, siempre ajenas á la voluntad de los dueños.

Realmente, la sillería Luis XVI, que componia el fondo del mueblaje, había pasado ya de su primera juventud, y no obstante los piadosos disimulos que algunos almohadones de panas inglesas, colocados con sabio descuido, lograban realizar en ciertos lugares, la telilla verde pálido, á rayas de menudas flores, pedía á voces una pronta sustitución, so pena de acabar su respetable vida de manera que la desacreditara para siempre.

Los citados defectos se hacían olvidar, entre otros adornos, por cuatro ó seis sillas de novísima forma, un *bureau* antiguo de marquetería y un enorme *psyché* que proclamaba, de haber pertenecido siempre á la misma propietaria, mejores tiempos en su fortuna, pues parecía más propio de un palacio que de un piso de diez ó doce mil reales, alquiler que representaba aquella casa.

Pero lo que daba carácter al cuarto era la numerosa colección de chucherías y tatarretes que se extendía por encima de las mesas y de la chimenea, el sabio arreglo de la mesa de tocador, los pocos y escogidos cuadros, acuarelas y grabados que tapaban en parte el papel delator del mal gusto del dueño de la finca, y por último, la serie grande de retratos de todas clases y tamaños con dedicatorias afectuosísimas de las personas más notables y elegantes de Madrid que, repartidos por el gabinete, prestaban á éste el aire *comm'il faut* que el deterioro de los muebles pudiera hacer olvidar.

Por su parte, la señora que de manera tan impetuosa turbara el reposo de la otra, y en el modo de hablar de la cual se conocía sin dificultad el imperio de la madre y del ama de casa no dejaba de lucir, á pesar de sus años y del total descuido que se veía en su persona, un aire señoril y una distinción que contrastaba con la sencillez del vestido y la llaneza, un tanto vulgar, de sus palabras.

En su viaje á través del cuarto tropezó con una silla sobre la cual descansaban algunas baratijas de cotillón, y entonces su alegría no reconoció límites, adoptando con la voz una inflexión mimosa de extraño efecto, considerados su edad y porte.

—¡Ay, las cosas del cotillón! ¡Mire qué monada, mujer! Este chiquillo que llora y esta carraca. ¿Pues y el muñeco de porcelana? ¡Si está saladísimo! Un cencerro, y un sombrero, y el abanico. ¡Cómo no! ¡Esto no podía faltar! Flores, lazos, y cintas, y bandas... y más cintas... ¡Cuánto regalo!

Y al decir esto levantó con las dos manos el brillante enredijo que formaban rasetes, flores y pape-

les, haciéndolo relucir al sol y agitando los dorados cascabeles que adornaban aquellas frioleras, con una alegría infantil que proclamaba el buen humor que la poseía toda la mañana.

De repente, como si se percatara de una cosa inverosímil, al notar que nadie contestaba desde dentro á su descosida charla, colóse de rondón en la alcoba y, apoyándose por un momento en los pies del lecho, permaneció silenciosa contemplando la figura dormida que tenía delante.

Poco á poco fué desapareciendo de su rostro la sonrisa y al adoptar sus facciones un aire de seriedad y de reposo, casi de melancolía, viendo á su hija inmóvil, dormida, con el pelo destrenzado y los brazos desnudos fuera del embozo, pudo apreciarse la regularidad extraordinaria de sus cansadas facciones, la dulzura de su mirada y el encanto, ya perdido, que un día debió animar aquella figura, reputada por una de las bellezas de su tiempo.

Por desgracia, tal impresión no duró sino un instante, y, aguijada por su deseo de almorzar temprano, comenzó de nuevo á interpelar á la dormida, empleando para ello los nombres más cariñosos que le ocurrían en aquel momento, hasta que, viendo que el sueño era muy profundo para interrumpirlo con sus mimos, hizo ademán de aproximarse á la cama, con objeto sin duda de mover el aletargado cuerpo. De repente, sin embargo, irguióse y, levantando el brazo con que sostenía aún los cintajos del cotillón, comenzó á tocar furiosamente la carraca, mientras que con la otra mano agitaba el cencerro, produciendo un ruido capaz de hacer huir á todos los ratones de la casa y un estrépito que era aumentado por las

sonoras carcajadas con que la buena señora acompañaba su ejercicio.

Apenas comenzó aquel alboroto, *Lully* abrió los ojos con un gesto de espanto, convertido en fastidio al encontrarse con los de su madre, y, sin hacer caso de los gritos de ésta, volvióse con ímpetu y mal humor hacia el lado opuesto, dejando al descubierto un hombro y parte de la espalda.

—Pues no te ha costado poco despertarte. ¡Y yo que te estaba echando discursos desde el tocador! Vaya, vaya, arriba ese cuerpecito, que va á dar la una y cuarto y necesito comer. Pero ¿no me oyes?

Y al notar que la respiración acompasada de la joven hacía presumir que de nuevo se había dormido, dió la vuelta hasta ponerse frente á frente de su hija, y, sentándose en la primera silla que encontró, después de arreglar las ropas del lecho, cogió en sus manos los brazos desnudos que colgaban de la cama y, atrayendo á Luisa hacia sí, principió á hablarle de la siguiente manera:

—¡Mujer! ¿Acabarás de sacudir la modorra? Despabílate y préstame atención, porque tenemos que hablar seriamente, ¿te enteras? de asuntos muy graves y que te interesan.

Pero al observar que, no obstante tan tentador preludio, nada expresaban de inteligente los hinchados ojos de la muchacha, quien, apenas despierta, miraba á su madre con aire de profunda indiferencia, dejó la dama caer los brazos que tenía sujetos y, levantándose con muestras de descontento, comenzó á increparla.

—La tonta soy yo que me canso en predicar la bula

á quien no la quiere oir y en dar buenas noticias á quien no es digna de recibirlas. La primera y la última vez que me ocupo de asuntos tuyos, para que lo sepas. No es suficiente motivo el pasar una noche de bailoteo para dormir como un animal, y lo menos que se puede pedir á las personas que se precian de bien educadas es que contesten cuando se les pregunta. En fin, otra vez será y dispense Su Alteza. En cuanto á la noticia, si quieres oirla, te levantas prontito y vienes al comedor, y si no quieres, peor para ti; á mí, en definitiva, me importa muy poco.

En aquel momento sonaron unos golpecitos en la puerta del cuarto, y una voz femenina dijo desde allí:

—Ahí está Aniceto, y dice de parte de la señora Marquesa que si va la señora hoy á la Junta y que le entreguen esta carta.

—Entra, entra. Pues dí que sí y que allí nos encontraremos. ¿Tiene contestación la carta?

—Dice que no le han encargado nada.

—Bueno, pues que muchos recuerdos.

Después de darle algunas vueltas, rompió el sobre y, tras de calarse los anteojos, comenzó á leer muy despacio, deletreando las palabras, que más bien parecían signos algebraicos, y que por lo mal escritas delataban á una señora de cierta edad, en que aún no era elegante el empleo de la enérgica y correcta letra inglesa que hoy impera entre las muchachas de la buena sociedad.

Antes de concluir la lectura, empezó la señora á hacer aspavientos y á dar muestras del mayor contento, lo cual hizo calmarse su pasada indignación, y con tono más suave, se dirigió á su hija, que se desperezaba lentamente, aunque sin señales de abandonar el lecho.

—¿Lo ves? Hoy todo son buenas noticias. Vamos niña, haz el favor de levantarte y no seas pesada, que van á dar las dos.

Y repitiendo sus deseos de comer á las tres, y de conversar seriamente durante el almuerzo, retiróse la señora, al tiempo que una criada entraba en el cuarto, provista de los avíos convenientes para la higiene y aseo del cuerpo.

II

Una hora más tarde, sentadas la Marquesa de Arjona y su hija frente por frente, y mientras despachaban ligero almuerzo, sostuvieron la siguiente plática, que bien merece ser recordada por lo que después influyó en el porvenir de *Lully*.

—Vamos á hablar tranquilamente—comenzó diciendo la madre,—y con la franqueza á que te he acostumbrado desde pequeña. De sobra conoces nuestra situación de fortuna, y que ésta no es brillante, ni mucho menos. Lo bastante para vivir, contando con el auxilio de la familia, lo suficiente para no pasar trabajos, nada más. El porvenir de tu hermano no me preocupa, pues los hombres son otra cosa muy distinta de las mujeres, y con su figura, su nombre y su labia, tendré muy poco que hacer para que se case como yo deseo; tu pobre hermana Chucha, no hay que pensar en matrimonios ni en nada brillante para ella, pues

la infeliz, con sus defectos físicos, puede aspirar á muy poco; quedas tú, y te confieso que mientras no te vea en tu casa con tu marido, ni estaré tranquila, ni puedo vivir con sosiego. Dejemos á un lado tu carácter y tus ra-ezas, dejemos á un lado las tonterías pasadas y las ilusiones desvanecidas, y piensa un poco en tu porvenir si no aprovechas la primera oportunidad que se presente durante mi vida y te casas bien y pronto. Porque ¿á qué engañarnos sobre las personas? ¿Cuál puede ser tu suerte si yo falto? ¿Vivir con tu hermano y después con tu cuñada? Imposible; con vuestro genio, os pelearíais al día siguiente, ó si te conformaras, equivaldría á pasar una vida desgraciada que nadie te envidiará á buen seguro. ¿Vivir con Chucha? Inútil hablar de ello hasta que tía Dolores muera, y no creo que tampoco esto te halague, ni menos quedarte para vestir imágenes. Tu destino, por consiguiente, es casarte, y en tu situación, salvo alguna casualidad que cada año es menos de esperar, puesto que vas á cumplir veintiocho, sólo puedes aspirar á tres clases de maridos: ó uno de nuestros iguales en nacimiento é iguales en pobreza, como el famoso Juanito; ó un muchacho de la sociedad, rico, á quien le gustes, ó un cursi, millonario, que quiera entrar en el gran mundo llevando de su brazo una chica guapa. Lo primero es disparatado, porque vivir peor que vives ahora, con la añadidura de una carga de chiquillos y un sin fin de obligaciones, tiene poco de risueño; lo último es desagradable para quien, como tú, tiene tan exagerado amor propio, y realmente no suele constituir la felicidad; queda el segundo partido que, sin pretender yo sea el preferible, creo por lo menos que es el más pasadero. La cuestión está en quién sea ese muchacho de la sociedad, y qué garantías pueda ofrecer para lo futuro.

—Mira, mamá—interrumpió burlonamente *Lully*, que había escuchado en silencio el anterior discurso,—no te enfades por lo que te voy á decir, pero con franqueza, ¿á qué viene el estar endilgando un discurso de media hora para declarar que el marido que me conviene es Pepe Cabrera, cuando tan fácil es decirlo en dos palabras?

—¡Ya sabía yo que habías de saltar con alguna majadería! Pero, señor, ¿es que tú no piensas en ti misma? ¿Es que crees que todo en este mundo son bailes y paseos, ó que la vida que llevas va á durar eternamente?

—¡Qué disparate! Si no me entiendes es inútil que hablemos.

—¿Que no te entiendo? Sin oirte, hija, sin oirte. Como que no sé adónde vas á parar con ese aire de mujer experimentada que va al mundo para olvidar las penas de casa.

—Pues te equivocas si quieres dar á entender con eso que yo *pase* de desgraciada y que me las echo de niña no comprendida, porque detesto el género, y si pretendes decir que todavía pienso en Juanito, tampoco aciertas, porque no me acuerdo de él para nada. ¿No deseabas que te hablara claramente? Pues ya estás complacida.

—Bueno, tú misma vienés á darme la razón. Si nada de lo anterior te ocurre y estás libre, ¿por qué no haces caso á un muchacho agradable, rico, bien educado y que cualquier amiga tuya ambicionaría para marido?

—Porque yo no soy como la mayoría de mis ami-

gas, que tienen del matrimonio una idea muy especial, y que creen que la felicidad consiste en reunir entre los dos doce mil duros de renta.

—Pero, en resumidas cuentas, porque ya sé que contigo no se puede discutir, ¿qué es lo que tú quieres? ¿qué idea tienes en esa cabeza? ¿Qué modelo te has formado de cómo debe ser un hombre?

—¿Yo modelos? Ninguno, absolutamente. ¡Buenos están los tiempos para eso, y buena tonta seria yo si me entretuviera en crearme un *tipo!* Yo, al figurarme á mi marido, no me lo imagino con facciones ni cualidades determinadas; que sea un hombre que me quiera con sinceridad y á quien yo pueda querer, que esté bien educado y me guarde las consideraciones debidas. Eso es todo lo que deseo.

—¿Y *todo eso* no lo reúne Cabrera?

—Francamente, no; Pepe tiene una figura que puede pasar, tiene fortuna y supongo que es un caballero; pero en su naturaleza es ordinario, *snob* como pocos, y con tan poca, tan poquita mollera, que como no sea de caballos, mujeres, teatros y *chic*, creo le será difícil hablar media hora seguida con una persona.

—Bueno, pues admitiendo que ese juicio que acabas de hacer sea exacto, ¿no tienes tú, en cambio, todas las cualidades que le niegas á Cabrera? Quiere decirse que, en sabiéndote apoderar de tu marido desde el primer día, mandarás en tu casa como reina y señora y Pepe hará tu santísima voluntad.

—¡Hacer mi voluntad! ¿No la hago también ahora?

—¡Por mi desgracia! Pero ¿vas á comparar lo que es hacerla aquí, donde yo misma tengo que guardar contemplaciones, á disponer de mucho dinero, deslumbrar á la gente con el lujo de tus coches, de tu casa, de tus alhajas y de tus vestidos?

—¡Dinero, conveniencia, vanidad! Todo lo alegas menos una de esas razones que convencen desde luego. ¡Me cuentas los triunfos que obtendré con la fortuna de mi marido y no me dices siquiera si está enamorado de mí, ni me preguntas si á mí me gusta! No, no me interrumpas, ni creas que vuelvo á las andadas; no soy una puritana ni una romántica como hace siete años. Entonces rechacé un partido mejor que el de ahora, porque tenía mucho humo en la cabeza; después he deseado otro semejante, hoy me encuentro con él, y no sé lo que haré, pero no puedo privarme de decir lo que siento, ya que éste es otro de mis defectos, según tú.

—¿Y quién niega que esté muerto por ti, criatura, ni á qué vienen todas esas palabras? Si hubieras principiado por ahí, enseguida nos hubiéramos entendido. Que le gustas á Pepe es inútil que te lo cuente, pues tú misma me lo dijiste hace tiempo; que habéis coqueteado bastante, también huelga, pues bien te lo han criticado las niñas solteras que están rabiando por hacer lo mismo; faltaba qué él se formalizara, y precisamente hoy, en esta carta de tu tía Carmen, me dice, confirmando lo que yo me sospechaba, que ayer habló con ella Pepe para que me preguntara qué me parecía de su pretensión. Lo que no acabo de comprender es por qué te pones así, cuando se trata de una cosa que tú misma has buscado.

—Porque es muy distinto figurarse las cosas á tenerlas en la mano, y lo que de lejos parece bien, de cerca se notan los defectos.

—En fin, ¡qué piensas hacer? La tía dice que como

á ella le gusta la cosa, ha convidado esta noche á Pepe á comer, y que si quieres ir, esta misma noche puede quedar todo arreglado. Conque tú verás.

—Bueno, ya lo pensaré; ahora déjame un rato sola, porque tengo una jaqueca que no puedo abrir los ojos.

—Pero ¿no avisas á la tía lo que haces?

—¿Para qué, lo sé yo acaso? No parece sino que necesitan poner más comida si voy.

—Bueno, ¡pues vete á paseo!—exclamó furiosa la madre.—¿Y con ese genio aún haces asco á los hombres, cuando si ellos te conocieran no se acercarían á ti ni á diez pasos? ¡Piensa, piensa, que alguna cosa buena saldrá de ese entendimiento!

Y así hablando y moviéndose, abandonó el cuarto la Marquesa, mientras *Lully* permanecía sentada, enfriando maquinalmente con la cucharilla el café que tenía delante.

III

¡Cuántas cosas pasaron por la imaginación de Luisa en pocas horas!

Con la serenidad con que hubiera discurrido si, en lugar de ella, se tratara de una amiga suya, discutió el asunto de su boda, pesando los argumentos en pro y en contra.

¡Tenía razón su madre! Su único porvenir era el matrimonio, y si quería llegar hasta él no debía dejar perder las ocasiones como algunos años antes.

Entonces estaba en otras circunstancias; recién salida del convento, bonita, desconocida en el mundo, inmediatamente se vió rodeada de aduladores que le hicieron creer que eran verdaderas cuantas fantasías imaginara acerca de los hombres y de su modo de proceder.

Entre todos ellos se distinguía uno por lo apasionado, lo simpático y lo buen mozo. Su primo Juan.

Y como era natural comenzaron las relaciones, sostenidas con un fuego sólo comparable á la juventud de ambos y á lo disparatado de su amor. Muy niños los dos, sin una peseta y con muchísimas pretensiones, estuvieron á punto de cometer la mayor de las tonterías y dar un disgusto á sus padres, hasta que éstos se enteraron y resolvieron de común acuerdo poner fin al idilio.

Una de aquellas tardes, al entrar en el Ministerio de Estado, recibió Juan la orden de presentarse inmediatamente á su jefe, quien, después de grandes rodeos y misteriosos circunloquios, le hizo entrega de un abultado sobre, con numerosos sellos, ordenándole que saliera aquella misma noche en dirección á la corte de Viena para ponerlo en manos del Embajador.

El mismo día recomendaba el médico á la madre de *Lully* que adelantara la ya próxima temporada de verano, tomando unos baños que le eran necesarios, y, con efecto, verificábase la marcha, con gran disgusto de Luisa, que sospechaba que todo aquello tenía por objeto hacerle romper con su primo.

Ninguna profecía más cierta; cortejada la chica y resentida con Juan, al ver que éste se enfriaba en su pasión, poco á poco fué escaseando cartas y suprimiendo juramentos, mientras el Agregado, rete-

nido en Viena por su deber (aunque se aseguró en Madrid que el famoso pliego sólo contenía una hoja de blanquísimo papel y que todo había sido arreglo del padre de Juanito), y atendido y regalado por los Embajadores, que precisamente daba la casualidad que eran parientes suyos, decidió complacer á éstos aceptando sus ofrecimientos hospitalarios y dedicándose al estudio de costumbres en la capital austriaca.

Como era consiguiente, no tardó mucho en llegar el fin de sus amores, provocado por Luisa con ocasión de ciertas historias de devaneos del primito, y consentido por Juan, á quien la vista del mundo iba haciendo comprender la calaverada que había estado á pique de realizar, dejándose guiar de sus pocos años.

¡Cuántas lágrimas costó á Luisa aquel desenlace! ¡Cuántas ilusiones creyó que habían acabado para ella! Pero, sin embargo, ¡era tan bonita y tan lista!

Pronto se vió solicitada por otros muchachos ansiosos de consolar el desengaño del primo (hay que advertir, para precaver errores, que el parentesco de Luisa y Juan era bastante lejano, casi remoto, aunque siguiendo la costumbre de la sociedad se dieran el nombre de primos), y pronto volvió á recobrar su buen humor perdido, entreteniéndose en charlar por los codos y en sostener algún que otro coqueteo.

La experiencia, sin embargo, había hecho su camino, y en lo sucesivo cuidóse muy bien la niña de no meterse en honduras como la vez pasada, hasta apreciar si la cosa iba de veras y el galán no llevaba la idea de pasar el rato. Por desgracia para *Lully*, pronto hizo progresos en el estudio que ella solía llamar

la formalidad de los hombres, y pudo notar que, si alguno se acercaba á su lado movido por la pasión, enseguida comenzaban sus padres á torcer el gesto y á manifestar á las claras su oposición, aunque por lo general todos los pretendientes que encontró, aparte de varios cursis ricachones, fueron, ó niños á quienes para completar su vida hacía falta una novia guapa y unos amores que duraran siglos, ó muchachos que querían divertirse, ó amigos como Juanito que *debutaban* por una pasión volcánica.

Tenia *Lully* demasiado orgullo para sorportar groserías de personas que eran sus iguales, por lo cual, á algunas indirectas contestó con chistes directísimos y sangrientos que hicieron enmudecer para siempre á sus enemigos y le proporcionaron una reputación universal de *temible* por toda la sociedad. Su juventud la salvó, no obstante su mal estado de fortuna, de hacer un matrimonio de interés que fácilmente hubiese logrado, poniendo en práctica los consejos de varias amigas; y su natural pudor, por último, si no le impidió reir frases de doble sentido, deslizarse en la conversación por terrenos escabrosos y adoptar algunas libertades, mayores en apariencia que en realidad, la libró de cualquier imprudencia, triunfo no pequeño, si se tiene en cuenta la completa autonomía de que siempre gozara.

La consecuencia de tal vida fué el dedicarse, al cabo de unos cuantos años y falta de otra cosa más sustanciosa, al *flirt* sin límites ni barreras, terreno en el que se divirtió *Lully* con buen número de amigos, sin malicia ni intenciones de pescarlos, pero que no dejaron de proporcionarle chismes y cuentos de parte de las otras solteras y de las mamás á quienes ta-

les modernismos y *allures* escandalizaron en sumo grado.

Si el corazón de Luisa permaneció mudo durante todo este tiempo, por más que algunos de sus adoradores le merecieran grandes simpatías, no sucedió lo mismo con su entendimiento, haciéndose populares su ingenio y su desenvoltura, aunque no consiguiera esto sin antes conocer á fondo los hombres y su vida más íntima.

Como es natural, con semejante método, lejos de encontrar un buen partido en el círculo que la rodeaba, pronto se vió éste compuesto de las personas más ingeniosas, inteligentes y descaradas de la sociedad, ninguno de los cuales pensaba en otra cosa sino en pasar agradablemente el rato, mientras que los demás muchachos, por timidez, ó por la antipatía que suele producir en las vulgaridades el contacto con un talento superior, cada vez se alejaron más del campo de operaciones de *Lully*, ó, en caso de dirigirse á ésta, era sólo para dar unas vueltas de vals ó cambiar palabras sin sustancia.

De buena gana se hubiera conformado Luisa con sus éxitos entre la gente *aceptable*, como ella decía; mas, por desgracia, si en ocasiones extrañaban los oyentes la acritud de sus palabras ó la ironía de sus epigramas, no podían comprender que tal estado de ánimo obedecía á disgustos caseros y á escenas en que su delicadeza y amor propio sufrían considerablemente.

Rodeada de una madre vulgar, á quien en nada se parecía; de un hermano vanidoso y *juerguista*, que cada dos días les proporcionaba un mal rato; de una hermana, ocho años menor que *Lully*, contrahecha y

enferma de continuo, que vivía siempre en casa de una parienta, y de una familia numerosísima, que no hablaba de otra cosa que de su matrimonio y de la necesidad de que aprovechara cualquier partido que se presentase para realizarlo, chocaban á cada paso los sentimientos de unos y otros produciendo escenas en que, si los parientes decían á Luisa cuanto pensaban acerca de su manera de ser, recordando lo desairado de su posición, tampoco la muchacha se mordía la lengua para repetir á gritos á su familia que estaba en edad de hacer lo que le diera la gana y que no le parecía bien el venderse descaradamente, porque aún no se encontraba bastante vieja para perder la esperanza de conseguir otra cosa.

Lo malo era que, á pesar de aquellas bravatas, de sobra comprendía *Lully* que tenían razón en el fondo sus allegados, pues de nada sirve á una mujer pobre todo su ingenio si no gana una posición en la sociedad por medio de un marido, y muchas veces, después de sostener animada disputa con su madre y sus tías, quedábase triste y silenciosa pensando en el porvenir que tan oscuro se presentaba ante sus ojos, ó bien, cuando las palabras del sermón habían sido demasiado duras, se encerraba en su cuarto y, una vez sola, se tapaba la boca hasta casi ahogarse para impedir que se oyeran los sollozos y quejidos que tan materiales argumentos arrancaban á su dignidad.

En ocasiones, estuvo á punto de complacer á todo el mundo, uniéndose con alguien que quisiera dar su mano y su fortuna á cambio de una mujer guapa y una grandeza de España; pero al llegar el momento de los compromisos, vacilaba su sinceridad y termi-

naba por desengañar al pretendiente, usando de las palabras más delicadas y de las formas más corteses.

Apenas realizado esto, lo sentía con toda su alma, al experimentar nuevos disgustos y nuevos apuros en su casa, por lo cual no hacía otra cosa sino formar planes de que al primer hombre un poco presentable que le dijera cuatro chicoleos, le haría dueño absoluto de su persona.

En una de estas crisis apareció Pepe Cabrera y comenzó á hacer la corte á la mayor de las Arjonas, dejando adivinar claramente que de ella tan sólo dependía el hacerse señora del corazón y de los millones de su admirador.

Lully principió á coquetear con él, y, esperanzado el muchacho, fué declarándose cada vez más, hasta atreverse á hablar á la Marquesa de Montalto, tía de la joven y señora respetabilísima, que por su edad, posición y talento consideraban todos como el jefe de la familia, para hacerle confidente de sus proyectos y convertirla en su aliada, maniobra que, como hemos visto, le salió á pedir de boca, preocupando á *Lully* con la mayor seriedad, pues jamás llegaron sus negocios sentimentales á plantearse con tanta precisión, ni á ofrecer una salida más difícil que entonces.

IV

La cuestión estaba reducida á dos extremos:

¿Reunía Pepe las condiciones necesarias para no poner en ridículo á *Lully*, si ésta se casaba con él?

¿Era una tontería desdeñar aquella nueva oportunidad que se presentaba?

Estas dos preguntas fueron formuladas por Luisa, después de larga meditación, comenzando á responderlas con gran cuidado mientras se vestía para salir á dar una vuelta por *la Castellana* con D.ª Pura, respetable *carabina* (nombre puesto por la muchacha á las señoras de compañía y que indicaba su propensión á dispararse en presencia de la familia), encargada de velar por la honestidad de *Lully*.

—No está mal, eso no se le puede negar; claro que no es una estatua, pero tiene bonito aire: se viste muy bien y todos mis primos copian los gabanes y las corbatas que le mandan de Londres; algunas veces se deja llevar un poco de la moda, como el año pasado, que se afeitó como un cura, pero generalmente *acierta*, y al andar tiene su *chic* particular; de caballos y coches no hablemos, siempre es de los primeros, y todos los años trae las novedades de París; de amigos al pelo, se disputan el acompañarle á paseo, tiene comiditas en su casa, es de la sociedad de palcos, pertenece á todos los círculos y fué uno de los fundadores del *Club;* habla poco, pero en cambio no *mete la pata* con frecuencia; baila bien, ¡ya lo creo!; juega al *polo* que es un primor y es el que tiene las mejores jacas; de mujeres y líos un horror, y lo malo es que le da por lo fino y por lo otro, como que á un tiempo traía de París á la Teresa Corrales y le pagaba las cuentas á la pindongaza de Paquita Solís... En fin, eso ya lo arreglaríamos; pero...

Aquí se detuvo *Lully* un momento en sus reflexiones, mientras acababa de sujetarse el sombrero en la cabeza con un sinnúmero de alfileres y se disponía á salir de casa.

Listo no; por mucha indulgencia con que se le tra-

tara, era preciso reconocer que estaba tan lejos de la sabiduría como Luisa de ser monja.

En sus actos, en sus gustos, en sus costumbres tendía siempre á lo vulgar, y algunas veces á lo bruto.

Nada de lecturas, como no fueran novelas inglesas y francesas ó periódicos de *sport*; en las discusiones tenía la buena costumbre de callarse la mayor parte de las veces, y respecto de sentimientos, aunque era buen chico y parecía buen amigo, el más apreciable en él era el de la atracción que sobre su persona ejercían las mujeres, atracción desnuda, por supuesto, de toda poesía.

Aún recordaba *Lully* la última *juerga* que entretuvo durante algunos días á la gente. Celebrada en los *Viveros* y costeada por Pepe como consecuencia de la pérdida de una apuesta, acabó de manera ruidosa, distinguiéndose entre los *alumbrados* el propio anfitrión, que arrebató á la concurrencia, rompiendo sobre su propia cabeza, en un momento de entusiasmo, los bastones de algunos de los comensales, que quedaron sorprendidos al contemplar la dureza del cráneo del elegante, quien, en medio de los aplausos de todos, continuaba quebrando cañas sobre sus huesos con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de débiles pajas.

¿Podrían ser felices dos personas de tan diferentes gustos?

¡La felicidad! ¡Era una cosa tan relativa y tan distinta para cada individuo! Para buena parte de las señoras que, ocupando los coches, cruzaban en aquel momento por la calle de Alcalá y se dirigían hacia el paseo, tal vez consistía la felicidad en lucir las *toilettes* recién traídas de París, bien abrigaditas

en el lujoso carruaje y arrulladas por el sonido del cencerro sujeto en la lanza, que parecía ir cantando con alegre repiqueteo las glorias y excelencias de su ínclita propietaria.

Para otros consistiría en guiar los caballos de su coche, adoptando la consabida posturita, ó sea encorvar bien el cuerpo hasta parecer jorobado y conservar la cabeza inmóvil, un poco caída hacia un lado, con expresión severa á la vez que beatífica, mientras todas las líneas del cuerpo desaparecían bajo los pliegues de amplísimo gabán que delataba las sabias tijeras de algún famoso sastre inglés.

Quizás se consideraban felices los *pollos* de más pretensiones que dinero, que, previo el alquiler á escote de una desvencijada *manuela*, se dirigían, bien de dos en dos, ó de tres en tres, al polvoriento paseo, deseosos de saludar á sus conocidos ó de cruzar algunas miradas asesinas con la damisela de sus pensamientos.

Acaso los felices eran aquellos toreros que luciendo sus cuerpos se estacionaban en la calle de Sevilla excitando la contemplación de todas las bellas de medio pelaje que cruzaban la calle y de casi todas las señoras que parecían hacer un favor al asfalto del piso, permitiendo que rodasen por encima de él los neumáticos de su coche; ó bien los verdaderamente felices eran los desconocidos que se interponían al paso de Luisa, hombres de todas cataduras, mujeres de todas clases, individuos de todas edades, que rozaban el vestido de la muchacha, que se renovaban sin cesar, que discurrían en cualquier sentido y que llenaban el espacio hasta perderse de vista.

¿Cuál de aquéllos sería verdaderamente feliz? se repetía *Lully*, y, siguiendo su monólogo, pensaba que la mayor parte de ellos sería feliz un momento en su vida, una época, pero no siempre, porque era disparate creer que *aquello* duraría eternamente, por la sencilla razón de que á causa de su rareza era y es más estimada la felicidad.

—Pues si el ser feliz no se puede conseguir sino en muy contados instantes de la existencia, ¿á qué le estoy yo dando tantas vueltas á la idea de mi matrimonio con Pepe? Casémonos, que muy exigente he de ser si no consigo tener más agrados que disgustos en este pícaro mundo.

Además, ¿quién sabía? Acaso no fuera Pepe como ella lo juzgaba y después de casado diese un cambio beneficioso. ¡Con tal que mejorara un poco, un poquito nada más, se contentaba *Lully!*

Y como si el sol que iluminaba con sus resplandores la plaza de Madrid, llenando de alegría el alma y de dulce bienestar el cuerpo, influyera en el ánimo de la joven, comenzó ésta á aflojar su marcha, y á pasear la mirada por todos lados, gozando del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, y sintiendo una especie de cansancio, de dejadez, de abandono, que de buena gana le hubiera determinado á pararse ó á dormirse en cualquier parte.

La temperatura primaveral de que, no obstante ser aún invierno, se disfrutaba aquella tarde; la multitud que, aprovechando tan hermoso día, se había lanzado á la calle; las personas conocidas de *Lully* que de cuando en cuando interrumpían el soliloquio de ésta, dirigiéndole sonrisas cariñosas ó saludos ceremoniosos, y por último, el sol que, obrando en la naturaleza de Luisa, parecía que venía á ayudar con su calor á hacer sentir á la mundana el cansancio de la pasada noche, todo ello contribuía á producir en nuestra heroina un aplanamiento indecible y un estado especial en que, sin dejar de seguir pensando en Cabrera y en su propia persona, parecíale que ambas figuras estaban lejos, muy lejos, en un mundo de sobresaltos é inquietudes al que su egoísta pereza le impedía asomarse.

Una brusca sacudida vino á sacarla de aquella especie de encanto en que se encontraba. Destacándose entre todos los carruajes, arrastrado por dos briosos corceles y excitando la admiración de los transeuntes, que se detenían á contemplar el lujoso tren, pasó el coche de Pepe Cabrera, hábilmente dirigido por éste, quien, acompañado por Eduardo Ita, recibía con el aplomo del *parvenu*, seguro de su elegancia y de su posición, el mudo homenaje del pueblo soberano, que siempre celebra todo lo que significa rumbo y gallardía.

Apenas divisó Pepe á Luisa, maniobró de manera que logró colocarse en la fila más cercana al paseo por donde caminaba la Arjona, no sin antes dirigir á ésta un saludo, con el que el galán quiso significar todo su entusiasmo, y desde entonces inicióse una verdadera persecución, que duró el espacio de varias vueltas, ejercicio en que, á decir verdad, no resultaron defraudados los deseos de Pepe, pues más de una vez se encontraron los negrísimos ojos de Luisa con los de su pretendiente.

—Decididamente—pensaba *Lully*,—no resulta nada mal este muchacho, y aun hoy le encuentro mejor que de costumbre; ese abrigo y el coche resultan.

¡Lástima que la corbata sea un poco rara! pero en fin, puede pasar. ¡Y el condenado no me quita ojo! Luego dicen que las mujeres miramos; si no puede suceder otra cosa con personas que se ponen tan pelmas que parece que nos están contando los pelos de las pestañas. Cualquiera otra en mi caso ¡cómo estaría! Con gabán y caballos se lo comía vivo. ¡Así que no tiene golosas el famoso Pepito!

Aunque no fuera más que por dar en la cabeza á Paquita Solís que sin duda creía que siempre iban á durar las ayudas monetarias de Cabrera, sería capaz Luisa de seguir el coqueteo. Además que después de todo, no era puñalada de pícaro, y como en caso de perder alguien lo sentiría *Lully* y no Pepe, bien podía la muchacha darse el gustazo de pasar entretenida el fin del invierno *flirteando* con un sujeto tan apreciable como Cabrera.

Llegada á esta conclusión, no pudo menos Luisa de mirar cariñosamente al que motivaba tantas cavilaciones, el cual, sorprendido y contentísimo al apreciar tal conducta, arrimó el coche á la acera, y, previos algunos conciliábulos en voz baja, dejó en tierra á su amigo, quien, sin disimulos de ningún género, dirigióse al encuentro de *Lully*.

Eduardo Ita, ó, por mejor decir, *Eduardita*, como solía llamársele en sociedad, era un muchacho de modesto origen, que, al llegar á la edad de la razón, se propuso hacerse el indispensable á damas y caballeros, considerando, por supuesto, buenos cuantos medios le condujeran á tal resultado, é insignificantes los desaires y sofiones que por necesidad había de recibir al principio de tan peliaguda conquista. No pocos tuvo que aguantar, en efecto, y cualquiera otra

persona, menos obstinada que Ita, hubiera renunciado á sus propósitos; pero Eduardo, desplegando una habilidad y un talento diplomático dignos de Metternich, consiguió, tras largos años de trabajos, ocupar el puesto que deseaba.

Para sostenerse en tan alto lugar eran precisas no pocas dotes, y *Eduardita* no sólo las poseía, sino que además resultaba amable con toda clase de personas, jugando con unas al tresillo, entreteniendo con chismes á las otras, desempeñando con singular acierto las comisiones más delicadas, constituyéndose en el confesor de no pocas bellas pecadoras, luciendo sus habilidades de pianista distinguidísimo, y desplegando, por fin, tantos y tan variados medios para hacerse agradable ó útil, que no es de extrañar que la sociedad, agradecida á aquella abnegación sin límites, le mimara y considerase como uno de sus miembros más útiles, y que señoras y caballeros se lo disputaran para agasajarle.

Llegado *Eduardita* frente á Luisa, tendióle la mano con gesto familiar y comenzó á transmitir el siguiente mensaje:

—Pepe me encarga que te pregunte si te sientes amable y si irás esta noche á comer á casa de tu tía, donde ya sabes que está él convidado.

—Pues díle á Pepe—repuso *Lully*—que todavía no lo he decidido, porque no me encuentro bien de la cabeza.

—De esa siempre anduviste mal, porque si estuvieras en tus cabales obrarías de muy distinto modo.

—¡Hombre! ¿Eso? ¿También te lo ha dicho Pepe?

—No, eso lo digo yo por mi cuenta.

—Pues mira, hijo, gracias por la intención, pero ya sabes que cada uno hace de su capa un sayo.

—Ya, ya. ¡Con tal que no consigas que te corten alguno de padre y muy señor mío!

—Me alegraría, porque aún no ha terminado el invierno.

—Vaya, hoy estás de guasa, me voy. Conque ¿qué le digo á ese Gerineldos?

—Pues díle que puede ser que me digne ir esta noche un rato, si no se me aumenta la jaqueca.

—Bueno, pues entonces hasta luego.

—¿Vas tú también?

—¡Si no me muero antes!

—Cosa mala nunca muere.

—Adiós, que te alivies.

—Hasta la vista, hombre; y da recuerdos.

Había transcurrido bastante tiempo desde el principio del paseo, y apenas se veía, cuando *Eduardita* tornó á ocupar su asiento en el coche de Cabrera, aprovechando la última vuelta de éste, antes del desfile. Comunicó á Pepe en dos palabras el resultado de su entrevista con la niña; meneó la cabeza el *sportman* con impaciencia al escuchar las razones del amigo, mientras fustigaba á los caballos, que salieron al trote largo, desapareciendo entre el enjambre de coches que abandonaban el paseo; y *Lully*, perdida de nuevo en sus cavilaciones y acompañada de su muda guardiana, emprendió á paso lento el camino hacia su casa, sin fijarse en las personas, cada vez menos numerosas, que pasaban á su lado, sin cuidarse de la hora ni tomar la menor precaución para no mancharse el vestido, con la mirada siempre fija en las innumerables lucecitas de los faroles de los carruajes, que

huían y se combinaban de infinitos modos antes de desaparecer por completo y permitir recobrar al paseo su interrumpida soledad.

V

Al llegar á su casa, más dudosa que nunca acerca de la resolución que había de adoptar y muy inclinada á emplear el cobarde medio de ganar tiempo, esperaba á la jóven una nueva escena que vino á servir del contera á las emociones del día.

No hacía un minuto que estaba en su cuarto, y ya se disponía á quitarse el sombrero y el gabán, cuando sintió abrir la puerta y cerrarla después con llave; volvióse Luisa con extrañeza y se encontró de manos á boca con su madre, en un estado tal de agitación que inmediatamente comprendió la muchacha que había ocurrido algo grave.

—¡Por Dios, mamá, qué pasa, á qué viene esa cara?—dijo *Lully*.

—Pues nada, que tu hermano ha hecho una de las suyas—repuso la señora, con voz entrecortada por los suspiros;—que se ha empeñado en matarme á disgustos y lo va á conseguir, porque yo no soy de piedra y en una de éstas reviento.

Y no pudiendo contenerse más, rompió á llorar amargamente la pobre madre, echándose en los brazos de *Lully* y perdiendo todo dominio sobre sí misma.

Reinó por un momento el silencio en la habitación, interrumpido sólo por los sollozos de la Marquesa,

hasta que, pasado el primer momento de dolor, esforzóse Luisa en calmar á su madre con expresiones cariñosas, besándola y acariciándola como si fuera una niña.

Agradecida la señora á aquellos consuelos, dejóse conducir al sofá, y cuando *Lully* la vió más tranquila comenzó á interrogarle con blandas palabras.

Nada más vulgar ni más lamentable. Enrique, el hermano de *Lully*, que no se acordaba en sus francachelas de las obligaciones que le imponía su nacimiento, ni de los disgustos y compromisos que proporcionaba á su madre, había pasado la noche anterior de *juerga* en compañía de una *chanteuse* francesa, por quien entonces experimentaba un vivo capricho que no podía ver satisfecho tan á menudo como él quisiera, y con objeto de hacer un regalo á la susodicha prójima y monopolizarla el tiempo que tardara en tronar el coliseo donde cantaba, no se le ocurrió cosa mejor, cuando se separó de su adorado tormento, que subir á la *Peña* y ponerse á jugar con el decidido propósito de obtener la cantidad necesaria para el logro de sus deseos.

Por desgracia, no se mostró con él la suerte tan complaciente como Mlle. Ernestine, que así se llamaba la cantante, y puesta tras puesta, vió Enrique desaparecer todo su capital, á pesar de los esfuerzos y combinaciones intentados para vencer la mala racha. Exaltado su cerebro ante la pérdida del dinero, comenzó á abandonarle la poca serenidad que de sus deportes con la francesita le quedaba, y sin tino ya para nada, continuó perdiendo cada vez más hasta terminarse el juego casi de día, encontrándose entonces con la agradable noticia de que debía

dos mil trescientas pesetas, cantidad no grande para un jugador, pero enorme para Enrique, que escasamente contaría con ciento en el bolsillo.

Apenas se hizo cargo de su situación, á la mañana siguiente, bajó á la puerta del Círculo, metióse en el primer coche que pasaba vacío y comenzó su *tournée* por amigos y prestamistas (reunidos alguna vez ambos en una misma persona), gastando inútilmente las horas, pues en nadie encontró otra cosa, escarmentados, sin duda, por las frecuentes peticiones del apurado jóven, sino buenos deseos, imposibilidad real de complacerle ó exigencias inadmisibles, por lo cual, fatigado y rendido, con un humor de todos los diablos, volvió á las tres de la tarde á la *Peña* con objeto de tomar algún alimento y preparar sus fuerzas para intentar el último recurso. ¡Su madre!

En efecto, á las cuatro llegaba á su casa, donde le dijeron que la Marquesa acababa de salir, y después de dos horas de ansiedad y de sobresaltos, en que el aturdido muchacho creyó que iba á volverse loco, tuvo el descanso de confiar sus cuitas á la buena señora, á quien pusieron en el lastimoso estado que hemos tenido ocasión de apreciar.

—Ya ves—repetía la Marquesa entre sus lágrimas; —dos mil trescientas pesetas, ¿de dónde las voy á sacar si no tengo un real, y para todo el mes me quedan veinticinco duros? ¡Qué chico! ¿Cuándo se corregirá? ¡Nunca! ¡nunca! Si lo tiene en la sangre, como que lo heredó de su padre, y conforme éste me arruinó á mí, arruinará él á su mujer y á sus hermanas y á todo el mundo.

La conversación se deslizaba por terrenos escabrosos y, deseosa *Lully* de terminar la escena, que

no hacía ya tanta mella en su sensibilidad por haberse repetido lo bastante para curar de espanto á la muchacha, comenzó á hablar, prometiendo á su madre que todo se arreglaría y que no había por qué exponerse á una enfermedad, cuando ni la suma, menor que otras veces, ni las circunstancias del caso justificaban aquel derroche de lloros y recriminaciones.

—No, no—repetía la madre, quien, como si se hubieran trocado los papeles, miraba á su hija con la zozobra y al mismo tiempo con la esperanza de encontrar en ella un medio para salir del compromiso; —no te esfuerces en buscar remedio, porque no le hay. Yo ya no tengo nada que vender, ni menos que empeñar; prestado nadie me fía un ochavo; Enrique no posee más que unos duros que ha conseguido reunir con lo que le han dado algunos de esos golfos con quienes se está perdiendo, así que por fuerza nos hundimos de esta hecha y á tu hermano le ponen en el cuadro y queda como un indecente delante de todo el mundo, y eso no, no... puede ser, porque él se pegará un tiro y yo me moriré de pena... y acabaremos para siempre.

—Vamos á ver—repuso *Lully* tranquilamente, después de haber reflexionado un poco:—la deuda es de dos mil trescientas; quiere decirse que el pico lo podrá pagar Enrique con lo que tiene y unos cuantos sablazos más, ¿no es verdad?

—Creo que sí—murmuró la madre.

—Bueno, pues tú te pones la mantilla y vas á casa de mi madrina para pedirle prestadas mil pesetas, que le pagarás sin falta antes del verano, con lo que te manden de Andalucía, y, si quiere, le firmas un papelito como le dé la gana. No estaría demás que fuera también á verla Enrique y la engatusara como él sabe hacerlo.

—Pero ¿y las otras mil? mujer. ¿No te he dicho que son dos mil trescientas?

—Las otras mil—continuó la joven, hablando muy despacio,—te las daré yo. Ya sabes que hace poco me mandaron unos cuartos de las casas de Ecija, y además, la semana pasada me dió tío Carlos otro piquillo por si quería ir con la trinca de Pilar á la feria de Sevilla. Pues bueno, quiere decirse que ni me haré ningún traje nuevo, ni saldré de Madrid, sino que continuaré sudando mis vejeces y paseándome todo el año por la calle de Alcalá, ya que mi hermano tiene tan poca consideración y tan poquísima vergüenza.

—¡No, no faltaba sino que tú te sacrificases por los desórdenes de Enrique! ¡Qué más querría él! Guárdate el dinero y ya veré yo si encuentro algún medio...

—¿Qué has de encontrar? ¡Eso de sobra lo sabes!

—Ya comprendo que es muy difícil, pero me da pena que te despojes de tus ahorros.

—Por amor de Dios, mamá, no me creas tan majadera que sienta la pérdida de unos trapajos y de unas diversiones, cuando se trata de salvar á mi hermano de un compromiso. Te aseguro que lo que tengo, lo doy sin pena, y que tanto tú como Enrique me haríais una ofensa que nunca os perdonaría si fuerais á aceptar de un usurero lo que de tan buena voluntad os ofrezco.

—Gracias, hija mía; eres más buena que el pan, y puesto que tú lo quieres, se hará como dices—repuso la Marquesa, abrazando á tu hija.

—Bien, bien; ya sabes que no me gustan las alabanzas.

—Lo cierto es que, sin ti, no daba pie con bola, ni hubiera acertado á encontrar la salida de este laberinto—continuó la madre, ya más tranquila.

—Y Enrique ¿qué hace?—preguntó *Lully* para cambiar de conversación.

—Pues no sé. Tal vez esté durmiendo. ¡Como no ha pegado los ojos en toda la noche!

—¡Eso es! ¡Así, así se debe vivir! Estése usted de juerga, juéguese hasta la camisa, deje á la familia sin un cuarto ó deshónrela usted, que ya se cuidará ella de salir del apuro, y mientras tanto, á descansar de las fatigas y á adquirir fuerzas para ejecutar nuevas hazañas que aumenten los timbres de la casa.

—Tienes razón, hija, pero los jóvenes...

—No, si yo no le critico; lo que hago es envidiarle y lamentarme de haber nacido mujer. ¿Crees tú que si llego á nacer hombre hubiera sido mejor? Pues te equivocas, porque todas las señas me hacen pensar que habría dado ciento y raya á mi buen hermano; lo único que no haría seguramente es la serie de tonterías que él comete á cada paso.

—Vaya, vaya, no te exaltes y descansa, que yo voy á poner en práctica tu consejo y me voy á comer con Vicenta.

—Es verdad. ¡No vale la pena de tomar las cosas tan á pechos! ¡Descuida, que no me quitará el sueño la imagen de mi cuñada, *in partibus infidelium*, la famosa Mlle. Ernestine, que dicen por cierto que es una monada!

—¡Pero qué!—dijo con ansiedad la madre.—¿Es que no piensas ir á casa de la tía Carmen á comer?

Y al notar un movimiento en *Lully*, como si fuese á negarse, acercó su rostro al de la muchacha, y mirándola en los ojos, con los suyos, en que aún se conservaban frescas las lágrimas, añadió:

—Luisa mía, tesoro mío, ¡si vieras qué feliz me harías complaciéndome y cuánto te agradecería esta prueba de cariño en un día que ha sido tan malo para mí como hoy! Piensa que te juegas tu porvenir esta noche, acuérdate de lo que estás viendo, mira que la vida es mucho más triste conforme pasan los años, y que éstos pasan sin sentir y cada vez más aprisa... ¿Irás? ¡Díme, contéstame que sí! ¡Mira que te lo pido con toda mi alma!...

La fortaleza de *Lully* no pudo resistir tan ardiente súplica; su generosidad, ya excitada, mostróse de nuevo, y sin pronunciar palabra, se inclinó sobre el rostro de su madre, rozando con sus labios la frente de la Marquesa.

VI

La comida en casa de Montalto fué lo exquisita y suculenta que podía esperarse de mesa tan encopetada y cocinero tan inteligente. Los invitados eran pocos, pero escogidos para hacer más agradable el tiempo, y los vinos y manjares se sucedieron con tan sabia dirección, que no es de extrañar que al fin del banquete salieran los comensales un si es no es repletos, y con la voluntad dispuesta á las sensaciones agradables.

Precedidos por la señora de casa, dirigiéronse to-

dos á una sala vecina, y allí se instaló cada cual como quiso, iniciándose desmayada conversación que hubiera terminado enseguida si la Marquesa, empleando algunas frases amables, no invitara á *Eduardita* á sentarse al piano, con objeto de que la concurrencia oyera los últimos valses de moda, idea que tuvo la virtud de complacer por igual á todos, que se dispusieron á escuchar con recogimiento los primores del artista, quien, como si antes se hubiera puesto de acuerdo con alguien, no cesó de tocar, durante media hora, las piezas más escogidas de su variadísimo repertorio.

Al terminar la comida, ofreció Cabrera su brazo á Luisa, y sin que ésta opusiera resistencia, condújola lo más lejos posible del salón en que se escuchaban los acordes del piano.

La plática de ambos jóvenes no era, sin embargo, animada, ni mucho menos, reduciéndose á exclamaciones de asombro en Pepe, que conocía poco la casa, cuando se encontraba delante de algún cuadro ó alguna estatua notable, y á medias palabras de *Lully*, que asentía á cuanto su compañero manifestaba.

Los dos sabían el objeto de su entrevista: conocían que á pesar del disimulo y dominio del mundo que los demás invitados poseían, la comida había revestido inusitada ceremonia, estando todos pendientes de las frases que se cruzaban entre los dos muchachos, quienes por esta razón no habían podido hablar solos un momento; y no obstante aquella seguridad y el convencimiento que tenían de que su secreto no lo era para nadie, de que todos se habían conjurado implícitamente para proporcionarles el encuentro que deseaban, ninguno se atrevía á soltar el primero una

palabra que pudiera comprometerle, contentándose con caminar el uno al lado del otro y mirarse de soslayo como si midiesen sus respectivas fuerzas

Turbado y vacilante Cabrera, á quien nadie tachó nunca de tímido, y sintiendo que sus ideas se embrollaban, á causa tal vez de las repetidas libaciones que había hecho en el banquete con objeto de hablar más firme, dábase, no obstante, cuenta de lo crítico de las circunstancias, y, resuelto á explicarse, se esforzaba por encontrar el medio que le permitiera declarar sus pensamientos á la joven, cuyo despejo y tendencia á burlarse de todo le desconcertaban y hacían perder su habitual aplomo.

Fatigada Luisa por las emociones del día, nerviosa por la proximidad de una conversación inevitable, y convencida en su interior de que, por más que á todos pareciera bien lo que estaba haciendo, su conciencia lo rechazaba, ocurríale lo que suele pasar á las muchachas que acostumbran á tomar la vida en broma y á representar el papel de mujer experimentada, y es que en las circunstancias graves de su existencia se declaran incapaces de pronunciar palabra ni de resolver el conflicto por sí solas.

Llegados hasta el extremo de una de las galerías que rodeaban la escalera, y deteniéndose al pie de una estatua que representaba á la diosa Hebe en actitud de verter el néctar en una copa de oro, comenzó Pepe la conversación en estos términos:

—Tengo que darle á usted las gracias por haber venido esta noche, pues después del recado de Eduardo, no sabía si iba á resultar inútil una entrevista preparada con tantas dificultades.

—¿Con tantas dificultades? No parece sino que tie-

ne usted obstáculos para verme todos los días. Precisamente de mí sí que puede decirse que no hay función sin tarasca.

—Claro que para verla un momento, charlar con usted un rato, ó dar unas vueltas de vals, no son necesarios muchos memoriales; pero bien sabe usted que cuando se tiene que hablar en serio no es el terreno más apropósito un salón de baile, en que se cuentan los pasos que cada uno da y en que cualquiera tiene el derecho de interrumpir una conversación. Mucho más tratándose de usted, que siempre tiene á su alrededor esa corte de aduladores que ríe cuantas palabras pronuncia y celebra cuantos chistes se le ocurren.

—No sabía que mis amigos molestaban á usted, ni sospechaba que los cumplimientos que me dirigen le ofendieran; pero en adelante tendré buen cuidado, enseguida que le vea, de decir á todos que se retiren para que le quede el camino bien expedito.

—¿Ve usted? Otra cosa que temía eran sus burlas y que tomara usted en guasa cuanto le dijera.

—Bueno, pues ya me tiene usted más seria que una estaca y dispuesta á escucharle. El señor Cabrera tiene la palabra.

—¡Por Dios, *Lully!* No se burle usted ni juegue conmigo como con un monigote. Ya sé que vale usted mil veces más que yo, pero, precisamente por eso, sea generosa, y ya que adivina usted de lo que voy á hablarle, y casi, casi, es usted cómplice de los sucesos, si no me ayuda á desembuchar mi discurso, no me *azare* más de lo que lo estoy ya.

Pronunciadas estas palabras y comprendiendo la joven que de aquella vez no tenía remedio la cosa, y

que había llegado la hora suprema de la resolución, comenzó á ponerse cada vez más seria y á reconcentrarse en sí misma todo lo que las fatigas de la tarde, los vapores de la comida, lo caldeado de la atmósfera y la proximidad, cada vez más cercana, de Pepe, que como sabemos era un buen mozo, le permitieron.

En tanto, Cabrera proseguía su discurso, ó por mejor decir, le comenzaba, aunque no respondamos de que le resultara tan claro y sin interrupciones como á continuación se copia.

—Mire usted, *Lully*, hablemos una vez formales y pongamos los puntos sobre las íes para no equivocarnos en adelante. Ya sabe usted, porque se lo he dado á entender antes una porción de veces, que la quiero á usted con toda mi alma, y que aunque nuestros genios no parecen los más propios para completarse, he llegado á adquirir el convencimiento de que sin usted no podré ser feliz, ni encontraré verdadera satisfacción de aquí en adelante. Usted para mí es hoy todo, y cada vez que pienso en lo nada que yo valgo, me avergüenzo por mi falta de escrúpulos en atreverme á solicitarla por mujer, aunque, si alguna vez tiene disculpa la osadía, yo me encuentro en ese caso, porque fiándome de las apariencias, he creído que no le era á usted indiferente y nunca me ha parecido que usted juzgaba mal mis intenciones. No sé si me he equivocado, pero por eso precisamente va usted á hacerme el favor de sacarme de dudas y de decirme en una palabra si me quiere usted ó no.

—Pero, Pepe, ¿habla usted en serio,—contestó *Lully* en voz muy baja, como si cada palabra se le atravesara en la garganta y antes de pronunciarla

quisiera apreciar su importancia.—Mire usted que todas esas cosas, en cuanto pasan de coqueteos y tonterías, toman un carácter muy grave, y, francamente se lo digo, conforme no me importa nada pasar el rato charlando con un muchacho, aunque digan de mí lo que quieran, no encuentro que sea posible llegar á mayores sin antes haberlo pensado mucho y tomar una resolución definitiva.

—¿Se figura usted que no lo he pensado yo, cuando precisamente de dos meses á esta parte no discurro sobre otra cosa? Créame usted, porque no soy de los que acostumbran á faltar á su palabra, que la adoro sobre todo lo que hoy conozco, y que si usted me da alguna esperanza de corresponder á mi cariño, me hará el hombre más feliz de la tierra.

—¡No vaya usted tan aprisa, por Dios! Adorar, querer, eso es demasiado, y no sé si usted mismo siente todo eso completamente.

—Luisa...—interrumpió Cabrera.

—No, no, si no lo digo para que comience á hacer protestas y á ponderar su pasión; es que me respondo á mí misma. Usted me es muy simpático, eso no se lo puedo negar; sí, muy simpático; es usted buen chico y no creo imposible llegar á enamorarme de usted; pero ¿quién me asegura de que ese cariño que tanto ensalza no será un capricho más de los que tanto han dado que hablar en Madrid?

—Mis palabras—repuso Pepe,—pues nunca he hablado á nadie con la claridad y la franqueza con que lo estoy haciendo ahora. Porque la diferencia es que las otras veces me ha parecido que me enamoraba, y hoy, ahora, estoy seguro de ello, porque nunca he visto una mujer tan bonita, ni tan lista, ni tan retrechera como usted, Luisa; porque sus mismos defectos, su orgullo, su guasa, son otras cualidades más que yo admiro en usted; porque cuando usted quiere humillar mi amor propio, en lugar de avergonzarme, me aguija para que mi pasión y mi deseo se recrudezcan y para que no quede una sola parte de mi ser que no sienta la necesidad de su cariño.

—¡Quite usted *jierro*, hombre, que me va usted á hacer creer que soy una criatura del otro jueves!

—¿Y quién se lo podrá figurar con más razón que usted? ¿No tiene todo lo que en este mundo vale y no lo tiene todo por arrobas? ¿Hay una muchacha más bonita, más elegante, más lista, más graciosa, mejor nacida ni más salada que *Lully* Arjona?

—¿Y hay un hombre más tonto, más presumido y más embustero que Pepe Cabrera?—contestó alegre la muchacha al oir tan estupendo elogio.

—Pues ese tonto, ese presumido, ese embustero está aquí medio muerto de miedo, temblando como un estudiante que hace su primera declaración, y turulato de cariño, esperando que una mujer le saque de penas ó le acabe de volver más loco todavía de lo que ya está.

¿Era sincero Pepe al hablar de aquella manera? ¿Se había equivocado *Lully* al juzgarle como frívolo y poco inteligente? ¿Eran sus razones de necio ó, por el contrario, anunciaban un hombre formal? Todas estas preguntas é infinitas más acudieron en un momento al ánimo de Luisa, incapaz ya de medir sus juicios, pues no sentía otra cosa sino una gran sequedad en la boca que le impedía casi mover los labios, un cansancio indescriptible en todo su cuerpo y un calor insoportable, al mismo tiempo que una timidez tan

grande que no sólo se encontraba desconcertada por completo, sino que le hubiera sido difícil realizar el menor movimiento.

En tal estado, notó que Pepe, sin perder su elocuencia, se acercaba más á ella, hasta hacerle sentir su respiración agitada y el perfume de su persona, y el corazón de *Lully* comenzó á latir apresuradamente, al tiempo que alguien la cogía por las manos, que aún conservaba desnudas, y una voz entrecortada pronunciaba muy bajo las siguientes palabras, que resonaron en los oídos de Luisa como imperiosa demanda á que era imposible sustraerse:

—¿Me quieres, vida mía, me quieres?

Y *Lully,* sin darse casi cuenta de ello, como quien obedece á irresistible impulso, movió varias veces la cabeza, pronunciando algunas frases que no se pudieron oir, mientras que Pepe, aprovechándose de la turbación de la muchacha, cubría sus brazos de besos y murmuraba palabras sin sentido ninguno.

De tan crítica situación, en que los dos jóvenes llegaron á perder toda idea de tiempo y de lugar, vino á sacarles una ruidosa y alegre carcajada que rompió en un instante el encanto que ambos experimentaban.

Incorporóse Cabrera precipitadamente, mientras Luisa daba algunos pasos sin dirección, hasta que conocieron á *Eduardita,* que desde la galería opuesta y separado de ellos por el hueco de la escalera, movía los brazos como aspas de molino, agitando el pañuelo y retorciendo su cuerpo con la risa más franca y bulliciosa que puede imaginarse.

Llegado momentos antes para observar, por encargo de la Montalto, en qué paraba la ya larga conversación de Luisa y Pepe, había podido contemplar el expresivo final del coloquio de los novios, y en su alegría de parásito, al ver arreglada una unión de la que tanto podía prometerse, celebraba la nueva como si fuera el resultado de sus combinaciones ó todo el objetivo de su vida.

—Vaya, vaya, que os aproveche—chilló con todas sus fuerzas el amable chico,—y que sea por muchos años; pero no os atraquéis tanto, no os vaya á dar una indigestión.

Y gozoso con su chiste, á la vez que encantado al ver la cara de asombro de sus interlocutores (que le contemplaban como un aparecido del otro mundo), abandonó la galería, dejando que los nuevos amantes continuaran su interrumpida plática al pie de la estatua de Hebe, que parecía escanciar el néctar de la felicidad de su jarro de oro en honor de la amorosa pareja.

VII

Bien pronto se hicieron públicas las relaciones de Cabrera y Luisa Arjona, noticia que, si sorprendió á pocos, no dejó de causar envidias entre las mamás y niñas que habían considerado probable la pesca del flamante Pepe.

—Claro, por ahí tenía que acabar esa chiquilla. ¡Después de haberse divertido todo lo que le ha dado la gana, logró un millonario para realizar sus planes! ¡Si desde que se convenció de que Luis Urgell no es-

taba para ella, se propuso enganchar al primer rico que encontrara!—decían unas.

—¡Por supuesto que trabajo le mando con el dichoso Pepe, que además de tonto es mujeriego, y un día sí y el otro también coge cada *merluza* que canta el gallo!—añadían otras.

Donde la boda causó mayor alegría fué en la dilatada familia de Arjona, y después de algunas juntas y cabildeos, promovidos por la madre de la niña, resolvióse hacer entre todos un gran esfuerzo para que la cosa se llevara á cabo ostentosamente, y de manera que nadie pudiera decir que uno de los novios perdía en el contrato.

Desde luego, prometió la Montalto celebrar en su casa la ceremonia del casamiento, á que todo el mundo asistiría, contribuir con un donativo en metálico á los gastos del *trousseau*, regalar uno de sus aderezos á Luisa y cederle para sí y sus herederos el título de Condesa de Monsanto, vacante en la casa y que llevaba consigo Grandeza de España.

No menos espléndido el tío Carlos Paterno, ofreció pagar los derechos que la transmisión del condado exigiera, además de una presea de valor; la Marquesa de Arjona, por su parte, decidióse á enajenar una de sus escasas fincas de Andalucía para subvenir á los gastos que el matrimonio originara, y los otros parientes ofrecieron contribuir, cada cual según su fortuna, á la pompa y solemnidad de la ceremonia, diligencias todas que si obtuvieron el resultado que la Arjona deseaba, no libraron á esta señora de su correspondiente burleta, pues al poco tiempo de saberse el desprendimiento con que toda la familia había respondido á las demandas de la Marquesa, se desig-

naba á ésta por los salones con el expresivo mote de *El cepillo de las Ánimas*.

Mientras tanto, continuaban Luisa y Pepe, por solitarios paseos ó animadas tertulias, el idilio que comenzara al pie de la estatua de Hebe, vigilados de cerca por la intachable y honestísima D.ª Pura, que no hubiera consentido el más ligero ataque á la moral y buenas costumbres, y sin que el cerebro de *Lully* cesara de moverse, durante todo este tiempo, esforzándose por encontrar la solución mejor al problema que tenía entre manos.

Por breves instantes, las concertadas razones de Cabrera y el deseo de encontrar una disculpa á su conducta, hiciéronle creer que no era exacto el juicio que formara acerca de la capacidad de su pretendiente; con esta esperanza, procuró la joven tomar cuanto antes las medidas definitivas al caletre de Pepe, y con grandísima pena tuvo que convenir consigo misma en que los pensamientos y palabras de su novio no correspondían á las esperanzas que su declaración dejara concebir; que su amor, siendo sincero, quedábase en terreno poco elevado; que sus planes para el porvenir se reducían á establecer su casa en un pie de lujo que igualara á Luisa con las más encopetadas señoras de la corte; y que si en algunos momentos pensaba con seriedad, ó se perdía por los campos de la sensiblería, pronto volvía á su manera natural de hablar, género mixto de guasa y chicoleos, en que no era muy grande la variedad.

Concluir con Cabrera y devolverle su palabra fué cosa que le ocurrió á *Lully* más de una vez, después de empezadas sus relaciones; pero al pararse á considerar las consecuencias de tal acto, el enojo de su

madre, el rompimiento con sus parientes, la vuelta á su vida anterior con tanta contrariedad y pesadumbre, los chismes de la sociedad, y el porvenir de nuevo oscuro ante su vista, atemorizóse por primera vez en su existencia y dejó pasar el tiempo que cada día vino á crear mayores obstáculos para el rompimiento.

No necesitaba, por otra parte, la muchacha realizar grandes esfuerzos para mostrarse amable y cariñosa con Pepe, pues además de que la charla de éste, que si no era profunda resultaba divertida, la distraía lo bastante para no sentir el tiempo que pasaba á su lado, ejercía Cabrera cierta influencia sobre Luisa, que, sin llegar á producir otra vez á la chica la fuerte impresión que experimentara en casa de Montalto, hacíale perder en ocasiones el dominio sobre su persona y prescindir de su frialdad habitual, si bien, en elogio de nuestra heroína, debemos decir que nunca lograron tales sensaciones que *Lully* condescendiera con las solicitudes del indiscreto galán, y que sólo otorgó á éste favores insignificantes.

Cuando sobrevenía una de estas crisis, consideraba la Arjona que todos sus anteriores pesimismos y augurios no eran sino restos de aquel romanticismo pasado de moda que en un tiempo le hiciera cometer tantas simplezas; que el mundo, y dentro de él el matrimonio, resultaban muy distintos de como ella creía, y que no se necesitaba de tanto alambicamiento para quererse como Dios manda, siendo las cosas mucho más fáciles en la práctica que imaginadas en teoría.

Ocupar en la sociedad el puesto que creía corresponderle de derecho, tener una casa modelo de gusto

y de *confort*, en que recibir á todo el elemento que valiera y la divirtiese, ayudar á su familia en cuanto le fuera posible, y vivir al lado de un hombre elegante, bien educado y que la quería, no era un porvenir tan triste, sino, por el contrario, futuro envidiable que vendría á compensar los vulgares disgustos y continuas zozobras que habían entristecido la juventud de *Lully*.

Aunque aquélla sola fuera su suerte, podía darse por muy contenta; pero si además de tales bienes la Providencia le deparaba un hijo, un hijo solo, entonces sí que se consideraría feliz, y daría gracias á Dios, dedicando el resto de su vida á conseguir el perdón de haberse casado sin estar del todo enamorada de su marido.

Siempre fué Luisa amante de los niños, y siempre la miraron éstos como su favorecedora, hasta el extremo de hacerse tan popular y querida entre los hijos de sus amigas, que no había uno que no la conociera, y cada vez que se la encontraba no la llenase la cara de babas; verdad es que ella correspondía á tales demostraciones besuqueando á su vez á los pequeñuelos y gastándose cuanto dinero podía en comprarles juguetes y golosinas para conservar su reputación.

Con frecuencia se burlaban su madre y su hermano, diciéndole que el mejor día les llevaba á casa toda la Inclusa en peso, y echándole en cara que, siendo ella prototipo de aseo y de limpieza en su persona, no sintiera empacho en consentir que cualquier chico la ensuciara, sin reconocer excepciones, pues no se contentaba la Arjona con obsequiar á los niños finos y elegantes, sino que en cuanto veía por la calle una

criatura que llamara su atención, enseguida paraba á la madre ó á la criada con objeto de hacer algunas caricias al *bebé*, no librándose de tal costumbre con los chicos pobres, ni aun con los pequeños *golfos* que pululan por Madrid, y que, como es natural, conocían y saludaban todos á *la señorita Lully* en cuanto la veían aparecer por una calle.

Con tales antecedentes, puede imaginarse la mezcla de alegría y de emoción que causó en Luisa la idea de que, según todas las probabilidades, tendría ella con el tiempo un muñeco para ella sola, y ese muñeco nacido de su cuerpo y alimentado con su sangre. La sola posibilidad de tal dicha la encantaba de manera que, dejándose llevar, según costumbre, por su fogosa imaginación, olvidóse en un instante de todo para no pensar más que en el chico que quizás, es decir, quizás no, seguramente, tendría al poco tiempo de casarse

Un chico ó una chica, eso le daba lo mismo; pero un hijo á quien querer, y aquél sí que sería un amor sin reservas ni discusiones de ningún género

Hasta entonces los sentimientos de Luisa no habían encontrado sujeto en quien reconcentrarse ni objetivo hacia donde dirigirse.

Sólo con una persona, con su hermana Chucha, pobre jorobadita que adoraba á *Lully* y la consideraba como un ser bajado del cielo, llegó á confiarse Luisa y á clasificarla como muy superior al resto de su familia y de sus amigas, entablándose entre ambas un extraño cariño; pero ni la circunstancia de vivir siempre Chucha con su tía Lola, señora viuda de quien la Marquesa de Arjona esperaba que dejase á su hija segunda heredera de sus bienes, ni la de pasar grandes temporadas en el campo, permitieron á la mayor hacer de Jesusa una criatura á su gusto é inculcarle sus principios, limitándose á verla casi todos los días cuando estaba en Madrid ó á dirigirle largas cartas, en que ambas se contaban su vida, sin disimulos de ningún género, y en las que se reflejaba el talento de las dos, talento ayudado por la experiencia en *Lully* y embellecido por la ingenuidad en su pobre hermana.

Encontrábase, por consiguiente, la futura de Pepe en la situación más propicia para apasionarse de algún ser, y al presentársele la imagen de una criatura propia, fué tal la explosión de afectos que en su alma produjo aquel pensamiento que, determinándose desde entonces en un sujeto todos los deseos que alrededor de Luisa vagaban, no pensó en adelante ni discurrió cosa alguna que no fuera unida ó se relacionase de cualquier manera con su idea.

Guardóse muy bien de hacer á Cabrera la más ligera referencia, pues llegó á concluir que, si tenía un hijo, aquel hijo no debería vida, posición ni nada sino á ella sola y á su firmísima voluntad, pareciéndole que profanaba tan puro cariño si hablaba de él ó lo mezclaba con las relaciones, un tanto vulgares, que con su novio sostenía.

—Ya que yo—pensaba la muchacha—no he tenido la suerte de encontrar quien me guíe en este mundo, y buena ó mala me he creado á mí misma, sin que nadie penetrara en mi interior, toda esta experiencia y la que adquiriré en lo sucesivo me servirá para estudiar primero el alma de mi hijo, y moldearla después tan á mi gusto que venga á ser un retrato ó una reencarnación de *Lully*, pero sin las contrariedades que han entorpecido la libre eflorescencia de ésta.

Me haré la ilusión de que soy yo misma que por un milagro vuelvo á vivir, y llegaré á introducirme de manera en el espíritu de mi niño, que no habrá idea ni sentimiento que no me ocurra al propio tiempo que á él, y los que yo misma le infunda crecerán en su inteligencia como en terreno propio, llegando á constituir por este medio un ser superior que no encontrará sino bienandanza en la tierra, pues ya me cuidaré yo de irle apartando todos los abrojos que crezcan en su camino, para que no le hieran con sus espinas.

En tan serias reflexiones gastaba su tiempo *Lully*, sirviendo de contrapeso á los ratos en que su conciencia se erguía amenazadora, acusándola de dejarse comprar para poder concurrir al banquete social de una manera ostentosa, y presentándose como la mejor disculpa de su conducta, si bien en ocasiones llegaba á creer que superaba con mucho la tal disculpa, por lo elevado de su ideal, á las faltas que por la otra parte existieran, y que, después de todo, nadie, excepto Luisa, tendría que expiar.

VIII

Faltaba ya poco tiempo para la boda, comenzando el período febril de las compras, visitas y regalos, que no parece haber sido inventado sino para impedir á las personas el reflexionar acerca del grave paso que van á dar, cuando llegó á noticia de Pepe que en casa de Concha, una de las anticuarias más conocidas de

Madrid, estaba de venta un magnífico hilo de perla procedente del guardajoyas de altísima dama, á quien la pérdida de su fortuna ponía en el caso de deshacerse de tan valiosa presea, y sabiendo Cabrera que las perlas eran las piedras que *Lully* prefería, y que aquéllas salían á la venta en condiciones relativamente ventajosas, decidió regalarlas á su novia, si ésta las encontraba de su gusto.

Con dicho objeto combinaron ambos el encontrarse una tarde en casa de Concha, y, fijado el día, encaminóse Luisa á la tienda de la chamarilera, donde debía ir á buscarla su futuro, después de asistir á un almuerzo que sus amigos le daban para despedirle de la vida de soltero.

Era la chica de Arjona muy aficionada y bastante entendida en cosas de arte, merced á su buen gusto natural y á las lecciones de su pariente el Marqués de Mairena, asiduo visitante de todas las tiendas de antigüedades.

Por dicha razón, conocía y trataba á muchos anticuarios de Madrid, y sabedores éstos de cuanto pasa en la corte, apenas se hicieron públicas las relaciones de *Lully* con Cabrera, apresuráronse á felicitarla y á tratar á la joven con toda clase de miramientos, olfateando en ella una generosa parroquiana para el porvenir.

Conocidos los anteriores pormenores, no es de extrañar que la Concha recibiera á Luisa, cuando ésta se personó en la tienda, con interminables zalamerías, usando con ella el amable y confianzudo lenguaje que tales personas suelen emplear cuando quieren engatusar á un aficionado.

Con su cabello completamente blanco, sus faccio-

nes bastas pero regulares, sus ojuelos castaños que parecían estar en movimiento continuo, su pulcro traje negro, su delantal oscuro, su toquilla gris que dejaba ver al entreabrirse una larga y pesada cadena de oro sujeta al cuello, y los mitones, por los que asomaban los dedos cargados de sortijas, era la Concha un tipo muy conocido en Madrid y popular en el círculo de personas aficionadas á recorrer las tiendas de antigüedades.

Más de un Grande de España, y no por cierto de los modestos, gustaba de pasar una hora al día en íntima conversación con la chamarilera, tratándola con la mayor confianza, y su tertulia de seis á ocho se veía concurrida por individuos de diferentes clases, no siendo raro ver estacionados á dicha hora á la puerta de la tienda tres ó cuatro coches, cuyas blasonadas portezuelas anunciaban la calidad de los contertulios de la ilustre Concha.

—¡Cuánto bueno por mi casa, señorita *Lully!*—exclamó gozosa la anticuaria cuando vió aparecer á la muchacha.—Pase usted, pase usted por aquí, que están el Sr. Marqués y D. Lino. ¡Verá qué preciosidad me acaban de traer! ¡Están los dos encantados con ella! ¡Por Dios, no se caiga usted!—exclamó al notar que Luisa tropezaba con una mesa cargada de objetos.—No, no se moleste que ya lo recogeré yo. ¿Ve usted bien? Vamos, aquí tiene á su tío.

Y así hablando y riendo acompañó á la joven hasta una especie de gabinete que formaba la mitad de la trastienda, donde cómodamente instalados, el uno en un sitial gótico de prolija labor y el otro en un butacón que nada tenía de notable, pero sí de cómodo, charlaban los dos arqueólogos cerca del enorme brasero, en cuyo pie dormitaba muy á gusto un blanquísimo gatazo.

Después de besar á su tío y estrechar la mano de su interlocutor, acercóse Luisa el primer asiento que encontró vacío, y antes de entrar en conversación con los dos sabios, entretúvose en recorrer con la vista toda la tienda para descubrir si había algún mueble nuevo, mientras la seráfica D.ª Pura, que se las echaba de conocedora en cuadros, permanecía como en éxtasis delante de uno muy borroso, de cuyo asunto no pudo darse bien cuenta al principio, pero en el que bien pronto y con gran sonrojo advirtió que se trataba de una fresquísima y descarada Leda, que estrechaba amorosamente contra su seno al famoso cisne.

Adornaban el sitio donde la Concha llevó á *Lully* los objetos más preciosos de la colección de aquella; bordados, encajes, esmaltes, piezas de oro y de plata, antiquísimas esculturas, algunas tablas escogidas, libros raros y dos ó tres vitrinas repletas de alhajas antiguas y modernas que constituían por sí solas un importante capital.

Nada de aquello parecía, sin embargo, excitar la curiosidad de los dos caballeros, que continuaban su charla, mirando á menudo un envoltorio que tenían delante colocado sobre una mesita *Imperio.*

Únicamente cuando la anticuaria volvió, al cabo de unos minutos, trayendo con gran cuidado una caja de cartón, bastante estropeada por cierto, se dignaron interrumpir la plática con objeto de prestar oído á las palabras de la chamarilera.

—Aquí tienen ustedes—comenzó ésta tomando la voz de las grandes solemnidades—el famoso collar de

que les he hablado, y que yo daría de balde aunque no fuese más que para irme una noche de tapadillo al Teatro Real y verlo lucir en el escote más bonito de todo Madrid. Hasta ahora no lo han visto más que el Duque de Urgell, el señorito Cabrera y estos pobres ojos que se ha de comer la tierra.

—Veamos, que ya tengo curiosidad de admirar las perlas—interrumpió el Marqués, cuya figura distinguidísima, largas y cuidadas melenas, semblante regular y elegantes modales contribuían á aumentar el agrado que su conversación y finura producían en cuantos le escuchaban.

—Según dicen—observó su compañero, - este hilo perteneció á la famosa Carolina de Nápoles, que se lo dió á su hija María Cristina al venir á Madrid, y si la memoria no me es infiel, debe acompañar al collar un broche compuesto de una esmeralda rodeada de brillantes, con una M y una C de diamantitos chicos.

—Mire y cómo está enterado de todo D. Lino—dijo Concha.—¡Pues es verdad! Y el broche existe, sólo que cuando me trajeron la alhaja le faltaban unas chispitas y lo tengo aparte para componerlo; por eso ven ustedes ahora ese nudo tan chapucero, pero las perlas no pierden nada. Vamos, Sr. Marqués, ¿qué le parece el hilito?

—No está mal, no está mal—repuso el señor, cogiendo el collar entre sus afilados dedos;—la igualdad no es tan grande como fuera de desear hoy día, pero hay algunas muy hermosas y bastantes en número.

—Ciento cuarenta y siete entre todas; de modo que puede dar una vuelta al cuello y caer después cerca de la cintura.

—No tanto, mujer; vamos, niña, haz el favor de

probártelo para que veamos lo refea que estás con él; aguarda, yo te ayudaré. ¿Ves? Así, así; ven que te mires un poco.

Y levantándose del butacón, llevó á su sobrina delante de una cornucopia que reflejó el hermosísimo busto de la chica, donde lucían las perlas como en su terreno más apropiado.

Sonrió halagada *Lully* al encontrarse tan bonita, y dirigiéndose á su tío, exclamó alegremente:

—¿Verdad que son preciosas? Ya sabía este demonio de Concha lo que se hacía cuando fué á Pepe con el soplo. Por supuesto que es un escándalo lo que pide por ellas, y que tendrás tú que intervenir, porque como tu futuro sobrino no entiende una palabra de esto, le engañarán como un chino.

—Déjale, déjale, que demasiado sabe lo que tiene que hacer—repuso el tío un tanto distraído, acariciando las perlas del collar, mientras paseaba la vista á lo largo del hilo para formular su opinión definitiva;—y la cosa lo vale; después de todo, ¡qué demonio! si él no se corre, no sé quién puede hacerlo mejor, ni con menos molestia. Pero no te preocupes de hilos, ni te mires tanto al espejo, porque aún estás bastante aceptable para que te tomen como eres, con perlas y sin ellas—concluyó el tío haciendo algunos mimos á *Lully*.

—Mira—prosiguió al cabo de un rato, instalándose de nuevo al lado del brasero,—más que tu collar y que todo lo que tiene aquí Concha, me gusta lo que está dentro de ese envoltorio, que le han traído hoy de un convento de Sevilla. Yo no recuerdo haber visto en mi vida una cosa mejor—y apartando los papeles que ocultaban aquella maravilla, tomó en sus ma-

nos un objeto que acercó de pronto á Luisa y causó en ésta tal impresión que no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa, al que contestó el Marqués con sonora carcajada.

—¡Lo ves!—repetía entusiasmado el buen señor.—¿Cómo á ti también te ha producido asombro y hecho creer que tenías delante un chiquillo vivo? ¡No puede llegarse más allá en escultura!

Razón tenía el sabio Maireña en alabar de aquel modo la obra de arte, que representaba un niño Jesús de talla, completamente desnudo, y tan perfecto en sus proporciones, con tan dulce expresión en la cara y tanta gracia en la actitud que, unido esto al suave colorido que lo animaba, constituían de él un ejemplar único en su género.

Ideado para descansar en alguna cuna, ó en un montoncito de paja, parecía, mejor que un divino Jesús, criatura de carne y hueso que, después de regalado sueño, se despertaba de buen humor, gozando de la libertad que se le ofrecía, encogiendo un poco las piernecitas, mientras que con los brazos extendidos semejaba esperar un beso.

Puesto encima de la mesa *Imperio*, y descansando sobre unos cuantos trapos y papeles, hacía el efecto de un precioso niño, abandonado en la calle por alguna desgraciada, al cual la caridad de aquellos señores había conducido á la tienda, y que miraba en torno de sí con una sonrisa inefable que producía hondísima impresión en cuantos la contemplaban.

Absorta Luisa, cuyo natural buen gusto no podía permanecer indiferente ante una cosa tan perfecta, y conmovida en lo más íntimo de su ser ante la vista de la criatura que por singular coincidencia venía á re-

sumir el fruto de sus últimas cavilaciones y el objeto de todas sus esperanzas, permaneció algunos instantes en contemplación extática del Jesús, que la miraba sonriéndose, como si adivinara y comprendiese sus ansias.

—¿Tenía yo razón al ponderarte el chiquillo?—preguntó gozoso el arqueólogo.—Á mi modo de ver no puede ser esta preciosidad sino obra de la Roldana, pues tiene toda la manera de hacer y de infundir vida á sus obras que poseía la eximia D.ª Luisa, aunque tal vez me equivoque, según afirma D. Lino.

—Y lo repito—arguyó éste mezclándose en la conversación,—porque vamos á ver, señor mío, ¿no se lee bien claro aquí, debajo de este rizo, año de 1658, y no nació D.ª Luisa en 1856? ¿Pues cómo pudo hacer esto de edad de dos años, y cuánto más probable no es que se trate de una de las últimas maravillas del divino Montañés, muerto al año siguiente?

—Bueno, bueno, ya discutiremos eso cuando estemos solos; pero ahora vale más que suspendamos la disputa, en honor de mi sobrina, á quien no creo que tales disquisiciones diviertan. Mujer, ¿tanto te gusta el niño que no le quitas ojo? Pues mira, si de veras te agrada, te lo regalo para adorno de tu nueva casa. Quiere decirse que como tú te podrás comprar las alhajas que quieras, de nada servirá que yo te dé una porquería, mientras que probablemente no volverás á encontrar una obra tan notable como ésta.

—Lo que no encontraré de seguro—repuso conmovida la joven—es una cosa que me guste y te agradezca más, ni un tío más cariñoso y bueno que tú.

—¡Bueno va! ¡Ahora un chaparrón de flores! Pero

gracias que aquí viene tu novio y por fuerza habrás de detenerte en tus demostraciones, si no quieres verme obligado á acudir al campo del honor.

Sin hacer caso de las bromas del Marqués, colgóse *Lully* de su cuello y le plantó un sonoro beso en cada una de las mejillas, á tiempo que entraba su futuro esposo, tan correcto como de costumbre, aunque más colorado y con los ojos más brillantes que otras veces.

Saludó Pepe cortésmente al señor mayor, inclinóse delante de D. Lino y, después de dirigir una confianzuda sonrisa á la Concha, tendió la mano á su novia, reteniendo la de ésta algunos segundos más de lo que permite la etiqueta, hasta que la muchaeha la retiró.

—No hay que preguntar—dijo Cabrera—si le ha gustado á la niña el hilo, puesto que lo veo donde mejor puede estar; así que me alegro de haber acertado en una cosa.

—Es hermosísimo—replicó *Lully*,—y lo único que me parece es demasiado caro, pues á este paso van á decir que te arruino antes de la boda.

—No te preocupes, que todavía queda tela en casa, y con que estés tu contenta, también lo estoy yo—exclamó Cabrera, comiéndose con los ojos el cuerpo y el talle de la joven.

—Vaya, vaya—dijo en esto el Marqués abandonando su asiento,—dejemos arrullarse á este par de tórtolos y vamos á ver arriba esa sillería Luis XV que me ha dicho Concha que le trajo ayer Andresillo de su última excursión por la provincia de Guadalajara.

—Es verdad, Sr. Marqués, que ya se me olvidaba. ¡Y cómo se acuerda usted de todo lo que se le dice!

Magnífica es la tal sillería, toda de tapiz y que parece que no le ha dado la luz por lo bien que se conserva. Señorita *Lully*, á usted, que pone ahora casa, le vendría de perillas y no quiero que se marche usted sin verla.

—Bueno, ahora iremos—repuso la aludida.

—Ya sabe, por la escalera á mano derecha, y tenga mucho cuidado en no darse un porrazo, porque no se ve gota y estamos sin luz.

—Bueno, bueno.

—¡Áh! se me olvidaba: arriba le enseñaré el broche del collar, que lo tiene guardado Domingo.

Y repitiendo sus recomendaciones; desapareció la anticuaria, dejando solos á los dos amantes, ya que la frágil D.ª Pura hacía tiempo que se había declarado vencida por su eterno enemigo y dormitaba en un sillón, soñando acaso con que la Leda del cuadro era su retrato y que algún demonio se había entretenido en copiar sus bellezas más recónditas para escandalizar á los hombres é inducirles al pecado.

—Hija, creí que no llegaba—murmuraba entre tanto Cabrera, expresándose con alguna dificultad y cogiendo una de las manos de la muchacha.—Figúrate que estaba allí todo el mundo; ¡qué se yo! tus primos, los Extremeras, Luis Urgell, *Eduardita*, Perico Montoro, Josito Riofrío, en fin, la mar, y al majadero de Bernardino se le ha ocurrido obsequiarnos después de la comida con unos *drinks* nuevos que le ha mandado Gabriel Niño desde Washington, con lo cual excuso decirte que se han achispado todos, y yo gracias á que no he hecho más que mojar los labios, que si no me quedo debajo de la mesa como el

pobre Eduardo, que dormía á pierna suelta cuando me marché.

—No sé cómo os divertís—contestó *Lully* separando su mano de la de Pepe para quitarse el collar y entreteniéndose en jugar con éste mientras hablaba—comiendo y bebiendo como unos bárbaros, para venir después apestando á vino desde una legua, como estás tú hoy.

—Si te digo que no le he probado, porque no tenía sosiego hasta verte y me han aburrido tomándome el pelo durante la comida, diciéndome que me entraba el amor como á los criados, que no hablan más que de su cariño y se les olvida poner las servilletas en la mesa, ó vierten las salsas en la espalda de los convidados.

—¡Hombre, qué chistosos! ¿Y de quién ha salido esa gracia? Pues mira, más valía que ellos se enamoraran de algo, aunque fuera como dicen, que no estar haciendo los primos con todas esas estantiguas que desacreditan el gusto de Madrid.

—Pero si tienen razón, chiquilla, si te quiero como yo creía que no se podía querer á nadie, si me tienes tan abrasado que si acercas una cerilla me ves arder ahora mismo.

—¿Y con quién iba á casarme entonces? No; más vale que vivas y que siempre pienses como estás hablando en este momento. Y á propósito de boda, te voy á enseñar el regalo que me ha hecho esta tarde el tío, á ver si te gusta.

Al decir esto, tomó en sus brazos el niño Jesús, como si se tratara de una criatura viva, y mostrándolo á Cabrera, añadió:

—Yo no he visto una cosa más bonita, y estoy encantada con mi niño. ¿Qué te parece?

—Realmente es una obra de arte—permitióse decir Pepe, aunque sin gran entusiasmo y con cierta timidez;—tiene vida y parece que está vivo.

—¿Verdad?—exclamó Luisa.—Lo mismo he dicho yo cuando me lo enseñaron. ¡Qué monos son los niños!—continuó la joven como si pensara en voz alta.—¡Y qué lástima da que se hagan grandes y proporcionen tantos disgustos á las personas que los quieren!

—Por eso es bueno no tener muchos, porque cuantos más son, hay mayores probabilidades de que alguno se tuerza.

—Hombre, muchos no; pero entre tener muchos y no tener ninguno, francamente, prefiero lo primero, sobre todo cuando se pueden mantener.

—Pues yo no, hija. ¡Vayan benditos de Dios! Y desde ahora renuncio á la dicha de ser padre, con tal de no verme rodeado de críos y de amas.

—¡Qué egoísta eres!—exclamó Luisa, cambiando repentinamente de voz y alejándose de Pepe.—¿De modo que, por conservar tu comodidad, escogerías el no tener ningún hijo, á verte obligado á sacrificarte por ellos?

—Vamos, mujer, no te enfades—repuso Cabrera al ver el enojo de su novia;—en cuanto digo algo te sulfuras enseguida y lo tomas como el mismo Evangelio, cuando si digo esas cosas es porque para mí no hay chicos ni grandes donde estás tú, ¡porque tú eres todo lo que hay para mí en el mundo!

—¡Cállate, y no digas mentiras!—gritó la muchacha sin deponer su enfado.—Lo que eres tú es lo que sois todos los hombres, unos embrollones sin pizca de corazón, que creen que han hecho un favor á Dios con venir á este mundo, y que la manera de indemnizarse

de tal castigo es pasar la vida en una *juerga* perpetua.

—¡Y yo que le voy á hacer, si no me gustan los chiquillos!—dijo Cabrera, deseoso de terminar la querella.

—¿No te gustan? Pues yo los adoro y no quiero que hables mal de ellos.

Y como sintiera la joven que, no obstante sus esfuerzos, asomaban las lágrimas á sus ojos, añadió rápidamente:

—¡Se acabó la pelea! Vamos arriba, que ya estarán esos señores murmurando de nuestra ausencia; sígueme y mira dónde pones el pie para no caerte.

Y sin esperar respuesta de Cabrera, metióse por el oscuro paso, desapareciendo al momento.

Habían causado las secas palabras de su futuro tan penosa impresión en el alma de Luisa, que, en cuanto pasó la puerta, apresuróse á secar sus húmedos ojos, y comenzó á ascender por la tortuosa escalera, pensando con desaliento en la profunda é irremediable diferencia que existía entre su modo de ver las cosas y el de Pepe, mientras seguía jugueteando con el hilo de perlas que sostenía en las manos.

Aún no había llegado á la mitad de su camino, cuando sintió detrás de la espalda una respiración anhelosa y unos pasos cada vez más cercanos, como de alguien que quería alcanzarla. Comprendiendo que era Pepe y sospechando las intenciones del mancebo, aceleró la joven su marcha; pero, adelantándodose Cabrera, ciñó con su brazo el talle de *Lully* y, atrayéndola hacia sí, murmuró en voz apasionada:

—¿Te has enfadado por lo que he dicho antes? ¡Tonta! ¡Si ha sido de broma y para ver qué cara ponías! ¿No sabes que te adoro? ¿Pues cómo había yo de fijarme en esas cosas sabiendo que te gustan? Tendremos todos los que quieras, y en prueba de ello toma...

Procuró Cabrera, al murmurar estas palabras, acercar su boca á la de Luisa, quien forcejeaba inútilmente por desprenderse de sus brazos, y sujetando con sus descomedidas manos el busto de la muchacha iba á conseguir su propósito, cuando sintió *Lully* de lleno en su rostro el avinado aliento que despedía Pepe, y experimentando una invencible repugnancia, apartóse hacia atrás bruscamente, al mismo tiempo que gritaba lo más alto que pudo:

—¡Concha! ¡Concha! ¡Una luz, pronto! ¡Conchaaa...!

Abriéronse unas puertas arriba y apareció la chamarilera, toda asustada, llevando una bujía, que alumbraba las inquietas fisonomías de D. Lino y del Marqués, y allá bajo despertóse D.ª Pura y comenzó á alborotar, creyendo que *Lully* se había puesto mala.

—Pronto—dijo Luisa,—baje usted, Concha, y usted, Pura, no se mueva de donde está, que va á pisar alguna.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Una tontería mía—repuso *Lully*, con voz nerviosa y agitada aún por la emoción.—Figúrese usted que venía jugando con el collar: se conoce que la seda estaba ya cortada y no sé qué movimiento he hecho que se ha roto y se han caído todas las perlas.

—¡Ave María purísima! ¡La Virgen de la Paloma nos valga! Pero ¡cómo se ha distraído usted así, cria-

tura!—exclamó la Concha, perdiendo algo de su finura y respeto tradicionales.—¡No se mueva usted, mujer,—prosiguió iracunda dirigiéndose á D.ª Pura, que quería subir á reunirse con su señorita;—que va usted á hacer algún estropicio, y vaya buscando perlas, que tienen que parecer todas aquí mismo.

—¿Cuántas había?—preguntó la *Carabina*.

—Ciento cuarenta y siete. ¿No lo ha oído usted antes?

—Pero ¿se han caído todas?—permitióse interrogar Pepe, muy colorado y contemplando con timidez la cara de su novia, pues, pasada su excitación, comprendía lo inconveniente de su conducta.

—Todas—repuso la joven secamente, siguiendo con los ojos los movimientos de sus compañeros, que iban recogiendo las preciosas piedras.—No queda más que el nudo.

Y mirando con fijeza á su prometido, mostróle el roto cordelillo, que ostentaba en su centro un confuso enredijo formado por descoloridos cintajos.

IX

Al fin llegó el día de la boda, y el palacio de Montalto abrió de par en par sus puertas, vistiéndose de gala y permitiendo admirar sus maravillas á lo mejorcito de Madrid.

En la parte que daba á la calle, y formando dos apretadas líneas que dejaban el paso necesario para los coches, agrupábase infinidad de gente deseosa de ver apearse á damas y caballeros; el zaguán, adornado con plantas y reposteros en que campeaban las armas de los Montaltos y de los Arjonas, no cesaba de resonar bajo las pisadas de los caballos y las ruedas de los carruajes que entraban por un lado y salían por otro, y al abrirse la enorme puerta de cristales que cubría el fondo podían admirar los curiosos el arranque de la majestuosa escalera en la que, vistiendo sus libreas de gala, daban guardia de honor los criados de la Marquesa.

Parada en el dintel del salón principal recibía ésta á sus invitados, admirando á todos ellos por la gallardía y majestad que, no obstante sus años, conservaba.

Los que llegaban, apenas estrechada la mano de la dueña de la casa, entreteníanse hablando en pequeños grupos é interrumpiendo la imponente calma del palacio con el rumor de sus conversaciones, parecido al susurrar de millones de abejas, que cada vez iba haciéndose mayor, hasta casi no poderse entender como no fuera gritando.

En el hueco que dejaban libre dos columnas apoyábase una muchacha, algo más gruesa de lo que está permitido á la juventud, en compañía de tres amigos que sin duda repetían algunas inconveniencias, á juzgar por la expresión de las personas más cercanas, que de cuando en cuando volvían la cabeza, poniendo una cara como si quisieran decir: ¡Qué criatura más tonta! ó aún mejor ¡Qué chicos tan mal educados!

—Oye, Pilar, estoy muy ofendido contigo—exclamaba uno del grupo.

—¡Qué estúpido! ¿Por qué?—contestó la aludida.

—Porque ya no me quieres.

—¿Que no te quiero? Pues hijo, ¡si estoy pensando en ti todo el día y toda la noche!

—No digas mentiras—repuso otro de los chicos,—que todo el mundo sabe que estás pirrada por el *Machaquito* desde la corrida pasada.

—¡Qué bruto eres! ¿Y eso es todo lo que habéis discurrido?

—¡No!—dijo el primero,—si por quien está loca es por el Hércules que trabaja ahora en el Circo y que tiene cada músculo que es una bestialidad.

—¡Ya quisiera alguno de vosotros parecerse á él!

—Oye tú—interrumpió el tercero,—¿es que te crees que somos de paja? Pues mira, no te enseño en este momento los míos porque hay gente, pero si quieres, tócame el brazo y verás si es duro ó blando.

—¡No tengo ganas de ensuciarme los dedos!

—¡Hola, Pilar! ¡Estás hoy más bellota que de costumbre!—fueron las primeras palabras del cuarto que se agregó al grupo.

—Como que ha venido á ver si pesca á alguien y se casa ahora mismo.

—Vamos, chica, confiesa que te gustaría ser hoy la novia.

—¡Qué colección de bestias sois!—contentóse con decir la joven, quien, con tal de verse rodeada de gente elegante, no reparaba en las cosas que oía.—¡Entre todos vosotros, si me dan á escoger, prefiero aquel criado bizco que nos está mirando!

Un poco más lejos discurrían media docena de personas.

—Pero, Angelita, ¡qué elegante y qué bien vestida! Yo creo que á usted le gusta llegar tarde para que todo el mundo la admire.

—¿Ya empieza usted á tomarme el pelo? Bueno, pues lo sufriré con paciencia.

—Si no es tomarle el pelo; ya sabe usted que mi admiración por su persona no reconoce límites.

—No hagas caso, Angelita—exclamó otra de las muchachas del grupo, mezclándose en la conversación,—porque ayer mismo nos dijo que parecías un lagarto con el traje que llevaste á la Exposición, y que te iba á hacer una caricatura con él.

—¡Tiene gracia! ¡Hombre, hágala usted!

—Pero si nunca he pensado en ello y todo son habladurías de María.

—Sí, ¡bueno está usted! Yo ya no me atrevo á moverme ni á decir nada por miedo á que me copie aún más, porque me ha cogido tan bien ¿verdad? que ahora es cuando noto yo mis defectos.

—¡Vaya por Dios! Si empiezan ustedes con elogios, me retiro por el foro. Hasta luego.

Pero el que triunfaba en toda la línea era *Eduardita*, que corría de un lado para otro, teniendo para cada persona una frase amable, confesando á dos ó tres de sus amigas, cumpliendo algún encargo de la Montalto, complaciéndose en servir de *cicerone* á los señores aficionados á cosas de arte, para que admiraran los cuadros y preciosidades que adornaban los salones apartados, y figurándose en su alegría que, si no era él uno de los novios, tenía por lo menos tan gran interés por ellos, que venía á ser algo como su pariente, formando parte integrante de su felicidad futura.

Avanzaba rápidamente el tiempo y ya se hacía difícil el tránsito por galerías y salones, cuando, promoviendo la curiosidad de todos y levantando halagadores murmullos á su paso, presentóse la Duquesa de Francavila radiante de elegancia, luciendo en la

garganta un hermoso collar de perlas, dándose aire de persona Real cuando menos, del brazo del Conde de Extremera y seguida de su hijo mayor, de su hija y de algunos amigos que le formaban una especie de corte.

Aquella aparatosa llegada tuvo la virtud de interrumpir por un momento las conversaciones de los convidados, que se agolparon á los calados balaustres de la escalera para admirar la distinción y el porte de quien por su nombre y méritos ocupaba uno de los lugares más elevados de la sociedad de Madrid.

Apenas había desaparecido la Duquesa entre la multitud, cuando corrió de grupo en grupo la voz de que la novia llegaba, y, efectivamente, ante la expectación de todos, apareció por fin *Lully*, conducida del brazo por el Duque de Urgell, que era quien como jefe de su casa hacía los honores á la de Arjona, acompañada de su madre, que llevaba por compañero á su futuro yerno, y seguida de algunos otros parientes.

Adelantóse la Montalto para abrazar á su sobrina, cuyas facciones se perdían detrás de los pliegues del velo que la cubría por completo, mientras se iniciaba en la concurrencia un movimiento general á fin de aproximarse para contemplar á la muchacha; pero ésta, después de corresponder á las demostraciones de su tía y estrechar la mano de los amigos más cercanos, encaminóse resueltamente hacia la capilla por entre la apretada masa de personas que se apartaba en dos filas para dejarla pasar, no sin dirigirle expresivos saludos ó cariñosas lisonjas al rozar sus trajes con el vestido de la desposada.

—Fíjate - decía una muchacha rubia y alta—en

que no lleva ni una alhaja, á pesar de que se las han regalado magníficas. En eso prueba su buen gusto. Yo, si me caso algún día, haré lo mismo y no me vestiré más que de blanco ó de negro, como ahora.

—¿Es algún voto?—preguntóle su interlocutor.

—¡Qué curioso! Pues sí es una promesa. Yo quería ofrecer hábito, pero mamá no me dejó, y entonces hice voto de no usar nunca más que esos dos colores.

—Pues hiciste bien, porque son los que mejor te van, y así te mortificas tú y sigues mareándonos á los demás.

—¡Cualquiera le iba á decir á esa niña—repetían en un corro más allá—que después de cumplir los treinta encontraría un marido joven, rico y guapo!

—La chica lo merece, porque es lista y vale mucho.

—Pero su hermano es un trueno, su hermana un monstruo, la madre una tonta, y ella no tiene una peseta, conque no sé á qué vienen tantos humos, pues no parece sino que se casa la Princesa de Asturias.

—Ella se dará los humos que quiera y hará divinamente, porque todos esos defectos que has dicho, en cuanto se tapan con dinero resultan cualidades, y ya verás cómo al cabo de un año Enrique empieza á sentar la cabeza, Chucha se casa, y la sociedad entera proclama á la pobre Juanita el talento mayor de Madrid.

—¡Ten cuidado!—exclamaba una señora gorda, ya entrada en años, que se esforzaba en avanzar contra la muchedumbre, auxiliada por un señor de edad, para ganar la puerta de la capilla,—porque te colocas de manera que recibo todos los empellones, y á pesar de eso no adelantamos nada.

—Mujer, ¿cómo quieres que entremos antes que lo hagan los novios y los padrinos?

—¡Si esos han entrado ya hace un siglo y deben estar casados hace una hora!

—¡Aprieta! ¿No ves allí por encima de la cabeza de Andrés la punta del velo de *Lully?* Mira, ahora se ve mejor, y aún les faltan cuatro ó cinco metros para llegar á la puerta.

—¡Es verdad! ¡Qué gentío hay allí! ¡Si pudiéramos entrar por otro lado! ¿No es aquella Chucha?

—¿Cuál?

—Aquella que está subida en el sillón viendo pasar el cortejo.

—Sí.

—Pues llámala, que ella nos guiará.

Efectivamente, encaramada en una butaca, junto á la pared, hallábase la pequeña de las chicas de Arjona, tan fatal de cuerpo como de cara, pues ocupados sin duda todos los de la casa con la *toilette* de *Lully*, habíanse distraído al elegir la de su hermana, y el raso color de rosa un tanto chillón del vestido, adornado con cintas blancas, producía un contraste lastimoso con la falta de color del rostro de la jorobadita y con su aire enfermizo.

Sin parecer preocuparse de su figura, como persona que ha renunciado desde larga fecha á toda clase de pretensiones, y sin que nadie hiciera caso de ella entre tanta mujer jóven y bonita, esforzábase Chucha, mostrando bien á las claras su emoción, en atisbar el paso de su hermana, cuando fué á llamarla el compañero de la señora gorda.

Contentóse la chica con responder afirmativamente, sin apartar la vista de la persona que excitaba su interés, poniéndose de puntillas sobre el sillón para contemplar por última vez la blanca silueta de *Lully*, y cuando ésta hubo desaparecido, bajó con ligereza de la butaca, yendo al encuentro de la señora gorda, que daba muestras evidentes de impaciencia.

—¡Hija, creí que no venías! Díme, ¿podríamos ver la boda desde algún otro sitio que no fuera la misma capilla? Porque con este gentío es inútil buscar sitio allí.

—No sé qué dirá la tía; pero si queréis venir conmigo á su cuarto, lo podréis ver desde la puerta que da á la alcoba. Yo pienso asistir desde allí, para no perder detalle.

—Pues vamos enseguida. Oye, ¿dónde se va Luisa por fin?

—No lo sé de fijo, pero creo que á Paris, deteniéndose uno ó dos días en Biarritz. ¿Verdad que está guapísima?

—Yo apenas la he visto.

—Pues yo la he ayudado á componerse, porque estaba tan *azarada* que no daba pie con bola.

—No tiene nada de particular, porque hoy es el día más solemne de su vida, y la mujer que no llega á conocerlo puede decirse que ha hecho su viaje en balde.

—¡Es verdad!—repuso tristemente la jorobada.—No hay nada más soso que una solterona; por eso no me casaré yo nunca, para que no me falte ninguna cualidad.

—¡Qué tontería, por Dios! ¡Mira tú por dónde sales ahora! ¡Si ya sabes que yo hablo por hablar!—exclamó apresuradamente la anchurosa señora, comprendiendo que había cometido una pifia.—Anda, anda, no digamos más simplezas y vamos á contemplar á tu hermana para ver cómo dice el *sí*.

X

Molestos, sin duda, por no haber encontrado asiento, y hartos ya, al cabo de un rato, de la imposibilidad de fumar, algunos muchachos abandonaron la galería que comunicaba con la capilla y se instalaron en la escalera, apresurándose á encender cigarros y comenzar animada conversación, sin ocuparse para nada del acto que á dos pasos de ellos se estaba celebrando.

—La verdad es—decía uno—que estas cosas impresionan y ponen la carne de gallina, pues sólo el pensar que tal vez me veré yo en un caso igual, hace que sienta una cosa que me sube y otra que me baja.

—¡Quién le había de decir á Pepe—añadía otro—que en un plazo tan corto iba á renunciar á su libertad, *colándose* de la manera que está, porque la verdad es que en este último mes no hacía nada con sosiego!

—Pues yo—repuso el más viejo del corro, que llamaba la atención por su gordura y atildamiento,—no pondría las manos en el fuego por que dentro de dos meses no vuelva el Pepito á las andadas.

—¡Hombre, y á propósito! ¿Qué se hizo de la Julia? ¿Ha terminado de veras con Pepe, ó sigue con él? Porque, según decía el interfecto, era la única mujer que había conseguido sacarle de sus casillas.

—No sé, pero lo que es ella es tan *arrancá*, que tengo la seguridad de que se la pegó desde el primer día.

—¡Como que no hay hombre en Madrid que no haya tenido que ver con la tal prójima!

—Por cierto que es muy curioso lo que me ha contado otra chica que vive en la misma calle que Julia, y es que el sereno de ambas estaba subvencionado, no sólo por Cabrera, sino por los demás contribuyentes, y cuando Pepe se iba, avisaba enseguida al de tanda.

—Eso no tiene nada de particular, porque la Julia es de oro.

—Pero ¡guapa!, eso sí; tiene un cuerpo que me río yo de los peces de colores.

—No, no creas que es para tanto; ya se va poniendo un poco fondona y le cuelga todo.

—Oye tú, no digas tonterías.

En aquel momento apareció *Eduardita*, colorado como un pavo y soplando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Qué barbaridad, qué calor!—comenzó diciendo.—¡Y esa misa no se acaba nunca! ¡Javier, haz el favor de un cigarro! ¿Habéis visto á Pepe? Está superior con esa especie de mantilla que le han puesto y que parece que va á ir á los toros.

—¡No sabe el pobre la que le aguarda!

—¿Falta mucho?

—No sé, si yo creía que iba á ser muy corto, como fué la boda de Vicenta; pero esto va durando más que un par de botas.

—Oye, Eduardo, ¿podrás venir esta noche á casa á jugar al *pocker?*—preguntóle un muchacho alto, bien parecido, con el rostro limpio de pelos, lo cual le daba cierto aire de doméstico de buena casa.

—Creo que sí, pero lo que no puedo decirte es á

qué hora, porque voy á comer á casa de Urgell y después tengo que ir un rato á casa de Elvira, que me ha dicho que quiere arreglar unas comedias, de modo que lo que es hasta la una, lo menos, no me esperéis.

—Bueno, pues al pelo, porque Carlos y *Dick* tampoco vendrán antes.

—¿Tú vas, *Tommy*?—inquirió *Eduardita* de un sujeto que fumaba un puro, sentado en el último peldaño de la escalera.

—No puedo—contestó el aludido con voz un tanto cavernosa,—estoy citado con la Pepilla.

—Vaya, ¡que aproveche! Quiere decirse entonces que seremos siete.

—Mira, parece que empieza á salir gente—interrumpió alguno;—debe haberse acabado ya.

—No, si es Mercedes, que se conoce que se ha puesto mala.

—Claro, como que al demonio se le ocurre venir á estas cosas con esa tripa.

—¡El mejor día nos da el espectáculo en público!

—¡Qué más quisiera ella!

Apresuráronse todos á acudir en auxilio de la doliente señora, pero ésta rechazó sus ofrecimientos y se encaminó hacia las habitaciones de la dueña de la casa, apoyándose en el brazo de uno de los presentes, quien, á juzgar por el gesto que puso, no pareció muy encantado por aquella distinción.

—¡Ya ve usted!—repetía la dama al alejarse—yo no sé qué me ha sucedido, porque estoy buenísima; pero sentí así como un aturdimiento que me figuré que me iba á caer redonda. Debe haber sido algo neurótico, ¿no cree usted?

Al fin terminó la ceremonia y comenzó á salir poco

á poco la concurrencia, tornando á reproducirse el griterío y la bulla á medida que se vaciaba la capilla, donde las apreturas eran cada vez mayores, pues todos se empeñaban en llegar donde estaban los nuevos esposos para desearles toda suerte de prosperidades.

Las personas que abandonaban el sagrado recinto aparecían sofocadas, hablando á gritos, como si su contento no reconociera límites una vez transcurrido el período enojoso de la fiesta, y ya en la galería, dirigíanse al comedor de gala, enorme pieza que, con su mesa, sus espejos, sus flores y la fabulosa cantidad de variadísimos y suculentos manjares que se ofrecían á la vista, presentaba una serie de promesas de goces, tan agradables por lo menos como los que esperaban al reciente matrimonio.

Casi estaban desiertos los salones cuando salió éste, muy de bracero, seguido por la Montalto, los padrinos y un nutrido grupo de parientes, entre los cuales descollaba la Marquesa de Arjona que, no obstante estar contentísima, derramaba continuas y abundantes lágrimas, como si le sucediese una desgracia.

—Ha resultado una fiesta preciosa, y no te puedes figurar el efecto que hacía el verte arrodillada con el velo; en fin, una divinidad—aseguraba á Luisa una de sus primas.

—Oye, *Lully*—exclamó la Montalto,—vamos al comedor, y á ver si comes algo, porque debes tener una debilidad horrible.

—Y acuérdate—añadió la Marquesa de Arjona—de que no tienes más que el tiempo preciso de almorzar y ponerte otro vestido. Mira, Pepe, haz que coma, por que es capaz de irse al tren sin probar bocado.

—¡Aquí está la novia!—gritaron unos cuantos que había á la puerta del comedor.

—¡Que sea enhorabuena, *Lully!*

—¡Vaya una pareja igualita!

Y entre alabanzas, gritos y exclamaciones, fueron recorriendo Pepe y Luisa toda la mesa hasta colocarse de pie en uno de los extremos que quedaban libres.

Al cuarto de hora, y olvidados de los novios, que seguían en un rincón cambiando palabras en voz baja y atendidos cuidadosamente por un criado viejo, se entregaban todos los concurrentes á la dulce tarea de rellenar los estómagos, formando una gruesa cadena alrededor de la mesa, pasándose los platos unos á otros, y sin cesar de bromear ni de reir un momento.

—Este espectáculo enternece á cualquiera—decía un pollo elegante á una rubita de aspecto sentimental.

—Ya lo creo—le contestaba su interlocutora,—como que es lo que debíais hacer todos y sentar la cabeza.

—Pero si no pedimos otra cosa; proporciónanos á cada uno una novia, y ya verás cómo contraemos todos en un día.

—¿Para qué quieres que yo os proporcione nada? Me parece que sois bastante talludos para buscarla solitos.

—¡Es que á veces dais cada chasco! Y conste que no lo digo por ti, que eres un primor completo.

—¿De veras? Haz el favor de traerme un poco de salmón, y á ver si puedes *chipar* un pedazo de pan, que se me ha acabado.

—Si te lo traigo, ¿me contestarás á una pregunta?

—¡Ya lo creo, y á ciento! Con tal que me sirvas el *menu* completo, te estoy oyendo hasta la hora del juicio.

XI

¿Qué emociones agitaban mientras tanto el alma de Luisa?

Ni ella misma lo hubiera podido decir, pues desde hacía algún tiempo no le era posible darse cuenta de lo que sentía, apreciando tan sólo que su modo de ser se disponía á cambiar por completo, y que se abría una nueva fase de su existencia.

La agitación de los días anteriores á la boda llegó á producirle un estado de atontamiento tan completo que no parecía sino que cuanto ejecutaba lo hacía automáticamente y en virtud de recibido impulso. Aturdida por las protestas de Pepe, cada vez más ardientes y apasionadas, satisfecha en su vanidad por las atenciones de sus amigos y por las magnificencias que se desplegaban en su obsequio, y rendidas sus fuerzas por el trabajo cerebral que venían sosteniendo desde hacía algún tiempo, entregóse por fin á merced de la fortuna, y, renunciando á todo lo que representara energía, se dejó manejar por todos, con el solo deseo de que llegara aquella hora de tranquilidad que le prometían y por la que ella tanto suspiraba.

Sin darse bien cuenta de lo que á su alrededor sucedía, permitió que su hermana Chucha y algunas amigas la vistieran el día después de la boda, to-

mando parte en todas las ceremonias posteriores como si se tratara de un sueño.

Arrodillada delante del altar, y mientras su labios murmuraban maquinalmente algunas oraciones, esforzándose por recogerse y suplicar al Altísimo que la hiciera feliz, no consiguió dirigir sus pensamientos por el camino que ella quisiera, sufriendo continuas distracciones y molesta hasta el último extremo por el velo que llevaba prendido en la cabeza, que parecía querer escaparse, no obstante los numerosos alfileres con que Chucha lo sujetara, causando aquel temor tal impaciencia en *Lully*, que, sin poder contenerse, acudió diversas veces á sujetar con la mano el rebelde tul.

Cuando le ciñeron el yugo, figurósele que se ahogaba, pues en su vida había sentido más calor, y entretenida así con una porción de pequeñeces, hasta el fin de la ceremonia, sorprendióse no poco, cuando ésta terminó, de que tan pronto y tan sencillamente se hubiese llevado á cabo una cosa que ella creía era la más difícil y complicada del mundo.

En el mismo estado de ánimo, asistió después al almuerzo y á la despedida de los huéspedes de su tía, escuchando en todo este tiempo el dulce canturreo de las palabras de Pepe, en las que cada vez encontraba mayor atractivo, y sin las cuales creía que en adelante no era posible vivir.

Ya en la estación y ante la proximidad de la marcha, no pudo *Lully* contener sus nervios, y sin oir casi las recomendaciones de su madre ni las bromas de doble sentido de algunos íntimos, comenzó á pensar en lo agradable y natural que resultaría el abandonar á aquella gente y huir muy lejos, donde no fue-

ran á buscarla ni su madre, ni la Montalto, ni Cabrera; nada más fácil que poner en práctica su idea. Precisamente iba á salir un tren, de manera que no había más que subirse á él y echar á correr sin permitir que la detuviesen, dejando á todos con un palmo de narices.

Siguiendo su idea, contemplaba Luisa los departamentos, por cuyas iluminadas ventanillas asomaban las cabezas de los viajeros; allí, en aquella primera, no había nadie; allí iría ella muy solita, riéndose de los que se quedaban en tierra y figurándose la cara que pondría Pepe.

—Pero, mujer, ¿qué tienes?—preguntó cariñosamente Cabrera.—¡Si pareces una muerta! Estás amarilla; mira, súbete al vagón y abrígate, porque se ha levantado fresco y es lo más fácil del mundo pescar una pulmonía.

Aquella voz sacó á *Lully* de sus desvaríos, haciéndola descender á la realidad. ¡No más sueños, no más quimeras! ¡Lo inevitable, lo temido se había ya realizado y no tenía remedio! ¡Ni Dios mismo podía deshacerlo!

Sintió un gran frío en los pies y un sudorcillo helado que le humedecía las manos, y cubriéndose con el abrigo cuanto pudo, comenzó á despedirse lentamente de su familia, hasta que un silbido de la locomotora y la voz de un empleado le hicieron comprender que el tren iba á partir, por lo cual dirigióse presurosa á su departamento, al que subió ayudada por Cabrera.

No arrancó, sin embargo, la máquina tan pronto como creyeran, y considerando que aún tenía tiempo, asomóse la muchacha á la ventanilla, permaneciendo algunos momentos delante del grupo de amigos esta-

cionado frente á ella, sin que tanto á la viajera como á los del andén se les ocurriera nada que decir.

—¡Que no dejéis de telegrafiarme al llegar á Hendaya!—exclamó por fin la Marquesa de Arjona—y escribirme en cuanto podáis.

—No tengas cuidado; mañana desde Miranda te pondremos un parte que valdrá por un artículo de fondo—repuso su yerno sacando la cabeza por encima del hombro de *Lully*.

Al propio tiempo notó la muchacha que sus pies se encontraban con los de su marido y que el brazo de éste ceñía su talle.

En aquel instante silbó otra vez la locomotora y comenzó el tren á moverse pausadamente como si quisiera dar tiempo para oir las últimas palabras de los que se despedían. Inclinóse Luisa hacia fuera, contestando con la mano á los pañuelos que se agitaban cada vez más lejos, sin perder de vista la mancha negra que formaban sus allegados, como si temiera que al volverse iba á experimentar algún disgusto, cuando el brazo que oprimía su cintura aumentó su presión, mientras otro la sujetaba por el lado opuesto hasta el punto de privarla de toda acción, y por un movimiento brusco vióse sentada sobre las rodillas de Pepe, que murmuraba á su oído palabras ininteligibles.

Sin tratar siquiera de evitarlo, aproximóse la joven á Cabrera, y los labios de éste se unieron con los de *Lully* en un larguísimo beso.

—Por fin vas á saber cuánto te adoro, nenina mía—repetía en tanto Pepe, trastornado por el exceso de su emoción y sin darse cuenta de lo que decía. —Ya verás, *Lully* de mi alma, qué felices vamos á ser.

....



SEGUNDA PARTE

Carta de la Condesa de Monsanto á su hermana Cucha.

«*París, Julio.*

Ya me parece que te estoy oyendo, queridísima Chucha, quejarte y maldecir porque aún no he contestado á dos cartas tuyas, y hasta me figuro que el no haber recibido más epístolas obedece á estar picada cual una mona por mi indiferencia. Pero, criatura, ¿tú crees que una mujer casada se pertenece y puede robar dos horas al día á su marido? ¿Te imaginas que tengo un momento de reposo con esta vida de judíos errantes que llevamos desde hace cerca de un mes?

Si me preguntas qué es lo que he visto, no podré contestarte muy acorde, y si quieres que te diga lo que voy á hacer, me sumergirás en un mar de dudas, por lo cual, y si deseas recibir de cuando en cuando alguna carta mía, como en nuestros buenos tiempos,

déjame en libertad de escribirte lo que me dé la gana, conforme me vaya saliendo de la mollera y sin retóricas de ninguna clase.

¿Sabes una de las cosas que más me preocupan y de las que más presentes tengo en la memoria? Pues es el número de iglesias que no conocía y ahora he visitado. Con el oratorio nuevo de Biarritz, son ya treinta y seis. ¿Te extraña que me acuerde tan bien de esto? Pues te explicaré el misterio. Tú, como has sido siempre muy beata, no creerás en cuentos, así que si alguien te ha dicho que la primera vez que se entra en una iglesia se alcanzan las tres cosas que se piden, te reirás de mí y me echarás un sermón; pero yo tengo tanta fe en lo que acabo de decirte, que apenas veo una puerta que me parece de iglesia, me cuelo y empiezo á pedir una cosa, ó por mejor decir dos, que daría cuanto tengo por ver realizadas.

No vayas á imaginar por esto que echo algo de menos, pues no cambiaría mi vida en lo más mínimo, y lo único que me trae á mal traer es este jaleo que llevamos, este ir y venir por fondas y hoteles, este tratar á gentes nuevas. Yo no creía tan comunicativo á Pepe, así que me extrañó al principio la facilidad que tiene para hacer conocimientos en viaje, hasta tal punto ¿me prometes no reirte? que la primera trifulca matrimonial que hemos tenido ha sido por eso, pues yo en un rapto de celos manifesté á Pepe que la causa de sentirse tan parlanchín era que se aburría á mi lado y se le acababa la conversación. Como puedes suponer, la reyerta acabó de la manera más tierna, y los habladores vecinos tuvieron que aguantar desde Bruselas á Amberes el gorro mayor que deben haberles puesto mortales en toda su vida.

La verdad es que no sé cómo me quejo de mi marido, pues es más bueno que el pan, y en punto á generosidad, siempre tengo que contenerle, pues si le dejase volveríamos á Madrid para alojarnos en San Bernardino. La única falta que le encuentro, y de esa me alegraría que nunca se viese libre, es la de ser un poco demasiado sobón y querer estar siempre junto á mis faldas.

En fin, ahora que nos encontramos en París y que tenemos algunos amigos, á pesar de ser una estación tan muerta, empezaremos á hacer vida menos casera, y te escribiré más á menudo; y eso que las correrías que hemos empezado por mueblistas y tapiceros, para ir arreglando la casa de ahí, nos ocuparán mucho tiempo.

En este momento entra Pepe y empieza á hacer gansadas y á no dejarme acabar en paz. Quiere ver lo que llevo escrito, pero no le dejo, diciéndole que los secretos de dos damas son inviolables, con lo cual se ha retirado ofendido y le estoy viendo desde el espejo que hace mil visajes para distraerme, por lo que acabaré en estilo telegráfico.

Á la tía mil cosas; ayer escribí á mamá, y supongo que mañana ó pasado se recibirán en ésa los cajones de casa de *Maple;* díle que los coloquen en las habitaciones del piso principal que tienen llave, y que dé ésta al ínclito D. Mamerto.

Los Utreras te llevarán un vestido que me encargaste. Oye, ¿es verdad que Enrique coquetea con María Cañada? Porque me lo han dicho aquí Jaime y su mujer, que comieron ayer con nosotros. Me extraña, porque creí que aún seguía con la... ¡Ay, Jesús! ¡Dispensa, mujer, que se me ha ido la pluma por culpa de

este tonto, que hace que me olvide que estoy escribiendo á una soltera é inocente joven.

No dejes de contestarme largo y tendido, y cuéntame todos los chismes que sepas.

Muchos abrazos á todos y sabes te quiere de corazón tu hermana.—*J. Lully.*

Pepe quiere ponerte dos renglones para que no digas que es un cuñado grosero.

(Aquí de letra de Pepe.) Procura ¡oh incauta joven! aprovechar bien el tiempo que vas á pasar en ese aburrido poblacho llamado Zarauz, para pescar un novio guapo y rico que te haga saborear las inefables delicias que nosotros estamos gozando hoy. Esto te aconseja tu hermano y capellán.—*L. Pepe.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Julio.*

Aquí me tienes hecha una chamarilera, visitando todas las tiendas de antigüedades que hay y eligiendo pedazos de tela que me sirvan de modelos. Me engañan á veces, pero por lo general saco las cosas arregladas, y si no fuese por el dichoso cambio, hasta diría que he timado dos ó tres veces á estos sabios de aquí.

Las citadas ocupaciones no me impiden divertirme y acompañar á Pepe por teatros y espectáculos, pues siempre tengo un miedo horrible á que me la pegue con alguna de estas sacerdotisas que, en cuanto le ven, le echan cada ojo que instintivamente me hacen levantar la vista hasta su moño; pero, en buena hora lo diga, el tal marido es un mirlo blanco de su especie que las trata con olímpico desprecio, y aunque esto tal vez proceda de conocerlas demasiado á fondo, y de que ahora no está en París sino lo que pudiéramos llamar ganado de desecho de tienta y cerrado, todavía me hago ilusiones de que algo influye en su frialdad para con las demás este garabato que heredé de mi señora madre y que nunca me ponderó mi abuela, por lo cual está muy puesto en razón que yo lo haga.

A pesar de todo, hay momentos ¡ten cuidado porque voy á decir una herejía! en que echo de menos el estar ya instalada en mi casa y me acuerdo de ti, de Chucha (y eso que la muy indecente no me ha contestado aún á una carta que le escribí hace días), y siento la comezón de dejar á París y tomar el tren para daros un abrazo y volverme.

Todo esto son disparates y lo menos que te crees al leerlos es que se trata de una de aquellas *pelotillas* monstruo que yo te hacía cuando quería que me dieses una cosa. ¿Te acuerdas? El otro día me vino á la memoria la serie de trabajos que me costó hace dos años el conquistarte para que me dejases ir con Teresa y Luz á los toros de Bilbao ¡Hasta llegó día en que te leí íntegro el folletín de *La Correspondencia!*

Hablando de otra cosa, te diré que para disimular en lo posible los estragos de la edad, me dedico con desenfreno inaudito, como diría tu amigo el padre Carranza, á la inicua tarea de adornar la carne pecadora con toda suerte de galas y afeites, á fin de seducir mejor á los hombres. Worth, Doucet y Ferrière están en la actualidad trabajando para tu hijita y ya verás cosas bonitas este invierno y ya me verán los amigos todo lo que Dios me dió, pues las modas van

estando cada día más á mal con la decencia y las formas angulosas.

Á todos los que te encuentres, sin distinción de clases, les das recuerdos míos. Pepe me dice que le dispenses si no te escribe hoy, pero que lo hará mañana, y tú recibe un millón de besos de tu hija, que te adora.—*J. Lully*.

¡Ah, se me olvidaba! De tu pregunta no hay nada por la costa, ni moros ni cristianos, ni puede haberlos, ni es decente que los haya. ¿Crees que estoy á la altura de Trini Arévalo, que necesitó la mitad de tiempo que las demás para ver á los moros y en todas sus cosas demuestra un gusto excesivo por los partidos avanzados?»

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Zarauz, Agosto.*

Si te digo que hasta hoy no he tenido un momento libre, y que por una porción de circunstancias me ha sido imposible escribirte, no me vas á creer; así que prefiero no entrar en explicaciones y enviarte una carta tan larga y sustanciosa que te haga perdonar mis faltas, sin reservas mentales de ningún género.

Aquí me tienes desde hace unos ocho días, llevando la vida que de sobra conoces y atendiendo á tía Lola, que cada vez está peor de sus reúmas, todo lo cual ayuda á que me aburra como un sapo y á que viva sin vivir en mí, sino pensando continuamente en una oveja descarriada que lleva trazas de perder por esos mundos las pocas probabilidades que le quedaban de llegar á ser persona formal.

No te vas á ofender por lo que te diga, y no te herirá ello desde el momento que confiesas que eres feliz hasta casi reventar; pero ¡si vieras qué poco se parece todo lo que tú estás haciendo y lo que suelen hacer la mayoría de las chicas que se casan á lo que yo imagino que requiere el matrimonio reciente y á lo que contribuye á crear la felicidad futura!

Metafísica estáis, ¿no es verdad? Pues sí que lo estoy, porque ven acá, criatura, si el pretexto que ponéis para marcharos cien leguas de la familia es el de que nadie os moleste durante vuestra luna de miel, ¿por qué no os vais a un sitio tranquilito, ó si vais á una ciudad populosa, no os estáis unos días sin ver á todas esas personas que maldito lo que os interesan?

Como verás, el campo ofrece sus ventajas, y conmigo tiene el don de hacerme mirar las cosas por su lado criticable, cosa muy propia de una chiquilla que tiene tan contrahecha el alma como el cuerpo, según aseguraba ayer nuestra querida prima Mercedes, á quien sin duda le escuece todavía tu boda y el ver que está dándose de bofetadas con los treinta años sin que nadie le diga una palabra.

Lo cierto es que yo no sé por qué motivo, acaso sea por el que dice la primita, pero desde que he cumplido mis veinte me encuentro tan cambiada, que yo misma me asusto cuando leo tus cartas de soltera y las copias de las que yo te dirigía. La vejez, hija, la vejez que se acerca á pasos agigantados y que, como á las solteronas rancias, me va abriendo los ojos y soltando la lengua para devorar á todo el género humano.

El otro día me encontré camino de Orio con una gitana que me ofreció echarme la buena ventura, y yo, en lugar de oir lo que decía, empecé á correr, por-

que ya sabes el miedo que me dan todas esas gentes; la mujer, que lo vió, siguió dándome matraca hasta que ya harta la mandé á paseo con cajas destempladas, y entonces la muy indecente, poniéndose en jarras, me repuso: *¡Adió, princesa de la zangre, no tengas cuidiao que naide ze arrimará pa tu vera y te zecarás criando á tus zobrinos!*

Al principio me puse morada de rabia, pero luego comprendí la razón que tenía la condenada hembra y me reí de su profecía como una loca. ¡Conque ya lo sabes! Criar á tus chicos, ese es mi destino, y como lo mejor que podemos hacer es conformarnos con éste, aquí me tienes deseando que empiece á cumplirse el augurio. Nada, te figuras que soy la Inclusa y me entregas á la criatura toda flaca y hecha una lástima, como de seguro vendrá al mundo, y enseguida á tus viajes y á tus diversiones, ya que tanto te gustan, y á ver esas porquerías de que me hablas, que ya me cuidaré yo de que el sobrino no aprenda nada malo, ni se pierda por esa senda.

¡Cualquiera diría que te ríes al leer este párrafo! Pues no, señora, que hablo con toda formalidad y no me dicta nadie lo que voy escribiendo. Tú, como estabas embobada desde que comenzaste los amores con Pepe y nunca me has tratado bien á fondo, no sabes lo lista y experimentada que es tu hermana. ¡Algo bueno había de tener la infeliz!

Como no todo han de ser filosofías, te contaré algunos de los chismes que me pides, aunque ya conoces mi odio á la murmuración y á burlarse del prójimo; pero en honra tuya y en vista de que se acabó el caudal de mis metafísicas, faltaré por una sola vez á los preceptos divinos.

Lo de Enrique es mentira, porque María está muy entretenida aquí con un niño sevillano, pariente de los Utreras, que ha venido á pasar el verano y que dicen es muy rico. De figura no resulta mal.

Si se ha de creer á algunos, hay arregladas la friolera de catorce bodas; pero no sé si llegarán á la Vicaría más que una ó dos parejas. Las otras son nubes de verano que reconocen por causa el aburrimiento mutuo de bellas y donceles, delicado sentimiento que les obliga á declararse su estupendo amor, por aquello de que siempre resulta menos enojoso el aburrirse á dúo.

La mayoría de los muchachos rabian por irse á San Sebastián, pero vuelven de sus escapatorias y se dedican con furia al bailoteo; se preparan funciones en casa de Trini, y los que se precian de mejor informados aseguran que tendremos dos bailes, uno de ellos con trajes de percalina; en fin, una nube de promesas que animarán un poco nuestra tranquila vida.

No dirás que no estoy á la altura de un cronista de salones, con sus misterios y todo.

Ya creo que no me acuerdo de nada más. ¡Ah! sí, aguarda, terminaré con un *potin* que acaba de salir del horno.

Figúrate que estando ayer en casa de Pilar, á quien como sabes se le ha muerto el suegro, comenzábamos á aburrirnos, pues á nadie se le ocurría nada que decir, cuando uno empezó á hablar á la señora de la casa, de sus posesiones rústicas, acabando por preguntarle si pensaba ir este año á Navalmoral, cuando María Luisa Río exclamó de repente en voz muy alta, haciendo alarde de dama cosmopolita: «Mujer, sí que debes ir y así conocerás á la Reina Victo-

ria, que pasa allí todos los veranos en su castillo.»

Excuso decirte que la carcajada fué general, y que la pobre María Luisa se despidió enseguida más colorada que un cangrejo.

¡Ay! estoy toda pesarosa de haber llenado dos carillas con una serie tan grande de majaderías. ¡Con tal que te diviertan!

Me han dado memorias para ti casí todas las personas que están aquí, así que te las envío en masa para no dejarme alguna en el tintero, y tú recibe por separado muchas cosas de tu hermana.—*Chucha.*»

La Marquesa de Arjona á su hija Lully (1).

Madrid, Agosto.

«Queridísima *Lully* mía de mi alma: No sabes con cuánto gusto recibo tus cartas y cómo las leo y releo hasta casi sabérmelas de memoria.

Nada me sorprende la felicidad que hoy gozas, pues, como recordarás, yo te la predije de antemano, y ahora comprenderás, aunque acaso no lo confieses, lo falso de las ideas que antes tenías, y que supongo habrás concluído por mandar á paseo.

Tu suerte, ha sido muy grande, y, como puedes imaginar, nadie se alegra más de ello que yo, que después de tantos disgustos he tenido un rato bueno que me indemnice de aquéllos; pero ya que pasó y está lejos, debo decirte que en mucha parte se ha debido tu

(1) Al copiar esta carta suprimimos algunas faltas de ortografía que sin duda por escribir con mucha prisa se escaparon de la pluma de la Marquesa.

triunfo á la habilidad con que supiste llevar la cosa, sin regocijarte antes de tiempo y tratando á Pepe de la mejor manera para que se entusiasmara más y más.

Tengo la seguridad de que ahora acabarás de conquistarle por completo, sobre todo si viene pronto lo que tanto deseamos y si tú te tomas el trabajo de estudiar el carácter de tu marido, que te quiere mucho

Para conseguir tal resultado es muy bueno el viaje que estáis haciendo, en el cual os habréis de encontrar juntos casi siempre, por lo cual te harás cargo de lo inoportuna que resultaría la expedición de Chucha que me propones en tu última.

Además, ya sabes lo fatal que anda la pobre Lola, en términos que no me extrañaría cualquier percance, y en esas circunstancias ni conviene á Jesusita el dejarla, ni la tía lo vería con gusto, cuidada como está con tanto esmero.

Yo sigo asándome viva y esperando que Carmen acabe de tomar sus aguas para reunirnos en Sigüenza, si antes no ha ocurrido alguna novedad.

Nada me preocupa respecto de ti, ni de la otra, pero el gaznápiro de Enrique me tiene siempre con el alma en un hilo. Ahora está en San Sebastián, hasta dentro de unos días que irá á Bilbao y desde allí á pasar una semanita en Biarritz. Me han contado que tiene un *succès* loco y que la trinca de Mimí se lo disputa como pan bendito, lo cual no me choca, pues es tan majadero y ahora está tan guapo que comprendo que las mujeres hagan cualquier locura por él. ¡Si quisiera Dios que pensara una vez en su vida y se dedicase á buscar novia, tengo la seguridad de que se casaría aún mejor que tú!

Respecto de tus encargos, te diré que todos se han

cumplido al pie de la letra, aunque si me hicieras caso no cometerías la bobería de comprar esas antiguallas que te costarán un dineral y que la gente no aprecia después, sino que buscaría por ahí algo nuevo que luciera mucho más, ó, si te da por estilos, aunque eso resulta siempre carísimo, pondría tu casa de uno de esos Luises que ahora están de moda, como han hecho Trini y Manolita, y encargaría toda la obra á un tapicero bueno que te colocaría las sillas y hasta los tiestos, sin que tú tuvieras que sofocarte del modo que me dices, corriendo tiendas como si fueras un comisionista.

Eso se queda para el tío Mairena, y, francamente, si vas á poner tus cuartos como él tiene los suyos, sin poder dar un paso y llenos de cosas viejas, resultará una especie de *Rastro* grande, sin contar con el capital que representan y con que tus chicos, el día de mañana, maldecirán de tu memoria por dejarles una millonada en cosas que cuestan mucho cuando se compran y que cuando se quieren vender no tienen valor ninguno.

En fin, esto es meterme en honduras, y si Pepe lo leyera, tal vez diría que comienzo á ejercer mi papel de suegra; pero ya sabes que todo reconoce por causa el inmenso cariño que te tengo y el deseo de que tu inexperiencia de lo que es la vida no te haga cometer algunas simplezas.

En cambio, lo que me parece muy bien es que te diviertas lo que puedas en ese benditísimo París. ¡Cómo me divertí yo en mis tiempos de recién casada! Hace una friolera, treinta y cinco años, como quien dice. Entonces sí que había bulla y se tiraba el dinero á manos llenas. De seguro que si ahora fuera no sabría andar por ninguna parte. ¡Y cuidado que tu padre y yo recorrimos todos los sitios más misteriosos!..

Hoy habrá más diversiones aún, y no me parece mal que Pepe te lleve á todas partes, pues así comenzarás á estudiar lo que es el mundo; pero cuidado con correrla demasiado, no vayáis á hartaros de tanta felicidad.

Dale á tu marido un fuerte abrazo y díle que no tenga cuidado, pues me he cortado las uñas al rape.

Cuéntame toda tu vida y TODO, ¿entiendes bien? TODO lo que te pase.

Muchos besos de tu amantísima madre.—*Juana.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Chucha.

«*Brighton, Septiembre.*

¿En *Brighton*? ¡Pues sí, señora! Nos cansamos de París, y como para algo ha de servir el poder hacer uno su voluntad, nos trasladamos á esta playa, donde hay la mar de gente, y reina un viento tan fuerte que no hay sombreros ni cabezas que lo resistan.

La travesía fué fatal y Pepe y yo nos mareamos por completo. Yo, enmedio de mis angustias, aún tuve fuerzas para reirme de los tipos que iban en el vapor con nosotros, y de los extravagantes remedios que cada cual empleaba para combatir su mal; pero no me detengo en referírtelos, porque ocuparía mucho papel y quiero contarte otras cosas que nos han sucedido en los ocho días que estamos aquí.

Figúrate una playa enorme que se pierde de vista, subdividida en una porción de playitas pequeñas y

un sinnúmero de gentes de todas las clases que se pasan la vida delante del mar, bien en el paseo, bien en el *pier* aspirando el aire. Pues eso es *Brighton.*

Según parece, es la estación obligada por esta época de las *cocottes* que se estiman en algo, y, efectivamente, no dejas de ver mujeres, casi siempre rubias, que desde el traje fantástico hasta el sencillo *canotier*, ostentan cuantas *toilettes* pueden desearse.

Además, abundan las personas extraordinarias, y anteayer domingo, que como sabes es aquí día de gran recogimiento, presencié escenas muy divertidas. Pastores protestantes que, á imitación de Jesús, predicaban en una barca; mujeres que parecían venidas del otro mundo, cantando salmos enmedio de la calle al son de un órgano portátil; pudibundas *misses* que se ruborizan por cualquier cosa, presenciando impávidas las habilidades natatorias de una porción de muchachos casi desnudos por completo; y un sinnúmero de parejas que, ocultas detrás de una sombrilla ó prescindiendo de los millares de personas que pasaban á su lado, permanecían abrazados, unas veces sentaditos y otras tendidos á la larga sobre la mullida yerba.

A pesar de todo esto, tan nuevo para mí, y quizás por tal circunstancia, no sé qué tengo desde que desembarqué en Inglaterra, que estoy así como tristona. y debe ser que me dura aún la impresión de las montañas de la costa, que te hacen creer que llegas á un desierto ó á un lugar inhospitalario.

Acaso haya contribuído á esta mi inquina contra *Brighton* el suceso que me ocurrió el segundo día de mi llegada, y que me ha hecho formar muy triste idea de la circunspección británica.

Imagínate que nos habíamos quedado á almorzar en el primer hotel que encontramos á mano, porque el nuestro estaba muy lejos, y nos dió el capricho de entrar en uno de medio pelaje.

Ya llevaríamos diez minutos en la mesa sin haber hablado más que contadas palabras, cuando se me ocurrió mirar al otro extremo del salón, donde comían unas señoras viejas muy raras. Desde luego me chocó la cara extraordinaria que aquellas estantiguas pusieron al verme, y aun me pareció que una de ellas me hacía un rápido gesto que no pude entender; mas sospechando que todo eran aprensiones mías y que quizás la actitud de las señoras reconocía por causa mi insistencia en observarlas, volví los ojos al plato, adoptando un aire de dignidad muy propio de las circunstancias.

Sin embargo, como Pepe no se animaba y la curiosidad ha sido un vicio que nos perdió á todas, al poco rato comencé á mirar de reojo á mis vecinas, y entonces noté que discutían acaloradamente, dando muestras de gran irritación y señalándonos de cuando en cuando, sobre todo á mí. Confieso que entonces principié á perder mi aplomo, y como no recordaba tener nada que pudiera escandalizar á aquellas buenas puritanas, me volvía tarumba por encontrar el motivo de sus extremos.

De seguro que me marcho sin hallarle, si con un movimiento que la más vieja hizo no se hubiera dirigido hacia una ventana enfrente de la nuestra. Instintivamente volví la cabeza y enseguida me hice cargo de la escena y me puse más encarnada que una guinda.

En el último piso de una casita blanca, y asomada

á un balconcillo lleno de plantas y de flores, estaba una descaradísima mozuela, que al instante califiqué como la criatura peor del mundo, riéndose, enseñando unos dientes preciosos y haciendo toda clase de señas, ¿á quién dirás? Pues á mi señor esposo, que las recibía con sonrisa de satisfacción y contestaba á ellas alguna que otra vez.

Mira, en el primer momento sentí una conmoción tan grande que mis sienes comenzaron á retemblar, y después, con gran sorpresa mía, me quedé muy tranquila observando el manejo de los dos y sin encontrar una palabra que decir á Pepe. Me parecía que aquello era tan vulgar, tan grosero, tan indigno de mí, que hubiera creído rebajarme hasta la de la ventana si comienzo á increpar al ganso de mi marido. En lo único que me sentí mortificada hasta lo sumo fué en mi amor propio, al ver la compasión con que me consideraban mis vecinas, y la facilidad con que Pepe, que tan acostumbrado debía estar á cosas semejantes, se olvidaba de mi presencia hasta el punto de llamar la atención de los extraños.

Este último argumento me hizo salir de la reserva que me había jurado, y cuando las inglesas se fueron, ladrando en su idioma y volviendo la cabeza hacia nosotros, me contenté con decir á mi marido en tono muy seco:

—Oye, Pepe, cuando tengas gusto en reirte con alguien, aguardas á estar solo, y ya que te importa tan poco mi presencia, ten, por lo menos, el cuidado de no ponerme en ridículo delante de la gente, porque no estoy dispuesta á consentirlo.

Estas palabras cayeron sobre el infiel como una bomba y en su turbación no tuvo fuerzas siquiera para

negar el hecho, adoptando su cara un aspecto tan compungido y manifestando con sus palabras y sus miradas un arrepentimiento tan sincero, que confieso que me produjo lástima, no obstante mi ira, y hasta me dió gana de reir, pues entonces comprendí una vez más lo niño que es Pepe en el fondo y la irresponsabilidad que atenúa la mayor parte de sus actos.

La vanidad, ese pícaro vicio, el peor de todos, el que malogra los propósitos mejores, el que falsea las acciones más bellas, tiene como siempre la culpa del mal, y créete que si algún filósofo quisiera escribir un libro sobre la historia del género humano, tomando como explicación y punto de partida de toda ella la vanidad y el egoísmo, resultaría el trabajo más real que nunca se hubiera escrito.

No creas por tan sublimes expresiones que la cosa trajo cola, pues yo me apresuré á perdonar, rogando á Dios que no pasaran de aquello las infidelidades de mi marido, y maldiciendo de las vecinas curiosas que me habían proporcionado con sus aspavientos el primer disgusto de mi luna de miel; pero siempre impresiona el contemplar que los hombres son tan simples é inconscientes que, aun cuando estén gozando de la felicidad mayor á que pueden aspirar, se exponen á echar ésta por la ventana, ó á causar la desgracia de la mujer que adoran, con tal de no pasar por desagradecidos á los ojos de cualquier *piruja* que les pone la cara tierna ó les manifiesta su admiración por ellos.

¡Voy creyendo que todo aquello de la mujer de Putifar y de la capa fué una solemnísima mentira, pues nunca ha debido darse tal caso, y la prueba de ello es que la cosa se divulgó merced á la charla del inde-

cente José, que ya podía haberse callado sus *buenas fortunas* y no llenar el mundo con la fama de su virtud.

Ya supondrás que con tal *debut* mis ideas y mis impresiones sobre *Brighton* y su población pecan algo de parciales, y si te digo que prefiero cualquier playa de Francia, y hasta el mismo Zarauz, con su crema mística y todo, puede que te figures que aún respiro por los celos de la inmunda rubia de la ventana; pero, sea por una causa ú otra, la verdad es que esto no me choca nada, que la gente, con raras excepciones, me parece toda formada por honrados comerciantes, modistillas, devotos pastores y robustos *boys* que gustan de lucir su fuerza y musculatura cuantas veces les es dable.

En fin, mañana nos iremos á Londres, y al arrancar el tren, tal vez comenzaré á repetir el estribillo de una canción que cantaban anoche unos chicos por la calle:

¡Á Brighton, á Brighton,
Nunca más volveré!

J. Lully.

Excuso decirte que no enseñes á nadie esta carta, ó mejor que la rompas, para mayor seguridad.»

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Zarauz, Septiembre.*

¡Ya se fueron los elegantes! No quedamos aquí más que los inválidos, los desengañados del mundo, los que no cuentan con una peseta, ó los que reunimos

las tres cualidades antedichas. Esto tiene de bueno y de malo; de malo, porque hay momentos en que el aburrimiento se hace insoportable; de bueno, porque, á falta de individuos más ilustres que tratar, nos reunimos todos en una especie de tertulia casera en que se cortan sayos á cualquier infeliz, por indigno que sea de ello.

El otro día te tocó á ti en suerte, pues no sabes lo que tus actos preocupan á la gente, y creyendo que yo dormía como una bendita, se despacharon á su gusto, sin pensar que mi memoria es felicísima, cualidad de los tontos, y que no tardaría mucho en escribirte el chisme de pe á pa, con objeto de que aprendas á conocer tus defectos y sepas además la opinión que de ti tienen algunos íntimos.

—*Lully*—comenzó diciendo la Riofrío—no es una mujer vulgar, sino, por el contrario, peligrosa, porque es lista, y cuanto hace lo ejecuta después de pensarlo mucho. Bien claro se ha visto en su matrimonio.

—Sí—continuó Mercedes,—pero yo te aseguro que prefiero con mucho una tonta de remate á una pájara como Luisa, y si no ya me lo dirá dentro de poco el bueno de Pepe, porque todo el mundo sabe que *Lully* no ha sido de soltera muy intachable que digamos.

Aquí comenzó una serie de cuentos y de chistes tuyos, que realmente valiera más que te los hubieras callado, y las oyentes los saborearon con fruición, permitiéndose comentarlos para mayor claridad.

—En resumen—dijo Trini,—á pesar de todo lo que estáis diciendo, yo no puedo menos de confesar que *Lully* me gusta. Es verdad que tiene defectos, pero cualquiera de vosotras tiene más, y si ha cometido ligerezas no han sido mayores que las vuestras, sólo

que habéis tenido buen cuidado de callároslas, y Luisa ha sido tan inocente que ella misma las ha referido como una gracia.

—¡No te metas á defenderla, porque hay cosas que no tienen explicación! ¿Te parece regular, el año pasado, cuando se iba sola en bicicleta con Luis Urgell?

—¿Pues y su descaro hablando?

—¿No propuso constituir una sociedad de *polo* en que jugaran las muchachas y empezó ella por jugar una partida con los chicos?

—¡Si es un marimacho, y no sé qué ha encontrado Pepe para entusiasmarse así!

—Lo peor de todo son sus historias con los Lucenas. ¡Mira que ser sucesivamente novia de los tres hermanos!

Y etc., etc., etc. Puedes figurarte que no dejaron de recordar nada, y después de larguísima discusión, en que sólo Trini tomó la palabra en tu favor, vinieron á convenir en que eres lista, en que siempre te mostraste despegada con los tuyos, en que no tenías religión ni sentido moral ninguno, y en que por hacer un chiste serías capaz de sacrificar á toda tu familia; pero que, no obstante todas estas máculas, eras tan simpática y amable cuando querías, que nadie podía dejar de tener un *faible* por ti y perdonarte todas tus otras cosas.

¡Conque ya ves de qué modo te consideran los amigos, que te dedican lo menos media hora de conversación!

¿Eh? ¿que qué digo yo? Pues, hija mía, lo siento mucho, pero en esta ocasión no puedo satisfacer tu curiosidad, porque no quiero producir conflictos y trifulcas en el seno de nuestra familia.

Otro día, si estoy de humor, ya que nos encontramos en la época propicia para ello, puede que celebre una *interview* con cualquier chico de la prensa con objeto de manifestar mi opinión respecto de la cremosa y superferolítica Condesa de Monsanto, recordando que por su desgracia la conocí ciruela.

En cambio, y como compensación, te escribiré desde luego, en respuesta á tu carta, lo que pienso de mi flamante hermano político, el bello, distinguido y archielegante Conde.

Como parece natural, el mundo se ha de acabar un día ú otro, ¿no es verdad? Bueno, pues imagínate que desaparece mañana y que empieza otro. Para poblarlo necesita Dios de una pareja como Adan y Eva; pero harto ya de hacer milagros, se contenta con una ya creada, y por una casualidad os escoge á vosotros, que pasáis por allí cerca y que tenéis la traza de personas decentes Enseguida os traslada al nuevo Paraíso terrenal, encargándoos que, puesto que conocéis la triste falta de nuestros primeros padres, no vayáis á repetir la suerte y á jorobar á vuestros descendientes, y vosotros os dedicáis por unos días á los sencillos placeres del campo, vestidos de pastores *Watteau* y triscando por el ameno jardín como dos rústicos campesinos. Sobreviene la serpiente, amiga apreciabilísima, á quien desde luego convidáis á tomar te por la tarde, y que en lugar de aconsejaros la desobediencia, os predica la humildad y habla de pasada del fruto prohibido como de cosa sabrosísima de que le es dado gozar tan sólo á ella, con exclusión de todos los demás seres. Vosotros oís con agrado y un poco de envidia la historia, y apenas se despide la serpiente te recuestas tú en la *chaise-longue*, tapán-

dote bien con un *plaid* de hojas de parra, y comienzas á poner en movimiento tu magín á propósito del árbol, queriendo averiguar el símbolo que encierra y acabando por construir una serie de *chateaux en Espagne* que te envidiaría cualquier novelista.

Mientras tanto Pepe, que se ha ido á fumar un cigarro, no puede resistir su curiosidad y se encamina hacia el fatal lugar, donde las manzanas presentan un aspecto tan tentador que, sin pararse á pensar que aquello es una falta, antes bien imaginando que, puesto que él es el rey de la creación, es muy justo que se aproveche de todos los productos de su reino, tiende la mano y comienza á comer con ansia la fruta, que le sabe á gloria hasta la mitad en que de repente la encuentra sosa y la arroja al pie del árbol, apresurándose á volver á tu lado por si acaso tú te has ofendido por su corta ausencia.

No te aseguro que siempre pase así la cosa, pues á poco que te descuides, es posible que, en lugar de ser Pepe sólo, seáis los dos los que por distinto lado vayáis á hincar el diente en la manzana; pero por ahora te concedo á ti la superioridad sobre tu marido, como en general se la doy á la mujer sobre el hombre.

¿Te figuras, hace cien años, á dos muchachas escribiéndose cartas como las que nos escribimos tú y yo?

Pues la culpa de ello la tienen los hombres, que cada vez van decayendo más por todos conceptos, y en lugar de seguir ejerciendo su ascendiente sobre nosotros, cada vez experimentan más el nuestro.

¿Me quieres decir qué utilidad reporta al mundo un muchacho como tantos que tú y yo conocemos, que no saben nada, que no sirven para nada, que no aspiran á nada y que se ríen de todo?

La única disculpa consiste en que no tienen la culpa, sino sus padres que los educan para ser unos desgraciados toda su vida. Pero esa disculpa viene á desaparecer desde el momento en que ellos tienen á su vez un hijo y lo educan aún peor, con lo cual se forma una especie de escala gradual descendente, al pie de la que, pensando de una manera lógica, se encontrará por fin el modelo del tonto perfecto, adornado de las cualidades necesarias para ocultarlo lo mejor posible.

Llegada á esta luminosa consecuencia, interrumpo mi discurso, con la venia del señor presidente. He dicho.—*Jesusa.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Chucha.

«*Londres, Septiembre.*

Pero, Chucha de todos los demonios, ¿qué filosofías y qué enredos te traes dentro de tu mollera para haber escrito la carta que acabo de recibir?

¡De cuándo acá se permite la santita criticar á sus semejantes con tan poca caridad, repetir chismes y llamar tontas á unas personas y listas á otras, sin pararse á ver la trascendencia de tales juicios!

Dices que no me escribes tu opinión sobre mí porque no tienes ganas, pues haz el favor de participármela cuanto antes, para ver si es cosa de avisar, ya que aún estás en Zarauz, para que te ahogue algún bañero, como quien no quiere la cosa.

No te puedes figurar la curiosidad que tengo de sa-

ber el concepto que te merece mi humilde persona. ¡Venga pronto!

En cuanto al sayo que me cortaron las beatas, me tiene tan sin cuidado que me he reído pensando en tí mientras oías silbar á esas víboras, entre las cuales, si hay alguna buena, será como aquella del cuento que refería el pobre Castro en la tertulia de la tía Carmen.

Parece ser que una noche había ido á Eslava, con objeto de ver no sé qué revista que estaba dando mucho dinero, en la que el mayor atractivo era la frescura con que aparecían vestidos coros y partes, cuando después de brillantísimo desfile, harto ya de admirar piernas y continuación de piernas, salió á escena una criatura feísima, desgarbada, flaca, sucia y mal vestida, que con voz de pito comenzó á cantar, en medio de las risas de todo el mundo:—Yo soy la virtud...—Y no pudiendo contenerse nuestro amigo, exclamó con su fuerte vozarrón:—¿Y qué quería ser usted con esa facha, hija mía?

Como esa virtud es la de tus contertulias, que la tienen. ¡Pobre de mí si hubiera hecho alguna vez caso de sus cuentos! En fin, hija, así somos por desgracia, y lo mejor que podemos hacer es conformarnos con nuestra suerte y sacar el mayor partido posible de la vida, tal como es, prescindiendo de lo que piensen y digan los demás, pues de otra manera vale más suicidarse ó meterse monja.

No quiero acalorarme porque estoy en un día de buen humor; Londres me encanta. Pepe se porta muy bien conmigo; voy entendiéndome al pelo con esta gente; no tengo más que abrir la boca para obtener lo que deseo, pues en ninguna parte se encuentra de

todo como aquí; hace un tiempo delicioso; y esta noche tenemos una comida en la Embajada, á la que irán los pocos españoles que hay aquí; de modo que bastante me importan los graznidos de cuatro brujas que se dedican á criticar porque no pueden sostener ni cinco minutos una conversación más sustanciosa.

Perdona que sea corta, pero quiero escribir á mamá; tengo que hacer unas compras antes de vestirme, y comemos á las ocho, por lo cual me va á faltar el tiempo.

Venga pronto tu contestación y recibe mil besos de tu hermana, que no te puede ver ni en pintura.—*J. Lully.*»

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Zarauz, Octubre.*

Impresiones de un personaje político importante.

(Copia de un artículo publicado estos días en el periódico *Las Delicias Veraniegas.*)

Cuando el ferrocarril llegó á Zarauz, declinaba la tarde, y el sol calenturiento teñía de rosa las azuladas montañas que rodean al aristocrático pueblecillo.

Bajamos presurosos del vagón (de primera) que ocupábamos y nos dirigimos á la estación, seguidos de unas cuantas personas que en nuestro aspecto debieron adivinar que éramos periodistas.

—¿La casa de la excelentísima señora Condesa de Vinués?—preguntamos. Y no obstante la popularidad de este nombre ilustre, nadie contestó á la pre-

gunta, lo cual nos hizo dudar de la inteligencia de los buenos campesinos.

Por fin, un chiquillo, que alguien acaso distinguiría con el calificativo de *golfo*, se acercó á nosotros, diciendo:

—¿Esa Condesa que buscan es una señora vieja, muy fea, que tiene una perra pequeñita y una sobrina jorobada?

—Precisamente—respondimos.

—Pues si quieren seguirme, vengan detrás de mí, que yo les guiaré.

En efecto, á las dos horas escasas de marcha tropezamos con la casa que buscábamos, humilde en apariencia, no obstante albergar á tan ilustres personalidades, pero distinguidísima en su sencillez y con un aspecto *delabrado* que añadía nuevos encantos á su fachada, interrumpiendo de cuando en cuando la monótona severidad de la línea con resquebrajaduras y otras menudencias.

Introducidos por suave doméstica en un saloncito que á la legua delataba el exquisito gusto de los habitantes de la mansión; donde brillaba una linda sillería de damasco azul bordeada con *peluche* granate, una grandiosa consola sobre la que descansaban, bajo sendos fanales, artístico juego de reloj y candelabros, y varias plantas artificiales, cuyos primores y verdadera frescura anunciaban el talento de la señorita de la casa, tomamos asiento en elegantísimo sofá, hasta que el roce de una falda que al principio se nos antojó era de seda, pero que luego resultó ser de tenue percal, nos anunció la llegada de algún representante de la mitad más bella del género humano.

Y no nos equivocamos al emplear la palabra mitad, pues la dama que nos recibió apenas nos llegaba al pecho, si bien en tan corto espacio no pudo el Divino Hacedor comprender mayor número de perfecciones.

Después de algunas frases corteses y de anunciarle el objeto de nuestra visita, procuramos, con la habilidad que nos es característica, hacer hablar á la ilustre joven acerca de las noticias que pudiera tener de su señora hermana, la bella Condesa de Monsanto.

Inmediatamente correspondió á nuestros deseos, participándonos, con su voz musical, que la señora Condesa se hallaba en Londres pasando su luna de miel y tan retirada del mundo que no veía á nadie, ni salía fuera de casa, á no ser para ir á la iglesia ó á otro lugar piadoso.

—Ya se conoce que la Condesa es una mujer seria y que honra á su sexo, dando el ejemplo que debieran seguir todas las señoras.

—No crea usted—nos interrumpió nuestra simpática interlocutora—que mi hermana ha sido siempre así, pues antes de casarse tenía un genio muy diferente; pero los años y los sabios consejos de su marido la han cambiado de suerte que yo misma creo que no la conoceré cuando la vuelva á ver.

—Perdone usted, D.ª Jesusa—nos permitimos decir,—como nuestro objeto al molestarla es hacer unas semblanzas de las mujeres más ilustres de Madrid, y pensamos inaugurar la serie de estudios por el de la señora Condesa, le agradeceríamos en el alma que nos diera algunos detalles acerca de su manera de ser y de su modo de pensar.

—Me será muy grato hacerlo, pero no respondo de la exactitud del retrato. Figúrese usted una criatura

loca de atar, que si alguna vez se ha visto aconsejada, han sido tan oportunas las recomendaciones que le han hecho como si el médico que la cuidara hubiera creído que padecía del corazón, cuando realmente lo que le dolían eran los callos; pues ésa es la disculpa de las majaderías que Luisa ha cometido en su vida.

De aquí que la Condesa se haya acostumbrado á tener una alta opinión de sí misma, juzgando que nadie la puede igualar y arreglándose de manera que la cosa más sencilla le ocasiona las más hondas cavilaciones, sin perjuicio de que los actos verdaderamente graves de su existencia los realice sin casi darse cuenta de ellos, y como si fuera otra persona distinta la que comete las tonterías de la que piensa las sublimidades.

Esta doble naturaleza explica todos sus actos; y el ser tan distintos unos de otros obedece á que siendo mi hermana una mujer nada vulgar, pero viviendo en un mundo que ella cree que lo es, mientras en su interior sigue siendo la misma de siempre, en su exterior cambia como una veleta y tan pronto es de Juan como de Pedro.

—No sé cómo dar á usted las gracias — exclamamos al ver que D.ª Jesusa interrumpía su discurso— por ese ligero y benévolo juicio que acabamos de oir, en el que bien clara se aprecia la ceguedad que el cariño fraternal le presta. Y ahora ¿nos permitirá usted hacer algunas preguntas sobre detalles íntimos de la vida de su hermana?

—Con mucho gusto—dijo la dama.

—Muy agradecidos. Querríamos saber de qué se compone ordinariamente el desayuno de la señora Condesa.

—Pues de nada, porque la Condesa ha tenido

siempre la patriarcal costumbre de hacer de día noche y de noche dia, pues cuando no iba á los teatros, se pasaba las horas leyendo en la cama, por lo cual su hora ordinaria de levantarse es de una á tres.

—Permítame usted tomar notas de todo. Se ha servido usted decirme que la Condesa gustaba de leer. ¿Se puede saber qué clase de libros?

—De todo un poco; bueno y malo, divino y humano, sin orden, pero deprisa; este sistema tiene la ventaja de armar un terrible barullo en la cabeza y por eso es preferible á los demás.

—¿Habilidades, entretenimientos?

—Ponga usted que también pringa de todo y no hace nada completamente bien.

—No sé si me atreva á dirigir alguna pregunta sobre un terreno muy delicado, en que nos está vedado entrar á los extraños...

—Mire usted, más vale que no entre, porque eso es de esperar que se haya cerrado para siempre á piedra y lodo. De lo que pasó no se acuerda nadie, y la historia es una cosa muy indecente y muy inútil.

—Disimule, no he querido de ningún modo ser indiscreto; finalmente, y ésta será mi última pregunta: ¿qué piensa hacer su señora hermana cuando salga de Londres?

—No me lo pregunte usted, ni á ella tampoco, pues es posible que no pueda contestarle. Creo que piensan continuar sus excursiones y emprender por la primavera un viaje de placer al África central, desde donde varios distinguidos próceres, naturales del país, les han enviado algunos convites.

—Admirable; esta última noticia resultará de gran interés para el periódico.

Tendiónos su mano nuestra linda amiga, salimos de la habitación, dejándola entretenida con prolija y extraña labor, que algún profano encontraría tal vez parecida á la calceta, y salimos á la calle, pasmados del talento de la ilustre descendiente de los Arjonas.

Cuando atravesamos la calle, lucía la luna en todo su esplendor y nos volvimos á la estación, preocupados con la idea de si podrán ofender estas líneas á la señora Condesa de Monsanto, aunque protestamos con toda sinceridad de que nada añadimos á lo que nos dijo su hermana, y que, al hacerlo, nos aprovechamos de la autorización que la antedicha dama nos concedió para escribir todo lo que nos pareciera oportuno, sin reservas de ningún género, sobre su persona.

¡Ojalá no tengamos que dirigirla en nuestro próximo número aquella sublime frase que algunos atribuyen á Homero: El que se pica, ajos come!—Por la copia, *Chucha*.»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

«*Shelly Castle, Octubre.*

En esta casa he recibido, grandísima sin vergüenza, tu última carta, y da gracias á la distancia que nos separa, que te ha salvado de la venganza más terrible que se haya practicado con criatura alguna en novelones y folletines.

¿Es decir que, mientras yo creía en la ciega adoración de la santurrona, me sale ésta cortándome el sayo más morrocotudo que en mi vida me han cortado?

Bien mirado, casi me alegro de ello, porque así he aprendido á conocer lo que en tu interior piensas, y ya me andaré yo con cien ojos cuando quiera ocultarte algo para que tu sabíduría no lo adivine.

En fin, doblemos la hoja y no nos acordemos de ella hasta que venga el caso.

En nuestra peregrinación hemos venido á descansar en la casa desde donde te escribo, y no te puedes figurar cómo me divierto y cuánto siento no tenerte aquí para dedicarnos á la amena charla en medio de estas gentes, á quienes no he visto ni tal vez veré en mi vida, pero que son tan amables y atentas que parece que nos conocemos desde hace un siglo.

Se componen de los señores de la casa, que son de lo más estirado, y que se distinguen, él por su aspecto monumental, y ella por su delgadez. Hay dos niños mayores, bastante guapos; una niña soltera, mona, que se pasa el día leyendo versos, y una joven casada, con el marido en África, que desahoga su dolor cantando romanzas en que no sabe uno qué admirar más, si la voz con que las entona ó la perfecta semejanza de todas ellas.

Los huéspedes son, ó por mejor decir somos, bastantes, pero entre ellos los que más me llaman la atención son unas hermanas solteras que se visten igual, que se ríen al mismo tiempo, que son unas infelices, aunque suficientemente feas para dar un susto al miedo, y que tienen el defecto de cantar canciones en gaélico, con acompañamiento de guitarra, ¡pásmate!, con tal expresión que tengo que hacer esfuerzos terribles para contener la risa.

En punto á habilidades no se puede pedir más,

cada uno tiene la suya; hay una muchacha que toca el violín, un muchacho que hace juegos de manos, otro que adivina el pensamiento, y por último, casi todos pintan, lo cual es un horror, porque como esto es muy bonito, y el castillo antiguo está muy cerca de aquí, lo menos he visto perpetrar quince ó veinte *sketches* desde que estoy en la casa.

«Castillo visto de frente», «Castillo visto de costado», «Castillo al anochecer», «Crepúsculo en el castillo», «Cosas que fueron», «Castillo visto de canto», y así sucesivamente, porque los títulos obedecen al temperamento del artista.

Si no fuera por este abuso, también yo me deleitaría en contemplar algunas veces las ruinas, pues están conservadas con gran esmero, casi cubiertas por la hiedra y rodeadas por el foso lleno de agua, donde parece ser que en invierno se patina y se celebran unas reuniones animadísimas á que vienen todos los vecinos.

No obstante mi carencia de talentos de sociedad, parecen encantados conmigo y todos se disputan el acompañarme, considerándome como una persona muy inteligente y leída.

Á este propósito te contaré que una señora, ya de edad, que escribe novelas y poemas, y que desde m llegada parece observarme con cuidado, sin duda para hacerme salir en alguno de sus libracos como tipo de la clásica española, se dedica á preguntarme las cosas más disparatadas, divirtiéndome yo por mi parte en responderle las mentiras que se me ocurren y que espantan mucho á la buena literata, que dice que somos unos deliciosos árabes, pero que necesitaríamos estar sujetos durante unos cuantos años al régimen de la Gran Bretaña con objeto de acabar nuestra regeneración.

Por último, para que nada falte y mi estancia aquí resulte lo más vida de castillo posible, tengo mi adorador y varios admiradores sin esperanzas.

El primero es un hombre guapísimo, las cosas han de llamarse por su nombre, que es Mayor del regimiento no sé cuántos de no sé qué cuerpo y que se distingue por sus trajes de caza, su bigote rubio y sus cuentos de campañas en la India, donde parece que se portó como un valiente.

Lo malo es que el buen inglés, en cuanto me vió el primer día, debí hacerle tal efecto que desde entonces no me deja á sol ni á sombra, mirándome con ojos de carnero á medio morir, buscando las sillas que se desocupan á mi lado, siguiéndome cuando salimos á caballo y sosteniendo conmigo largas conversaciones en que me da á entender que está locamente enamorado de mí y que si no le hago caso se marcha otra vez á la India, cosas que me hacen reir no poco, aunque me fastidian, pues á cada paso temo que Pepe se entere y empiece á darme la lata con sus celos.

Por fortuna, mi señor esposo está ahora muy entretenido con los faisanes y demás aves, entre las que parece hace una carnicería, y no se ocupa de mis actos, lo cual nunca le agradeceré bastante, pues el inglesito hay noches que abusa un poco del jerez, vino á que por ser español se dedica estos días con exagerada devoción, y se pone un tanto inconveniente, á pesar de mi dignidad y aspecto glacial.

No sé por qué te cuento estas cosas, pues con la idea que tienes de mí, empezarás á formar castillos y á ver una porción de pecados en lo que no es sino dis-

tracción sencillísima é independiente de mi voluntad; pero la verdad, siento estos días la necesidad de comunicar mis impresiones á una persona que me comprenda bien, y la más aceptable eres tú, con que no vayas á salir por las de Pavía.

¡Jesús! Escribiendo, escribiendo, ha corrido el tiempo de tal manera, que están tocando la campana para comer y aún no estoy vestida. Vaya, adiós, ricura de la casa. Un pescozón de tu hermana, que te adora—*J. Lully.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

«Shelly Castle, Octubre.

Aunque hace dos días que te escribí, vuelvo hoy coger la pluma para contarte una cosa divertidísima que me ha pasado esta tarde y que estoy rabiando por referírsela á alguien.

Antes de empezar te ruego que no salgan á relucir tus gazmoñerías, ni te asustes, pues no se trata de nada gordo, sino de una cosa sencillísima en que no existe la menor malicia y que no ha de traer cola, desde el momento que mañana nos vamos de aquí y Dios sabe cuándo volveré á ver á esta gente.

En fin, al grano, pues aún me estoy riendo de la escena.

Figúrate que hoy amaneció un día nublado de lo más antipático que se puede imaginar, y yo me encontraba melancólica é inclinada al ostracismo (ó sea á sentirme ostra), por lo cual me excusé de tomar parte en una cabalgata y me vino á las mientes la poética idea de coger un libro y marcharme á leerlo en las ruinas

del castillo que, como te dije en mi anterior carta, están en el mismo parque.

Dicho y hecho; cojo mi novela bajo el brazo y sintiéndome á la altura de cualquier sencilla *miss*, me encamino pian, pianito, al pintoresco sitio.

Te advierto que, siguiendo la costumbre general en todo lo que es británico, las ruinas son de lo más confortable que existe en su género, que los puntos de vista están escogidos de antemano y en cada uno de ellos hay bancos rústicos que facilitan la contemplación de tanta belleza, y, finalmente, que en los menores detalles, hasta en la artística colocación de enredaderas, hiedras y yerbajos, se ve, al lado de la mano del tiempo, la inteligente del jardinero y del dueño de la finca.

Hacía pocos minutos que, instalada en el sitio que me pareció más á propósito, me conmovía atrozmente con las desgracias de los protagonistas de mi novela, cuando sentí ruido cerca de mí, y al volver la cabeza me encontré de manos á boca con el gallardo Francis (no sé si te escribí que mi adorador se llamaba así), confuso y atemorizado, que con un dedo delante de la boca me recomendaba el silencio.

Mentiría si te dijera que me asusté, pues en el primer momento é impresionada por el libro, donde estaba leyendo una escena parecida, me figuré que yo era la heroína y el inglés el galán que acudía á mi misteriosa cita; pero bien pronto vinieron á tierra mis ilusiones, cuando Francis empezó á hablar, llamándome por mi nombre y preguntándome si me encontraba mal, ó es que no había tenido gana de acompañar á los expedicionarios.

No sé qué le contesté, pues me hacía gracia el ob-

servar los rodeos del hombre y sus esfuerzos por que yo encontrara natural un encuentro que el muy pillo había estado buscando desde que me conoció; pero, hija mía, al ver que el buen Mayor se sentaba á mi lado (hay que advertir que el banco rústico era muy pequeño) y comenzaba una declaración en toda regla, principié á *azararme* y á pensar en el medio de salir de aquel atolladero.

¡Novela pura! ¡Novela de las que leíamos á escondidas en la biblioteca del pobre papá! Novela con sus ruinas, su galán, su cita y su dama vestida de blanco; es decir, de blanco no, porque ahora recuerdo que mi traje era azul oscuro.

Yo me sentía heroína de *Feuillet* y mientras tanto el pobre inglés se despachaba á su gusto, como si le hubieran descorchado en aquel momento. No te podría repetir lo que me dijo, pues hablaba con tal emoción que se comía la mitad de las palabras. ¡Qué sé yo las locuras que endilgó en un momento! Quise interrumpirle varias veces, pero el condenado me quitaba la palabra y volvía á protestar de su eterno cariño, etc., etc.

Ya comenzaba la escena á hacerse pesada, cuando mi hombre se pone de rodillas y quiere cogerme una mano. Yo entonces me levanto, adoptando el gesto más digno que pude encontrar. El militar me persigue; entro en el patio del castillo, donde me alcanza mi adorador; pierdo la brújula y comienzo á dar vueltas, llevando detrás al muy granuja; y no sé qué hubiera ocurrido al fin, si al franquear una puerta no se llega á interponer entre nosotros un cuerpo opaco que por la escasa luz no se podía distinguir bien si era hombre ó mujer.

—¡Cielos, mi marido!—pensé en el primer momento, y toda mohina me hice cargo de que mi aventura resultaba *demasiado* folletinesca, hasta que un cierto perfume, desconocido para mí, dióme á comprender enseguida que no se trataba de Otello, y unas cuantas palabras, pronunciadas en inglés, concluyeron por sacarme de mi duda.

¿Sabes quién era? Pues mi amiga la literata, que mientras su compatriota se propasaba de aquella manera, se entretenía ¡cómo no! en pintar una acuarela del castillo, desde la orilla opuesta, y que, por lo visto, observando mi apuro, había cruzado velozmente el puentecillo que la separaba de las ruinas, para venir en mi auxilio.

Sin duda Francis pensó lo mismo, pues al poco rato pretextó no sé qué ocupación y se despidió, marchándose con las orejas bajas camino de la casa, y nos quedamos solas la inglesa y yo.

—Vaya—me decía á mí misma,—ya dimos el espectáculo á esta buena mujer, y ya tiene asunto para su próximo parto literario, donde saldrán españolas tiernas y amantes desesperados. Lo único que ahora falta es que, aprovechándose de la situación, comience á tratarme de cierta manera y quiera convertirse en mi confidente. Menos mal que mañana nos vamos. ¡Con tal que Pepe no llegue á saber nada y ese majadero no haga alguna tontería!

Mientras tanto seguíamos sin hablar, pues á mí no se me ocurría decir nada y mi compañera no despegaba los labios, contentándose con mirarme de cierto modo, como si fuera á preguntarme algo.

Salimos del oscuro patio, y á paso lento comenzamos el regreso al castillo, cuando de repente mi lite-

rata se paró en seco y con voz misteriosa, como si temiera que alguien nos oyese, exclamó por fin:

—Dispense usted, Condesa, pero usted, que es tan amable, podría resolverme una duda que me atormenta desde hace algunos instantes y para resolver la cual he celebrado infinito haberla visto en este misterioso sitio.

—Con mucho gusto, usted dirá—respondí yo, muerta de miedo, pues veía que la mujer se iba derecha al bulto.

—Muy sencillo. Aquí que nadie nos oye, ¿Cervantes fué español ó portugués? (1).

La carcajada que solté al oir tan fantástica pregunta debió oirse en ese pueblo.

—Sí, señora, ¡español! ¡español!—me apresuré á contestar.—Perdone usted mi risa; son los nervios que hoy me martirizan. Pero ¿no me ha visto usted antes cuando estaba en el castillo?—añadí con cierta seguridad.

—¡Oh, no! ¡Me tenía tan absorta mi pintura, que no me fijaba sino en aquel torreón de la izquierda! Mire usted cuánto he trabajado.

Al hablar así me tendía el *block* de acuarela, donde se distinguía una mancha negra rodeada de notas verdes á cual más chillona.

¡No había visto nada, nada! Y al convencerme de ello me entró tal alegría, que todavía me estoy riendo de mi aventura y celebrando mi buena estrella.

---

(1) Con la anterior broma, que se funda en un hecho cierto, claro es que no se quiere molestar en lo más mínimo á las literatas inglesas, cuyo talento é ilustración son sobrado conocidos de todo el mundo para que puedan ponerse en duda.

Vaya, vaya, no pongas esa cara de vinagre, porque no te vuelvo á contar nada en mi vida.

Chitón y á escribir pronto y largo. Te aseguro que no ha nacido el inglés ni el castellano que me ha de sacar á mí de mis casillas. En cambio, la que me subleva á menudo es una joven pécora, á quien tengo muchas ganas de estrangular entre mis brazos para que no vuelva á decir perrerías de su hermana, que á pesar de todo la quiere y la abraza.—*J. Lully.*»

La Marquesa de Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Sigüenza, Octubre.*

Queridísima *Lully* mía: Estamos en el Robledal desde hace unos días, empleando las horas de la manera que sabes por experiencia y entreteniéndonos Carmen y yo en dar largos paseos y en hablar de vosotros. ¡Si vieras qué viejas nos encontramos y con qué indiferencia vemos las demás cosas del mundo!

Yo, para no descansar ni un momento, me encontré con una carta de Enrique, que ya me extrañaba se hubiera hecho esperar tanto, pegándome un sablazo de madre y muy señora mía para satisfacer no sé qué trampas. Por un milagro me encontraba con algún dinero y le mandé lo que quería; pero el sofoco mayor lo tuve cuando en otra carta de San Sebastián me escribieron que el muy trueno había cogido una buena racha en el Casino, en vista de lo cual se marchó á Pau con una francesa que le estará desplumando á estas horas, como se deduce por la epístola que recibí.

¡Qué paciencia se necesita en este mundo y qué

poco conocen la vida los que dicen que la gente se muere de pena! Pues si los disgustos mataran, ¿dónde estaría yo desde hace treinta años? ¡Te confieso que voy perdiendo la esperanza de que ese chico siente la cabeza y que temo haga tantas tonterías que venga al fin á dar de hocicos en el suelo! Si tú le escribieras ó le hablaras, quizás le impresionaran tus palabras. ¿Por qué no lo intentas?

Lo que sí te aseguro es que no te deseo un hijo parecido á él, ni te aconsejo que si lo tienes lo eduques tan débilmente como yo á Enrique, porque á la larga se pagan todas las condescendencias. Y á propósito de muchachos. ¿Qué secreto es ese que no me dices en tu carta y que nos tiene á la tía y á mí muertas de curiosidad? ¿Será tal vez lo que tanto deseamos todos? Mira, haz el favor de decírnoslo prontito, porque yo estoy muy triste y de muy mal humor, y cualquiera buena noticia será la medicina que mejor me siente y me alargue más la vida.

¡Aprovéchate, aprovéchate tú ahora que todo te sonríe en el mundo y que eres feliz, porque también te vendrá tu San Martín, como á cada quisque! Y menos mal si te pilla después de haberte divertido, porque que te quiten lo bailado.

Pero si es cierto lo que sospechamos, ten por Dios mucho tiento y cúidate con el mayor esmero, que aunque sana, eres un alfeñique y yo ya estoy harta de desdichas para que tú, que eres la que menos me ha proporcionado, me obsequies con una por aturdimiento.

Me ha extrañado, después de lo que me dices, el no haber recibido carta tuya en unos días, pues me tienes acostumbrada á que éstas no se hagan esperar

nunca y ya estoy con cuidado. Haz el favor de ponerme dos letras.

Un abrazo de la tía y, tanto Pepe como tú, recibid el cariño de vuestra madre—*Juana.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«Londres, Noviembre.

Queridísima mamá:

No sé como te quejas de falta de noticias mías, cuando todas las semanas te escribo mis impresiones y estás al corriente de cuanto me pasa.

Ya te conté extensamente nuestra estancia en casa de los Shelly. Después regresamos á Londres, y la semana pasada no recibiste carta mía porque anduvimos de cabeza entre comidas, tes y visitas y, por último, pasamos dos días en Farnborough con la Emperatriz, á quien dijeron que estábamos aquí, y aunque yo no la conocía, nos convidó á pasar unos días en su casa, recordando el parentesco que la unía con papá.

Como te puedes figurar, ni tiempo tuve para escribir una línea, pues la señora es tan amable y simpática y se acuerda tan bien de todo el mundo, que resulta entretenidísimo hablar con ella, y como yo, por mi parte, soy muy aficionada á oir cosas pasadas, enseguida me puse *al aise* y no paramos de charlar un momento, sacando á relucir lo divino y humano.

Está aún guapísima y ahora comprendo que en su tiempo causara el entusiasmo que el tio Mairena cuenta. Como es una señora de muy buen gusto, no se pinta, y con el pelo completamente blanco, el traje sencillo y la regularidad de facciones que conserva, resulta mucho mejor que cualquier jovencita de ahora.

Por supuesto, me dió muchos recuerdos para ti, y me contó una porción de detalles de tu infancia y de cuando fuisteis papá y tú, de recién casados, á verla en Biarritz. ¡Qué agradable debe ser, cuando se sienten contrariedades en la vida, volver los ojos al pasado y consolarse pensando en tiempos más dichosos!

Me hablas en tu carta de algo que te anunciaba en términos enigmáticos, y me encuentro en la imposibilidad de contestarte, por la sencilla razón de que no me acuerdo que tenga nada nuevo que referirte, como no sea mi visita á Farnborough.

En cuanto á chiquillos, mil gracias, porque no los necesito para maldita la cosa.

Ademas, ¿para qué había de desear un niño? ¿Para que salga como mi excelso hermano y me dé tantos disgustos como á ti? ¿Ó bien para que resulte un niño apestoso que no hable más que de *sport* y se le suba el dinero á la cabeza, ó un joven distinguidísimo que el día de mañana se case con una pobre criatura á quien crea hacer feliz con darle todo el oro que necesite y convertirla en una elegante, tomando esta palabra en su sentido más lato?

No, muchas gracias. Para eso prefiero divertirme lo que me resta de vida sin miedos de embarazos, ni angustias de amas y críos. ¡Ya tienen bastantes las demás para que al menos una se vea libre de la carga!

Me consolaré, cuando sea vieja, haciéndome de la Junta de la Inclusa y cuidando á mis sobrinos, que como pensarán heredarme me adorarán como si fuera una santa.

Y ya que hablamos de Enrique, ¿has pensado en lo que me dices de que yo le escriba? ¿Qué cartas ni qué

consejos necesita él? ¡Dinero es lo que necesita, y á lo demás hará tanto caso como á tus advertencias! Pero precisamente dinero es lo que á mí no me da la gana de darle, aunque me lo pida, pues no quiero sentar el precedente de que la bolsa de mi marido sirva no sólo para satisfacer todos mis caprichos, sino para contribuir á los vicios de mi hermano. Y si quieres, le puedes leer á él mismo el parrafito anterior, para que después no le coja de sorpresa mi negativa.

De las pocas pesetas que yo tenga, mías, puede disponer á su gusto; pero lo que es de dar sablazos á Pepe, que se despida si quiere vivir en paz conmigo.

Da muchos recuerdos á la tía, y tú sabes cuánto te quiere tu hija—*Luisa.*»

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Madrid, Noviembre.*

¡Vaya un mes de Octubre que nos hemos chupado en Zarauzt! Nos divertíamos tanto los últimos días, que cada uno paseaba por una carretera y aún sobraban caminos; conque figúrate cuántas personas seríamos.

¡Lo que yo he echado de menos un militar joven y guapo, ó aunque no fuese más que una literata amena y erudita! Pero se conoce que tales diversiones no están permitidas á las jóvenes honestas y se quedan para las púdicas casadas.

Lo que acaso no imaginarás es que también he hecho yo mis conquistas, y en un tris ha estado que me case, dando á los contertulios de tía Lola la sorpresa más grande que han tenido en su vida.

Yo no lo quise creer, pero tanto se significó, que al fin tuve que convencerme de la dulce realidad.

Desde entonces me rebosa la satisfacción por todos los poros cada vez que recuerdo á mi adorador.

Ni alto, ni bajo; ni grueso, ni flaco; con la cara agraciada, una simpática miopía que le obliga á usar anteojos, vestido con pulcritud extraordinaria, erudito cuanto es posible serlo á un galán, amante y resignado con su suerte, sin más señal característica que un grueso lobanillo en las narices, sin otro inconveniente que ser viudo con tres hijos, y sin falta alguna de que tacharle á no ser el tener cumplidos los cincuenta y cuatro, D. Dimas Asuero, el boticario de aquí, me ha hecho la corte en toda regla y me he visto apurada para impedirle que me declarase su atrevido pensamiento.

Ya ves que la que menos, defiende su honestidad de los asaltos que le dirigen y tiene que luchar á brazo partido con el demonio tentador.

¡Ay, hermana, y qué chifladita estás! He empezado á escribir esta carta con la idea de no hablar en tono de sermón, ni de dar buenos consejos al que no los ha menester, pero no puedo detener más mi pluma, y, á riesgo de que te incomodes, te voy á preguntar sólo una cosa.

¿Adónde vas á parar? ¿Por qué registro vas á salir?

Piensa seriamente Luisa y no hagas tonterías, porque te arrepentirás de ellas cuando no tengan remedio, y si sientes necesidad de desahogar tu pecho, ya sabes que en el mundo hay una persona que no vive más que para ti, que te adora con toda su alma, y que si no tiene la experiencia bastante para acertar en lo que te diga, te quiere lo suficiente para no aconsejarte nada en contra tuya.

Además, que los de fuera vemos las cosas con mayor claridad que los de dentro y nos es fácil el apreciarlas, mientras que los actores se chiflan con una idea y acaban por apartarse de la realidad.

No quiero seguir por este camino, pues se me ocurre una porción de cosas que prefiero no escribir. Al buen entendedor, con pocas palabras basta.

Ya sabes que ahora y siempre tu mejor amiga es tu hermana—*Chucha.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

«*París, Diciembre.*

Nieva que es una bendición de Dios; es tontería pensar en salir á la calle; no espero á nadie que me entretenga; Pepe está adormilado en su cuarto; el libro que leo es una novela modernista muy pesada que me entristece en sumo grado; me siento incapaz de dar una puntada, y echo de menos la compañía de alguien, por todo lo cual he decidido instalarme cómodamente y escribirte una larga epístola.

No sé qué tienen tus cartas, querida Chucha, pero te aseguro que cada una de ellas consigue sacarme de mis casillas y hacen que me lamente de que sean tan limitadas las razones que se pueden escribir en un papel.

Desde que te has vuelto psicóloga, y sobre todo desde que te has empeñado en leer en mi interior, no cesas de señalarme peligros imaginarios ni de demostrarme á ratos una compasión que te aseguro no necesito para nada.

De un principio verdadero sacas consecuencias falsas, y mientras yo ejecuto mis cosas sin pensar lo que hago la mayor parte de las veces, y escribo cuanto me viene á la cabeza, tú, sin temor á equivocarte, supones estados de ánimo ó conflictos internos que no se fundan en nada serio ni positivo.

No me cansaré de repetirte que son falsos, absolutamente falsos los pesares que crees me aquejan; que, antes por el contrario, soy feliz, y nunca imaginé antes de casarme que mi vida fuera de otro modo, sino que pensé tener mayor número de contrariedades de las que me preocupan, si bien para tu tranquilidad te diré que ninguna llega á quitarme el sueño.

No creas que esté ofendida por tus indirectas, pues bien sabes que conmigo se pueden escribir las cosas más gordas sin que me pique por ellas, y si insisto en lo que te voy diciendo es porque aborrezco las *poses*, y la más insufrible y cursi de todas ellas es la de la mujer no comprendida en su hogar.

Claro es que todas nosotras, y me figuro que todos los hombres, tenemos nuestro cuartito, donde no entra nadie, donde se guardan una porción de pequeñeces, de recuerdos, de esperanzas y de penas, que ninguna persona llegará nunca á conocer; pero esta especie de relicario, que no se abre á esposos ni á padres, lo posees tú como cada quisque, y estoy por decir que mayor que el mío, acaso lo posee mi marido, y la reciprocidad en recatarlo unos de otros nos hace á todos iguales.

En fin, dentro de veinte días nos veremos y tendré el gusto de reanudar nuestras famosas conversaciones, empalmándolas por mañana, tarde y noche,

hasta que se nos caiga la campanilla discutiendo las anteriores sublimidades.

Este invierno me tienes que hacer mucha compañía, aunque D.ª Dolores refunfuñe, pues ahora que estaré en mi casa pienso que se realicen nuestros planes de solteras y que seamos aún más íntimas que antes, sin contar con que, en cuaquier eventualidad que ocurra, el mayor alegrón que me podrías dar es el de venirte á vivir conmigo.

¿Te acuerdas cuando hacíamos planes para lo futuro y yo te decía que si á los treinta años no me había casado nos metíamos las dos en las Comendadoras, para llevar una vida que dejara patitiesos de asombro á nuestros parientes?

¡Si vieras con qué falta de espíritu y de ganas me siento para volver á afrontar de nuevo á nuestra familia, á nuestros amigos y á esas trescientas personas que componen el Madrid elegante y que fiscalizan tus menores actos, comentan todas tus palabras y están al corriente de lo que piensas cada minuto! En estas poblaciones tan grandes te sientes aislada, y en medio del colosal barullo de tantos millares de habitantes, no pierdes un minuto la sensación de tu individualidad y, hasta por el contrario, el exceso de gente te hace reconcentrarte en ti misma, mientras que apenas llega uno á Madrid vuelve insensiblemente á emprender la rutina de la vida sin pies ni cabeza que ahí llevamos, y no sé cómo se arregla que poco á poco se van perdiendo los mejores propósitos y ni queda tiempo para pensar, ni para hacer cosa alguna de provecho.

Desgraciadamente, no hay otro medio, pues noto que Pepe, á pesar de su anglomanía y de que sería

capaz de dejarse hacer trizas antes de confesarlo, empieza á aburrirse aquí y á echar de menos su Madrid, sus amigotes, sus toros, sus teatros y hasta su calle de Alcalá.

Como á éste le sucede á la mayor parte de las personas que se pasan el tiempo renegando de España y de su capital. Las sacas de ella, y en cuanto se acostumbran á otra, ya están llorando por el sol y los colores charros, sin los cuales les es imposible la vida.

¿Por qué casi todos los hombres se han de esmerar en parecer diferentes de lo que son y en añadir nuevos defectos á los muchos que ya tienen?

Dispensa, Pepe me llama desde su cuarto y voy á ver lo que quiere.

.. ..

El pobre chico dice que está malo, que ha pasado una noche fatal, con un dolor en los huesos tan grande que le parecía que le estaban haciendo astillas; que se le calmaron esta mañana; pero que esta tarde han seguido, hasta ahora, en que han pasado; pero en cambio está sudando como un pollo y quiere que le cambien de cama. Calentura no tiene; de modo que por ese lado estoy tranquila; mas, por si acaso, he mandado llamar al médico, pues con eso no se pierde nada, aunque Pepe me lo ha prohibido terminantemente.

Supongo que no será nada grave y Dios querrá no proporcionarme una enfermedad larga, aquí, donde, por más que todos deseen complacernos, no está uno en su casa. Haz el favor de decirle á mamá lo que pasa, pero sin darle importancia, y dí que mañana escribiré las novedades que haya.

Te abraza tu hermana—*J. Lully.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Diciembre.*

«Queridísima mamá: Por Chucha habrás sabido la indisposición de Pepe. Ayer vino el médico y le reconoció muy detenidamente; después se quedó solo con él y estuvieron hablando un gran rato, mientras yo daba unos recados y preparaba una medicina que el médico ordenó y quiso examinar por sí mismo. Pepe sigue lo mismo: el día lo pasó bien; en cambio la noche, sin duda por el calor de la cama, se le recrudecieron los dolores y no pudo pegar los ojos. Esta tarde, no sé si serán aprensiones mías, pero me parece que tiene un poco de fiebre, aunque él dice que no es sino un sudor grandísimo como el de ayer. Para mí que esto es un frío que tomó hace dos tardes por empeñarse en salir en automóvil con Luis Urgell, que está aquí, y con su primo Santiago Cabrera, que es muy buen muchacho, y que me sirve de mucho en este apuro, porque como vive desde hace tiempo en París y lo conoce muy bien, él es el que ha llamado al doctor y corre con todo, pues, como puedes figurarte, yo no sabría hacer nada por mí sola. Además, ayer y hoy se ha pasado el día con Pepe entreteniéndole, por lo cual he podido yo tomar descanso. La gente muy amable, en cuanto se ha enterado, han venido á dejar una carretada de tarjetas, sin contar con las visitas que no tengo más remedio que recibir.

Estoy un poco cansada y me voy á acostar. Santiago recibirá al médico, que debe venir dentro de una hora. Sabes lo mucho que te quiere tu hija,—*J. Lully.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Diciembre.*

Queridísima mamá: Ninguna noticia nueva puedo darte, si no es que no vamos atrás ni adelante. La noche ha sido mejor que la pasada, por lo cual, y ante la perspectiva de que esto se prolongue unos días más, Santiago se ha plantado, y después de media hora de discutir, porque yo me negaba á ello, ha conseguido que se llame á una *garde-malade* que nos ayude á cuidar al enfermo. Con ésta, mi doncella, el criado de Pepe y nosotros dos, nos sobramos para asistirle, aunque, lo que Dios no quiera, la dolencia de mi marido durase tiempo. El médico es una persona finísima que tiene la paciencia á prueba, pues yo no hago más que preguntarle cosas y las contesta lo más amable del mundo. Sin embargo, como soy tan escamona, creo que entre todos me ocultan algo, pues no dicen claramente qué es lo que Pepe tiene, y cuando entro en el cuarto, cesan de hablar ó cambian de conversación, por lo cual estoy muy nerviosa. Hace poco volví á entrar y oí no sé qué de osteitis, ó de algo acabado en itis, y pienso pescar algún diccionario que me lo explique para salir de dudas. Muchas gracias por los ofrecimientos de tu carta, pero comprenderás que nos bastamos con los que somos, y si tú vinieras, nada resolveríamos con ello sino molestarte. Sin contar con que puede que todo lo anterior sean aprensiones mías y que Pepe se levante dentro de dos ó tres días.

De cualquier manera, te agradezco en el alma esta nueva muestra de cariño, con el que no haces sino pagar el que te profesa tu hija—*J. Lully.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Diciembre.*

Queridísima mamá: Hoy no te puedo dar noticias buenas, sino que me vas á dispensar que en dos palabras te ponga al corriente de la enfermedad de mi marido.

Éste continúa molesto por los dolores y con algo de calentura. El médico le llena de potingues que Pepe toma con gran resignación, pues no puedes figurarte qué caído y aprensivo resulta tu yerno en cuanto le duele una uña. Yo, bastante fastidiada, he preguntado si podría llevármelo á Madrid; pero todos se han opuesto y el médico ha dicho que no me lo aconsejaba hasta que estuviera bien del todo, y que aun en este caso no se sabe todavía dónde nos convendrá ir; de modo que, por cualquier lado que se mire, mi situación no tiene nada de envidiable. Como no sé á qué atenerme y comienzo á estar con cuidado, en vista de estas reservas, tengo resuelto celebrar una consulta de tres notabilidades de aquí, que expongan su parecer y formen un plan, aunque á Pepe le fastidie y Santiago diga que estoy loca. Y lo que es á esa consulta sí que asisto yo, ó públicamente si me admiten, ó escondida si se niegan á ello.

Te abraza tu hija—*Lully.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Diciembre* (6,45 tarde).

Pepe sin mejorar. No tengo tiempo de escribir. Seguiré telegrafiando curso enfermedad. Mañana celebramos consulta.—*Lully.*»

Hasta aquí hemos copiado la mayor parte de las cartas cambiadas entre la Condesa de Monsanto, su madre y su hermana, por estimar que eran lo bastante interesantes para ayudar á describir el carácter de nuestra heroína; pero desde que la dolencia del Conde interrumpió bruscamente la correspondencia, convirtiéndola en diario circunstanciado de la enfermedad del esposo de Luisa y de las angustias de ésta, consideramos innecesario seguir incluyendo epístolas y telegramas.

Baste saber que el mal estado de salud de Cabrera continuó durante todo el mes de Enero, y que á principios de Febrero, en vista de las terminantes órdenes de los médicos, de los deseos de Pepe y de los consejos de todos, se trasladó el matrimonio á Niza, acompañado de Santiago Cabrera.

Una vez allí, tornó Luisa Arjona, ya tranquila y con deseos de olvidar sus pasados dolores, á escribir á su hermana Chucha algunas cartas del mismo carácter que las anteriores, y como ellas sean necesarias para explicar los sucesos que ocurrieron después, hemos de permitirnos trasladar aquí varias misivas de aquel tiempo, eligiendo sólo las que ofrezcan mayor interés, ya que en esta segunda parte de la correspondencia de *Lully*, exceptuando la última carta, se observa más superficialidad que en la primera, y hasta algo como deseos de ocultar lo que pasaba en su interior.

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

«*Niza, Febrero.*

¿Podremos volver á escribirnos una de nuestras cartas? Yo tengo ya tan perdida la brújula, que quiero aturdirme, emborracharme, para no pensar en nada, para no caer en el feo vicio de maldecir, para no creer que soy un bicho raro, y para no entristecerme, recordando la temporada que acaba de pasar y que no se la deseo á mi peor enemigo.

Si algún ambiente puede calmar los nervios, es el de esta población, donde, si no hubiera tanta y tan distinta concurrencia, sería cosa de pasarse la vida. Pero lo que para siempre resulta incómodo, para uno ó dos meses es encantador, y como donde hay mucho, por necesidad has de encontrar bueno y malo, escogiendo, escogiendo se puede hacer un apartado de dos docenas de personas encantadoras y de otra de individuos tratables.

Estoy en primer término yo, que soy un encanto. cuando me posee el buen humor; está Pepe que, á pesar de sus alifafes, no pierde ripio y se muestra de una animación propia de sus arrestos juveniles y florida edad; está Santiago, tan negro y tan simpático como siempre, echando agua fría en todas las diversiones y haciendo con la gracia de Dios el papel de ama seca; está Teresa Castropignano, disparatada como nunca, jugándose en Montecarlo hasta la camisa y sucediéndole cada aventura que cuando las cuenta me hacen desternillar de risa; están las *pajaritas fritas* con su buen padre, quien no obstante su augusta seriedad suele irse de picos pardos, y te aseguro que

hay que verle coqueteando con una de estas *golfas* que salen aquí de debajo de las piedras; está la famosa Nené Lima, la reina de las americanas de París, que por fin ha ganado la partida y se ha hecho mi amiga, porque, hija, era una persecución tan insoportable que decidí acabar el sitio, rindiéndome con armas y bagajes; no creas, en el fondo es una infeliz, muy *snob*, pero muy divertida, y, á pesar de toda su gramática verde, no muy lista, pues cree la muy simple que no me he enterado del coqueteo que se trae con mi marido y á la vez con Santiago. Está un matrimonio francés, parientes lejanos de los Utreras, y tres ó cuatro muchachos más de distintas nacionalidades que resultan entretenidos.

Nené ha traído su *mail*, y como todos estamos dispuestos á divertirnos y no reparamos en obstáculos ni en pelillos más ó menos, excuso decirte el movimiento perpetuo que traemos y las excursiones que se nos ocurren. Dentro de siete días Carnaval, y entonces sí que va á ser la mar; preparamos una carroza monumental y tenemos la intención de no perder un baile ni una fiesta, de cualquier género que sea.

Resueltamente es mucho mejor esta vida que la morigerada existencia de las jóvenes madrileñas, que no sé cómo tienen valor, después de pasar el tiempo así, para decir que tal cosa es aburrida ó que no pueden vivir fuera de ese poblacho. ¡Desgraciadas doncellas que desconocen los placeres honestos que se pueden disfrutar lejos de esa infecta villa, y los goces de que es lícito gustar á una persona casada!

¡Qué poco nos preocupan los acontecimientos de fuera! ¡Con cuánta indulgencia perdonamos las faltas de nuestros prójimos! ¡Qué cantidad de disculpas se

buscan para justificar las acciones más abominables! ¡Qué natural es que las gentes pierdan toda idea de reflexión!...

¡Se me aguó la fiesta! Me vienen á avisar que está abajo Teresa, que se ha empeñado en llevarme hoy á Montecarlo, donde me pagará con un almuerzo estupendo el favor de jugar por ella, pues como persona que no ha tocado una carta en su vida, cree la muy loca que voy á ganar montes de oro en cuanto me siente delante del tapete. Yo no quería porque hasta ahora, y llevada por los recuerdos tristes de casa, me había negado á cuantos ruegos me hicieron mis amigos; pero Teresa se ha puesto tan pelma, que no hay más remedio que complacerla. Formaremos una *vaca*, según me ha explicado, y será coser y cantar.

Lo siento porque me encontraba inspirada. ¡Qué se le va á hacer! Otra vez será. Tu hermana que te aborrece—*J. Lully.*»

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Madrid, Marzo.*

Una tía enferma, una casa grande y tristona, unos amigos viejos y sosos, un tiempo de todos los demonios y un humor peor aún, son las causas de no haberte contestado antes y de que lo haga hoy para que después no escandalices con tus quejas, aunque puedes estar segura de que pocas personas estarán tan melancólicas y aburridas como al presente lo está tu señora hermana.

Ya sé, porque todos los que me rodean lo repiten á cada paso, que soy un ángel de bondad, y que una

hermana de la caridad no cumpliría mejor su deber que yo; pero se conoce que los ángeles se desesperan de vez en cuando y reniegan de su *angelitud*, deseando con todas sus fuerzas parecerse á los mortales para divertirse como ellos, ó, por lo menos, para que las visitas no les echen una regadera de elogios por minuto, pues si sigue va ser cosa de acudir al repertorio de frescas de la tímida Condesa de Monsanto, para obligarles á callar.

Lo peor del caso es que esta adulación que empieza, no reconoce otro motivo que la posibilidad remota de verme heredera de la fortuna de la tía, y te aseguro que, aunque hay ratos en que me divierte considerar el grado hasta dónde puede llegar la tontería humana, hay otros en que me da asco la porquería de algunas personas para quienes el dinero es todo y que tienen tan poca moralidad que nadie es bueno, según ellas, como no tenga bien cubierto el riñón.

Con todo esto te figurarás que no estoy de humor para verter el salero de mis chistes y que leo con envidia las diversiones y exquisitos goces de que ahí estáis disfrutando en tan agradable compañía. Haces bien, hija mía, aprovéchate, que Dios sabe lo que te reserva la suerte; mucho paseo, mucho *mail* y mucho *flirt*, que con eso no se ofende á nadie ni se da que hablar, y en cambio se pasan agradablemente las horas. ¡Si yo tuviera tu figura! Entonces sí que hacía célebre mi tiempo y la sociedad de Chucha Arjona.

Las casaditas jóvenes estáis en grande y os divertís de lo lindo. Hace unos días que ha llegado á Madrid Petra Miranda, y ya se ha lucido en todos los teatros y en todas las casas en que se reúnen media docena de personas. Viene encantada de su matrimonio, y en

uno de esos *desahogos* que la hacen tan famosa, contaba el otro día al tío Mairena que su marido es tan amable y poco celoso que la deja hacer todo lo que le da la gana, y que aunque dice que el percance que tuvo en Biarritz fué de tanto bailotear, es una solemne mentira, como lo demuestra que Fadrique sigue permitiéndole valsar cuanto quiere, por lo cual está muy contenta.—¿No te parece que hago bien?—le preguntaba al tío; y éste, como quien piensa en otra cosa, contestó distraído:—¡Ya lo creo, mujer, si eso te gusta!—¡Con delirio!—¡Pues entonces lo único que debes procurar es no perder el compás! Y sin fijarse en la cara que puso Petra, se fué el buen señor á mirar más de cerca un Sèvres que había encima de la mesa.

Yo no soy el tío Mairena, y todo me parece bien y santo, con tal que sea á gusto de uno.

Perdona, pero la tía reclama mi presencia. No dejes de escribirme, pues tus cartas son las únicas alegrías que recibo. Tuya.—*Chucha.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

«*Niza, Marzo.*

Queridísima Chucha: Nada nuevo tengo que decirte sino que siento mucho los malos ratos que estás pasando y aún más la tristeza que te agobia y que bien clara se deja ver en tu última epístola. Yo, por el contrario, estoy más alegre que nunca y con un deseo loco de gozar de la vida. Además, me encuentro admirable de fuerzas y de espíritu, y como la felicidad se conoce en los menores detalles, he engordado algo, lo cual ha contribuído á aumentar mis encantos y á

darme un aspecto de diosa bajada del Olimpo, según asegura un diplomático chileno que viene casi todos los días á casa á jugar al *tennis*.

Se marcharon algunos amigos, pero hemos quedado los más conspicuos, entre ellos Nené, Santiago y media docena más.

Decididamente Nené y yo hacemos buenas migas, y aunque no podemos ser más distintas en el modo de pensar, confieso que voy teniendo una debilidad por ella y le voy perdonando su pequeñas curserías en honor de la amistad que me demuestra.

Aunque te escandalice, voy á hacer una comparación para explicarte lo que hasta ahora he comprendido de su carácter. Nené me parece una *cocotte* buena y simpática, sin que esto sea ofenderla. Por lo que una ha oído contar, ha visto ó ha leído, se puede formar idea de lo que debe ser una de esas mujeres que, sin sentido moral ninguno, ni más regla que la de conseguir su objeto, sea éste cual sea, son generosas y capaces de sacrificarse por sus amigos, implacables con sus enemigos, chismosas y curiosísimas de todo lo que al amor ó á la galantería se refiere, disparatadísimas hablando y con una viveza, muy fácil de confundir con el talento, que les hace saltar de una materia á otra, sin cansar á sus oyentes, capaces de entrometerse en todo y hasta de descender á papeles feos con tal de ayudar al triunfo de una intriga, aficionadas á servir de confidentes y prontas é depositar sus secretos en el pecho de cualquier persona, con una mezcla de elegancia en su persona y maneras, y un *snobismo* atroz en su manera de pensar y obrar, con una sensiblería de modistilla que no desaparece, á pesar de desengaños y experiencia, y con un materialismo enorme en otras cosas y en otros momentos de la vida.

Su suerte depende de la esfera en que nacen, y una de dos, si es baja aquélla, resultan unas *pirujas* muy señoras, y si es alta, resultan unas señoras muy *pirujas*.

No sé si tú comprenderás por lo anterior el carácter de Nené, pues aunque yo creo conocerlo no acierto á explicar bien lo que pienso; pero te harás cargo de que si hay en ella algo que repugna, hay otro aspecto que una vez conocido se aprecia y se estima, por lo cual es difícil mostrarse indiferente con ella.

Estos días en que la concurrencia se ha marchado, nos hemos entretenido en recorrer tiendas y joyerías para proveernos, á precios razonables, de alhajas y preseas.

Te parecerá raro lo anterior, como á mí me lo pareció, pero no pude menos de reirme cuando Nené me explicó el motivo de tal abundancia de joyas.—«Figúrate—me decía con su acento entre andaluz y americano—que todas estas niñas que vienen aquí se juegan su dinero y el del amigo que las acompaña para perder hasta las uñas, y como hay mucha gente y mucho extranjis no se apuran, sino que van recobrándose como pueden, hoy con uno, mañana con otro; pero el amigo *fila*, los extranjeros se marchan y se queda la mujer con unos cuantos *luises* y la cuenta de la fonda por pagar. Como el adquirir las joyas no cuesta trabajo, cogen una de ellas, se la llevan á la tienda, donde ya las conocen, y toman lo que quieren darles, pues con cualquier cosa se contentan, seguras de que al llegar á París conseguirán otra mejor del primer *sucrier* que se les presente, y los joyeros hacen su agosto, llevándose los despojos á distintas capitales, si no

los venden inmediatamente aquí por la mitad de su precio.»

Encantada con la perspectiva de una ganga me cogí del brazo de Nené y nos fuimos á recorrer las joyerías, en una de las cuales encontré al poco tiempo un primor de *collier de chien* con tres broches de brillantes y rubíes formando un enrejado Luis XV de un dibujo originalísimo y una perla en forma de perilla que colgaba enmedio. Verle y jurarme que no se me escaparía, fué todo uno, y allí habrías de ver nuestras mañas para sacarlo más barato al hombre, que era un tuno grandísimo y que enseguida conoció quiénes éramos y á lo que íbamos.

Si te digo que estuvimos hechas unas gitanas, aún me quedaré corta. El collar resultaba caro, aunque valía mucho más de lo que pedían por él. Nené se brindó á prestarme el dinero, que le pagaría cuando quisiera; pero yo, después de decir que me lo llevasen á casa para verlo despacio, me colgué del cuello de Pepe, y entre cuatro mimos y un beso conseguí que me permitiera comprarlo, á pesar de la indignación de Santiago, por lo cual me peleé con éste y le puse como un regaladísimo trapo.

El joyero no me quiso decir de quién había sido el collar, pretendiendo primero que era nuevo, y después que su propietaria era una *grande dame russe*; pero yo, apenas lo tuve, llamé á concilio á mi trinca, les enseñé la alhaja, encargándoles averiguasen su procedencia, y al día siguiente me envió Nené un retrato de Fanny d'Armigny, que resulta ser una de las estrellas de *Folies Bergères*, con el famoso collar y unos cuantos más que no sé si habrán corrido la misma suerte que el de mi posesión.

Inmediatamente me lo puse, y todos convinieron por unanimidad en que me estaba mucho mejor que á la Armigny, y que si yo me retratara tan ligera de ropa como ella, tendría un éxito loco, doscientas veces mayor que el de la Fanny, que después de todo, como dice Pepe, no posee más que unas piernas aceptables.

¡Ya lo creo que tendría éxito, y poco que me divertiría á mí ser una temporada *chanteuse* ó actriz del Vaudeville, por ejemplo!

En fin, basta de tonterías y dispensa las inconveniencias que van escritas.

Recuerdos á la tía y recibe un abrazo de tu herma na—*J. Lully*.»

La Marquesa de Arjona á la Condesa de Monsanto.

«*Madrid, Abril.*

Queridísima hija: Estoy con el alma en un hilo desde que he recibído tu carta, contándome la recaída de Pepe, y espero con una impaciencia grande el telegrama que me anuncias. ¡Pero, Jesús, si parece mentira que esos hombrones, que parecen fuertes como castillos, estén siempre enfermos como si fueran unos vejestorios! Lo único que te puedo recomendar es paciencia y que lleves con conformidad tu cruz, pues para eso servimos las mujeres y así pagamos todo lo que por nosotras se sacrifican los hombres. Yo, por mi parte, no dejo de rezar el tiempo que no estoy con la pobre tía, que cada vez sigue peor, para que tu marido se ponga definitivamente bueno, y, si me atendieras, lo que harías es aprovechar el primer momento de alivio que Pepe presentara y metértelo en

el tren contigo para traerlo á Madrid, donde entre todos le cuidaríamos, pues tú sola no sirves para nada y te aturdirás sin saber más que gimotear y hacer la tonta.

El único que me inspira confianza es ese primo de tu marido que parece tan buen muchacho y que supongo es el que maneja el teclado. Mira, aunque no sé si me le presentaron cuando estuvo en tu boda, dale recuerdos míos y díle que le estoy muy agradecida por lo bien que contigo se porta.

Como tus cartas no se parecen las unas á las otras, y se acaba de recibir una en que te diviertes como una loca, cuando se recibe otra en que anuncias que Pepe está en la cama con fiebre y con un poco de parálisis en un lado, puedes creer que antes de abrirla rezo tres credos á San Antonio para que contenga buenas noticias y no recobro mi tranquilidad hasta acabar de leerla.

Chucha está la pobre hecha una santa, sin dormir casi y portándose con tía Lola como no lo haría su hija, si la tuviese; me encarga te diga que siente lo que puedes figurarte la nueva enfermedad de Pepe y que no te extrañe que te escriba menos, pues no tiene tiempo para nada.

Un abrazo á tu marido, y tú sabes cuán ciegamente te adora tu madre, que no deja de pedir á Dios que seas completamente feliz.—*Juana.*»

La Condesa de Monsanto á la Marquesa de Arjona.

«*París, Mayo.*

Ahora que acabamos de dar un paseo en coche por el *Bosque* y que Pepe está con sus amigos, voy á ponerte dos letras dándote cuenta de mi persona.

Según los médicos nos han ordenado, saldremos dentro de unos días para Aix-la-Chapelle ó Aquisgran, como decimos los españoles, con objeto de que mi marido tome sus baños, á ver si se restablece por completo y no vuelve á darnos jaqueca el año que viene. Yo quisiera que después de Aix fuéramos á Madrid, porque tengo muchísimas ganas de abrazaros; pero, por desgracia, creo que no me será posible hacerlo hasta el otoño, pues Pepe ha salido diciendo que es una majadería ir á últimos de Junio á freirnos vivos, que él no puede hacerlo por sus males, y que si yo quiero que me vaya sola, que él me esperará en Biarritz; pero aunque yo desee con toda mi alma veros, comprenderás que con lo que es Madrid no me dé la gana, cuando apenas hace un año de mi matrimonio, de plantarme sola ahí, donde todo son chismes, para que empiecen á decir que si ya campamos cada uno por nuestros respetos y para que inventen una serie de historias fastidiosas.

Supongo que nuestra estancia en Aix será próximamente de treinta días, y como allí hay bastante gente conocida y Santiago nos acompañará, quedándose una ó dos semanas con nosotros, creo que no me aburriré demasiado, pues ya estoy acostumbrada á esta vida nómada, que nada me espanta, y como viajo con un equipaje enorme, allí donde llego me instalo como si estuviera en mi casa. Al contrario, me parece que el variar tan á menudo de horizontes y de caras me distrae.

Muchos recuerdos á todos, y sabes cuánto te quiere—*J. Lully.*»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

Aix-la-Chapelle, Junio.

¡Hoy hace justo un año que me casé! ¿Te acuerdas, Chucha, de lo *azarada* que estaba cuando me vestía para ir á casa de tía Carmen y del abrazo que te di en la estación? ¡Un año! Parece mentira, y no creas que es porque haya pasado volando el tiempo, sino porque al encontrarme enmedio de esta tranquilidad, completamente sola con mi marido, y volver la vista hacia atrás, recordando impresiones y sucesos, me imagino que es todo ello un sueño; pero al mismo tiempo reconozco que en un año me han pasado tantas cosas que yo misma me asusto del cambio tan radical que he dado y de lo remota que mi vida anterior me parece.

Sucede una cosa con el matrimonio, y es que en pocos días nos transforma de manera que las ideas que tuvimos de solteras se borran como si se pasara una esponja por ellas y todos nuestros anteriores pensamientos los juzgamos falsos y románticos.

Por lo visto he alcanzado ya mi nueva transformación y debe ser así porque cualquier palabra ó cualquier detalle de mis anteriores coqueteos, cualquier chiste de aquellos que me hacían pasar por temible, cualquier suceso que me parecía entonces un mundo, me entretiene horas enteras en que se me figura que sigo siendo la misma *Lully* orgullosa y sin una peseta, vestida como podía, despreocupada y sin pizca de vergüenza, que todo el mundo creía que no se casaría porque sabía demasiado para una chica soltera, porque nada de la vida de los hombres le era desconocido. ¡Porque tenía, en fin, *demasiada experiencia!*

¡Demasiada experiencia! ¿Qué sabían ni qué saben ellos de eso? La experiencia, ¿sabes lo que es y para lo que sirve? Pues sencillamente consiste en perder poco á poco aprensiones ridículas y puritanismos tontos, en aceptar el mundo como es y no aspirar á contarse como una excepción del común de los mortales, en renunciar á juzgar por ti las cosas, según tus propios principios, y contentarte con juzgarlas según las ideas de los que te rodean. ¿Que para qué sirve? Pues para no creer en nada que salga de lo trillado y admitido por razonable, para no molestarte ni sacrificarte por ideas novelescas ó salidas únicamente de tu imaginación, para refugiarte en tu egoísmo y dentro de él organizar una existencia lo más agradable posible para ti y para los demás.

Por otra parte, la cualidad de mujer experimentada se adquiere en poco tiempo y sin lecciones y, según todo el mundo asegura, es la base de la futura dicha.

¡Un año, ya ves si es corto el plazo! ¡Y tú que te esforzabas por desentrañar los secretos de mi carácter, mientras yo me desprendía de la larva, como un día me dijo un señor muy cursi, para convertirme en mariposa!

Ahora, que hay momentos en los cuales se pasa algo, gracias á la experiencia ya adquirida, y uno de ellos lo acabo yo de sufrir, aunque te aseguro que bastante lo deploro.

Ya conoces por mis cartas lo buen chico é intachable amigo que nos resultó Santiago Cabrera, el primo de Pepe, desde que le encontramos en París y nos pusimos en pie de intimidad y sabes también que

nos acompañó aquí y se ha quedado para pasar el día de hoy en nuestra compañía. Ni en sueños se puede imaginar una persona más correcta, más agradable y más fina que Santiago.

Mientras todos disparatábamos, él era el único que conservaba su buen sentido, cuando hacíamos locuras, él se oponía á cualquier cosa que pudiese traer cola; cuando yo caía en una de mis crísis sentimentales y me aturdía á fuerza de desplantes, él me comprendía solamente y me animaba sin aparentar que penetraba en mi interior. Por todo ello, desde el principio me inspiró gran confianza y simpatizamos de manera que, después de tí, es la única persona á quien yo he dicho todo lo que me pasaba por la cabeza.

Ya recordarás nuestras discusiones respecto de la amistad entre hombres y mujeres, cuando tú decías que era posible y yo sostenía que no podía existir sin que por una ú otra parte se fingiera sinceridad, ó sin que al poco tiempo no viniera á interrumpirla el dichoso amor, ó como quieras llamarlo.

Pues bien, llegué á convencerme de que tenias razón, y, sin fijarme en una porción de detalles que luego he recordado, me alegraba de contar con tan buen amigo, cuando anoche, después de la comida, no sé qué dije yo de nuestra próxima separación, no sé qué palabra se me escapó de mi futura vida, que Santiago, que estaba fumando al otro extremo del cuarto, salió á la terraza, y como tardaba mucho tiempo y Pepe estaba entretenido con unos periódicos, sin atender á lo que yo decía, me levanté y fuí de puntillas al balcón para llamar á nuestro primo

Figúrate mi sorpresa cuando le ví apoyado en la

barandilla, con el pañuelo en los ojos, y manifestando en su actitud tal abatimiento que me dió lástima, y comprendí enseguida cuál era la causa de aquellas lágrimas, haciéndome cargo del lugar que ocupaba yo en su corazón.

No sentí ni ofensa, ni rabia, ni siquiera vanidad, sino tristeza, mucha tristeza, al considerar las angustias que el pobre chico habrá pasado en tanto tiempo, viviendo continuamente en mi compañía, y los esfuerzos hechos para disimular su pasión de manera que, estando de continuo con pájaras como Nené y compañía, ninguna nos hayamos enterado de sus sentimientos. ¡Pobre Santiago, tan bueno, tan inteligente, y conociéndome tan á fondo, cómo ha podido ocurrírsele la mala idea de enamorarse de mí!

Me alejé del balcón, y al poco rato apareció de nuevo el infeliz, sonriendo y bromeando como siempre, sin que se notara nada en su semblante, tan bonachón y tan negro como siempre, del drama que yo había sorprendido momentos antes, sin que en lo que dijo se advirtiera traza de doble sentido ó intenciones de ningún genero. Cuando se despidió de mí tenía las manos heladas y me dijo alegremente:—¡Acuérdate de que ya no te queda más que un día que aguantarme!

Mira tú como soy yo. Encuentro tan espontáneo, tan honrado y tan varonil el cariño de Santiago que no me molesta lo más mínimo, ni encuentro tenga nada de malo por su parte, y lo que siento es no poder corresponderle sin faltar á mis deberes ó no haber conocido al pobre chico hace un año, porque quién sabe entonces lo que hubiera hecho.

Como mañana se va, nos quedaremos casi solos, pues no cuento como amigos los conocidos de todas

naciones que aquí hemos encontrado, y ante tal perspectiva he comenzado á cultivar la amistad de mis vecinos que son la familia de un médico muy famoso, que lo fué mucho tiempo del Emperador y hace algunos años que se retiró, comprando aquí una casa donde vive casi todo el año. No te puedes figurar el culto con que todos le tratan y la cantidad de personas que acuden con la esperanza de visitarle; pero es muy raro el que lo logra y á la mayoría los remite á otros de los varios buenos que hay en estos contornos.

Yo me he hecho amiga de sus nietas, que son muy simpáticas y me convidaron á jugar al *tennis*, y por medio de ellas pienso llegar á conseguir las simpatías del abuelo, que siempre que me ve está la mar de fino, con cierto y determinado objeto, que me dispensarás si no te comunico por ahora.

El otro día fuí á su casa, para visitarles, y al entrar me encontré una porción de gente tomando te. Todos se levantaron, y el doctor, cogiéndome por la mano, me presentó orgullosamente á sus invitados diciendo: *Mes amis, voila l'Espagne.*

¡Infeliz España! ¡No sabía el buen señor la verdad que decía al echarme tan estrepitosa flor!—*J. Lully*

Jesusa Arjona á la Condesa de Monsanto.

Madrid, Junio.

Queridísima Lully: Como ya sabrás por los telegramas que te pusieron, el miércoles falleció la pobre tía Lola y hasta hoy no he tenido tiempo materialmente para escribirte. Fue una cosa horrible porque no perdió el conocimiento hasta veinte minutos antes de

morir, y yo, que era la primera vez que asistía á una desgracia, me impresioné mucho, no obstante lo cual, como gracias á Dios soy bastante dura, aún tuve ánimos para quedarme hasta el último momento. Ya puedes suponer lo rendida que habré quedado después.

Sobre todo, lo que más esfuerzos me ha costado es el dichoso visiteo de las amigas y parientes, los fastidios del entierro, la mezcla de hipocresía y vanidad que después se ha manifestado y las mil y una tontería que he podido observar desde que falta la pobre señora.

Si se tratara de una persona insignificante, nadie hubiera hecho nada, y sólo los que vivíamos con ella conservaríamos su recuerdo; pero como los periódicos han echado á vuelo todas las campanas, el majadero de Enrique hizo poner en la esquela diez ó doce apellidos retumbantes como si eso sirviera de algo, y, en suma, ha venido á ser un episodio *du dernier chic* en medio de la falta de asuntos en que entretenerse; aquí nos tienes á mamá y á mí, teniendo una especie de *five o'clock tea* por las tardes con todas las elegantes, asombrándonos al ver de luto á otras que no tienen ningún ó si acaso muy lejano parentesco con nosotros y con la lengua seca de contar cómo sucedió *la cosa*, á los infinitos que nos hacen la inevitable pregunta.

Una de las cosas que peor me han parecido, es los artículos encomiásticos que algunos estómagos agradecidos le han dedicado, con la mejor intención sin duda, pero con tan mala pata que, en lugar de recordar sus bondades ó pedir que la encomienden á Dios, sólo se les ocurre recordar si el año de la Nanita dió

un baile en que los señores fueron de *pierrots* y las señoras con traje Luis XV, ó en cueros, ó no sé cómo, y de que su marido era muy aficionado á la ebanistería. ¡Misericordia! ¡qué simple es la humanidad!

¡Por Dios, Lully, no te pongas á su altura! ¡Mira que para algo tienes entendimiento y eres una mujer fría! Te voy á decir una cosa aunque te escueza, pero en cambio te prometo que acabo con ella la carta y así contesto á la tuya.

Mientras tú veas venir las cosas, las pienses y las discutas, no tengo miedo ninguno de que metas el pie, pero desgraciadamente tienes un modo de ser tan disparatado, que cualquier día, sin pensarlo, sin darte cuenta siquiera de que estás en peligro, sin comprender la extensión de lo que haces, cometes una pifia que te pesará lo que te quede de vida y que te hará desgraciada para siempre, pues no eres mujer que encuentre satisfacción en tales cosas.

Perdóname si te ofendo con mis ideas, tómalas como de quien vienen, insúltame en tu próxima carta, ponme verde, incomódate y no me vuelvas á dirigir la palabra, pero no dudes un momento de que no pensaría así si no te adorara como te adora, tu hermana —*Chucha*.»

La Condesa de Monsanto á su hermana Jesusa.

Aix-la-Chapelle, Junio.

Ni insultos, ni palabras, ni piques, ni nada, querida Chucha, puedo yo poner en práctica contigo, porque tú eres mi cariño mayor en este mundo.

Durante el tiempo que has estado sin escribirme he pasado ratos muy malos, he sufrido mucho, y precisamenie el día en que recibí tu carta, estaba tan triste, tan triste, que con ser la tuya más propia para aumentar penas que para desvanecer congojas, me supo tan bien, que de todas veras te perdono suposiciones y juicios, sin contar además con que por muy mal que tú me juzgues aún lo hago yo peor, y si tú encuentras faltas en mí, yo estoy por decir que por más que busco no hallo cosa buena.

Puede que sea la vejez. ¿No recuerdas que dentro de siete días cumplo veintinueve años? ¡Buena fecha! Á esa edad hay muchas mujeres que cierran su época de retozos y se dedican á la vida casera, á cuidar de sus hijos, que ya son mayorcitos, á preocuparse de la educación y del carácter de esos pedazos de su alma que han venido á sustituir el vacío que dejaron en ella los apasionamientos y los desvaríos de los primeros tiempos del matrimonio.

Para mí, al contrario, empieza la vida, como quien dice. ¿No me casé hace un año? ¿No estoy aún en mi luna de miel? ¿No me reserva el porvenir toda clase de sorpresas agradables que me hagan ir conociendo el mundo por una senda de flores que yo iré pisando poco á poco?

Cuando veo por aquí una de esas mamás jóvenes con dos ó tres chiquillos preciosos, seguida de la *nurse* y regañando á uno, corriendo con otro, besuqueando al primero que encuentra á mano, me entran unas ganas de acercarme y robarle uno para escaparme con él donde no me puedan alcanzar, que tengo que echar por otro paseo y distraerme con otros pensamientos, porque si me paro á pensar, si empiezo á permitir que esa sensibilidad mía cursi, salga á la su-

perficie y se manifieste en extremos ridículos, ¡adiós *Lully*, y adiós conformidad y talento y todo!

Tenemos todos derecho á la felicidad, tenemos derecho á nuestra vida y á propagar esta vida en nuestros hijos, pues para eso se creó el mundo y el matrimonio, y cuando se comprende esto, se desea con tanta ansia como el respirar, se reunen las mejores condiciones para agradecerle y para entenderlo como es debido, y se cifra toda la ambición en conseguirlo, una miseria viene á destruir la dicha soñada, viene á recordarle á uno que este no es un país de sueños, viene á obligarte á buscar distracciones y recreos donde se encuentren mejor, aunque en ellos corras riesgo de perder tu honra y la de tu familia, viene, por fin, á desesperarte y á hacerte aborrecible la existencia.

No hagas caso, estoy loca y no sé lo que me digo. Me encuentro en una de mis crisis en que si no hablo doy un estallido, y como tú eres la única persona á quien me puedo confiar sin cuidado, á ti te lo cuento como se me ocurre, sin pararme á reflexionar si está bien ó mal que lo sepas, si es ó no propio de tu edad, sin volver á leerlo una vez siquiera, pues entonces tengo la seguridad de que rompo la carta en mil pedazos.

¡Qué loca soy en quejarme y qué preocupaciones me busco sin necesidad! Esto es lo que mamá, lo que Pepe y lo que cualquiera á quien yo le hablara con el corazón en la mano, contestaría á mis angustias. Ese sería todo el consuelo que me proporcionarían, sin imaginarse remotamente el martirio, la pena atroz que me ahoga en algunos momentos.

Ya ves, lo tengo todo. Soy joven, título, rica, mi

marido me adora, mi familia me distingue: ¿qué más he de desear? ¿No es este el sueño de cualquier colegiala de quince años? Y sin embargo, Chucha, sin embargo, cómo se sorprenderían todos si me vieran llorar, en este momento, como una chiquilla, por algo que no puedo decirte porque es muy feo y tú eres demasiado inocente para saberlo, pero que me atraviesa el alma; cómo se reirían si pudieran sorprender el ansia con que desde mi ventana sigo los juegos de los niños; cómo se edificarían oyendo mis oraciones á la Virgen para que me ayude, y mis descabellados votos y promesas para que me salve, para que me conceda por un milagro lo que no niega á la más miserable de las mujeres.

Ya ves si te confieso con claridad mis pensamientos y mis afanes. La delicadeza que nos obliga á ocultar á todo el mundo esas cosas tan íntimas, no tiene ningún valor contigo, y si te tuviera aquí, si te pudiera decir esto de palabra, si te pudiera abrazar al mismo tiempo y hacerme comprender sin hablar, porque hay sensaciones y secretos de que ni una misma se da bien cuenta y que yo no sé expresar en cartas, entonces serías mi consuelo, serías lo que has sido siempre para mí, todo lo que hay de bueno y de cariñoso en este mundo.

No puedo seguir, estoy echando lagrimones como puños y se me agolpan tantas ideas que no consigo ordenarlas ni podría escribirlas. Quiéreme mucho, quiéreme aún más que antes, porque necesito de algo grande que me anime y que me sostenga.... ....

....

Vuelvo á coger la pluma para pedirte un favor. Es una cosa muy fácil y hasta estoy por apostar que ya

lo has adivinado. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que vendrás? ¿Verdad que dentro de muy pocos días, quince nada más, tendré el gusto de verte y abrazarte en Biarritz, para no separarnos ya nunca?

La tía (q. e. p. d.) ya no te necesita; mamá hará sus viajes de todos los años; el calor es insoportable en Madrid; todo el mundo se marcha á baños ó al campo; nosotras estamos las dos de luto y podemos hacer la vida que más nos convenga, nada nos separa, conque lo único que hace falta es que mi señora doña Chucha se decida á hacerse llamar Santa Chucha, disponga su equipaje, se cuelgue del brazo de su *carabina*, y empiece á correr en dirección á Biarritz, donde la esperará su enemiga mortal, dispuesta á ahogarla en cuanto se descuide ó en cuanto se desmande un poco.

Te advierto que no hay pretextos que valgan; hoy mismo escribo á mamá; cuando te aburras no tienes más que decirlo y tomar el portante. Anímate, pues, y que lo primero que reciba yo sea un telegrama que diga: «Aceptado, saldré cuando quieras».

Nunca te podrás imaginar lo feliz que harías con él á tu hermana—*J. Lully*.

XII

El sol de Julio daba de lleno en la estación de Biarritz, y las personas que aguardaban en el andén habían tenido que refugiarse á la sombra que proyectaba una de las paredes del edificio. Los hombres, vestidos casi de blanco, abanicábanse con sus sombreros de paja; las señoras entretenían la espera alborotando y tan pronto se oían palabras en vascuence como en francés ó castellano.

El ambiente pesado, en el cual se mezclaban los olores del campo, enrarecidos por el calor y las emanaciones del cercano mar, en lugar de atrofiar con su pesada calma los sentidos de las personas allí presentes, parecía comunicarles nueva vida y extraordinaria animación. El risueño horizonte, la espléndida vegetación, el cuidadoso esmero que en la vía y los caminos se observaba, hasta el barullo y los gritos de los numerosos cocheros estacionados á la salida, contribuía á aumentar aquella atmósfera de agradable bienestar que siempre tiene la virtud de conservar el famoso pueblo.

La hora, la afluencia extraordinaria de concurrentes, las señoras que aguardaban, todo indicaba la llegada de buen contingente de personas dispuestas á dejar su dinero en la renombrada playa. En efecto, de un momento á otro debía venir un expreso de Hendaya, y con él numerosos viajeros.

No tardó en verse á lo lejos el humo de la locomotora y en hacer ésta su entrada majestuosa en la estación. Casi nadie, sin embargo, se movió de su sitio, excepto una señora elegantísima, seguida de un caballero joven, vestidos ambos de luto, que comenzaron á recorrer con la vista todos los vagones, extrañándose de que se bajaran de ellos muy escasas personas.

—¿Á que esa sinvergüenza no ha venido?—exclamó indignada la dama, volviéndose á su acompañante.

—Pero, mujer, si me estoy quedando ronco de gritarte que éste no es el tren de Hendaya, sino uno que va á Irún.

—Pues hijo, podías alzar la voz, porque si lo hubiera oído, me evito la carrera y el sofoco.

—No es cuestión más que de un minuto, pues está esperando la llegada del exprés para salir.

—Oye: ¿quién es aquel que nos está saludando desde aquel vagón? ¿No le ves? El de la gorra que mueve el pañuelo.

—¡*Tiens c' est vrai!* Si parece tu primo Juan.

—Hombre, tiene la mar de gracia. Después de los años mil. Mira, vamos á hablarle si tenemos tiempo, á ver cómo está.

Y sin aguardar respuesta echó á andar *Lully* en dirección del caballero que, conforme se iba acercando su prima, hacía mayores aspavientos.

Llegada junto al vagón, á tiempo que el joven había descendido al suelo, diéronse ambos la mano muy cariñosamente y comenzaron á hablar deprisa, interrumpiendo su conversación con carcajadas y exclamaciones de asombro.

—¡Hola, hombre! ¿Quién te conoce?

—Chica, qué guapa estás. ¿Y tu marido?

—Mírale, aquí le tienes.

—¡Hola, Pepe! ¿Conque por fin casado?

—Al parecer.

—No digáis tonterías. ¿Cómo es que te dignas venir á España? Supongo que las moscovitas se habrán quedado inconsolables.

—Hija, la necesidad y ese bendito de ministro, que por más que yo hice se empeñó en trasladarme al Ministerio. Figúrate lo que me espera en ese pueblo; en fin, ya veremos de arreglarlo en cuanto pasen estas cosas. ¿Por quién estáis de luto?

—¡Pues por tía Lola que se murió el mes pasado

¿Ahora te desayunas? Pues mira, no estaría de más que tú te pusieras un trajecito negro que no te se caerían las sortijas por ello.

—¡Si no me acordaba! ¡Ya lo creo que me lo pondré! ¡Qué cosas tienes! Y, aunque sea curiosidad, ¿á qué debo el honor de veros? ¿Es que sabíais que iba á pasar por aquí?

¡Qué idiota! ¿Pues no se figura? Ja, ja, ja. Quita, hombre, quita, y no te pongas tantos moños. Ya se conoce que las rusitas te han sacado de tus casillas. Aunque te estime hasta la pared de enfrente, no soy yo capaz de tomarme este fresco por venir á admirarte.

—¡Es verdad! Dispensa—contestó un poco picado el muchacho,—he dicho una tontería, soy un majadero.

—¡No lo sabes bien! ¡Por lo visto empiezas á conocerte—repuso *Lully*, riendo á carcajadas.

—Estamos aquí—dijo Pepe—para esperar á Chucha que viene a pasar el verano con nosotros.

—¿Viene de Madrid?

—Sí.

—Pues entonces ahí la tenéis—exclamó Juan, señalando el tren que se distinguía claramente á pocos metros de la estación.

—Vaya, adiós. ¿No pasarás aquí unos días?

—Creo que sí. Si el ministro no se pone en tonto, vendré lo más pronto posible.

—Pues buen viaje, y si ves á mamá dile que estamos bien.

—Bueno, recuerdos á Chucha.

—Adiós.

—No cruces, mujer—gritó Pepe al ver que *Lully*,

sin hacer caso de la máquina que avanzaba rápidamente, se disponía á atravesar el andén que la separaba de la estación.

—No tengas cuidado, que no me coge — repuso la Arjona, salvando el espacio de unos cuantos pasos.

Detúvose el tren, se abrieron las portezuelas de los coches, y empezaron á descender los viajeros, vestidos de todos colores, sudorosos, con la cara sofocada, siendo recibidos con extraordinario júbilo por los amigos que esperaban su llegada.

Hubo un momento de confusión indescriptible; todo el mundo se movía en busca de sus conocidos; todos gritaban; todos reían; la puerta de salida empezaba á hacerse pequeña para el tropel de personas que á su alrededor se amontonaba; y *Lully* Arjona, sin hacer caso de nadie, abriéndose paso por entre los apiñados grupos, siguiendo con la vista el movimiento de unos y otros, temerosa de que pasaran los que con tanta impaciencia aguardaba, seguía su carrera á lo largo del parado tren, queriendo penetrar con la vista en el interior de los vagones, por cuyas ventanillas asomaban sus caras los individuos que continuaban su viaje, entretenidos con aquel espectáculo de bulla y agitación.

Por fin, de un coche de primera descendió lentamente una muchacha vestida de riguroso luto, tras de cual asomaron los espejuelos de británica *carabina*; detúvose breves momentos para despedirse de los que la acompañaban en el vagón, que la saludaron cariñosamente, y al volver los ojos para orientarse entre la muchedumbre, encontróse de manos á boca con *Lully* que, pálida de alegría y emocionadísima al ver

á Chucha, se echó en sus brazos, besándola repetidas veces sin poder articular palabra.

Cuando después de algunos instantes se separaron, miráronse ambas como si quisieran una y otra leer en el corazón de su compañera las impresiones sufridas durante su separación.

—Chica, ¡qué cambiada estás!—dijo por fin Chucha con voz temblorosa y contemplando á su hermana con cariño infinito.

—¡Mujer, no es para menos! ¿Pero cambiada en mejor ó en peor?

—En mejor. ¡Si estás guapísima!

—¡El matrimonio y las satisfacciones! ¿Y mamá?

—Muy bien. ¿Y tu marido?

—Aquí, aquí me tienes, repuso Pepe, consiguiendo por fin llegar hasta el grupo,—es decir, aquí tienes unos pedazos, porque estoy ya hecho una breva, y si esto sigue, me deshago en fragmentos. Vamos deprisa, que Luis se ocupará de llevarnos el equipaje, y los caballos van á pescar una insolación.

Pocos minutos después consiguieron al fin salir y tomar el coche, que emprendió rápidamente su marcha, sin que las bellezas del camino consiguieran distraer un momento á las dos hermanas que hablaban por los codos de todo género de cosas, sin hacer maldito el caso del buen Pepe, quien, aburrido al ver que sus chistes no tenían el éxito acostumbrado, optó por hablar en inglés con la acompañanta de Chucha y lucir sus conocimientos en el idioma de Shakspeare.

XIII

—¿Qué haremos hoy que estamos solas?—decía *Lully* una mañana, poco después de la llegada de Chucha, en honor de la cual y como si quisiera evitar los momentos de soledad con ella, había apurado cuantos recursos le sugirió su imaginación.

—Pues quedarnos aquí tranquilas, sentaditas en nuestras butacas, leyendo ó charlando, porque yo estoy cansada de tanto ajetreo,—repuso la jorobada.

—No, no, hoy es uno de esos días en que me siento incapaz de estar tranquila. Tenemos que movernos, que agitarnos, que distraernos con algo nuevo.

—Bueno, pues échate á pensar á ver que se te ocurre, porque lo que es yo, por mi parte, no pienso molestarme.

—¡Si fuéramos á Bayona!—insinuó *Lully*.

—¿Estás loca? ¡Pues vaya una cosa nueva que íbamos á ver! Para eso sí que no me presto.

—Una idea—exclamó de repente la Monsanto,—como Pepe no vuelve de Burdeos hasta pasado mañana, vámonos á Pau hasta mañana por la noche.

—Eso, y por una casualidad llega antes y se figura que hemos huído, ó se pica conmigo porque te levanto de cascos. ¡Nada que dure más del día de hoy!

—Está bien, D.ª Pazguata, D.ª Hipócrita, no te asustes que no te comerán los santos; iremos ahora á la playa, después de almorzar echaremos la siesta y después iremos á hacer visitas ó á tomar te con los Urgell.

—Sí, para encontrarnos con todo el mundo, y que me critiquen que aún no he enterrado á la tía cuando me desojo por lucirme á ver si ahora que soy rica pesco un marido. Muchas gracias, esa última parte la haces tu solita.

—Ea, pues vete al cuerno y diviértete con lo que te dé la gana,—concluyó *Lully*, de pésimo talante, sentándose bruscamente en una mecedora y cogiendo un periódico que se puso á leer con gran interés.

No pasaron muchos minutos, sin que la animada joven comenzara á mirar de reojo lo que hacía su hermana, quien seguía imperturbable cosiendo una especie de camisones hechos con telas finísimas, y al ver que no se preocupaba sino de las puntadas que daba, levantóse de puntillas, y, con un movimiento rápido se hizo dueña de los trapos sin atender las enérgicas protestas de Chucha.

—Ya sé lo que vamos á hacer, chilló *Lully*; ¡un pensamiento magnífico! te pones el sombrero y el velo, tomamos un cochecillo y nos vamos por la *Negresse*; en la estación cogemos el primer tren que baje á Irún. Nos quedamos en San Juan de Luz, y después de almorzar solitas en el Hotel de Inglaterra, ó donde te parezca, cumplimos con los Geronas, haciéndoles una larga visita en su casa, que es preciosa, y á las siete estamos ya aquí de vuelta. Conque no hay más que replicar y en marcha; al que hable, le fusilo.

. . . .

Cuando el tren llegó á San Juan de Luz, aún no se había apagado el entusiasmo que aquella inocente calaverada inspirara á la mayor de las Arjonas, cuya alegría consiguió poco á poco hacer sonreir á Chucha.

Durante la comida, dispuesta por *Lully* con ciertas

pretensiones de conocedora, no cesó de hablar por los codos, burlándose de todos sus vecinos y haciendo casi llorar de risa á Jesusa, que, sin poder contener las carcajadas, no cesaba de repetirle:

--Por Dios, mujer, que la gente te mira y puede que nos tomen por unas cualquier cosa. Mira, lo que has de hacer es no beber más, porque te vas á marear. ¡Jesús, cuanta estupidez! ¡estás hablando lo mismito que Enrique!

Después de almorzar, empeñóse Chucha en visitar la iglesia á pesar de la oposición de *Lully* y del calor que hacía.

—¡Pues no faltaba más—argüía la jorobada;—¿de modo que tenemos tiempo para todo lo malo, y no lo vamos á tener para una cosa buena que dura cinco minutos? Se conoce ¡oh joven! que te olvidas de ti misma. ¿No recuerdas cuando me escribías desde no sé donde, contándome tu manía de visitar todo lo que oliera á iglesia, con objeto de tontear, porque es estupidez eso de figurarse que Dios va á ser tan infeliz que te conceda las tres primeras sandeces que se te ocurran. ¡Bonitas pretensiones oiría el buen Señor!

—Sí, ¡pues lo que es vosotras las beatas inmundas le pediréis sublimidades—repuso Luisa poniéndose seria;--en fin, haremos lo que quieras para que no digas que soy una hereje; así y todo—añadió con cierta sonrisilla volteriana—será en el único sitio que tendremos un poco de fresco.

—Como que á nadie se le ocurre venir á disfrutar de esta solana, más que á una loca como tú—refunfuñó Chucha, abanicándose enérgicamente.

En efecto, la iglesia conservaba una temperatura deliciosa y un olor especial, pero no desagradable,

todo lo cual, unido á la completa soledad del templo y al cansancio de las dos jóvenes, hizo que estas permanecieran rezando largo tiempo, sumidas en sus respectivas cavilaciones.

Cuando salieron á la calle, eran cerca de las cuatro y media, y al llegar á la plaza no encontraron ningún coche, lo cual contrarió soberanamente á Jesusa, pero más animosa su hermana, adoptó una resolución heroica.

—¡Como hemos venido á ver á los Geronas, y su casa no está demasiado lejos, aunque sí un buen trecho de aquí, iremos á pie, que allí nos darán de refrescar y nos prestarán el coche para volver á la estación.

—Claro, tú enseguida lo arreglas todo; pero lo que yo te aseguro es que como me canse, me echo en el suelo ó me subo en el primer carro que encuentre.

—¡Una idea! ¿Quieres que alquilemos dos bicicletas y así llegamos antes?

—Pero, hija, tú has perdido hoy la cabeza; mira, comencemos á andar, porque no sé qué barbaridad te se va á ocurrir si sigues cavilando.

—¡Como quieras! Pero no creas que era mala idea la de la bicicleta. Hubiéramos hecho una entrada triunfal.

—Sí, como las de Don Quijose. Vamos á beber aquí algo frío y á tomar fuerzas para la caminata.

Ningunas profecías se cumplieron con tanta exactitud como las relativas al cansancio del camino. Situada la casa de los Geronas muy cerca de la carretera que conduce al pueblo de *Ascain*, emprendieron su marcha las valientes jovenes, procurando resguardarse del sol con las sombrillas y sin hablar tanto

como antes. Llegadas junto á un bosquecillo en que los frondosos castaños y los arbustos formaban una especie de seto que impedía casi la vista del camino, rindióse Chucha á la fatiga y pidió gracia de manera tan lastimosa, que no pudo por menos su hermana de complacerla, y después de algunos esfuerzos consiguieron introducirse en el oasis por uno de los extremos de éste, sentándose en el verde suelo y gozando algunos minutos de deliciosa calma.

Casi no penetraban en aquel lugar los rayos del sol, y sólo en escasos lugares se interrumpía el oscuro tono del suelo por manchas luminosas; la brisa había desaparecido por completo, y una quietud, un bochorno insoportable reinaba en el ambiente.

Despojadas de sus velillos de viaje, con los rostros encendidos, y sudando si Dios tenía qué, permanecían en el suelo las dos intrépidas viajeras, mirándose una á otra como si se reprocharan mutuamente el haber realizado una expedición en aquellas condiciones y sin utilizar los medios que aconseja la prudencia.

—¿Lo ves?—repetía Chucha, ensañándose en su triunfo.—¿Lo ves? Ahora llámame cobarde y loca y lo que quieras, pero conste que si volvemos á Biarritz será por un milagro.

—No, no es tan grande el calor como parece,—contestaba *Lully* defendiéndose sin gran energía—la culpa la tienen estos trajes de brujas que hacen que nos friamos vivas. Ademas, esta mañana hacía fresco y nadie iba á suponer que cambiara el tiempo. Dí tú que hubiéramos encontrado un coche y verías si teníamos calor, pero luego dicen de Francia y de los franceses, y lo mismo te fastidian aquí como en lo más sucio de Galicia.

—¡Un coche! ¡Un coche! ¡Mi reino por un coche! —exclamó Chucha trágicamente.

—Lo que es esta vez, niña de mis entretelas, te tendrás que contentar con el de San Francisco.

—Oye, oye,—interrumpió Jesusa, levantándose y haciéndole señas de que se callara.

Allá, muy lejos, se oía el repiquetear de cascabeles, como si se acercara un vehículo de los que suelen alquilarse para hacer excursiones por aquellos alrededores.

—¡Si diera la casualidad de que viniera vacío, no iba á ser rosario el que yo le rezaba esta noche á San Antonio!—dijo más alegre la jorobada.

—¡Eso! Va á venir por gusto, sabiendo que estamos aquí, para recogernos, y lo envía un Príncipe encantado que está loco por ti,—repuso Luisa, quien, no obstante tal escepticismo, se levantó con el deseo de equivocarse en sus presunciones.

No se había engañado, sin embargo, el oído de Chucha, y al poco tiempo apareció el *landeau*, cuyo conductor vestía de postillón, á la manera de los cocheros de Biarritz y Bayona.

—¿Lo ves, lo ves?—palmoteó la menor de las Arjonas.

—¿Lo ves, como está ocupado?—dijo *Lully* toda fastidiada.

—¡Es verdad! ¡Valientes majaderos! De seguro que no serán gente conocida, porque entonces nos llevarían hasta casa de Enriqueta.

Continuaron las jóvenes ocultas detrás de la barrera que formaban las plantas, esperando que el coche pasara á su lado para examinar á los viajeros. Ya estaban muy cerca, cuando Jesusa, cuya vista era ad-

mirable, se volvió hacia su hermana y cogiéndola por la cintura la apartó suavemente de su puesto de observación, diciendo con voz entrecortada:

—¡Quita, quita! ¿Qué nos importa la gente? Siéntate aquí y dentro de un minuto llegamos á casa de Gerona, tan frescas como si nada hubiera pasado.

—No mujer, déjame ver quiénes son.

—¿Para qué? Algunos cursis; insistió la muchacha, interponiéndose para tapar la vista á Luisa.

Pero ésta sin hacer caso de tales palabras, empinóse sobre la punta de los pies, á tiempo que pasaba el *landeau*, y sus ojos pudieron curiosear su contenido, mientras Chucha, sin soltarla las manos, miraba ansiosamente el efecto que tal espectáculo producía en su hermana.

Ni un grito, ni una exclamación, ni nada de lo que imaginara la soltera, se escapó de los labios de la casada, que sólo se cerraron, mientras un fuego súbito invadía el semblante de *Lully*, que bien pronto perdió por completo el color, y, sin hacer el más leve movimiento, siguió con la vista la marcha del carruaje que al cabo de un instante desapareció en una de las revueltas del camino.

Dos solas personas ocupaban el coche. La más vistosa era una mujer, que á la legua declaraba ser francesa, y no de las santas, vestida maravillosamente con un traje blanco, en que las gasas y los encajes se combinaban con maestría, luciendo un enorme sombrero con la mayor cantidad de plumas blancas que puede imaginarse y jugueteando con un ramo de flores que la ayudaban á mantener su aire de gran señora y añadía cierta poesía á su sugestiva postura.

El otro personaje, un muchacho medio recostado contra su compañera, con el brazo tendido sobre la capota para estrechar la espalda de la bella, y que declaraba en el encandilamiento de sus ojos la pasión que le abrasaba, era ni más ni menos que el bueno de Pepe Cabrera, quien, por lo visto, en lugar de permanecer en Burdeos, fastidiado por los negocios que inventara para disculparse con su mujer, se dedicaba á matar el tiempo en compañía de una de las *estrellas* que suelen concurrir á los balnearios elegantes, instalados ambos en cualquiera de los pueblecillos que rodean á Biarritz.

Largo rato permanecieron las Arjonas en la misma postura, sin pronunciar palabra, hasta que *Lully*, desprendiéndose de brazos de su hermana, dió algunos pasos, acabando por sentarse sobre un tronco, ocultando la frente con las manos para escapar á la observación de Chucha.

Colocada ésta en la más comprometida situación, porque hasta entonces atravesara y haciéndose cargo del estado de Luisa y de la necesidad de consolarla, no encontraba, sin embargo, palabra ninguna que viniera á pelo, ni expresión que no juzgara vulgar y ridícula.

Por fin, reuniendo todo su valor y decidida á romper el penoso silencio, exclamó en voz alta acercándose á *Lully*.

—¿Lo ves como estaba de Dios que este viajecito nos saliera mal y nos proporcionara algún disgusto? Cree que lo mejor que podemos hacer es volvernos despacio á la estación y esperar allí, ó en una fonda que he visto cerca, la hora del tren que nos vuelva á casa.

—¡Parece mentira!—dijo Luisa levantando la cara

y dejándose acariciar por su hermana.—¡Qué casualidades ocurren en la vida y cómo se averiguan las cosas cuando menos se piensa!

—Vaya, vaya, no te preocupes. Acuérdate de que tu marido es un niño, un niño mal educado, que no es responsable de las faltas que comete, porque no le han enseñado otra cosa desde pequeño, sino que el objeto de nuestra vida debe ser el no desperdiciar la menor satisfacción que pueda ofrecérsenos.

—¡Parece mentira, parece mentira!—repetía Luisa—que á dos pasos de su casa, expuesto á que le vea todo el mundo que nos conoce, á que cualquiera me lo cuente, tenga el descaro de pasearse con esa pindonga que no tiene más chiste que su pintura y sus trapos.

—¿Supongo que no tendrás celos de la prójima?—atrevióse á decir Chucha.

—¿Celos? ¡Qué poco me conoces, Jesusa! ¿No me ves cómo tomo la cosa? Cualquiera otra en mi lugar, hubiera armado una escena, hubiera llorado á lágrima viva, hubiera gritado; ya ves, en cambio yo qué tranquila estoy; un poco de amor propio y de orgullo lastimados, y eso porque estás tú delante, porque has sido testigo de la cosa, que si me llega á pasar á mí sola, ni eso siquiera. ¡Conozco tan bien á Pepe y me figuro tan al detalle su vida que nada me sorprende y á todo me tiene acostumbrada! ¡Ya ves que pocas ilusiones conservo respecto de su fidelidad!

—Pero, ¿la de hoy no es la primera?—preguntó Chucha con cierta vacilación como si temiera provocar una confesión desagradable para Luisa.

—¡La primera! ¡La primera! ¿Crees tú que una mujer como yo cambia del modo que yo he cambiado, si su marido, si las personas que la rodean, si las cosas que ve á su lado, no acaban con todas sus ilusiones y con todas sus seguridades? Mi falta es que yo conocía perfectamente á mi marido antes de casarme con él, que me figuraba todo esto, y sin embargo fuí tan estúpida, que por miedo, por cansancio de la vida que llevaba, por otro sentimiento más grosero aún de que entonces no me daba bien cuenta y hoy comprendo, me casé, porque sí, de manera que todo lo que me pasa, me pasa por mi gusto, á nadie puedo echarle la culpa de ello, porque yo, yo sola, lo hice, pensando mal, y á sabiendas de que cometía una mala acción.

—Eres demasiado severa contigo. ¿Qué culpa tienes de que tu marido sea un indecente y que valga tan poco que te ofenda y te la pegue con la primera perdularia que encuentre, sin darse el trabajo de pensar, ni de resistir á su gusto?

—No, no trates de consolarme, porque es inútil y porque tú misma te contradices. ¿No te acuerdas de tus cartas, de las verdades que en ellas me decías entre bromas y guasas y de los detalles de mi vida que adivinabas por lo que yo te escribía?

—Sí, eso no lo discutimos ahora. Convengo contigo en que hiciste mal en casarte con Pepe si tan á fondo le conocías, cosa de lo cual me permitirás que dude, pero si después de eso, en lugar de un buen chico tontín, que te mirara como una imagen, te encuentras con un calavera con pretensiones, ¿qué le vas á hacer ni á qué viene el acusarte de ello?

—¡No ves que el acusarme es el único dique que me queda para no empezar á hacer estupideces y ponerme á la altura de cualquiera de nuestras conoci-

das! - repuso por fin Luisa mostrando sus verdaderos sentimientos y vertiendo su alma en cada una de las palabras que desde entonces salieron de su boca.— Bueno, no soy responsable yo; soy una santa á quien un memo no comprende, ni ha comprendido un momento, y con quien éste se ha casado porque era buena moza y porque era lo único que le faltaba para su posición; pues entonces, díme, ¿qué voy yo á hacer para no morirme de tristeza ó para no salir por las de Pavía? La religión, ya sabes tú que no la siento con la bastante intensidad para que sustituya en mí á todo lo que echo de menos; el estudio no tiene nada que ver en España con las mujeres; la ambición no hay que hablar de ella con un marido como el mío: queda el mundo, ¿y tú crees que soy yo lo bastante insustancial para contentarme con dar comidas y bailes y para que la gente celebre mis trajes y admire mis alhajas?

—Queda otra cosa, que tú deseas con pasión loca, y en lo que debes siempre pensar, para no hacer locuras. ¡Quedan los hijos por que suspiras y que es natural que los tengas!

—¡Natural, natural! ¡Los hijos!—repuso Luisa dando un gran suspiro y hablando muy despacio, como si se hubiera olvidado de la presencia de su hermana.— ¡Si yo tuviera un hijo! ¡Entonces sí que daría todo por bien empleado' ¡Entonces sí que sería feliz! ¡Entonces sí que me verías contenta y satisfecha de mí misma! Desgraciadamente, ese consuelo no es posible, y esa es mi pena, eso es lo que me mata, eso es lo que me ahoga, eso es lo que me hace pedir á Dios un milagro, en cambio del cual le ofrezco mi vida y todo lo que valgo.

—¿Para qué hace falta un milagro, cuando todo el mundo tiene esa felicidad y es la cosa más general que se ve?

—¿Pero tú no comprendes?—interrumpió *Lully* sin reflexionar ya en sus palabras ni en nada.—¿Pero tú no sabes que eso no es posible, que se necesitaría que yo engañara á Pepe para que eso pasara? ¿Pero tú no te has hecho cargo, á pesar de tu talento, de que he apurado cuanto se puede apurar, de que he hecho cuantas barbaridades pueden hacerse, de que me ha atrevido á lo que puede atreverse una mujer desesperada, para conseguirlo, y no ha podido ser? ¿No has leído entre los renglones de mis cartas que primero en París y después en Aix he consultado médicos, he leído libros, he tomado toda clase de porquerías, sin que nadie me diera esperanzas y habiéndome todos dicho que sólo un milagro podría hacerme conseguir lícitamente lo que deseaba? ¿Es que te figurabas que mis locuras, mis tristezas, mis cambios, los motivaba ese botarate con sus simplezas y sus vulgares aventuras? No, por Dios, no tanto; desde el segundo mes, desde antes, desde que volví á ser yo misma, y se acabó aquella especie de atracción que me impedía ver claro, me convencí de lo que daba de sí. Para él, yo soy un secreto; cree que me entiende admirablemente y me deja tranquila, pero ni uno solo de mis sentimientos, ni una sola de mis aficiones, ni un solo detalle de mi vida interior ha sido adivinado por él, ni se ha tomado el menor trabajo para ello. La costumbre de gastar, de lucir, el conocimiento de todo lo malo que aún ignoraba yo, los secretos de las alcobas, los detalles del *chic*, eso es lo que me ha enseñado al convertirme en mujer, y yo todo lo sufría

todo lo aguantaba, todo me parecía bien, pensando en el porvenir, queriendo de antemano á la criatura que iba á nacer de tan poco amor, convirtiéndose este afecto en una manía, preparando el camino que había de recorrer para constituir el hijo de mis sueños...

En lugar de eso ya ves á lo que hemos venido á parar: una mujer que, excepto á ti, no tiene á nadie en este mundo que la consuele, y un marido que no siente el menor remordimiento, ni sabe ni se fija en lo desgraciada que hace á su compañera, y que si ésta le dijera que no puede esperar un hijo de él, se reiría y no creería una palabra de lo que le contaran.

—¡Cálmate, por Dios! ¡Cálmate!—repetía Chucha, abrumada por las confesiones de su hermana y tan confusa que ella misma no sabía qué decir, contentándose con acariciar á *Lully*.

—Tú eres la única que me quiere, tú, Chucha de mi alma. Los demás se burlarían de mí, darían la razón á mi marido, y sin embargo, nunca se podrán figurar lo que sufro, por lo mismo que yo no lo doy á conocer. Tú misma lo hubieras ignorado á no ser por lo que ha sucedido. ¿No querías leer claro en mi alma? ¡Pues ahora sí que no tiene ningún secreto para ti!

Al decir *Lully* estas palabras, abrazó convulsivamente á su hermana y comenzó á llorar, sin gritos ni exclamaciones, de una manera silenciosa, pero tan abatida y tan triste que la pobre jorobadita, renunciando á su papel de consejera y valedora, sintió como un nudo en la garganta, y las lágrimas que llenaban sus ojos acabaron por rebosar, inundando bien pronto su semblante y viniendo á confundirse con las de Luisa.



TERCERA PARTE

XIV

Aquel día había sido extraordinaria la concurrencia en el tiro de pichón; se disputaban el premio de la Infanta, el de la Duquesa de Francavila y el de la Condesa de Monsanto, y los aficionados, satisfechos por el interés y los aplausos con que celebraran sus habilidades en los concursos correspondientes á las dos primeras recompensas, interrumpieron un momento su ejercicio para descansar y recibir los plácemes de sus amigas antes de comenzar el último tiro, para ver quién ganaba la preciosa copa de plata con que *Lully* contribuyera al esplendor de la fiesta.

Aprovechando el descanso, instaláronse damas y caballeros alrededor de algunas mesas y principiaron á despachar ligera merienda, amenizada é interrumpida por toda clase de cuentos y noticias.

En una de las mejor concurridas campaba *Lully* con ocho ó diez personas más, y no era ciertamente aquél

el círculo que menos animado se veía. Pepe y otros cuantos tiradores sostenían acalorada discusión respecto de los últimos incidentes del tiro, dilucidando si el premio de la Infanta había sido bien adjudicado ó había obedecido á una monstruosa chamba de Perico Montoro, mientras las señoras intervenian de vez en cuando en la disputa con aire de suficiencia ó se entretenían hablando de toda clase de cosas.

—¿Habéis visto á *Eduardita*?—preguntó *Lully* de repente.—Hace más de una hora que se escabulló y tengo que darle un recado.

—Sí, allí está con Trini. ¿Quieres que le llame?—dijo uno de los Extremeras.

—Sí, haz el favor, y díle á Trini que no se olvide de que esta noche come conmigo.

Un momento después estaba Ita hablando al oído de Luisa y contándole una cosa muy divertida sin duda, pues la joven sonreía, y al acabar el muchacho su relación, dióle algunos golpes amistosos en el hombro, añadiendo en voz baja:

—Parece mentira que Petra sea tan majadera que pase cuidados por mí, que ni siquiera me ocupo de ese tagarote de Gabriel, y no se fije en lo que él la corre por fuera.

—Pero figúrate que no es eso sólo lo peor, sino que el otro día estaban ella y Trini solas, cuando dijo Petra de repente: «En eso demuestra *Lully* la mala entraña que tiene, porque siendo una mujer fría quiere quitarme á Gabriel para darse luego el gustazo de plantarle, como hace con los demás, y si no que lo diga el pobre Juanito, á quien otra vez ha sacado de sus casillas para vengarse del mico que le dió de soltera». Tal como lo oyes me lo acaba de contar Trini.

—Pues es una simpleza—repuso vivamente *Lully*, dando con la sombrilla en el suelo como si se figurara que se trataba de la charlatana:—precisamente Juanito es el único muchacho que hasta ahora no me ha hecho la corte y que creo ha tenido la buena idea de no fijarse en mí, y le agradezco infinito, porque así hemos podido renovar nuestra antigua intimidad, por lo cual sentiría mucho que esa estúpida empezara á armar chismes para que Pepe se entere y principie con sus celos.

—Eso he dicho yo á Trini, pero ya sabes que si Petra empieza á hablar no para en dos horas.

—¿Queréis tener la bondad de guardaros vuestros secretos y alternar con la gente?—interrumpió la Francavila, cogiendo un brazo de Luisa para llamar su atencion.—Mira, toma una copita de *champagne* y tranquilízate.

—No, si estoy muy tranquila—repuso alegremente la Monsanto; — es que estamos combinando entre Eduardo y yo una sorpresa que os va á dejar á todos con la boca abierta.

—*¿Tant que ça?*

—Ni más, ni menos; ya veréis que cosa tan piramidal y desopilante.

Reanudóse de nuevo la conversación, sin que decayera hasta el momento de comenzar de nuevo la tirada. La concurrencia de aficionados fué más numerosa si cabe que en los anteriores premios, y la pelea resultó tan animada que por mucho rato siguieron rivalizando todos en habilidad. Por fin quedaron sólo tres: un muchacho sevillano que apuntaba admirablemente, Pepe Cabrera que parecía decidido, según Eduardita, á no permitir que la copa saliera de casa,

y Gabriel Niño, que había estado tirando toda la tarde con una seguridad pasmosa.

Sin embargo, al llegar á tan crítico instante, distrajóse el corpulento mozo mirando á las espectadoras, y aunque pronto separó la vista de la alegre mancha que formaban *toilettes* y sombrillas, bastó aquel descuido para que el primer pichón salido de la caja le pillara de sorpresa y errase el tiro, perdiendo la ventaja que llevaba á sus dos compañeros.

Solos éstos y ante la expectación general, salió el último pichón que había de decidir el triunfo para Cabrera, quien, poniendo todo el cuidado de que ué capaz, disparó, sin conseguir otro resultado que el de despojar al animalito de algunas plumas. Tocóle el turno al sevillano, y por un momento reinó un silencio completo en la concurrencia. Sin amedrentarse por la solemnidad de las circunstancias, hizo fuego el *sportman*, con tan certera puntería que el pichón, convertido en una pelota, vino á tierra, y el público rompió en aplausos asombrado por la habilidad del tirador, al cual rodearon sus amigos, felicitándole calurosamente.

Apenas terminado el tiro, comenzó el desfile de señoras, y dirigiéndose *Lully* á su hermana Chucha, le díjo:

—Todavía es temprano y tenemos tiempo de dar una vuelta en la Castellana, si te parece.

—Bueno, con tal que me dejes en casa á las ocho y cuarto.

Ya se disponían á subir en el lujoso tren de la Monsanto, cuando vieron llegar corriendo á *Eduardita* que les soltó la siguiente andanada:

—¡Valientes cochinas estáis hechas! Ya podíais preguntarme si quería ir con vosotras.

—Pero ¿no has venido con Pepe y con los Extremeras?

—Sí, pero resulta que Perico Montoro no tiene coche, y no sé qué líos han armado que me han dicho que busque asiento donde pueda.

—¡Vaya una comodidad!

—¿De modo que ahora tenemos que ir nosotras como sardinas en banasta por culpa tuya?— dijo Chucha en tono agridulce.

—No te incomodes, mi reina, que ya verás qué manera de comprimirme para no ocupar sitio.

—Pues anda—exclamó *Lully*—y ponte de rositas para lucirte bien. ¿Dónde quieres que te dejemos?

—Mirad, palomas sin hiel; si no os molesta demasiado, os agradecería eternamente que me reintegráseis en mi propio domicilio para ponerme el traje corto y acudir cuanto antes á la suculenta mesa de los Condes de Monsanto.

—¡Hijo, qué asco me das! ¡Que gorra! - gritó Chucha, cuando ya había empezado á andar el coche.

—¡Pero si no os rozo las carnes siquiera, y os viene de camino para ir á paseo! En cambio os contaré un cuento.

—Guárdatelo para ti solo—repuso Jesusa,—porque será más indecente que un tejado.

—Nada de eso, es de lo más moral que puedes imaginarte. *Répertoire de jeunes filles*.

—Venga, venga—exclamó Luisa.

Y el amable parásito comenzó su relación, que desde luego hizo reir á las dos jóvenes, y así siguieron entretenidas, dejando correr el tiempo sin sentir, hasta que le depositaron en la puerta de su casa, despidiéndole para una hora después.

Cuando se quedaron solas las dos hermanas, se instalaron cómodamente en sus asientos, y después de dar orden para que las condujesen al paseo, comenzaron á charlar de una manera más seria y tranquila que hasta entonces lo hicieran.

—No puede negarse—díjo *Lully*—que Eduardo es divertidísimo y que tiene más gracia él solo que todas las piececillas por horas, habidas y por haber.

—Sí, pero mira, cuando se le ve mucho, eso del chiste perpetuo cansa, y sobre todo, envicia á la gente, pues se acostumbra á reir y no puede ya hablar formalmente en su vida.

—Confiesa que, yo no sé por qué, tienes tirria á *Eduardita* y que cualquier cosa que dice te molesta.

—No, eso no es verdad; la prueba es lo que me he reído esta tarde y lo que celebro siempre sus gracias, cuando no son desvergüenzas. Una cosa es que me cargue y encuentre ridícula la manera de vivir de Eduardo, y otra es que niegue su despejo.

—Pues mira, él será lo que quiera, pero con nosotras se ha portado siempre muy bien.

—Desde luego, ¿quién le quita su mérito? Pero á pesar de portarse tan bien, ya repite por ahí fuera las estupideces que á tí se te ocurren dentro de tu casa.

—¿Qué estupideces?

—Por ejemplo, sin ir más lejos. Todo Madrid asegura que estás maniática con los chicos y dispuesta á cualquier disparate por lograrlos, que tienes tu cuarto lleno de retratos de niños de todos pelajes...

—¡Eso es mentira y muy gorda!—repuso picada *Lully*,—porque nadie los ha visto y lo habrán inventado, bordando el que yo saqué un día unas fotografías que compré en París.

—Bueno, pues es una mentira, pero añaden que delante de cualquiera dices que darías todo lo que tienes á cambio de un hijo.

—¿Y qué les importa á ellos si yo digo ó si dejo de decir? Pues es cierto, ¿y qué? En cambio otros venderían los suyos por un plato de lentejas.

—No te sofoques y oye otro *potin*, para que veas si Eduardo repite ó no las cosas. En casa de Urgell ha contado que el tío Mairena te preguntó un día si estabas embarazada y tú contestaste, siempre en voz alta y en público: «No, tío, ¡yo qué voy á estar si soy una mula!» ¿Te parece que esa salida es para repetirse á nadie y añadirá quilates á tu valer?

—Mira, si en mi casa y á mi familia no puedo hablar como me dé la real gana, prefiero emigrar á otra parte donde la gente no sea tan idiota.

—Todo eso está muy bien, pero convén conmigo en que tengo razón en lo que hablo de *Eduardita*, y que una persona seria no puede hacer de él su confidente.

—Tendrás razón que te sobra por encima del moño, estaré loca de remate con los críos, pero Eduardo me divierte y yo me he propuesto no ejecutar nada en el mundo que no me acomode.

—¡Ah!!!... Después de esa teoría, renuncio al uso de la palabra. Ahora sí que viene bien aquello de «á tu gusto mula, y la daban de palos».

XV

—¿Dónde están esos periódicos de que hablabais antes?—preguntaba Juan Portalegre á su prima, después de haber apurado á pequeños sorbos una taza de café.

—Ahí creo que están—dijo *Lully*,—encima de la mesa grande del gabinete.

—¿Decididamente iréis luego á la Comedia?—interrogó Cabrera.

—Sí, es casi seguro, aunque no sea más que un momento, porque hoy estrenan una cosa que dicen es de lo más estupendo que se ha escrito.

—Pues entonces yo me llevo á Perico, y luego os encontraré allí á última hora.

—Buenas noches y que os divirtáis.

—¡Qué temporadita tan agradable se nos prepara hasta que nos larguemos!—contentóse con decir Trini Arévalo, cuando los dos muchachos hubieron desaparecido.

—La verdad es—añadió *Eduardita*—que, como alguien no se anime, esto va á ser un cementerio para los que no vayan á pasar la primavera en cualquier parte.

—El caso es que todo el mundo dice lo mismo—expuso Juanito—y nadie se decide á hacer algo nuevo, algo que llame la atención y que nos entretenga. Es por una de las muchas cosas que echo de menos Viena y San Petersburgo. ¡Hijas mías, qué bailes y qué funciones, y qué *chic* tan enorme para cualquier porquería!

—Sí, en eso tienes razón—dijo *Lully*,—y aquí no faltaría quien lo hiciera, pero es mucho más fácil hablar de ello que combinarlo. Principias porque el público no aprecia esos detalles pequeñísimos que cuestan mucho trabajo y que no lucen; los versos antiguos y modernos le aburren, y todo lo que no sea dar cuatro brincos, aunque solo toque un organillo, lo encuentra soso. Ya sé que hay excepciones, pero en general eso es lo que domina y por eso creo que no se puede salir con ellos del bienaventurado bailoteo con su correspondiente cotillón. Después, en cualquier parte, nadie encuentra que se pone en ridículo saliendo á recitar ó á bailar en un escenario, vestido según el figurín que le dan; pero al primero de vosotros á quien yo propusiera, por ejemplo, que tomara parte en unos cuadros y que se vistiera de griego, me enviaría á paseo, y si yo había tenido la candidez de anunciar mi fiesta, me dejaría colgada á última hora.

—Exageras—arguyó Pepe Extremera,—y la prueba es que en cuanto se quiere organizar un teatro casero lo que hay que hacer es despegarse á la gente.

—Pero es que supongo que no llamaréis novedad á unas funciones, porque eso lo hemos padecido bastante para que estemos hartos de ellas.

—No, es para demostrarte que siempre se encuentra gente; la cuestión está en saber elegirla, ó mejor aún en quien la elige.

—Sin embargo, yo no envidio á las pobres organizadoras de fiestas por el estilo, que se tienen que preocupar hasta de que el traje de los actores no resulte demasiado caro.

—Mira—dijo de repente Trini Arévalo,—aquí tienes ocho personas dispuestas á tomar parte en la primera cosa que te se ocurra, siempre que no sea un disparate.

—No, si á mí me divertiría la mar representar algo y vestirme de princesa fantástica, aunque fuera. Lo que tiene es que probablemente Pepe no me dejaría—confesó Luisa sin hipocresía.

—Descuida—repuso Trini,—que ya le convenceríamos entre todos.

—Vamos á ver, con franqueza, ¿qué prefeririáis hacer cada una de vosotras?—preguntó con gran interés Enrique Arjona.

—Yo declaro—dijo la Arévalo sin vacilar—que me encantaría representar en francés, si pudiera ser un *vaudeville* como *Ma cousine* ó *Les maris de Léontine.*

—¡Bravo!—gritaron todos á una vez.

—Á mí me gustaría también—declaró Paca Riofrío,—pero haciendo un papel algo sentimental que me obligara á llorar en escena.

—Sí, sería lo más divertido—concluyó Luisa;—pero tiene el gran inconveniente de que representado en soso el público se aburriría de una manera indecible, y si llegábamos á ponernos á la altura de las circunstancias, tendríamos que emigrar de España, como San Bartolomé, sin pellejo.

—¡Qué lástima! ¡Qué bien hubiera yo hecho las escenas de *Riquette* en el primer acto!—suspiró Trini.

—¿Por qué no representáis algo en castellano?—propuso tímidamente *Eduardita.*

—¡¡¡Fuera!!!—dijeron todos á coro.

—Hombre, ya no falta sino que nos propongas hacer *Los pantalones* ó *El novio de D.ª Inés.*

—¡Eduardo, retírate de la circulación!

—Lo que no sería feo—expuso Pepe Extremera—es cuadros vivos.

—¡No!—le contestaron dos ó tres á un tiempo;—porque eso cuesta mucho trabajo, no luce nada, no se divierte uno en los ensayos, y luego suele salir mal.

—¿Y un *ballet?*—insinuó el hermano de *Lully.*

—Ya lo creo—dijeron las señoras:—nada de minués ni pavanas, ni de curserías, sino un *ballet* nuevo y bonito; pero hay la contra de que se necesita mucha más gente que nosotros, y de hombres no encontraremos á nadie, como no sean diplomáticos extranjeros, lo cual nos quitaría libertad.

—Desengañaos, lo mejor es una zarzuelita, ó bien unos coros—permitióse afirmar el otro Extremera.

—¡Quita allá! — interrumpióle Paca. — Para que echen á correr todos los ratones de la casa. ¡Eso sí que no!

—Lo que es yo—acabó por decir *Lully*—lo único en que tomaría parte con gusto sería en una cosa en que no tuviera que romperme la cabeza estudiando papeles, ni cantara, ni hiciese ninguna habilidad, porque comprendo que no me ha dado Dios el talento de la escena, y como no sea de comparsa que saque un vestido muy *espampirolante*, no veo que pueda servir para otra cosa.

—¿Se puede creer lo que dices?—preguntó su primo Juan, que hasta entonces había hablado poco.

—Sí.

—¿Trabajarías seguramente en algo que reuniera lo que acabas de decir?

—Si Pepe no se pone en tonto, con el alma y la vida.

—Pues nada más fácil. Podemos hacer una cosa nueva que no sé si se ha hecho aquí, y que no te costaría ningún trabajo el aprenderla. Una pantomima.

—¡Una pantomima!—exclamaron los concurrentes, sin que les desagradara la idea y sentándose en torno de Juan.—¿Con qué argumento?

—¡Ah, eso con el que queráis! Si os parece bien nos echaremos á buscar hasta que encontremos uno que nos guste.

—Algo muy original, muy fantástico.

—Sí, nada de Pierrot y Colombina, ¡por Dios!

—¡Ni muñecas, ni hadas!

—¡Ni naciones con las pantorrillas al aire!

—¡Ni pastores *Watteau!*

—¡Ni napolitanos!

—¡Algo que sea el *clou* de la temporada!

—Pero, señores,—interrumpió *Lully* echando un jarro de agua fría en la animación de sus huéspedes,—¿á qué viene el pasar el tiempo derrochando imaginación en una cosa que no vamos á hacer, y cuánto mejor no sería que nos marcháramos á oir el estreno de la Comedia, que dicen que es una cosa imposible de verde?

—¿Y por qué ha de ser irrealizable nuestra idea? Vamos á ver—repuso con gran ímpetu Trini.

—Eso es—repitieron los demás.—¿Por qué no hemos de hacerlo como ahora lo decimos?

—Pues por una cosa muy sencilla, porque estamos como la lechera del cántaro. Lo primero que se necesita para una fiesta es quien la dé. ¿Vas á hacer tú eso?

—Yo no—dijo la Arévalo,—porque no tengo casa para ello.

—Ni yo—apresuróse á añadir Paca,—porque no tengo dinero.

—Ni vosotros, ¿no es verdad? Pues entonces, ¿quién?

—Claro que nadie que no seas tú misma—interrumpió Juan, levantándose con gran viveza.—Tú tienes una casa ideal, que nadie ha visto y que pide la inauguración á gritos; tienes fortuna que te sobra; un marido que hace lo que quieres; una fama de elegante que exige de ti un esfuerzo, algo que te acredite de original y que demuestre á todo el mundo que no tienes que envidiar á nadie haciendo los honores de una fiesta; con que no hay más que cerrar los ojos y decidirte á ello.

Cada una de las anteriores afirmaciones era acogida con estrepitosos aplausos, y los convidados asentían con entusiasmo á las palabras de Portalegre, observando con interés el efecto que producían en la esposa de Cabrera.

Sensible ésta á todo lo que fuera alabanza y atacada por el lado flaco de su pasión por la originalidad y los espectáculos artísticos, no se mostraba muy rehacia á condescender con los deseos de sus amigos, asustándola únicamente la perspectiva de futuras preocupaciones y del enorme jaleo que aquella debilidad le proporcionaría. Pensando en esto último, continuó oponiéndose á que el plan se llevara á efecto en su casa.

—Mi casa aún no está acabada de arreglar por completo: faltan detalles que son el todo y que dan el aspecto de vívido á las habitaciones; además, se necesitaría armar un teatro y eso inutilizaría una porción de cuartos y no dejaría apreciar el conjunto; luego, claro que por poder se puede colocar un escenario en el salón; pero ni el decorado de éste ni sus dimensiones permitirían que convidase arriba de cien personas, y eso es muy poco.

—Pero mujer—insinuó maquiavélicamente Extremera,—si es una cosa para divertirnos nosotros y nuestros íntimos, ¿qué te importa gastar unas pese-

tas más en cambio de un mes de entretenimiento?

—No—repuso *Lully*, herida por aquella apreciación.—Si el gastar no me importa y eso lo sabéis de sobra. Lo que encuentro es que las cosas se deben hacer bien ó no hacerlas, y eso, que puede resultar bonito en otra parte, aquí saldría un buñuelo.

—¡Tonterías tuyas!—interrumpió la Riofrío,—porque la casa es un primor, y quitando la de Francavila, la de tu tía y otros tres más de esos caserones antiguos, ninguna otra se le puede poner por delante; di que te se va la fuerza por la boca y no quieres molestarte.

—Bueno, pues será eso.

—¡Egoísta, infame, indecente, descarada, poca vergüenza!—chillaron los invitados.

—Nada, nada—repuso también á gritos *Lully*.—¡Para que me critiquen y digan que para eso me he casado y que estoy arruinando á Pepe y que soy una loca, ó para que un zángano á quien apenas conozco me estropee los muebles con sus patazas! ¡No, hijos, no! He visto las cosas demasiado cerca para no escamarme y he hecho voto de no divertir gratis á la sociedad. ¡En pequeño, todo lo que queráis; en grande, ni una horchata!

—Cursi, más que cursi, roñosa; eso son *snobismos* para ocultar la tacañería que te roe.

—Será lo que queráis, pero no me convencéis. Y luego podéis estar seguros de que serviría de muy poco que yo dijera que sí, pues ninguno de vosotros sería capaz de convencer á Pepe.

—¿Que no?—dijo Trini.—Un trato. ¿Te comprometes á pasar por lo que diga tu marido?

—¡Quiá!—apresuróse á contestar la Monsanto.—

¡Ni por pienso! ¡Si me basto yo y me sobro para decir que no! Me encantaría tomar parte en la pantomima y aun dirigirla, con tal de que no se haga en mi casa. Ya veis que no puedo ser más franca.

Un silencio general siguió á tal declaración.

—Tendremos que seguir vegetando—suspiró Paca Riofrío.

—Nos declararemos ostras hasta el verano—dijo el menor de los Extremeras.

—¡Una idea!—exclamó de repente Enrique, llamando la atención de todos.—¿Diriges tú el tinglado, si encuentras quien lo quiera poner en su domicilio?

—Sí—repuso inmediatamente Luisa.

—Pues nada más fácil; se organizan los detalles, se escoge la gente, se ensaya á las mil maravillas, se hacen los trajes y las decoraciones, y ocho días antes vamos en comisión á casa de la tía Carmen á pedirle prestado su teatro para inaugurarlo con toda solemnidad. ¿Qué os parece?

—¡Magnífico!—murmuró Trini en éxtasis.

—Has estado superior—gritó Paca, abrazándole llena de entusiasmo.

—Choca, hombre.

—¡Bravo!

—No hay más que hablar.

—¿Y si la tía nos dice que nones y nos deja colgados?—advirtió Luisa, entre ostensibles muestras del disgusto de sus oyentes.

—¡Qué ha de decir que no! ¿No le has oído mil veces contestar á los que preguntan la causa de no dar una fiesta grande, que porque no tiene gana de ocuparse en organizarla, y que nunca daría un baile por-

que la aburren; que lo único que la divierte es el teatro, etc., etc.?

—Como que con cualquier motivo está encendiendo las luces del escenario y haciendo recitar versos y monólogos—aseguró *Eduardita*.

—¡Allí sí que resultaría bonito!—murmuró Juan.

—Pues nada, lo dicho, dicho—exclamó por fin *Lully*.—Si convencéis á Pepe y á la tía, desde el lunes empezamos á trabajar, y cada uno presentará su proyecto de pantomima; y ahora vamonos á la Comedia para ver siquiera el último acto, porque son las once.

Una exclamación general de aplauso recibió las anteriores palabras y el entusiasmo no decayó ya hasta el momento de separarse para ir unos á la Comedia y otros á sus respectivos quehaceres, después de quedar citados en casa de Monsanto para discutir entre taza y taza de te los detalles y circunstancias de la futura solemnidad artístico-mímico-coreográfica.

Cuando *Lully*, al día siguiente, contó á su hermana la anterior conversación, con toda clase de pormenores, terminando por pedirle su parecer y preguntarle si á ella se le ocurría algo sensacional, permaneció Chucha silenciosa durante largo rato, como si meditara en cosas muy profundas, y al cabo, interrumpiendo el silencio, exclamó, dirigiéndose á su hermana, que escuchaba con gran atención:

—Verdaderamente, si queríais algo llamativo, que costara poco trabajo de aprender, que permitiera lucir trajes originales, que hiciese época en los anales de los cronistas de salones y que constituyera el resumen del grado de cultura, elegancia y distinción de que al presente se goza, teníais un espectáculo facilísimo que hubieras podido tú poner en tu casa y que no necesita de ensayos parciales, sino de alguno que otro de conjunto.

—¡Vamos, mujer, desembucha ya tu idea!—exclamó Luisa con cierta desconfianza.

—¡Pues nada más fácil!—repuso la jorobada.—Convidar á todo Madrid; abrir tus salones, llenarlos de flores y de luces; organizar un *buffet* dislocante y una cena regocijada y abundosa sólo para los íntimos; disponer la colocación de varias orquestas que llenaran el aire con sus respectivas músicas; y cuando mayor fuera el estrépito y la bulla, cuando la gente no cupiera materialmente en los salones, salir tú por una puerta dirigiendo la trinca de las elegantes, todas con vestidos elegantísimos y vaporosos, sombreros colosales, la mayor cantidad de joyas que pudieseis lucir y la ropa interior más sugestiva que hubierais logrado idear. Hecho esto, y abierta calle para pasar, con un movimiento rápido é inimitable, vuestra mano cogería el extremo de la sutil falda, enérgicamente impelida con la punta del zapato, y después del animado preludio de las cuatro orquestas comenzaríais todas á bailar un estrepitoso *can-can*, que de seguro os valdría el aplauso unánime é incondicional de la concurrencia en masa.

XVI

No obstante todos los temores dé Luisa, el esfuerzo combinado de sus cómplices triunfó de las resistencias que la idea de lá fiesta encontrara en Cabrera y

en la Marquesa de Montalto. Seducida ésta por el aspecto artístico del proyecto y tranquilizada por la formal promesa de que no tendría que ocuparse de nada, si no quería, hasta la víspera de la representación, aceptó la pantomima con entusiasmo, reclamando que se consultaran con ella los detalles de importancia y que su voto tuviera la facultad de dirimir los empates.

Convencer á Cabrera no era tan fácil, y para ello necesitaron acudir los conspiradores al auxilio de un nuevo poder.

—Como Pepe es muy *snob*—resumió Trini,—si nosotros le hablamos, nos enviará á freir buñuelos; pero si se lo pide María Francavila, no se atreverá á decir que no.

Y con efecto, así sucedió; ante el ruego de la altísima dama, no supo negarse el flamante Conde, y, rabiando en su fuero interno, repuso afirmativamente, comprometiéndose á suplicar él mismo á *Lully* que tomara la dirección de la fiesta y representara en ella el primer papel, lo cual no impidió la consiguiente escena en el seno doméstico, testigo de los celos con que, desde hacía algún tiempo venía Cabrera enajenándose las últimas simpatías de su esposa.

Concluída esta parte fundamental de las negociaciones, iniciése la no menos importante de elegir argumento para la pantomima, y, en este punto, después de largas conferencias, detenidos exámenes, secretas consultas á los amigos que se distinguían por su gusto ó por haber viajado mucho, acaloradas disputas, imparciales lecturas y discretas comparaciones con otras fiestas análogas, vino á adoptarse el parecer de Juanito, el primo de Luisa, que tuvo el acier-

to de proponer una idea, no original ni nueva, pero cuyos detalles merecieron la aprobación de damas y caballeros.

Como el deseo principal de las señoras era subordinar todo á la belleza de los trajes y á la originalidad de éstos, señalóse el siglo XIV como el más propicio para desplegar la fantasía de los artistas que habían de hacer los vestidos. El Marqués de Mairena, á quien se encomendó la alta dirección artística de la fiesta, propuso que para justificar la magnificencia un tanto bizantina y fantástica que los actores deseaban, se desarrollara la fábula en el ducado de Neopatria, idea que fué admitida sin discusión, por más que casi nadie supiera á punto fijo dónde caía el sonoro estado; y entre media docena de amigos, tomando cosas de acá y de allá, permitiéndose robar á mansalva los cuentos de Jean Lorrain y añadiendo cada cual de su cosecha lo que buenamente se le ocurrió, acabaron por idear la pantomima ó historia fantástica en que habían de tomar parte los sujetos más empingorotados de Madrid.

El personaje principal era el de la Princesa Catalestris, y desde luego fué adjudicado á *Lully* Arjona, quien se propuso crearlo con toda suerte de detalles y vestirlo con una riqueza y una propiedad inauditas; sus damas fueron reclutadas entre las bellezas más renombradas de la corte y su rival la Duquesa de Sulmoneta encarnóse maravillosamente en el retrechero cuerpo y en la picaresca figura de Trini Arévalo. Las señoras que menos se prestaban á tomar parte en semejantes cosas, como la Duquesa de Francavila, no vacilaron en acceder á la primera insinuación de la elegante Monsanto, y, aunque llevados los preparati-

vos con gran secreto, no pudo evitarse que la famosa pantomima constituyera al cabo de ocho ó diez días el tema de todas las conversaciones, que los periódicos publicaran sueltos, y que viejos y jóvenes, grandes y pequeños, se entretuvieran contando toda clase de embustes acerca del traje de las señoras, de la gallardía de los hombres y del inusitado lujo que en la función iba á desplegarse, al mismo tiempo que ponían en práctica cuantos medios se les ocurrían con objeto de conseguir una invitación para la fiesta.

Murmurábanse por lo bajo las más estupendas nuevas; se aseguraba que *Lully* había mandado tejer una túnica, sirviéndose para ello de antiquísimo dibujo, bordada de oro y perlas finas; que los joyeros de París habían empezado á desmontar las piedras de sus alhajas para engastarlas en monturas antiguas y confeccionar una corona fantástica en que entraría fabulosa cantidad de brillantes; que la Montalto le prestaba además todas sus perlas para que su *toilette* causara inolvidable efecto en los que tuvieran la fortuna de contemplarla; que Juanito Portalegre estaría sublime en su *rôle* de noble aragonés; que Gabriel Niño causaría sensación en la concurrencia femenina, pues su musculatura luciría íntegra en el traje que para él se había dibujado y que dejaba admirar sin velos de ningún género los esplendores de su figura; que Luis Urgell había querido componer él mismo su atavío para lucir el cuerpo y que en una escena con *Lully* tenía un arranque que de seguro electrizaría á los espectadores; que Trini aparecería en un *dishabillé* ideal de gasas bordadas con turquesas y aljófar; que saldrían pájaros, monos y negros de veras; que los pintores más famosos se encargaban de hacer los bocetos de las decoraciones; que la escena se vería á través de un velo color de rosa, y un sinnúmero de majaderías por el estilo, que, á falta de asuntos, monopolizaban la atención de unos cuantos.

Gustando con inefable placer el éxito de su arranque, que aún no llevado á efecto causaba tan enorme sensación, reíanse *Lully* y sus amigos de los disparates que hasta ellos llegaban, y, picado su amor propio por el reclamo, esmerábanse en preparar un verdadero triunfo, siguiendo los consejos de Mairena, de los pintores y escenógrafos, de varios artistas que les auxiliaban con su experiencia y del eminente monsieur Courtois, venido de París, donde había puesto en escena un espectáculo parecido, y que llevaba á sus discípulos una porción de dinero por sus inestimables lecciones.

Los ensayos, según se convino desde un principio, celebrábanse en casa de Monsanto, donde asimismo se resolvían cuantos problemas hacían referencia á la función, y contra las profecías de los que por no tomar parte en la cosa comenzaron á decir que resultaría una facha, desde luego se vió que, no exigiendo el argumento movimientos bruscos y prestándose á los conjuntos plásticos, vendría á ser una especie de cuadro vivo representado, en el que las actitudes de los personajes cuadraban de modo perfecto á los aristocráticos actores.

Hasta la misma Chucha, que por un favor especial fué admitida á presenciar los ensayos, tuvo que convenir en que nunca hubiera creído que la cosa resultase tan bien y que, gracias á pintores y modistos, la silba no pasaría á mayores ni se verían atendidas las víctimas en la casa de socorro del distrito.

El único punto negro de la situación, y el que venía á echar el vaso de agua fría en los entusiasmos de Luisa, era su propio marido, el ilustre Pepe. Resentido en su orgullo de hombre y fastidiado consigo mismo al ver que por su debilidad iba su mujer á representar, y no había escape posible para evitar que la fiesta tuviera lugar, desahogaba su cólera del modo que más podía mortificar á *Lully*, burlándose de sus preparativos, criticándole su manera de representar, tirando por primera vez de los cordones de la bolsa para que su esposa no le arruinase, abrumándola con sus recelos y vengándose del papel desairado que, según él, le obligaban á hacer, renunciando á las precauciones que hasta entonces guardara para disimular sus *juergas* y conquistas.

No era maldad lo que movía á Pepe á obrar de tal manera, pudiendo atribuirse su actitud á la vulgaridad de sentimientos que le animaba y á un instintivo deseo del orgulloso chico de salir de la especie de situación inferior que en el matrimonio ocupaba, y que era fácil de apreciar aun para inteligencia tan poco sutil como la de Cabrera.

Sin cuidarse un ardite de refrenar sus caprichos ni de conocer el interior de su esposa, pensaba buenamente Pepe, de la mejor fe del mundo, que su conducta era intachable bajo el punto de vista de las consideraciones que un marido debe guardar á su mujer, y seguía ó creía seguir enamorado de *Lully*, si no con la violencia anterior á su boda, con la serena calma, ó si se quiere la indolente costumbre que sucede á los arrebatos de la pasión y que deja en el alma de los amantes un mutuo y plácido afecto en que, quitando algunos momentos de pasajera excitación, más se asemeja el cariño á la franqueza y confianza que suele existir entre amigos íntimos que á las tempestades y á la intranquilidad producidas por el choque de dos caracteres opuestos.

La absoluta indiferencia con que desde luego aceptó Luisa la emancipación de Pepe, y la vuelta de Cabrera á su vida de soltero, en lugar de producir inquietud en éste y moverle á estudiar el secreto que tras aquella indiferencia, no natural dado el carácter de la joven, se ocultaba, complacióle en sumo grado y contribuyó á que el *savoir vivre* y distinción de *Lully* adquiriese á sus ojos enormes proporciones, considerándola por tal causa, y por la seguridad con que desde luego ocupó su puesto al frente de la sociedad madrileña, como su igual y casi su superior en elegancia, constituyendo por tanto la compañera ideal con que soñara en sus delirios y vanagloriándose consigo mismo de haber logrado en tan poco tiempo, y sin que ella lo sintiera, amoldar á la orgullosa chica de Arjona á su manera de ser.

Como manifestación activa de su cariño *espiritual*, quedaron, sin embargo, los celos, no razonados n discretos, que tal vez hubieran servido para adobar y hacer más sabroso su afecto, sino continuos y por cualquier tontera, cosa que fastidiaba extraordinariamente á Luisa y que era el motivo de las raras dis cusiones del matrimonio, que en los demás detalles de la vida marchaba siempre de acuerdo.

La causa productora de tales celos era por una parte la desconfianza casi absoluta que Pepe conservaba respecto de la fidelidad de las mujeres á sus maridos, fundada en la larga serie de triunfos, no muy difíciles en verdad dado su dinero, pero sí muy

cacareados por él, que amenizaron la juventud de Pepe, y su completa experiencia en materia de hembras.

Á esto se venía á añadir la satisfacción que Cabrera experimentaba, sin enterarse bien de ello, en hacer sentir su superioridad y su carácter de señor, á una mujer que, después de realizar un matrimonio muy ventajoso para ella, en lugar de identificarse con la posición de su marido, había hecho apreciar desde luego su elevado nacimiento y singulares cualidades, de manera que, olvidado el mundo del dinero que hacía brillar aquellas cosas en que antes nadie se fijaba, todos comenzaron á considerar en *Lully* el centro de la fortuna y del esplendor de la casa, todos se dirigían á ella prescindiendo del esposo, y, aunque de una manera imperceptible, al dejar éste de ser un soltero maridable, fué disminuyendo su importancia individual, viniendo á sumarse con la de Luisa, considerándole y tratándole todos con afecto y confianza, más por ser marido de la chica de Arjona, que por ser el millonario Cabrera, conducta á que él contribuyó de cierto modo, renunciando á su apellido de familia y convirtiéndose en Pepe Monsanto, como le llamaban amigos y extraños.

XVII

Habían ya comenzado los ensayos de la pantomima, cuando una tarde, después de almorzar, penetró Chucha en las habitaciones de su hermana, que estaban casi á oscuras. Deslumbrados aún sus ojos por la

intensa luz del día, permaneció un momento inmóvil procurando acostumbrarse á las tinieblas, y cuando se pudo orientar en el cuarto que servía á *Lully* de *boudoir*, se dirigió hacia el balcón para abrir un poco más las entornadas persianas. Al ruido que tal acto produjo, la mayor de las Arjonas, que tendida en uno de los divanes no había dado señales de vida, incorporóse bruscamente y al reconocer á Jesusa se volvió con rapidez del lado opuesto á la luz, ocultando la cabeza, mientras murmuraba con aire doliente, como de persona que apenas puede hablar:

—¡Hola, Chuchita! Me has asustado con tu entrada porque acababa de cerrar los ojos y no sabía quién podría ser.

—¿Estás mala?—preguntó la jorobada.

—Sí, tengo una jaqueca atroz, así que dispensarás si no te contesto muy acorde; pero tú habla lo que quieras, porque así me distraeré.

Algo notó Chucha de inusitado en la voz de *Lully*; mas acostumbrada á su manera de ser y sabiendo que cuando tenía secretos que confiar, nunca lo hacía desde luego, ni mucho menos gustaba de que le dirigieran preguntas, contentóse con sentarse cerca del diván, al mismo tiempo que continuaba hablando de cosas indiferentes, pero esforzándose en dulcificar su voz y convertirla en una especie de caricia con que adormecer la desconfianza de Luisa y moverla á hacer por sí misma la confesión de sus cuitas.

Con efecto, poco á poco y al contacto de la persona de que se sabía tan querida, el dolor de *Lully* fué ablandándose hasta resolverse en lágrimas invisibles, pero cuya existencia podía adivinarse por el movimiento convulsivo de los hombros de la joven. Cuan-

do Chucha creyó llegada la oportunidad, acercóse en silencio y sin cesar de prodigar toda suerte de adjetivos cariñosos á su hermana, fué dando la vuelta al cuerpo de ésta hasta conseguir encontrar su mirada empañada por el llanto. Extendió Luisa sus brazos hasta encontrar el pecho de Jesusa, y enlazóse estrechamente con ella, permaneciendo de aquel modo largo rato, en que poco á poco fueron calmándose los sollozos, unas veces fuertes como montañas, otras débiles como quejidos de niño, cada vez menos frecuentes y dolorosos, hasta apagarse por completo, siendo reemplazados por hondísimos suspiros y entrecortadas quejas. Al cabo, y sin que en todo aquel tiempo pronunciara una palabra, separóse Luisa del fraternal abrazo y se dejó caer en el sofá, pero esta vez sin ocultar el rostro, y procurando hacer desaparecer con el pañuelo las trazas de su pasada agitación

Cuando se hubo calmado comenzó á hablar la afligida muchacha con voz opaca en que se traslucían los restos del sofoco.

—No es nada, hija, no es nada: no te apures ni te eches á pensar; no me pasa nada absolutamente, ó por mejor decir, lo que me pasa es una simpleza que no debía hacerme ningún efecto; pero está una tan excitada, tan propensa á tomar todo en serio, á apurarse por cualquier tontería, que, sin darse cuenta de ello, se empieza á cavilar y se acaba por llegar al estado en que me has visto.

Y al observar el gesto de incredulidad que se dibujaba en el rostro de Chucha, continuó:

—Sí, créeme, son estupideces mías que, de cuando en cuando, si se reúnen muchas á un tiempo, se resuelven en lluvia benéfica como la de ahora, que me

deja tranquila y descansada. La culpa la tuvieron unas palabras que el ganso de Pepe dijo en un momento de mal humor, de esos que le dan desde hace poco, y en que sin querer me mortifica lo que él, de seguro, no se imagina. Se quiso burlar de algo que yo dije apropósito de no sé qué matrimonio sin hijos y le resultó una broma de tan mal gusto que yo, contra la costumbre que me he impuesto, le contesté un poco seria; entonces él se picó, por lo mismo que conoció que había dicho una grosería, y, ya en un tono más fuerte del ordinario, me soltó una andanada, reducida á convencerme de que el no tener yo chicos era una fortuna muy grande, porque con mi genio ¡figúrate! y con mi manera de tomar las cosas por su lado frívolo, la peor desgracia que me podía suceder era encontrarme con una criatura que de seguro iría á parar á manos de institutrices y criadas que la harían sufrir la peor de las existencias.

La discusión no pasó á mayores, pero cuando me quedé sola y comencé á pensar en la idea que Pepe tiene de mí, que probablemente será la de la generalidad de las personas que me tratan, y de las probabilidades de que, no obstante todos mis propósitos, se realizaran las profecías de mi marido, en caso de que sucediera el milagro, empecé á permitir que mi cabeza se pusiera como un bombo, hasta venir á parar al lastimoso estado en que me has visto, cosa que no me había vuelto á suceder desde mis tiempos de soltera.

—Te voy á decir una cosa—expuso Chucha cariñosamente cuando Luisa hubo interrumpido sus explicaciones,—y es que no pienso yo que has tenido siempre la suerte de cara, pero que desde que te has aislado intelectualmente del resto del mundo y desde que

obsesionada por una idea continua te has construído esa especie de vida interior aparte de los demás, te vas haciendo cada día más infeliz y más incapaz para la alegría sana y la paciencia, siendo la causa de todo ello ¡no vayas á incomodarte! la exclusiva atención que te merecen tus cosas y el egoísmo con que desatiendes las de los demás, porque si compararas tus penas con las de los otros, en primer lugar te distraerías y en segundo quizás te convencieras de que tus afanes son insignificantes al lado de los afanes de la mayoría de las gentes.

—No sigas hablando—repuso *Lully*,—pues predicas á una convencida y todas las razones que me estás diciendo me las repito yo á solas, sin que por ello me conforme con mi suerte. Quizás tiene la culpa de ello la costumbre que adquirí desde muy pequeña de analizar y medir cuanto hago y pienso, quizás mis sentimientos egoístas que no niego y que me mueven á mirar el mundo bajo el prisma de mi persona; pero tengo el derecho de decir que si no he logrado sobreponerme á los hechos y consolarme con otras cosas más altas, no ha sido por falta de voluntad, sino que por más que hago no puedo alejarme del mundo terreno.

—Eso no, mujer, no te ataques á ti sola, porque toda la culpa no es tuya. Es más, estoy segura, y esto claro que no es manera de consolarte, que, si en lugar de Pepe, llegas á casarte con otra persona, con Juanito Portalegre, por ejemplo, si no una felicidad descomunal, hubieras gozado por lo menos una existencia bastante aceptable.

—¡Qué locura! Eso lo dices por distraerme y para que no pierda del todo la ilusión sobre los hombres;

es muy raro el que puede hacernos feliz, y yo que no paso de la vulgaridad en mujeres, de todos los que he tratado hasta ahora, creo que uno solo, Santiago Cabrera, es el que quizás me ha querido más sincera y desinteresadamente, y de quien yo á la larga hubiera podido enamorarme cuanto soy capaz. Respecto de Juanito, le juzgas con demasiada benevolencia, y aunque hay que confesar que desde aquellos tiempos de nuestro noviazgo ha dado un gran cambio en mejor, no se puede decir que pase de lo corriente.

—Pues yo—repuso con viveza Chucha—no estoy conforme con tu opinión, porque creo que, dejando aparte su conducta primera contigo cuando aún era un chiquillo y tú una mocosa, y ambos irresponsables de las tonterías que hacíais, se distingue bastante del resto de sus compinches.

—Sí, ha leído algo y tiene buen criterio.

—No, no es eso todo—continuó Jesusa con pasión.—No eres justa con él; Juan tiene inteligencia, y tiene, sobre todo, el talento de usarla; además está mejor educado que los demás muchachos y posee en alto grado el sentimiento de la delicadeza y de la finura que constituyen la verdadera elegancia en las personas.

—No te digo que aunque exagerado no haya mucho de verdadero en todo eso, pero yo conozco á Juan mejor que tú, porque hay una cosa que no cambia en las personas á pesar de los barnices y disimulos, algo que renace en los momentos críticos de la vida y que no acaba sino con el individuo. Pongamos que Juan es un ideal de hombres y de amigos; cuanto más le trates, sobre todo ahora, más te encantará y seducirá con su talento y buen sentido; si le pides

consejo, él te marcará la pauta que hayas de seguir y que seguramente será la más noble y la más recta; si te encuentras en un apuro ó necesitas de su ayuda, enseguida le encontrarás dispuesto á servirte, aun á costa de su dinero, pues es generoso y buen amigo; pero no obstante tanta buena cualidad, guárdate muy bien de poner tu vida en sus manos, de pedirle más de lo que puede darte, pues en él hay dos personalidades: la buena y simpática, y la positiva y material. Juan es un hombre que va derecho á su negocio, que entiende como ninguno la aguja de marear, que se ha propuesto llegar y llegará, porque tiene condiciones que le sobran para ello; pero si alguien se interpone en su camino y estorba sus planes, ya puede descontar su pérdida, porque sin darse cuenta de ello, con la mayor frescura, como si hiciera la cosa más natural del mundo, le dará de lado, suavemente, eso sí, y le apartará para poder continuar andando libremente.

—¡Ves cómo tengo razón, cómo con el sistema que has tomado de formarte una idea de la gente y edificar ya todo su carácter con ella, no es posible que sientas lo que es bueno y lo que es noble en el mundo y creas que todo es malo y podrido en él!

—Por Dios, Chucha, no gastes tanta saliva en defender lo que salta á la vista. Podrá ser que yo sea un ente, pero eso no tiene nada que ver con que Juanito se parezca al anterior retrato.

—Dispensa, yo no encuentro la menor semejanza—dijo con alguna sequedad la menor de las Arjonas.

—Pues mira—contestó la otra con su vivacidad acostumbrada,—si te gusta tanto, me alegraré que tú le gustes á él y os caséis pronto, á ver si eres tan feliz como supones.

—*¡Lully!*—murmuró Jesusa avergonzada, con voz en que se adivinaba la proximidad de las lágrimas.—¿Qué te he hecho yo para que así te olvides de mi posición y de que al hablar de estas cosas lo hago para distraerte? Demasiado sabes que yo no puedo aspirar á nada, y de vez en cuando debías recordar, sobre todo en esos momentos en que te crees la mujer más desgraciada de la tierra, que también hay otras que sufren, que ni siquiera pueden aspirar á la sombra de felicidad que tú disfrutas y que tienen que ahogar sus sentimientos más tiernos y sus afectos más puros, que no les es dable manifestar en público porque resultarían grotescas, sintiéndolos. ¡Hablas mucho y te quejas de las cosas que tu marido dice sin pensar, y no te fijas en las que á tí se te escapan sin querer!

—¡Perdóname, Chucha de mi alma, perdóname!—repuso Luisa abrazando á su hermana y arrodillándose delante de sus faldas.—Soy una bestia que no sabe lo que se dice y que tiene tan poca sustancia, que á la única persona por quien machacaría piedras en la calle si fuera preciso ha de molestar y ha de ofender aposta y por la terquedad de salirse con la suya. Mira, llámame todo lo que te dé la gana, insúltame, imponme una penitencia atroz, mándame lo que quieras, pero por Dios no sigas con esa cara, que me siento tan irritada conmigo misma que no sé qué castigo echarme. ¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya á pedirle perdón á Pepe? ¿Que me confiese todos los días y me vuelva más beata que Enriqueta Gerona? ¿Que no vuelva á criticar á nadie ni á permitirme ningún juicio temerario? Habla, díme algo, mira que si no me perdonas me muero ahora mismo del disgusto.

—¡Qué niña eres! ¿Ves? Así quisiera yo que te viese la gente, así, arrodillada á mis pies, con el pelo suelto como una Magdalena, sin preocuparte de nada ni de nadie, hablando con el corazón en la mano y mostrándote como eres. ¿Puedo yo incomodarme contigo, puede ofenderme cualquier cosa, por mala que sea, si me la dices tú? El que se fija en las palabras es porque se olvida del sentimiento que las dicta, y siendo éste el de tu cariño, que yo creo tan grande como el que yo te tengo, ¿por qué he de pararme á considerar las palabras que se escapan de los labios y no del corazón?

—¡Qué buena, qué santa eres!—murmuró *Lully*.—¡Si vieras qué pequeña, qué insignificante me encuento á tu lado! Por eso me fastidia el que otros abusen de esa bondad y sobre todo que se apoderen de ese cariño, que es lo que yo mas aprecio

—Sí, ¡buena zalamera estás! ¡Como si te importase algo que yo tuviera á Juanito por un trueno ó por un buen sujeto!

—¡Y tanto que me importa! Pero no hablemos más del asunto, que bastante rabia me inspira ese majadero por haberme hecho ofenderte. ¿Tú quieres que le considere como un joven modelo? Pues no hay más que hablar y desde hoy verás con qué amabilidad le trato.

—No, no tomes en broma las cosas y caigas en el extremo opuesto. Obsérvale y verás cómo tengo razón.

—Bueno, me volveré toda ojos. Lo malo es que el joven Pepe rabiará, pero eso me importa un comino. ¡Ya ves si me ocupo de él, y ya andan diciendo que me hace la corte de una manera descarada!

—¡Qué locura! Así se habla de lo más serio. ¡Si el hombre está de lo más correcto desde que viniste!

—Lo que es si disimula, lo hace divinamente.

—¿Qué ha de disimular? ¡Pues buenos son los hombres para eso!

—Tienes razón, ¡el que más valga lo doy por dos pesetas! ¿Sabes una cosa, Chucha?

—¿Qué?

—Que con esta conversación tan profunda me has hecho desengañarme de las vanidades humanas, y que por lo pronto no tengo ganas ningunas de ir á ver á Nené Lima, que me telefoneó esta mañana, y que me están dando indecibles deseos de mandar á paseo á todos, con su pantomima dichosa, y marcharme sola contigo á pasar una temporada en el caserón que Pepe tiene en Extremadura.

—¡Qué loca estás! Tan pronto piensas de una manera como de otra, pero siempre de un modo radical y extremo. ¿Cómo quieres ser feliz de ese modo? Nada de ridiculeces. Tiempo vendrá en que podremos irnos las dos á visitar tus dominios; pero mientras tanto te vas á lavar esos ojos, te vas á echar un vestido y nos vamos juntas á ver á tu americanita, á tu *cocotte buena*, como la llamabas en tus cartas, para que nos distraiga un rato con su charla y nos permita descansar unos momentos sin volvernos memas con materias superferolíticas.

—Por Dios, si estoy hecha una facha, con los ojos como dos tomates, y todo el mundo va á decir que Pepe y yo nos hemos tirado la vajilla.

—¡Qué han de decir! Ya verás cómo aseguran que estás *en beauté*. ¿No decías antes que harías lo que yo quisiera y que te impusiese alguna penitencia? Pues

ordeno y mando. ¡Arriba ese cuerpecito y á la conquista del Nuevo Mundo! ¡Marchemos á envenenarnos con el te de la joven América!

XVIII

Cuando llegaron las dos hermanas á casa de Nené, encontraron á ésta en compañía de Teresa Castropignano, que por una verdadera casualidad se encontraba en Madrid, donde pasaba el día rabiando por marcharse, y de un diplomático austriaco, recién venido á la corte, que Nené conocía de París.

Tumbada en su *chaise longue*, con una bata fantasía que le sentaba á las mil maravillas, luciendo con ventaja todas las curvas de su hermoso cuerpo, acogió la señora de la casa á las recién llegadas, con una porción de afectuosas palabras, excusándose de recibirlas de aquella manera tan desastrosa porque no se encontraba muy bien de salud y ellas eran de confianza.

Pasados algunos minutos, el austriaco se levantó, saludó á la Monsanto y á Teresa, á quienes ya conocía, inclinóse delante de Chucha, á quien le presentaron, y salió del gabinete, acompañado por Nené, que se disculpó con el pretexto de mostrarle un objeto artístico que había adquirido el día antes.

Al poco tiempo estaban reunidas las cuatro mujeres, tomando una porción de golosinas, en calidad de ilustraciones del te y sin cesar un momento en su conversación, que tuvo la virtud de tocar en media hora todo lo divino y lo humano.

—Oye, Nené, el motivo de mi visita es saber si te

han traído de París el figurín que me dijiste para tu traje de la función.

—No, hija, el tuno del modisto me está dando la lata y haciéndose esperar más que un tren de recreo.

—¿Qué color escogiste por fin?—preguntó Chucha.

—Ya veréis, ya veréis qué preciosidad; tiene de todos los colores y de ninguno. ¡Un dibujo antiguo divino! No sé quién dijo aquí, que era del siglo XVIII, pero eso son majaderías, porque el hombre de París á quien se lo compré me aseguró que era tan antiguo que más no podía ser, y aunque no fuera así, ya ves, del XVIII al XIV no hay más que cuatro de diferencia.

—¡Claro es!—respondieron todas, convencidas por aquel razonamiento.

—Y tú, ¿hasta cuándo te tendremos por aquí? ¿Podrás aplaudir nuestros primores?—interrogó *Lully*, dirigiéndose á la Castropignano, alta, derecha, con andares hombrunos, embutida en su traje *tailleur* y que apuraba metódicamente su segunda taza de te.

—Mala señal sería, y ya sabes que no es por falta de amistad; aquí me ahogo, no puedo respirar, todo me molesta y hasta pierdo mi buen humor de siempre. Es una rareza, una enfermedad, convenido; pero en cuanto cruzo la frontera me encuentro convertida en otra persona distinta, parece que circula la vida por mis venas con mayor fuerza, me siento capaz de todo y nada me achica ni me asombra.

—Pues dí que eres el judío errante—interrumpió Chucha.

—Algo debe haber de eso—repuso muy seriamente Teresa.

—¿Y adónde es el próximo viaje?—dijo *Lully*.

—No sé todavía cuándo me dejará libre esa maldita testamentaría, pero al día siguiente tomo el tren y en el camino pensaré dónde voy. Me aburre hacer planes y preparativos; encuentro que es mucho mejor el encanto de lo desconocido. Tal vez me decida por fin á hacer la expedición al Cabo Norte ó me vaya á los Estados Unidos.

—¡Mujer!—exclamó de repente Nené, interrumpiendo sus idas y venidas por la habitación.—¿Sabes quién me han escrito que está levantando su casa de París y se va á los Estados Unidos?

—¿Quién?—interrogó *Lully*.

—¿No lo adivinas?

—No, no me tomo el trabajo.

—Pues tu primo, es decir, el primo de tu marido. Santiago Cabrera, nuestro sabio Mentor. ¿Te acuerdas qué simpático? Es más bueno que el pan.

—¡Á los Estados Unidos!—repuso Luisa sin disimular el efecto que tal noticia le producía.

—Sí, ayer lo supe—añadió triunfante Nené al ver el éxito de su noticia.—¿Te extraña?

—Ya lo creo, como que en la última carta que me escribió no me hablaba una palabra de su proyecto. Pero ¿á qué viene esa fuga de un muchacho que ha vivido siempre en París?

—Pues ahí verás, locuras de solterón *blasé*. ¿Sabes? Á mí siempre me dieron mala espina las seriedades de Santiago y sospeché que todo ello ocultaba una pasión por alguna mujer, y para que veas que no tengo secretos para ti, te diré que en Niza creí que era yo su amor, aunque bien pronto perdí mis ilusiones; después me figuré si serías tú, pero nada pude

pescar que me confirmara en mis sospechas, y por fin me he quedado sin saberlo, no obstante mi curiosidad, á pesar de lo cual estoy convencida de que no me equivoco y de que en esa fuga, como tú dices muy bien, tiene la culpa una mujer.

—¡Qué gana de hacer suposiciones!—dijo tranquilamente *Lully*, sin desconcertarse por la mirada fija de Chucha.—¿Á qué viene el empeñarse en buscar explicación extraordinaria á las cosas que la tienen tan sencilla? Si Santiago se marcha, será por su gusto y porque le convenga.

—¿Qué tiene él que ver con los Estados Unidos, ni á qué viene levantar la casa, como quien no quiere oir hablar de regreso?

—Le habran ofrecido un buen puesto ó le llamarán sus negocios.

—¿Qué negocios, si tiene su fortunita muy bien colocada y no necesita pedir nada á nadie?

—Bueno, pues tendrás tú razón y estará muerto de amor.

—Ya lo creo, y que tratándose de un chico como Cabrera será una pasión salvaje ó primitiva, como decía una amiga mía. ¡Pobre muchacho! tan negro, con tanto pelo por todas partes y buen cuerpo, eso sí. ¿Te acuerdas qué bien resultaba en traje de baño? No, pues lo que es la mujer á quien quiera ya podía dejarse de repulgos y hacerle caso, porque vería colmadas todas sus ambiciones, sin contar con lo listo que es. ¡Mujer, si hasta la cara, si se acostumbra una, tiene su *chic* especial! Y luego el amor, ¡el amor!...—añadió la sentimental Lima, retorciéndose como una culebra sobre la montaña de almohadones de todas clases que llenaban la *chaise longue*.

—¡Qué tontería de amor!—interrumpió la Castropignano.—¡Así sois todas y por eso los hombres nos tratan como país conquistado! El amor como vosotras pretendéis entenderlo no existe, y es más, esa eternidad de amor por que muchos suspiran es un imposible que si se realizara nos empalagaría de una manera atroz. El amor, cuanto más breve mejor; cuanto más pronto pasa, cuanto menos cuidados nos inspira y menores preocupaciones nos causa, es preferible y deja mejores recuerdos en nuestras almas.

—¡Qué herejías! ¡Calla, calla!—gritaba furiosa Nené al oir aquellas razones que destrozaban el sentimentalismo que ella creía poseer en sumo grado.

—¡Pues si es verdad! —seguía la otra sin hacer caso de la cólera de la americana y dirigiéndose á *Lully*, que escuchaba distraída, como si su pensamiento estuviera á cien leguas de allí.—¡Si os pasáis las horas discutiendo *niaiseries* poéticas y estupideces sentimentales, para entusiasmaros después del primer torero á quien veáis por la calle de Sevilla, ó del primer militar que os mire un poco tierno!

—¡Eso lo harás tú en tus viajes por esos mundos, donde como nadie te ve no tienes contemplaciones que guardar, porque aquí no somos tan indecentes!

—Vaya, vaya—interrumpió Chucha,—me parece que no vale la pena de molestaros por una cosa que en definitiva os tiene sin ningún cuidado. Contar cosas más amenas y en que una joven inocente como yo pueda tomar parte.

—Es verdad—repuso ya más tranquila la dueña de la casa;—lo que es para mi modo de ver hay muy pocas cosas en este mundo que merezcan preocuparnos.

—En eso—dijo *Lully* saliendo de su mutismo—sí que estoy de acuerdo contigo.

—Y apropósito de preocupaciones. ¡Nosotros sí que vamos á salir mareados de ésta!—exclamó Nené saltando á otro asunto con la ligereza propia de su carácter.—¿No sabes lo que dijeron anoche en casa de Urgell? Pues que de seguro nos pedirían en Palacio que repitamos la pantomima en un teatro á beneficio de no sé qué asilos.

—Mujer, eso es ya demasiado; á mí no me gusta servir de diversión á los demás.

—Pues no hay tu tía, y lo que es á mí no me desagrada representar en público. Los dos grandes sentimientos de mi vida son el no haber sido estrella de *café-concert* y el no haber predicado un sermón desde el púlpito.

—¡Ave María Purísima!—repuso Chucha, asombrada al oir los despropósitos de su amiga.

—Pues yo—confesó Teresa—á quien más envidio es á los ingleses, que encuentran su casa en cualquier punto del globo.

—Desengañaos—resumió *Lully*,—á quienes envidiamos nosotras con todas las potencias de nuestra alma es á los hombres. ¡Si las cuatro fuéramos hombres!

—¡Ya lo creo!—murmuraron todas, quedándose algunos segundos en silencio.

En aquel instante se abrió la puerta para dejar pasar á Juanito Portalegre, que fué acogido con un grito de sorpresa y de júbilo por las señoras, á quienes fué saludando cariñosamente, después de depositar en la mesa más inmediata á la *chaise longue* un paquete que, á juzgar por las apariencias, debía contener algunos suculentos dulces.

—Pero, Juanito—murmuró Nené mirando con lánguidos ojos al apuesto muchacho, mientras comenzaba á desatar las cintas del envoltorio.—¡Qué amable! ¿Cómo se le ha ocurrido venir en tan buena ocasión?

—Pues nada más sencillo; no las vi á ustedes en paseo, y como tenía que hablarles de nuestras cosas, me pasé por casa de Luisa, donde me dijeron que estaba aquí, y aquí me he colado de rondón.

—¡Qué bien! ¡Qué dulces tan ricos!—dijo Nené probando uno y haciendo correr el paquete de mano en mano.

—¿Quiere usted te?—añadió levantándose é inspeccionando el estado del líquido que quedaba en la tetera.—Éste no sirve, pero le advierto que en dos minutos tiene usted uno magnífico.

—Bueno. Si es usted tan amable—contestó el joven,– porque tengo una sed horrible. ¿Sabes, *Lully*? Ya tengo el figurín de tu traje.

—¿De verdad?—exclamó gozosa la aludida, corriendo adonde su primo estaba.—¿Y lo has traído? Enséñamelo, por Dios.

—No te lo enseño hasta que me lo pidas un poco más. Me gusta verte así y hacerte padecer un poco.

—Anda, dámelo, simpática criatura, primavera de los primos.

—Ante esos elogios no puedo resistirme; ahí lo tienes; hace dos horas nada más que lo he recibido.

—Á ver, á ver—murmuró encantada la joven, abriendo un poco nerviosa el sobre, mientras sus amigas la rodeaban, llenas todas de la mayor curiosidad.

—¡Qué bonito!—fué la cuádruple exclamación de la concurrencia, al descubrir el cartón, donde pintado primorosamente á la acuarela, aparecía el personaje, que había de representar *Lully*, con toda clase de explicaciones al pie para la mejor inteligencia de la Monsanto.

—Chico, tu amigo se ha lucido; el adorno de la cabeza es una *trouvaille*, y las flores rosa á los dos lados de la corona entonan divinamente con el tisú y los rubíes de la estola.

—Fíjate en la greca que da vueltas á la túnica, y en esa *agrafe* de piedras que se divide en los hombros y cae hasta la cintura—repetía entusiasmada Nené.

—*Lully*, ¡vas á resultar imponente cuando aparezcas sentada en el trono!—exclamó Teresa.

—¡Prepárate á ver tus fotografías en las cajas de cerillas!—añadió Chucha, contentísima.

—¿Os gusta?—dijo complacido Juan.

—¡Con delirio!—repusieron los cuatro.

—Pues preparaos á caer de rodillas y adorarme. El autor del dibujo soy yo en cuerpo y alma, que no os lo había querido decir, para que no disimularais vuestra verdadera impresión.

Una avalancha de felicitaciones inundó en un momento al *amateur*, que se vió estrujado por todas partes y confuso á fuerza de elogios.

—¡Pero si es un pintor!

—¡Y qué gusto tan estupendo, hijo!

—Si tiene mucho talento este chico.

—Mira, si no fuera por el pudor, te daba un beso y un abrazo.

—¿Á que no?—repuso sonriéndose el artista.

—*Ne vous gênez pas, vous êtes chez vous*—dijo Nené entre carcajadas.

—Mujer, eso se hace pero no se dice, y así se agradece más—murmuró la Castropignano.

—Aquí está el te—gritó Chucha,—siéntate en aquel sillón; tú, Nené, ponle delante la mesa, y entre las cuatro te serviremos lo que quieras.

—Eso es, no te quejarás.

Alegremente se instalaron todos y siguieron hablando, mientras Juanito bebía su taza, esforzándose cada cual en atraer las miradas del elegante joven, el cual no separaba sus ojos del sitio donde se había retirado *Lully* con su acuarela, para mejor admirar los detalles.

Apenas la conversación se hizo general y se olvidaron del efecto que la entrada de Juan produjera, maniobró éste de modo que se fué acercando á la silla de la Monsanto, hasta sentarse á su lado.

—¡Si vieras—comenzó Portalegre—qué esmero he puesto en ella y cuántas veces me ha parecido un mamarracho y he estado á punto de romperla! Pero entonces me acordaba de que era para ti y volvía á trabajar con mayores bríos.

—¡Qué bueno eres!—repuso *Lully* con la mayor naturalidad.—La verdad es que has sido tan amable que no sé cómo pagártelo. Vamos á ver, ¿qué puedo hacer que te satisfaga?

—¡Qué cosas tienes! Te pediré lo que las princesas desvalidas piden en los cuentos á la reina de las hadas: un castillo de diamantes ó un vestido hecho con alas de mariposa. Con tal que siempre pienses de mí como en este momento, me doy por satisfecho, porque no sabes el consuelo tan grande que produce, cuando se está á tantas leguas de casa, el acordarse

de que sus amigos seguirán hablando bien de uno.

—Chico, ¡qué sentimental estás! Cualquiera diría que amas en secreto é inútilmente.

—No te burles, porque si me pasara eso, sería más para compadecerme que para que te rieses de mí.

—Hombre, ¿por qué no se lo cuentas eso á otra? Porque lo que es á mí, ya te he dicho muchas veces que no me preocupan mucho los estragos que en ti cause el amor.

—¿Y por qué tienes de mí una opinión tan mala?

—Porque te conozco desde hace mucho tiempo, ¿sabes? y... claro, lo que es á mí no me engañas con esas expresiones misteriosas. Vamos á ver, en confianza, ¿es una horizontal ó una señora? ¿Desde cuándo te atormenta tan abrasadora pasión?

—Eres insoportable y no se puede hablar contigo dos palabras en serio.

—Ven acá, ¡Rafael de mi vida! No te piques ni te alborotes. La verdad siempre escuece, pero si yo no te la digo, ¿quién te la va á predicar?

—Tú menos que nadie, porque eres la primera que no me conoces á fondo.

—*Allons, mon enfant, pas de pose*, ¿eh? y no revolvamos trapos viejos. Ya has visto que desde tu vuelta no has encontrado mejor amiga que yo; pero una cosa es que olvidemos tiempos remotos y otra es que quieras deslumbrarme como á los demás.

—Hagamos un trato. ¿No me has dicho antes que te pidiera lo que quisiera? Pues ahora mismito vas á hacerme el favor de explicarme en dos palabras la idea que tienes formada de mi carácter.

—No, muchas gracias. Te ofenderías y yo perdería tu amistad.

—¿Lo ves cómo no eres franca y no correspondes á mi afecto?

—Sí, ya te lo diré con el tiempo. Mira un pacto: te lo diré cuando se te haya pasado tu amor.

—¿Y si no se pasara, si durara siempre?

—¡Válgame Dios! ¿Ya volvemos? Si por más que me digas no he de creerte.

—¡Pues señor, si digo la verdad! Te lo juro, te doy mi palabra de que es cierto. ¿Cómo podría convencerte de que no te engaño, de que soy sincero?

—Probándolo; cásate con ella.

—No es soltera.

—¡Ah!... Pues si es casada, pide mañana un traslado y márchate al Japón, á China, á cualquier parte, cuanto más lejos mejor.

—Eso, y á mí que me parta un rayo. No, hija, muchas gracias, prefiero quedarme.

—¿Lo ves, lo ves cómo retoña tu egoísmo á pesar tuyo y tú mismo te delatas cuando quieres defenderte? Pues si la quieres de ese modo y no te hace caso, que es lo que se desprende de esa desgracia que cacareas tanto, ¿es que piensas conseguir más por el sistema de la pesadez que lo que hasta ahora han conseguido tus aires de joven apasionado?

—¡Pero si te digo que la quiero como un loco!—murmuró Juan con voz nerviosa.

—¡Pero si te digo que no lo creo, aunque estés seguro de ello!—repuso *Lully* sin perder su calma.

—Lo celebro mucho. Tú sí que predicas mucho y eres un hielo, incapaz de sentir nada.

—Dijo la sartén al cazo... Tienes que comer aún muchos panecillos y visitar muchos países para llegar á saber los puntos que calzo.

—Con lo que sé de ti, sé bastante.

—Pues nada más necesito, y si no me das un certificado de paloma sin hiel vas de patitas al infierno.

—En todo caso, lo que te daría es una patente de orgullosa y de mal genio.

—¿De veras? ¡Cuántas bondades!—exclamó *Lully* hablando en voz alta.

—¿Qué os sucede?—preguntó Nené, interrumpiendo la animada conversación que sostenía con las otras dos señoras.

—¡Es inútil, no se puede hablar en serio con ella!—declaró Portalegre levantándose y despidiéndose de las damas.—Cuando te encuentres más serena, reanudaremos la plática.

—Con mucho gusto, pero no te olvides del hábito y la profesión, porque hasta que te vea fraile no he de creer en tu conversión.

—Se puede ser Juan particular y darse todos los días de disciplinas.

—No llegarás á hacerte sangre, descuida.

—¡Quién sabe? ¡tengo la piel más delicada de lo que supones!

—Pues lo sentiré, porque te prefiero así.

—Muchas gracias. Hasta luego, en casa de tu madre.

—*Good-bye*, y curarse, que esas enfermedades son graves.

Cuando Juanito se hubo marchado, era ya casi la hora de comer y las Arjonas se despidieron de Nené, que las acompañó hasta la misma escalera.

—Oye, *Lully*—exclamó en voz baja en un momento que la Monsanto se quedó un poco detrás mirando las labores de un bargueño.—¡Qué callado tenías que tu primo Juan te hace la corte!

—¿La corte á mí? Mujer, tú ves visiones—repuso la aludida con tal sorpresa que la americana se quedó perpleja mirándola.

—Quizás no te has dado cuenta de ello, pero que él está loco por ti salta á la vista de cualquiera, y ya sabes que en esto es en lo único que no me equivoco casi nunca.

—Pues lo que es esta vez, de medio á medio. Si me hubieras oído lo que le decía, te reirías de tus figuraciones. El amor no existe sino cuando dos personas se desconocen, y nosotros nos hemos tratado lo suficiente para perder las ilusiones.

Y al decir *Lully* estas palabras, bajó rápidamente los peldaños que la separaban del vestíbulo, donde aguardaba el coche.

Inclináronse ambas hermanas para saludar por última vez á Nené, y el carruaje comenzó á moverse, dejando solo oir el sonido del cascabel y los pasos de los caballos, que bien pronto se perdieron en el espacio.

XIX

No habían pasado muchos días después de la anterior visita, cuando una tarde, al terminar de almorzar sola en su cuarto por hallarse ausente Cabrera, dióse cuenta Luisa de que nunca había tenido humor más negro que en aquel momento.

Tendida encima del sofá; ocupando uno de los rincones misteriosos que su talento de mujer elegante tuvo la habilidad de formar en el saloncito; aislada en

aquel espacio por toda suerte de *paravents*, mesas, tiestos, flores y mueblecitos; teniendo á mano periódicos, libros, cartas, fotografías y una porción de objetos más, y rodeada, en suma, de cuanto el lujo puede ofrecer de más cómodo y bonito, la Condesa de Monsanto se aburría, no por no saber en qué emplear el tiempo ni por sufrir disgustos extraordinarios, sino por la absoluta imposibilidad de determinarse á ejecutar nada y por una inercia moral tan grande, que, indiferente en absoluto á cuanto la rodeaba y sin preocuparse para nada de su persona, perdida la noción del tiempo, permanecía desde hacía horas y horas en la misma postura, contemplando el intensísimo azul del cielo y dejándose invadir, cada vez en mayor escala, por la abrumadora melancolía, que parecía ir creciendo á medida que las nubes eran barridas del horizonte y el alegre sol iluminaba todo con su potente resplandor.

En el profundo silencio que reinaba en el cuarto, ningún ruido venía á turbar las meditaciones de *Lully*; las flores de los vasos y jarrones, un tanto marchitas por la alta temperatura que se disfrutaba en la habitación, inclinábanse sobre el cristal ó el bronce, despidiendo mayor perfume de sus pétalos y ayudando á hacer el aire menos respirable; habitado el cuarto casi de continuo por su dueña, apreciábase en todo él la vida, y hasta parecía que en el menor pliegue de las cortinas se conservaba algo de su personalidad; los alegres rayos del sol, que inundaban con su brillo todas las cosas existentes á dos pasos del cuarto, quebrábanse y casi se desvanecían al penetrar por entre sedas y muselinas, convirtiéndose, por fin, en suave claridad de tonos rosáceos al extenderse y repartirse

por los muros y los rincones de la sala; una tranquilidad aparente, que al poco rato de permanecer en el gabinete se convertía en cierto desvanecimiento y pereza inexplicables, reinaba en la atmósfera; y obedeciendo á tales elementos, perdida en un mar de sensaciones confusas y vagarosas, agitábase de cuando en cuando el hermoso cuerpo de *Lully*, sin encontrar una postura cómoda, sin que sus ojos consiguieran cerrarse para dormir, sin que la inteligencia de la muchacha encontrara fuerzas suficientes para concentrar su atención en un objeto determinado y consiguiera vencer la especie de embriaguez que la deslumbraba, sin que su voluntad fuera capaz de decidirse en un sentido, ni de obligarla á ejecutar la acción más insignificante.

Sofocada al fin por el calor y con la cabeza abombada, levantóse haciendo un esfuerzo y se dirigió hacia uno de los balcones, cuyos cristales abrió, así como los del mirador con que comunicaba, dejando penetrar la luz y el aire exterior y apoyando su rostro en el hueco de la vidriera.

Un hálito espeso y ardiente que se escapaba del jardín, acabado de regar, subió hasta bañar á *Lully* con su voluptuoso olor, extendiendo por sus venas repentino fuego, cual inesperada caricia que hiciera vibrar por igual todo su cuerpo.

Al cabo de un momento hízose insoportable aquel perfume acre en que, como si la tierra respirara fuertemente, se mezclaban toda suerte de olores y se aspiraba el espíritu de fecundidad que mantiene eterna vida en los seres de la tierra.

Con un movimiento brusco acercó la Monsanto á sus narices el pañuelo empapado en esencia y dirigió su mirada más allá de la verja del hotel, paseándola en todas direcciones hasta fijarla en un punto lejano que se divisaba por una bocacalle, donde parecía reconcentrarse la animación y se amontonaban personas y vehículos, hasta formar algo parecido á un río ó á una enorme serpiente en continuo movimiento.

Alrededor de casa de Monsanto, y en las calles próximas, eran pocos los individuos que transitaban; parejas domingueras; criados que salían de paseo; mujeres y militares que se detenían á charlar con porteras ó con otros amigos; chiquillos que jugaban al pie de un árbol; vendedores que cruzaban pregonando su mercancía; algunos carruajes que interrumpían un momento el silencio de las calles; escasísimo movimiento, en suma, que contrastaba notablemente con la plétora de vida que se adivinaba allá lejos; contados ruidos que no llegaban á dominar el vocerío y la ola de animación que de allí venía.

Con ojos melancólicos contempló la mayor de las Arjonas el horizonte, comparando en su interior la alegría de toda aquella gente que iba á los toros con su abatimiento físico y moral.

La corrida extraordinaria era el espectáculo que de tan poderosa manera agitaba á la multitud, y por un momento sintió *Lully* no haber aceptado alguna de las invitaciones de sus amigas para admirar los primores de los toreros. Sin acordarse del día en que tenía lugar la anunciada solemnidad, había citado á ensayo á sus contertulios, los cuales le habían respondido excusándose de concurrir á la cita, y, fastidiada por su torpeza y ya de mal humor todo el día, no tuvo ánimos de vestirse ni de ir á la plaza, á pesar

de su entusiasta pasión por el espectáculo nacional.

En aquel momento, sin embargo, sintió un inexplicable pero vivísimo anhelo de correr allí donde la multitud se amontonaba, de tomar parte en el alborozo general, de sustraerse á nostalgias sin objeto determinado y prescindir de melancolías.

Con esta idea, apartóse del mirador y penetró de nuevo en el gabinete hasta pararse delante de un espejo que ocupaba el hueco entre dos puertas, como si meditara acerca del partido que debía adoptar.

Su imagen, reflejada en la enorme luna, tuvo la virtud de distraerla un momento y hacerle olvidar el reciente capricho. Mirándose atentamente, como si nunca hasta entonces se hubiera hecho bien cargo de su fisonomía, permaneció gran rato en la misma postura y sin variar de expresión, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y la cabeza un poco inclinada hacia atrás. Á fuerza de contemplarse, llegó á perder la idea de que la imagen que veía era la suya propia, y figurósele que era la de otra persona cuyas facciones y menores detalles podía apreciar sin el menor obstáculo.

¡Qué bonita estaba y qué líneas tan perfectas se adivinaban debajo del vaporoso traje! Su cuerpo era de proporciones regulares, más bien alto, esbelto y lleno de majestad; sus brazos eran torneados y acababan en unas manos afiladas que *Lully* cuidaba con gran esmero; los hombros, algo bajos, formaban una línea airosísima; la cabeza se erguía sobre el prolongado cuello y producía honda impresión por su conjunto aún más que por lo perfecto de las facciones; los ojos eran negrísimos, protegidos por arqueadas cejas y sombreados por largas pestañas; la nariz, rec-

ta y muy fina, parecíalo más aún merced á recortarse bastante en alto sus ventanas; la boca, no excesivamente pequeña, pero fresca y bermeja cuanto puede desearse, ganaba más cuando al reirse dejaba lucir las dos hileras de dientes á que ninguna falta se podía poner; las orejas eran chicas y bien colocadas, y por último, el pelo, de un castaño oscuro, que además de ser muy abundante, se ondeaba naturalmente y nacía de una manera delicadísima, dejando en libertad á los mechones aún pequeños que se ensortijasen por separado, todo contribuía á formar de Luisa Arjona un ejemplar acabado de la femenina belleza.

Absorta en la contemplación de aquella figura que la miraba ansiosamente y en la que su curiosidad quería adivinar las zozobras y los cuidados que la inquietaban, no volvió *Lully* á acordarse de nada, hasta que un leve suceso, las hojas de una de las rosas colocadas encima de la mesa que se desprendieron de la flor y rodaron por encima del mármol de la consola, vino á destruir el encanto y tuvo la virtud de volverla á la realidad, y, por una rápida asociación de ideas, á la última que le preocupara un momento antes, la de huir de su soledad para aturdirse con la alegría y el movimiento de la plaza.

Casi decidida, se disponía ya á abandonar el cuarto, cuando le asaltaron nuevas dudas que la detuvieron en el camino. Después de todo, ¿de qué serviría el molestarse y vestirse á toda prisa para ver una cosa que se sabía de memoria? ¿No era tonto el incomodarse en balde y aburrirse por fin? ¿No era mucho más sensato aguardar la hora de paseo, ó bien no salir por la tarde y convidar á cualquiera para que fuese al teatro con ella? Chucha, que era la persona que en

momentos parecidos tenía el talento de distraerla, no vendría de seguro, porque la había avisado que estaba ocupada hasta la noche en el asilo que protegía y que celebraba aquel día la fiesta de su patrono. Además, ¿no era injusto el aburrir á los demás con su cara de dueña dolorida, y no resultaría más generoso el aguantarse *Lully* á sí propia su mal humor, que no el aguardarles á los otros la fiesta?

Esta última consideración acabó de decidir á la muchacha á renunciar á su proyecto, sentándose de nuevo en el sofá consabido é intentando con la mejor buena fe del mundo entretener el tiempo leyendo algún libro de los varios que tenía á su alcance; pero ninguno de ellos consiguió fijar su atención, y unos después de otros fuerónsele cayendo de las manos, hasta descansar en su primitivo sitio. Después de los libros tocó el turno á las revistas extranjeras, que tuvieron el mismo éxito que las novelas, y aburrida y desesperada al fin de no encontrar nada que la divirtiera, tumbóse en el sofá, perdiéndose otra vez en un mar de fantasías sin pies ni cabeza.

La verdad era que el verse así, reducida á si propia, el considerarse tan aislada, era horrible cosa y capaz de entristecer al individuo más alegre.

En el mundo existía una persona que la conocía bien, que era su hermana Jesusa, pero había detalles y sensaciones que no eran para contarlos á la inexperta joven y además repugnaba á Luisa el revelar á persona viviente. Del gentío que la rodeaba y constituía su especie de séquito, no había nadie que inspirase á *Lully* bastante confianza, ni que supiera consolar aquellas secretas llagas sin hacerlas sangrar más. Es decir, sí, una persona había que quizás comprendía

sus penas y que de lejos la miraba con ciego afecto.

¡Santiago Cabrera! Y por un extraño capricho de su exaltada imaginación, presentóse ante sus ojos la figura de su adorador, con los menores rasgos, y tan pasmosa realidad, que llegó á figurársele que era persona viviente y hasta comenzó á hablar con él, como si estuvieran los dos solos en el cuarto.

¿Que la quería, que la adoraba, que compartía su vida? ¿Que por ella había huído de París y levantado su casa con la esperanza de olvidarla en otros climas? ¿Que de antemano se reconocía vencido, sabiendo que su vida estaba ya sujeta á aquel cariño, y que por más que hiciera nunca conseguiría arrancar de su pecho la pasión que tan hondo se había clavado? ¿Que no intentaría nada porque estaba convencido de la inutilidad de sus esfuerzos?

Todo eso ya lo sabía Luisa y no tenía necesidad de repetirlo. Lo que Santiago no sabía, porque *Lully* lo tenía muy secreto á todo el mundo, era que una de las cosas que poseían la virtud de dulcifiuar sus malos ratos, que la hacían indulgente para con la sociedad, y hasta la llenaban de íntima satisfacción, era precisamente aquel afecto tan discreto y tan absoluto, aquel sacrificio tan generoso de los propios intereses. También ella pensaba en él, en Santiago, en sus ratos de soledad é insomnio, también veía en él un amigo, y hasta le quería, sí señor, le quería, de cierto modo.

¡Qué feliz hubiera sido *Lully* al lado de un hombre como Santiago! ¡Qué existencia tan hermosa dejándose adorar por un marido tan inteligente, tan entusiasta como el Cabrera de París! ¡Pasar días y días sin separarse, con la cabeza de él en sus rodillas,

bebiendo el cariño en sus labios, gustando la vida sin contemplaciones ni reservas de ningún género, reproduciéndose en un hermoso enjambre de chiquillos que fueran como testimonios vivos de su amor, viviendo apartados del barullo, sin otra preocupación, sin otro cuidado que el de seguir queriéndose cada vez más y de prescindir ó despreciar cualquier cosa que se opusiera á la perfecta compenetración de sus almas!

En aquel momento, un ruido en el mismo cuarto, casi al lado de Luisa, interrumpió bruscamente sus desvaríos y obligándola á incorporarse para descubrir en torno de sí lo que producía aquella novedad.

Á pocos pasos del sitio donde descansaba la mayor de las Arjonas, y un tanto confuso al ver lo inesperado de su visita, permanecía de pie Juanito Portalegre, atusándose los bigotes y sin saber si marcharse ó despertar á su prima.

XX

No le dió ésta, sin embargo, espacio para adoptar ninguna resolución, y tendiéndole una de sus manos, al mismo tiempo que se pasaba la otra por la ardorosa frente, le interpeló sorprendida:

—¡Hombre, qué milagro! ¿Tú por aquí á estas horas? ¿Pues y los toros?

—Pero ¿no nos has citado para ensayar aquí esta tarde? Yo había venido un poco antes para consultarte unas variaciones que quiero hacer en nuestra segunda escena.

—Pero ¿*Eduardita* no te dió el recado que le encargué?

—¿Qué recado?

—¡Vaya un simple! ¡Si yo misma le escribí esta mañana que dijera á los muchachos que no viniesen hasta el sábado, porque se había deshecho la combinación y ya no tendríamos más que el ensayo general!

—Entonces se conoce que se olvidó de avisarme. ¡Ya me extrañaba encontrarte en esa postura tan sugestiva!

—¡Estoy hecha una facha, no me mires!—dijo la Monsanto recogiéndose la bata.

—¡Si estás mejor que nunca! En fin, veo que estorbo, y me voy porque no quiero ser indiscreto.

—No seas impertinente. Llegas á buen tiempo, porque me aburría tanto que estaba pensando en qué suicidio sería mejor, y ya que me has visto así, no me importa que me diviertas contándome lo que se te ocurra.

—Chica—exclamó el visitante mirando muy fijo á su interlocutora.—¿Sabes que estamos como si me hubieses dado una cita? Tú en *toilette* de circunstancias, yo sin llamar la atención, el cuarto lleno de flores y con poca luz, una alfombra que apaga las pisadas y un criado vejete que me recibe con cierta sonrisilla confianzuda.

—¡Es verdad, la cosa tiene chiste!—contestó *Lully* riéndose.—Mira, sólo falta que tú te sientes aquí en esta silla baja á mis pies y que Pepe entre por la puerta hecho un energúmeno.

—No creas, que el mismo fundamento tienen algunas de las historias que corren por Madrid—expuso

Juan disponiéndose á ocupar el asiento indicado por Luisa.

—¡Eh, tú! ¿qué haces?—preguntó ésta, alarmada al ver las maniobras del otro.

—Lo que tú decías antes.

—No, guárdate tus chistes para otra parte y díme lo que se te ocurre de esas mudanzas.

Contrariado el joven, volvió á su primer sitio, comenzando á explicar con poco entusiasmo el motivo de su visita, mientras *Lully* volvía á perderse en sus cavilaciones, hasta que, apurada la paciencia del chico, interrumpióse para decir:

—Oye, ¿estás hablando conmigo ó con quién?

—¡Si te oigo, hombre!—dijo la muchacha con tono distraído.—Tienes razón que te sobra en eso de que es ridículo permanecer un cuarto de hora en la misma postura y ya se lo diremos el sábado á Mr. Courtois. Oye—añadió animándose y sin dejar de contemplar el cielo,—¿no te sucede á ti que estos días tan hermosos, de tanto sol, en que toda la gente se echa á la calle, en lugar de alegrarte te dan pasión de ánimo?

—Ya lo creo—contestó Juan, alegre al ver el nuevo giro de la conversación.—Como que nada produce mayor melancolía cuando se está chafado que tropezar con esa alegría un poco animal que se desarrolla los domingos.

—Es ridículo eso de regocijarse un día fijo de la semana.

—Pues si vieras lo inaguantable que resulta, cuando se está solo fuera de aquí, verse rodeado de tanta gente, todos con una caterva de chiquillos, que parecen felices, que ni siquiera reparan en ti y te aturden con sus gritos y sus exclamaciones.

—Sí, no debe ser muy alegre eso de estar siempre solo, aunque vosotros los hombres tenéis mil recursos, y si os aburrís es porque queréis—prosiguió *Lully*, mirando siempre al balcón.

—No creas, que precisamente por tener tan á la mano las cosas que dices, llegamos á no hacer caso de ellas y muchas veces cometemos mil locuras para emborracharnos, para no pensar, para no sentir, para no recordar—dijo el muchacho, algo emocionado.

—Hombre, no sabía que resultaras tan formal hablando en serio; díme, ¿y por qué, si es verdad que te encuentras en ese estado, lo cual no te ocurre á ti solo, porque, ó todos sois unos embusteros, ó á todos os pasa lo mismo, no sentáis la cabeza y buscáis una muchacha buena que os guste y os casáis de una vez, antes de que os volváis unos viejos ó de que os caigáis á pedazos?

—Yo no sé lo que piensan hacer los demás, pero de mí puedo asegurarte que no me casaré, porque...

—¡Ah! Sí, dispensa, ya no me acordaba de ello. No puedes porque estás enamorado. ¿No es eso?

—No te rías, *Lully*—exclamó furioso el primo.

—Perdona, ¡pero es que me haces tanta gracia!

—¡Pues á ti, que pretendes conocerme á fondo, debía darte compasión! Porque cuando una persona como yo, que es verdad que soy calculador, que soy egoísta, pero que no soy invulnerable ni mucho menos, confiesa que quiere, debes pensar que no será por falta de conversación ó por gusto de que la gente le mire con buenos ojos.

—Si esa pasión fuera tan grande como dices, en lugar de contármela, la guardarías bajo tres llaves y te consolarías tú solito sin dar un cuarto al pregonero.

—¿Y tú qué sabes cómo se siente ni cómo se quiere?—repuso finalmente Juan.

—Juan, ¡mira lo que dices! - exclamó *Lully* poniéndose seria.

—¡Pues si es verdad! Hablemos una vez claro para entendernos. Yo no niego que tú estés constituída para sacrificarte por el cariño de otra persona. Pero ¿has sentido ese cariño? Eres muy lista y muy aficionada á discutir contigo misma, y por eso todo lo quieres resolver con la cabeza, de la manera más racional, sin acordarte que precisamente lo racional es lo que hay que descontar tratándose de amor, que la manera de que salgan mal las cosas es pensarlas mucho y atar todos los cabos. ¿Has querido tú á un hombre, por él, siguiendo los impulsos de tu corazón, sin reflexionar, sin fijarte en que él tenía tanto y tú cuanto, sin que la idea de mañana viniera á destruir tus ilusiones, sin contentarte con la felicidad de hoy, satisfaciéndote con sus alegrías, sacrificando tu propia persona, pensando siempre en él y en la manera de hacerle dichoso y dispuesta por él á todo? ¡No, mujer! Mientras estuviste en relaciones conmigo, siendo una niña, tomaste nuestros amores como un juego de muñecas, después coqueteaste con todo el mundo, y, por último, te has casado porque sí, sin preocuparte para nada de tu alma.

—¿Tú qué sabes?—contestó *Lully* anonadándole con la mirada.—Como tú has dicho que debía haber yo querido, es como ambicionáis que os quieran las mujeres. Es decir, dándolo ellas todo, vosotros nada. Sacrificándonos nosotras para que vosotros os dejéis adorar. ¿Y tú eres tan inocente que creas que, si cualquiera de mi carácter sintiera una de

esas pasiones, iba á ser tan infeliz, tan tonta de capirote, que se lo fuera á decir de buenas á primeras al hombre por quien la sintiera? ¡Pues sería la mejor manera de cerrarse para siempre el camino de la felicidad!

—Pero ¿tú la has sentido? ¿Has querido alguna vez? Contéstame sólo á esto.

—¿Á ti qué te importa?—repuso soberbiamente la muchacha, levantándose de su asiento y recorriendo la habitación á grandes pasos.—¿Tengo alguna deuda contigo? ¿Tienes tú algún derecho para interrogarme? De vez en cuando me hablas de cierta manera, aludiendo al tiempo de nuestras estúpidas relaciones, como si en el fin de ellas tuviera yo algo que reprocharme, y yo no quiero contestar para no disgustarme y para no perder la amistad que tenemos; pero ya que insistes en hablar de eso, te diré que tu conducta en aquella ocasión fué indigna de todo lo que me habías dicho antes, que tu indiferencia me hizo tanto daño que ella determinó mi posterior carácter, no obstante lo cual, me alegro tanto de que obraras de aquella manera, que hoy te agradezco tu desvío y bendigo los consejos de tus tíos y las caricias de las *cocottes* que te entretuvieron en Viena y que te hicieron olvidarme.

—¡Olvidarte, no!—protestó el joven con calor.—¡Eso, nunca, nunca!

—¡Calla!—interrumpióle *Lully*, parándose delante de él con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándole como un juez puede mirar á un acusado.—¡No faltaba más sino que ahora pretendieras hacerte el romántico y disculparte de aquello! Recuerda bien quién era yo: una chiquilla muy bonita, re-

ción salida del colegio, con mucho humo en la cabeza, pero sin haber sufrido un desengaño. Había en mí mucho de estúpido y de insípido, convengo contigo. Pero ¿valía la pena de que tú te fueras de aquel modo y de que á mis cartas, á mis súplicas y á mis protestas contestaras con disculpas que aún aceptaba yo, y por último, con completa indiferencia? ¿Qué razón había para ello? ¡Pues nada, que el señorito, que hasta entonces era muy formal y no tuvo un cuarto, se encontró en la embajada, rodeado de amigos y de amigas, comenzó á correr sus juergas y acabó por comprender lo inocente de sus proyectos! ¡Ya ves que no fueron necesarios muchos obstáculos para vencer tu pasión! ¡Ya comprenderás que aquellas pindongas no serían tan únicas en su género para que entre sus brazos y sus porquerías te olvidases de mi persona, que siempre habrá sido y será cien mil veces mejor que la suya!

—¡Te exaltas, no puedes comprender ciertas cosas!.. —murmuró Juan, contemplando la hermosa figura que tenía delante y que temblaba debajo de la flotante vestidura, al impulso de sus apasionadas palabras

—¿No he de comprender, hombre? Ya comprendo todo, ¡ya sé todo lo que hay que saber! Ya pasé de la edad en que esas palabras servían de explicación á las cosas que no la tenían ó que la tenían asquerosa. El que no comprendiste entonces fuiste tú. ¿Creías tú que se trataba de juegos de muñecas? ¡Ahora mismo lo acabas de decir! Y no adivinaste que detrás de aquellos juegos se escondían las mil y una fantasías de mi carácter, que comenzaba á formarse, de mi alma, que entonces empezaba á respirar y que tú pudiste moldear y concluir á tu gusto para que sirviera de complemento á la tuya.

—¿De modo?—exclamó apasionadamente el muchacho, cogiendo las manos de *Lully*.

—De modo que esa pasión, ese amor tan elogiado por ti lo he sentido yo, y lo he sentido por tu persona, ¡es verdad!—repuso Luisa desligando sus manos de las de su primo y separándose unos pasos atrás.—Cualquiera mujer se guardaría muy bien de decir esto á un hombre que pasa por temible y que está solo con ella, y sin embargo, yo te lo digo y te lo arrojo á la cara para que, si es cierto eso que aseguras de que tienes, pasiones y sentimientos, te envenene para siempre las unas y los otros. Es verdad, te quise—repitió acercando su cara á la de Portalegre, como si quisiera herirle con sus palabras;—te quise locamente, te quise con delirio, sin reservas de ningún género, por encima de todo el mundo, más que á mi madre y más que á todos los que me rodeaban; por tí me sentí capaz de desobedecer al mismo Dios, por ti soñaba y por ti vivía; si me hubieras propuesto huir contigo, lo hubiera hecho sin temor al escándalo, sin acordarme de nada; si me llegas á decir que debía matarme, me hubiera matado sin una protesta; lo que pensaras pedirme en tus momentos de desvarío lo tenías ya concedido de antemano, porque yo no razonaba, no veía más allá de tu cariño, me contentaba con contemplarte satisfecho. ¡Ya ves si he sido y soy capaz de querer y tú eres y has sido toda tu vida un vanidoso y un imbécil!

—¡No, no he sido un vanidoso, al contrario!—protestó Juan levantándose á su vez y acercándose más á su prima.—Lo que he sido y soy todavía es un hom-

bre que la única cualidad que puede ostentar es la de permanecer siempre el mismo. Parezco orgulloso y mi orgullo no es más que un recurso para ocultar mi cortedad; parezco frío é indiferente y mi frialdad y mi indiferencia esconden una gran desconfianza de mí mismo y de los demás, un amor propio tan excesivo que cualquier pequeñez lo aja y humilla. Por eso, aunque es cierto que cuando me separé de ti comencé á hacer una vida que no era la regular, cuando leí tus quejas me sirvieron de remordimiento y de aguijón para quererte más. Dices que en mis cartas encontrabas olvido; si te hubieras tomado el trabajo de estudiarme un poco, sólo hubieras visto en ellas el temor que producían en mí los chismes que hacían llegar á mis oídos las personas empeñadas en acabar nuestras relaciones. Por eso, cuando llegó tu despedida tan fría, tan seca, me sentí herido en lo más profundo de mi alma, encontré que tenían razón los que te acusaban, quise aturdirme cometiendo todo género de excesos que no eran sino extremos de mi desesperación, y que á su vez te repetían á ti para que cada vez te alejaras más de mi cariño, y cuando vi que había concluído para ti, que nunca volvería á ocupar en tu pecho el lugar que ambicionaba y que tuve, me negué á volver á España, comencé á correr por esas tierras con el ansia de olvidarte, con la esperanza de encontrar remedio á mis desdichas, sin contar con que, siendo tú tan hermosa, tan inteligente, tan digna de ser querida por todos conceptos, allí donde fuera, me habían de alcanzar las noticias de tus triunfos, de tus burlas y de tus desdenes, que en lugar de aquietarme me picaban como una espuela hasta volverme loco.

—Palabras, palabras—suspiró Luisa, acordándose involuntariamente de Santiago Cabrera y apoyándose en la falleba del balcón.

—No, verdades—prosiguió Juan cada vez con más fuego, echando lumbre por los ojos y sin disimular la agitación de su persona. -Cuando creías tú que había olvidado hasta el santo de tu nombre y que, de aventura en aventura, me ocupaba sólo de conseguir una fama de conquistador, no sabías que seguía enamorado con mayor fuerza acaso que nunca, porque si es verdad que mi conducta no era ejemplar, ¿sabes qué causa tenía el continuo cambio de mujeres que me atormentaba? Pues el que en mi delirio quería encontrar una que se te pareciera, si no moralmente, porque yo te juzgaba la mujer peor del mundo, á lo menos en el cuerpo; un retrato tuyo á quien yo pudiera estrechar entre mis brazos, someter á mis caprichos, imponer mi voluntad, herir sin piedad, rendir á fuerza de caricias y de deleites, sentir dormida, sujeta, muerta, bajo mis brazos, para después verla recobrar la vida con el calor de mis besos, pegada á mi cuerpo, confundida con mi persona. Chiflado con esta idea. busqué y busqué sin encontrar más que hembras vulgares, sentimientos groseros, mujerzuelas que aterradas por la especie de frenesí de mis abrazos huían despavoridas sin consentir en volver á verme, aventureras que sorprendidas por lo inusitado de mi demencia hacían verdaderas locuras por mí, sin que ninguna de ellas, pasado el extravío del primer momento, consiguiera hacerme olvidar tu cuerpo divino, tus ojos, tu boca, tu perdido amor que sabía que nunca había de recobrar. ¿Comprendes ahora el efecto qae causarían en mí las nue-

vas de tu existencia y de tus coqueteos? ¿Calculas el dolor de mi alma cuando, estando en América, me dijeron que te habías casado? ¿Consideras la suma de esfuerzos y de disimulos que me ha costado hasta hoy el fingir una amistad que no puede existir, una indiferencia que yo mismo no me explico cómo he podido aparentar, porque desde hace diez meses mi vida es un infierno y mi cabeza una casa de locos?

—¿Y á eso llamas amor?—contestó Luisa sin volver la cara y dándose por fin cuenta de la crítica situación á que su afán de hablar la había llevado.

—Y ¿cómo lo voy á llamar? ¿Crees tú que es un capricho? ¡No soy tan niño ya para que me atormente de esta manera! ¿Crees que es despecho por una ofensa antigua y deseos de desquite? ¡Comprenderás que todo tiene sus límites y que tú no eres mujer á quien se puede engañar de manera fácil! ¿Aburrimiento? Aunque yo no me doy pisto, tengo la convicción de que si quisiera distraerme no había de faltarme con quién. ¿Terquedad? Puede ser, pero si el amor no es terco, ¿qué sentimiento lo va á ser? Desengáñate, te quiero, te quiero, daría mi vida entera para volver á encontrarme como antes, á tu lado, bañándome en tus ojos, bebiendo tus palabras, aspirando el perfume de tu cuerpo, escuchando el latir de tu corazón, sabiendo que con una palabra podía ponerte roja como la grana ó amarilla como la cera, tranquilo y seguro de que nadie ni nada era capaz de robarme tu cariño.

—¡Calla, calla, te prohibo hablar así! ¡Además, ya sabes que es inútil!—le interrumpió *Lully*, que oía las palabras de Juan á dos dedos de su persona.

Reinó por un momento el silencio en el cuarto, interrumpiéndole sólo la respiración agitada de Portalegre, que Luisa, sin saber por qué, escuchaba con cierto miedo, y al cabo de un rato en que la muchacha no se atrevió á hacer movimiento alguno, preguntó por fin, haciendo esfuerzos por serenarse:

—Oye, Juan, ¿qué hora es? Ya debe haberse acabado la corrida.

Ninguna voz respondió á la suya, y extrañada por aquel silencio iba la joven á volverse, cuando dos labios se posaron en su desnudo cuello con tal fuerza y ensañamiento que no parecía sino que querían devorar la delicada carne.

Enderezóse la muchacha como si hubiera sentido un latigazo, y sin darse cuenta de lo que hacía, con extraordinaria fuerza nerviosa, abofeteó con ambas manos á su primo, gritando con voz ronca:

—¡Toma, salvaje, animal! ¿Es que te figuras que todas somos lo mismo?

Pero Juan, al sentir la ofensa, lejos de amilanarse, con los ojos dilatados, excitado todo su cuerpo por los golpes, perdido el respeto y completamente dominado por su pasión, agarró por el talle á Luisa, que no cesaba de defenderse, y haciendo uso de su fuerza de hombre logró encontrar la boca de su prima y unirla con la suya, hasta confundirse ambas, como si quisiera transmitirle y comunicarle de aquel modo el fuego de sus sentidos y el amor de su alma.

Un grito se escapó, no obstante, de los labios de Portalegre, que apartó bruscamente su cara, por la que corría un delgado hilo de sangre, producido por la herida que los dientes de *Lully* hicieran en la masa carnosa que se le presentó delante, y con nueva furia

volvió á estrechar contra sí el hermoso cuerpo que se retorcía y animaba entre sus manos.

Era horrible aquella lucha en silencio, aquella pelea en que de vez en cuando se oían palabras que parecían gritos de victoria ó murmullos de maldición.

—¡Si no quiero, si no quiero!—repetía la muchacha, medio sofocada y con voz estridente que en nada se parecía á la suya ordinaria.—¡Socorro! ¡Mira que grito!

—Calla, calla, te adoro, vida mía; un minuto, un segundo nada más de tenerte en mis brazos, y después me matas, no me vuelves á ver—murmuraba loco Juan, y cada vez que *Lully* quería alzar la voz, venía á tapar su boca con los labios, sin cuidarse de la sangre que los manchaba y dejando una huella roja en el rostro de la joven.

Por fin consiguió aprovechar un momento de debilidad de Luisa, y cogiéndola en sus brazos, como quien coge á un niño, la condujo encima del sofá en que antes descansara y allí la depositó entre los almohadones, teniéndola sujeta y palpando todo su cuerpo con manos codiciosas, sintiendo palpitar bajo la presión de sus dedos el corazón de la muchacha.

Sin cesar un instante en la defensa de su cuerpo, ya no hablaba ésta, limitándose á lanzar inarticulados gritos, mezcla de rugido y de sollozo, al ver que cada vez iba perdiendo terreno y al sentirse dominada por la fuerza superior de su contrincante.

Obrando Juan sin contemplaciones y como lo pudiera hacer con una hembra de otra clase, desgarró telas y encajes, hasta encontrarse con la carne blanca, purísima, del pecho de Luisa, y abatió sobre él su cabeza, al mismo tiempo que con un brazo levantaba el busto de la joven para sentir mejor todo su peso y su belleza, y en aquel momento, como si se agotaran las fuerzas de la muchacha, ó por un milagro condescendiera ésta con los deseos de su primo, sintió Juan que los brazos de *Lully* se desceñían de su cuerpo, al mismo tiempo que cerraba los ojos y la boca como si estuviera muerta. Por unos segundos gustó el placer inefable de considerar por suya toda aquella criatura tan perfecta, tan deseable, y besando locamente el cuerpo en todos sentidos, experimentó la sensación de que apuraba todos los placeres terrenales y comprendía todos los secretos más sublimes del mundo.

XXI

Cuando, después de dar el último vistazo al escenario, á la escalera y á los salones, se reunieron los directores del cotarro en el cuarto que precedía al *boudoir* de la insigne Montalto, principió *Lully*, ayudada por Chucha, por varias doncellas y una famosa modista, á ponerse el lujoso atavío de la princesa Catalestris, que, según el figurín de Juanito, se había confeccionado para ella en uno de los talleres más célebres de París.

Complicada resultó la operación y cerca de una hora permanecieron los señores del saloncillo hablando y discutiendo, antes de presentarse ante sus ojos la hermosísima muchacha en la plenitud de sus gracias y de sus esplendores. Un aplauso cerrado y un murmullo que hizo ponerse colorada á la joven,

consiguiendo hacerle olvidar por un momento todas sus preocupaciones, acogió la aparición de la protagonista, y sus compañeros rodearon á la directora, prodigándole elogios entusiastas y alabanzas sin cuento.

No poco trabajo costó á la festejada chica abrirse paso entre el bullicioso grupo y llegar hasta donde el Marqués de Mairena, hundido en amplio butacón y con los anteojos calados, esperaba que le tocara el turno de emitir su definitivo é inapelable parecer.

—Vamos, tío, ¿qué tal estoy?—preguntó *Lully* plantándose á dos pasos del anciano señor, elevando sus ojos al cielo con beatífica expresión y manteniéndose por un momento inmóvil, con una gran rama de azucenas en una mano, con la otra un poco separada del cuerpo, permitiendo que las bordadas telas dibujaran con firme línea los contornos de su figura, y que sus desceñidos cabellos formaran alrededor de su cabeza un áureo nimbo, interrumpido por inverosímiles flores rosa y abigarradas pedrerías, hasta venir á resolverse en dos trenzas, formadas con perlas, que pasando por encima del pecho se sujetaban simétricamente en los dos lados de éste por sendos broches de rubíes y brillantes.

Con un movimiento lleno de poesía y sin parecer casi que se esforzaba, volvióse la ideal princesa, sin descomponer los pliegues del manto, hasta presentar á la vista del viejo señor sus blanquísimas espaldas, y por último, deshaciendo de nuevo la vuelta, comenzó á andar, sin que las pesadas vestiduras le quitasen gracia, con aire majestuoso y solemne, en dirección á la puerta, por donde desapareció enmedio de una gran ovación.

—¡Demonio de chica! ¡Cómo ha sabido identificarse con el personaje y qué requeteguapísima está!—murmuraba el Marqués, encantado por el artístico espectáculo y sorprendido por la admirable plasticidad de las actitudes de Luisa.

—¿De verdad?—gritó alborozada la Monsanto, ya de vuelta y sin sus aires hieráticos de princesa bizantina.—¡Pues esto no es más que el ensayo, ya verás mañana! ¡Las Duses y las Sarahs se van á quedar tamañitas y me extrañaré si vuelven á representar, aunque sea en Eslava!

Todos opinaron lo mismo y la conversación se hizo general, celebrando con alegres exclamaciones la llegada de las damas y los caballeros, ya vestidos, que faltaban para dar principio al ensayo general.

La dueña de la casa había desaparecido, mientras tanto, para hacer los honores de su mansión á los invitados que concurrían puntualmente á la cita, y el Marqués de Mairena, sin permitir á *Lully* que se escapara, le hacía toda clase de advertencias sobre su papel.

—¿Y Juanito?—preguntó de repente el sabio, mirando en derredor suyo y muy extrañado de la ausencia de Portalegre.—¿Cómo es que aún no ha venido ese tarambana, cuando sólo falta media hora para empezar? ¿Es que le pasa algo?

—¡Yo qué sé!—repuso la chica secamente, como si le molestara la idea de que la supusieran enterada de los pasos de su pariente.—¿Crees tú que Juan me da cuenta de sus acciones?

Y al hablar de esta manera, como si las palabras de Mairena la hubieran despertado de la especie de aturdimiento en que se encontraba, volvió de nuevo

á presentarse ante los ojos de Luisa su verdadera situación, que tanto la atormentara en los días transcurridos desde la visita de su primo, haciéndole recordar la proximidad inevitable de su encuentro.

—Mira—seguía diciendo el Marqués,—siento que no esté ya aquí para decirle que por todos los santos no os distraigáis en vuestra primera escena, pues ahí está todo el busilis de la cosa y ahí debe romper el público en un aplauso si tiene dos adarmes de gusto y vosotros no lo hacéis de perros. Lo que te ruego es que prescindas de la gente que te mire, que pienses bien en tu papel y hagas notar la diferencia de sentimientos que en ti produce la vista y la canción de Juan, que estés tierna, amorosa, sugestiva, como vosotros decís, y cuando llegue el momento de abrazaros te rías de los presentes y aprietes firme, que después de todo, se trata de la familia y nadie tiene que murmurar.

—Ya podrás suponer que hay un término medio y que no voy á dar el espectáculo.

—¡Claro es! En fin, ya me entiendes y bastante tacto tienes para hacer bien las cosas. Ahora, ¿sabes dónde vas á ir? Pues al escenario para mirar por el telón al público y no azorarte después con la primera sorpresa.

—Allá voy, para que no digas que soy una estrella ensoberbecida.

Y gozosa *Lully* por encontrarse sola, echó á correr hacia el salón que había de servir de *foyer* á los actores, y de allí al escenario, cuyas baterías aún no estaban encendidas, y por el que sólo transitaban algunos tramoyistas. Acercóse á uno de los extremos, y separando un poco el soberbio tapiz que hacía las veces de telón de boca, se entretuvo en admirar el aspecto que ofrecía la sala, decorada muy sobriamente para concentrar la atención hacia el teatro, con sus columnas y estatuas de blanca piedra, sus enormes espejos guarnecidos de enrejado marco, por el que trepaban las flores hasta el techo; las colgaduras de terciopelo orladas de flecos y galones de plata antigua, el hermoso medio punto en que uno de los pintores más ilustres dejara la huella de su talento, el palco del fondo destacándose sobre bordados paños y naciendo de un lecho de palmeras y flores y las numerosas luces que animaban el conjunto y hacían olvidar en parte la mancha oscura que formaban las butacas azules, dispuestas simétricamente para acoger en sus mullidos asientos á la flor y nata de la sociedad madrileña.

Entretenida *Lully* con el espectáculo que se presentaba ante sus ojos, permaneció largo rato contemplando todo, fijándose en los invitados que llegaban, pues la Montalto había querido que los artistas y los individuos que se distinguían por su buen gusto presenciaran el ensayo, y distraída con el confuso rumor de las conversaciones de unos y otros.

Sin poderlo remediar, acordábase de otra fiesta celebrada en el mismo palacio, en que ella también representara el papel de protagonista y en que asimismo la inquietud y la zozobra le impidieron hacerse bien cargo de la importancia de lo que sucedía. Y como si aquel recuerdo se enlazara con sus preocupaciones actuales, vínosele á las mientes una frase escrita por Chucha, hacía un año, que parecía una predicción de lo que iba á suceder.

«Mientras tú veas venir las cosas, las pienses y las

discutas, no tengo miedo ninguno de que metas el pie; pero desgraciadamente tienes un modo de ser tan disparatado que cualquier día, sin pensarlo, sin darte cuenta siquiera de que estás en peligro, sin comprender el alcance de lo que haces, cometes una pifia que te pesará lo que te quede de vida y que te hará desgraciada para siempre, pues no eres mujer que encuentres satisfacción en tales cosas.»

Un ruido como de un objeto que cayera al suelo vino á sacarla de sus cavilaciones, y después de mirarse el vestido, notó que faltaba uno de los broches que sujetaban sus trenzas. Bajóse para buscarlo, y al hacer un movimiento brusco, soltáronse los alfileres del manto, por lo cual, recogiendo en el brazo el áureo brocado, se apartó del escenario para componer el pequeño desperfecto.

En lugar de dirigirse al *foyer* de los actores, donde se oían las voces de éstos y en el que probablemente se encontraría ya Portalegre, comenzó la muchacha á bajar por una escalerilla que conducía á los salones del piso entresuelo, donde, por estar desiertos, juzgó que se podría arreglar á su gusto, sin temor de indiscretas sorpresas.

Con efecto, aunque encendidos y abiertos, ningún invitado había tenido la idea de empujar la entornada puerta, por lo cual consiguió *Lully* arreglar su *toilette* muy á su sabor y darse algunos toques finales en el peinado, que le ocurrieron en aquel momento. Después de hacer esto y ensayar varias actitudes, dirigió una última mirada al espejo, y satisfecha al ver su figura, encaminóse hacia la puerta para volver al teatro.

Un hombre, vestido de manera vistosísima, con

enormes mangas, ajustadas calzas, largos borceguíes y caprichoso gorro, cerróle el paso, con ademán suplicante como si le pidiera por favor que no hiciese ruido.

El efecto de la visión fué instantáneo y poniéndose colorada, y sin poder hablar casi del temblor que le entró, prorrumpió *Lully* en feroces invectivas y amargas quejas contra el que de manera tan insensata turbaba su reposo.

—¡Hombre, sólo faltaba esto!... que te entretuvieras en seguirme por todas partes y que te complacieras en ver el modo de desacreditarme. Vamos, ¿qué quieres? ¿Es que después de tu modo de proceder piensas que voy siquiera á mirarte á la cara? ¡Canalla, canalla! ¡Lo único que siento es no ser hombre para castigarte como mereces!

Sin responder palabra, permanecía Juan mirando fijamente á su prima con el rostro un tanto pálido y reflejándose en su actitud la admiración sin límites que en aquel momento sentía por ella.

—Haces bien en no contestar—proseguía *Lully*, á quien el silencio de su primo exaltaba aún más,—y te agradeceré que en adelante sigas el mismo partido, porque una vez se puede abusar brutalmente de la situación, pero no se repite la segunda. Lo único que tengo que manifestarte es que quiero, ¿comprendes? quiero que no me molestes con tus estupideces, que no me sigas como si yo fuera una corista ó una modistilla, que no seas tan indecente que hagas hablar de mi persona y de la tuya, porque entonces ignoro lo que haré, pero de sobra sabes que soy capaz de todo con tal de no ponerme en ridículo. ¡Sobre todo, mucho cuidado con esta función que en mala hora se me

ocurrió idear! Porque después ya me las comprondré yo para que no tengas que esforzarte mucho en huir de mi presencia. ¿Me oyes, ó es que te has tragado la lengua?—acabó por preguntar furiosa al ver que ninguna palabra respondía á las suyas.

—Te oigo, te oigo—repuso Juan en voz muy baja y con expresión de amarga tristeza.—Si me encuentras aquí, no lo achaques á maldad, sino á arrepentimiento. Venía...

—¡No sigas, que ya comprendo!—interrumpió *Lully* riéndose sarcásticamente.—Claro. ¡Así arregláis vosotros las cosas! ¡Nada, como si me hubieras pisado el vestido en un baile! ¡Dispensa, hija, la culpa la tienen esas malditas colas! ¡Muy cómodo!

—¿Lo ves? Si no me comprendes, ¿para qué quieres que hable?

—Si vas á hablar para defenderte, es inútil.

—Te equivocas, no trato de defenderme, sino todo lo contrario: me encuentro tan culpable, me inspiro yo mismo tanta repugnancia por mi grosería y mi torpe conducta, que cualquier expiación me parece pequeña y tus insultos y recriminaciones son ligeros al lado de los míos.

—¡Muy poético! ¡Muy sentimental! ¡Pero no me conmueves con tus aires de desolación y de arrepentimiento!

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué castigo se te ocurre que debo sufrir? No he de hablar, porque veo que estás dispuesta á burlarte y á creer que todo lo que siento es fingido y producto de mi cálculo y de mi vanidad.

—Yo no tengo nada que ver contigo, ni me importa un comino lo que hagas ó dejes de hacer; lo único

que busco es mi tranquilidad y el olvido de lo pasado. Arréglate como puedas con tal de no repetir la presente escena, y si fueran verdad todas esas fantasías de pasiones y de sentimientos que mientes, ésa sería mi sola revancha para complacerme en hacerte sufrir, en retorcer tu corazón, en pasarte por los ojos mis coqueteos y hasta en abrazar delante de ti al hombre que me gustara, para verte padecer, para vengarme de mi debilidad y de tu osadía. Y ahora adiós, que nuestra conversación va durando mucho tiempo.

—*Lully*, óyeme un momento—exclamó Juan cerrando el paso á la joven. Ésta es la última vez que vamos á encontrarnos solos; permíteme que te hable con el corazón en la mano, sin pedir nada, sin que después vuelva á molestarte en mi vida.

—¿Es que te figuras que siempre va á pasar lo mismo? Si no bajas enseguida esos brazos y no me dejas libre, armo un escándalo y salga lo que saliere—exclamó fuera de sí la Monsanto.

—Como quieras - repuso Juan deponiendo su actitud agresiva al ver la resolución de Luisa;—pero no puedes negarte á oir lo que según tú ha de constituir tu venganza, tu revancha, para que veas qué completa, qué absoluta será ésta, y qué profundo es el grado de abyección á que por tu cariño he descendido.

Tal verdad encerraban estas palabras, que la misma *Lully* se detuvo un instante, y de pie, con las cejas fruncidas y los brazos cruzados en ademán de desafío, dignóse acceder á la demanda del rendido muchacho, y prestó desdeñoso oído á sus palabras, deseando que acabaran pronto, y moviendo el diminuto zapato sobre el *parquet* del salón para indicarlo.

Pronto, sin embargo, decayeron las energías de la mayor de las Arjonas, y apreció ésta que sus prevenciones se disipaban, por lo cual sintió haber cedido á lo solicitado por Juan, y sobre todo no haberle dicho antes lo que con tanto cuidado preparara durante los anteriores días. En el momento de ver á su primo, embarulláronsele todas sus ideas y olvidóse de cuanto hasta entonces discurriera, por más que, sintiendo que tenía que adelantarse á Juan para que éste no sospechara en ella debilidad ni incertidumbre, realizara un esfuerzo con objeto de plantear la cuestión en el conveniente terreno.

A su primer desconcierto siguió otro mayor al ver que las cosas tomaban distinto rumbo del que ella imaginara, sorprendiéndola la obediencia y resignación de Portalegre á sus mandatos, por lo cual empezó á pensar qué planes se traería el muchacho detrás de aquella mansedumbre, y á discutir consigo misma si se habría equivocado y no sería su primo el tipo de carácter que siempre creyera.

Sin darse cuenta de sus verdaderos sentimientos, oía las protestas de Juan, la historia de su pasión, los esfuerzos que hasta allí empleara para vencerse, el absoluto poder que ejercía sobre toda su persona, sus amargos remordimientos por haber perdido la estimación de *Lully*, las negruras eternas que le anunciaba el porvenir, los ruegos desesperados para que nunca le proporcionara ella motivos de celos que le obligaran á hacer locuras, las protestas apasionadas, incoherentes de que siempre, pasara lo que pasara, transcurriera el tiempo que transcurriera, la amaría del mismo modo, con el mismo fuego, como la quiso de pequeño, como la adoró de joven, como la idolatró siempre.

En eso consistiría su única satisfacción; en que ella conservaría siempre, es verdad, la imagen de la horrible escena ocurrida en su casa, pero cuando entonces le maldijera y abominara de él, no podría dejar de acordarse de aquella época, la más pura de la vida de ambos, la más inocente porque ninguno sabía los secretos de la experiencia, en que él enseñó á ella á pronunciar todas las palabras más dulces del amor y á sentir todos los placeres que produce en el alma la seguridad de ser amado.

Sin poder remediarlo, y conforme oía la voz de Juan, siempre apagada y cada vez más tierna, hasta temblar al final como si terminara la palabra en un gemido, penetraban aquellos conceptos en lo más profundo del alma de Luisa, trasladándola á la época lejana que resucitaba el dolor del mozo, haciéndole recordar las emociones de entonces y revivir sentimientos que creía sepultados para siempre en el fondo de su pecho. La voz de Juan era la misma, la que tenía el don de conmover de tal manera á *Lully* que le hacía llorar horas y horas sin sentir pena alguna, y cerrando los ojos, olvidándose por un momento de cuanto la rodeaba, parecióle que nada se había trocado, que su corazón seguía siendo el mismo, que era la niña bonita recién salida del colegio, que no veía delante de sí otra cosa que el brillo del mundo, la sonrisa de todos los que le habitaban, y como compendio perfecto de él la figura de Juan, cuyos labios decían que la querían, cuyos ojos penetraban en su alma y cuya persona era para *Lully* lo más amable y lo más bueno que se podía encontrar en la vida.

Dióse cuenta la muchacha de que se cernía sobre ella algo muy grande que había de influir para siem-

pre en su existencia, y por contados instantes sintió irresistible debilidad al escuchar la música que murmuraba á su oído frases tiernas y juramentos insensatos; pero de pronto cambiaron éstos de sentido refiriéndose al tiempo presente, prometiendo delicias ignoradas y felicidades desconocidas para la muchacha, y en un momento vió ésta delante de sí, con lucidez extraordinaria, el porvenir de su vida, el entusiasmo de los primeros meses, la indiferencia de los segundos, el cansancio y el desvío de los últimos, la mentira y el engaño constantes, la vergüenza y el remordimiento eternos, y de nuevo se presentaron ante sus ojos las palabras de la jorobada.

«Cometerás una pifia que te hará desgraciada para siempre, porque no eres mujer que encuentres satisfacción en tales cosas.»

No, aquella vez veía venir las cosas, podía discutirlas y apreciar su trascendencia. Y con un movimiento suave, pero firme, rechazó las manos que se extendian hacia ella en súplica de amor, y, sin pronunciar palabra, sin fijarse en el hombre que se desesperaba á sus pies, abandonó el cuarto, perdiéndose á lo lejos el ruido producido por su túnica de seda.

XXII

Famosa se hizo por entonces la Condesa de Monsanto por su belleza, su gracia y su talento, y hasta los periódicos extranjeros hablaron de la artística fiesta del palacio de Montalto, como de uno de los acontecimientos del año en el mundo elegante, pro-

digando elogios á la dama que en la representación se mostrara acabada actriz y hermosura incomparable.

Nadie pudo sospechar la tempestad que en tales momentos agitaba el alma de la que sólo parecía dedicada al arte, y no obstante la perspicacia del público, nadie logró adivinar el menor cambio en la manera de ser de *Lully*.

Próxima ya la expedición de verano, adelantó Luisa su viaje á Biarritz, y al poco tiempo de la fiesta en casa de Montalto reposaba tranquilamente en su villa, lejos del barullo mundanal, pues aún eran muy pocos los españoles que había en el pueblo, y podía replegarse sobre sí misma, tanto más cuanto que en aquellos días y fatigada por las emociones anteriores tuvo que cuidar algo de su resentida salud, lo cual le hizo predecir muy seriamente á su marido que moriría en breve hética, y que se preparara á buscar segunda esposa, pues en su familia era tradicional que las Luisas no llegaban nunca á cumplir los treinta y dos años.

¡Tenía que suceder! Fué el único pensamiento de la muchacha cuando, pasada aquella semana de confusión, pudo hacerse cargo de lo ocurrido y encauzar de nuevo sus ideas por el camino del sentido común.

Dada la vida que llevaba y los elementos que la rodeaban, lo extraño, lo particular, era que aquello no hubiera pasado mucho antes, y rápidamente se sucedieron delante de sus ojos las imágenes de los hombres que le habían hecho la corte, alguno de los cuales, como Santiago, se portara tan noblemente.

Una de las cosas que escocían á Luisa más era su ceguedad, su poca penetración en adivinar los propó-

sitos de Juan, cuando tan poco disimulados habían sido y cuando hasta sus amigas, como Trini y Nené, le advirtieron del peligro, sin conseguir otra cosa que hacerle reir á mandíbula batiente.

Eso sí, se sentía con la conciencia bien tranquila de que, si había faltado, no era con premeditación ni mucho menos después de marear á Portalegre con sus coqueteos. En lo único que consistía su pecado era en haberse pasado de tonta á pesar de todo su entendimiento.

Respecto de la falta, ella había hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla, hasta agotar sus fuerzas y rendirse á la superioridad de su enemigo, aunque...

Al llegar á este punto, deteníase la Arjona en sus reflexiones, no siéndole tan fácil ni llano seguir discurriendo sobre lo pasado.

Era verdad que hasta el último momento se portó como una valiente, por más que con el aturdimiento no se le ocurriera poner en práctica diversos medios, sencillísimos todos, para hacer entrar en razón al impetuoso mozo y aun para llamar á los criados, que interrumpieran la escena; pero llegó la lucha á un punto, y ésta era materia harto delicada que la misma *Lully* se atrevía apenas á discutir, en que aún pudo haberse defendido más, rechazar á su enemigo, y en que, por el contrario, sintió que bajo la grosera presión del hombre que la violentaba cedían sus resistencias, y si no llegaba á compartir los ardores de su forzador, por lo menos ofrecía á éste una actitud pasiva, más que propicia para conseguir sus deseos. ¿Cuánto tiempo duró este letargo? ¿Hasta qué grado participó de la locura de su amante? Estas eran las dos cuestiones que atormentaban á *Lully*, y que, barajándose en su cabeza con indescriptible energía, la movieron á buscar en la soledad el reposo de que tan necesitada se sentía.

En aquellos días, sus pensamientos se volvieron naturalmente hacia Chucha, con quien se carteaba menos que otras veces, y su primer impulso fué el de llamarla para decírselo todo; pero á renglón seguido rechazó tal idea, recordando la disputa con Jesusa apropósito de Portalegre. Al mismo tiempo el temor de verse adivinada por su hermana, si ésta le hablaba, la sobrecogió en tales términos que llegó hasta figurarse que tenía escrito su pecado en el rostro y alguna vez se miraba al espejo para convencerse de que no había variado.

La vergüenza, que hasta aquel momento no la atormentara sino de una manera desigual, comenzó á desarrollarse en la imaginación de la muchacha con tanta fuerza que acabó por rendir sus ánimos, y escudándose con sus indisposiciones, metióse en la cama, advirtiendo que á nadie recibiría hasta que estuviera buena del todo.

Por una rara casualidad hallábase en Biarritz el médico que de tiempo inmemorial asistía en sus enfermedades á toda la dilatada familia de Arjona, que no era ninguna celebridad europea, ni siquiera uno de los famosos de Madrid, sino un llanísimo y hasta vulgar señor, de edad madura, de gran sentido práctico, lleno de marrullerías, con un desahogo incomparable, y de los cuidados del cual, por costumbre nunca interrumpida, no podía privarse ninguno de las Arjonas más ó menos auténticos que se honraban con tal apellido, en cuanto les molestaba el más pequeño dolor.

Contento y atendido con singular esmero, había estado por espacio de cerca de un mes el buen D. Fermín en la posesión que en San Juan de Luz tenían los Geronas, para asistir en su parto á la joven Duquesita, que era Arjona por su nacimiento, y que, siguiendo la tradicional costumbre, no había consentido en que la cuidara ningún otro médico que el que desde niña la conocía y trataba con entera confianza.

Apenas se enteró *Lully* de la llegada de su galeno, apresuróse á enviarle un apremiante aviso, al que D. Fermín, cuando se hubo enterado por el doméstico de la dolencia, respondió no le era posible ir á ver enseguida á su cliente, pero que no dejaría de hacerlo al día siguiente, contestación en vista de la cual, y después de renegar del egoísmo de los médicos y de la insufrible grosería del suyo, tuvo la Monsanto que aguantarse, y, en cuanto amaneció el día, vistióse con el esmero que ella ponía siempre en tales cosas y se instaló en su *chaise longue*, cubriéndose los pies con una coquetona tela antigua orlada de encajes, y rellenando con almohadones los huecos que dejaba su cuerpo.

De esta manera y leyendo periódicos y revistas, sin dejar de volver la vista de cuando en cuando al relojito que tenía sobre una mesa cercana, pasó parte de la mañana con un humor endemoniado que acabó por aburrir á los que la rodeaban, incluso á su marido que, harto ya de no obtener respuesta á sus cariñosas preguntas, tomó el buen partido de largarse, pretextando una cita y poniendo en conocimiento de *Lully* que probablemente no volvería á almorzar.

Al poco tiempo de marcharse Cabrera, entró la doncella de Luisa con una bandejita en que traía el

correo, y entonces la curiosidad hizo moverse á la enferma, que fué mirando una por una la media docena de cartas y papeles recién llegados, acabando por coger un sobre, escrito con letra de mujer, que llamó su atención, mientras decía á la criada con voz doliente:

—Déjalo todo ahí y, por Dios, no vuelvas á entrar como no sea para anunciarme la llegada de ese viejo petate que se ha propuesto matarme de impaciencia.

¡Era extraño! ¿Quién había escrito aquel sobre? Alguien que ella no conocía, y antes de abrirlo se puso á darle vueltas, mirándolo al trasluz, como si quisiera adivinar lo que contenía ó temiese conocer las nuevas que encerraba.

Por fin se decidió, y con un movimiento brusco rasgó uno de los lados, sacando dos ó tres pliegecillos de papel muy fino, escritos por ambos lados y firmados por su primo Juan.

¡El muy indecente! Hasta en el detalle del sobre de letra de mujer se veía su doblez y su cálculo. ¡Pues si se creía que su estratagema le iba á servir de algo, estaba fresco! ¡Hasta cuándo la molestaría aquel microbio! pensó Luisa, mientras arrojaba los escritos pliegos sobre la mesa.

Pero al poco rato los cogió de nuevo, volviéndolos en todas direcciones sin resolverse á leerlos, aunque sin poder dominar su curiosidad. Algo muy gordo debía ser, cuando así se atrevía á exponerse; una frase con que tropezaron sus ojos la hizo fruncir el ceño, é inmediatamente comenzó á leer le epístola, con gran atención y sin disimular las impresiones que á medida que se iba acercando al final la agitaban.

XXIII

La carta decía así:

«Queridísima *Lully*:

Perdón, perdón, por dirigirme á ti aunque sea por última vez, perdón por comprometerte acaso; pero yo no puedo más, me es imposible callar, tu recuerdo me llena tan completamente los sentidos, que es inútil que me las eche de soberbio y que alardee de despreocupado. Te adoro, y aunque otra vez me rechazaras, aunque me ofendieras, aunque me pisotearas, seguiría adorándote sin que mi amor propio se resintiera ni soñara con otra cosa que con volver á tenerte entre mis brazos, porque cuando un hombre ha llegado á besarte es imposible que sienta más hondo, ni continúe viviendo sin poseerte.

Cuando no se te ha visto en algún tiempo, en lugar de disminuir, crece el encanto que infundes á los qu te han hablado, y por eso yo no vivo, no aliento sino para repetir tu nombre, para rezarte como á los santos, para impetrar tu indulgencia y tu cariño.

No sé qué me digo; empecé esta carta para comunicarte una cosa, y ya se me ha olvidado. ¿Qué era? Ah, sí! ¿No sabes? Mientras yo resucitaba á cada momento nuestro segundo de amor, mi padre no descansaba una hora, solicitando de todo el mundo mi ascenso; la cosa era dificilísima y se necesitaba un milagro para que se hiciera; pero como cuando se trata de una cosa vulgar todo se arregla, lo han hecho y hoy he recibido el decreto nombrándome Ministro de España en Caracas.

Ya sé que no lo merezco, que es una polacada, una injusticia, pero para mí es la fortuna, el porvenir, la seguridad de ser Embajador á los cuarenta años, el fin de esa carrera, por la que según tú soy capaz de sacrificarlo todo; pues bien, para nada quiero los honores, los ascensos, nada; lo único que ambiciono es verte sonreir, oir tus palabras, escuchar tus suspiros. Dí una sola, una, *ven*, y tiro por la ventana mi carrera, mando á paseo á todo el mundo, rompo con mi padre y con quien sea preciso.

Te equivocabas cuando creías que mi pasión era el llegar alto; si quiero el poder, es para ponértelo á los pies, para que tú lo destroces si te da la gana; si hay momentos en que deseo subir y demostrar á la gente que valgo, es para que, contemplándome cada vez más erguido, veas que no soy tan despreciable como piensas; si en ocasiones querría ver reducido todo lo que significa honores, riquezas y gloria, de modo que me fuera dable abarcarlo con el puño, había de ser para arrojarlo delante de ti y demostrarte que vale más una caricia tuya que todas las grandezas de la tierra.

Una sola palabra, ya ves si es fácil; un telegrama sin firmar y al momento estoy ahí estrechando contra mi pecho tu cuerpo divino, sacando fuerzas para encontrar juramentos nunca oídos, para buscar ocasiones inverosímiles de probarte la fortaleza de mi amor, para hundirnos juntos en un abismo de placer sin fin.

Algunas veces me figuro que sueño, que es mentira que haya sentido bajo mi boca el calor y la perfección de la tuya, que mis manos hayan formado una cárcel para encerrar tu pecho, que no se haya ofrecido ninguna resistencia á mi inmenso afecto, que por un instante haya comprendido lo hermoso que es el

mundo y lo santa, lo universal, lo generosa que es la vida; pero cuando uno detalles y sobre todo me contemplo á mí mismo, tan trocado, tan diferente de antes, me es imposible dudar y otra vez te vuelvo á ver con el rostro de aquella tarde y de nuevo se reproducen á mis ojos los detalles de tu cuerpo, las expresiones de tu alma. pareciéndome que tu piel va á estremecerse y á vivir al contacto de la mía.

Comprendo que esto te mortifica, que te avergüenzas de haber sido débil un minuto, que me aborreces por ello y nunca me perdonarás; pero yo te quiero; tus temores, tus ansias, tu instintiva costumbre de reservar siempre un rincón de tu alma como si pretendieras separarte del mundo, todo aumenta mi frenesí, vívo nada más que de memorias y cada vez que las renuevo, parece que renuevo mi existencia.

Si yo pudiera pedirte que me perdonaras, usando, no de esas palabras que todos dicen y que por fuerza resultan vulgares, sino de expresiones que sólo entienden las almas cuando vibran acordes, verías que mis sentimientos no son materiales, que mi amor no es tan mezquino como te imaginas.

Ya ves, si me condenas otra vez al destierro, á continuar mi triste vida de nación en nación y de pueblo en pueblo, dentro de uno ó dos meses saldré de Madrid para no volver más, para no pisar un suelo que me ha hecho desgraciado dos veces, para no oir hablar de una mujer tan fría y tan cruel como tú.

Cuando vayas á responderme ó leas esta carta, no te dejarás llevar de tu primer movimiento, sino que, según tu costumbre, medirás el alcance de lo que vas á hacer. Si nada de lo que en ella va escrito sin orden ni concierto, pero con el corazón en la mano, te impresiona, acuérdate de que estoy desesperado, de que tengo el mismo temple que tú, y de que no me conformaré con el silencio ni con la indiferencia. De sobra sabes que no he de vengarme de ti de una manera idiota y que te comprometa, pero tomaré mi revancha de otro modo que te duela mucho más y que jamás olvides.

Perdóname, rompe lo anterior, yo no puedo pensar en venganzas ni en nada desagradable, tratándose de ti; con el mismo cuchillo con que te hiriera, saltaría sangre de mi cuerpo; mi vida, mientras aliente, será para suspirar por ti, y si ésta es la última vez que nos comunicamos, bien puedo jurarte que nunca, pase lo que pase, ocurran las mudanzas que ocurran, te olvidará tu—*Juan.*»

—¿Será verdad todo esto que aquí hay escrito, ó querrá este niño tomar el desquite y reirse de mí? Es demasiado violento para que no sea fingido y todo lo que no es natural no puede ser verdadero. ¿Pero si fuera? Pues mejor, así aprendería que el mundo no se ha fabricado para su regalo. Dos veces se ha interpuesto en mi camino y en mi vida, las dos para hacerme sufrir y para truncarme la existencia; ¿no es bastante para que vaya á ser yo tan indulgente que me atreva á intentar la tercera? No, no, ya se consolará. Que se vaya á América y que me deje tranquila. Y en cuanto á sus amenazas, me río yo de ellas y me importan muy poco. ¡Veremos á lo que se atreve! ¡Pues que no juegue conmigo, porque estoy dispuesta á todo, á todo!

¡Qué diferentes erán los hombres! ¡Para que Santiago hiciera aquello! ¡Qué había de hacer! Su conducta sí que fué noble y propia de un caballero. ¿Quería el

Juanito una venganza? Pues la peor para Luisa, seguramente, sería la de contarle el secreto al primo de Cabrera, si por casualidad lo encontraba en América.

Pero ¿iba á dejar *Lully* á Portalegre en el error de que se había tragado el anzuelo de sus pasiones y de sus exageraciones, y á permitir que pretendiera ejercer derecho alguno sobre su persona y sobre sus actos? ¡Ca! Para eso era preferible terminar de una vez y contárselo todo á su marido.

¿No quería el tipo aquel que le respondiera á su epístola? Pues se vería complacido. ¿Qué podía suceder? ¿Que Pepe viera la carta? Pues, mejor, así hablarían claros una vez marido y mujer y se dirían las del barquero. ¡Seguramente no se llevaría *Lully* la peor parte, ni habría que temer puñaladas ni tiritos!

Si, por el contrario, Juanito era sincero, así se desengañaría y abriría los ojos en adelante cuando tratara de juzgar sus actos.

Y como, en el estado en que se encontraba la Monsanto, la acción no tardaba en seguir al pensamiento, acercóse una mesa que tenía cerca, con los avíos necesarios para escribir, y empuñando la pluma, comenzó á llenar un pliego de papel con las verdades más despiadadas que á una mujer ofendida pueden ocurrir.

—Ahora sí que dirá que no tengo un pelo de tonta y sabrá con quién ha tropezado—murmuraba *Lully*, mientras encendía una vela con objeto de lacrar el sobre, y antes de cerrar la carta volvió á leer lo escrito, para cerciorarse de que ninguna razón se le había quedado en el tintero.

Al contrario, uno tras otro, salían á relucir cuantos juicios merecieran sus relaciones á la conciencia de la muchacha, condenándose á sí propia y apreciando su conducta con entera imparcialidad desde el principio de sus antiguos amores. Para una persona malintencionada, aquella carta era un arma terrible, porque en ella se contenía la historia completa de la falta de *Lully*; pero ésta no se paró á reflexionar en las contingencias que le podría traer, y ya se disponía á cerrar el sobre y poner encima el sello, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta del gabinete y se oyó la voz de la criada que decía:

—Señora Condesa, aquí está D. Fermín, que acaba de llegar.

—Don Fermín, pase usted, que estoy rabiando por verle—repuso Luisa instalándose de nuevo en la *chaise longue* y adoptando una postura de circunstancias.

Antes, sin embargo, de que el médico entrára, dirigió la Monsanto una mirada en torno de sí, y al detener su vista en la mesita de escribir, vió tirados encima la carta de Juan y los plieguecillos que ella emborronara.

Con agilísimo movimiento y mientras se abría la puerta, apoderóse de todos ellos y los ocultó debajo de los almohadones sobre que descansaba su cuerpo, al mismo tiempo que, arrastrando la voz con tono quejumbroso y dirigiéndose al recién llegado, murmuraba:

—¡Pero, por Dios, D. Fermín, ya se puede una morir y renunciar á que la vean estos franceses que lo que es usted se olvida de todo el mundo y está tan empingorotado que en adelante habrá que llamarle con memorial!

—Vamos, que no será cosa de cuidado con esa cara y todas esos trapos tan elegantes. ¿Á ver la lengua? ¿Y el pulso? ¿Desde cuándo está usted así?

Y al mismo tiempo que hacía todas estas preguntas, manejaba el cuerpo de Luisa con la misma confianza que si se tratara de una de sus clientes del hospital.

Era el buen hombre lo que se llama un tipo, y con su anticuado traje, su chillona corbata enriquecida con enorme alfiler, las tres ó cuatro sortijas de distintas piedras que adornaban su gruesa mano, la pesada cadena del reloj, su cara rojiza en la que resaltaban unos bigotes y una mosca negrísimos, la cintita que adornaba el ojal, y el bastón con puño de oro y marfil, no hacía suponer el fondo de verdadero afecto que se ocultaba detrás de sus aires fanfarrones y de las palabrotas con que á lo mejor esmaltaba su conversación.

—Mañana mismito me voy á París á pasar quince días, pero antes he querido conocer esto que tanto ponderan ustedes y que no tiene nada de particular; por eso me ve usted aquí—gruñía D. Fermín mientras tomaba el pulso á su amiga.—¿Sabe usted que Enriqueta tiene un chiquillo más feo que Judas, pero alto y gordo que da gusto verlo?

—Sí, ya lo sé.

—Un horror el parto; si viera usted á su marido con un ataque de nervios y á ella dando chillidos como una perra. Y luego no crea usted. ¿Usted la ha visto desnuda?... Pues nada, nada, toda huesos y las piernas separadas como un arco de violín.

—Vamos, D. Fermín, no sea usted bárbaro—interrumpió la Arjona, á quien no chocaban las indiscreciones del médico, porque sabía que eran una de sus célebres especialidades.—¡Buenas nos pone usted á todas por ahí!

—¡Si todas fueran como usted, con esas carnes y esa blancura y esos músculos, ya me darían las gracias porque dijera á voz en cuello cómo es lo que no ve la gente!

—Y ¿cómo está Enriqueta?

—Bien, y eso que se empeñó en criar y por poco se muere el chico. ¡Calcule usted qué iba á salir de aquellos pellejos! ¿Desde cuándo está usted así?

—Desde el martes.

—Y antes ¿no ha tenido usted nada?

—Sí, pero he hecho mi vida ordinaria.

—¡Ah! Se me olvidaba decir á usted que en cuanto vuelva á Madrid tengo que reconocer despacio á Chucha, porque, según me han escrito, después del último ataque no rige muy bien ese corazón y hay que atenderlo con gran cuidado, ahora que todavía es tiempo.

—¿Un ataque? ¿Cuándo?—interrogó alarmada la Monsanto, que era la primera vez que oía hablar de aquello, pues nada le había escrito su hermana, de la tal dolencia.

—Sí, á los pocos días de marcharse ustedes; por eso va á ir á tomar las aguas; pero no ponga usted esa cara de susto, que le repito que por ahora no hay peligro, y si sigue un plan de vida muy tranquila, no le pasará nada grave.

—¡Ay, Jesús, no sabe usted qué angustia más grande me da lo que me dice!—exclamó *Lully*, olvidándose de todo para no pensar más que en la enfermedad de su hermana.

—Vaya, ya siento habérselo dicho.

Y el médico siguió haciendo preguntas, mezclándolas con chistes de su repertorio y con historias de los Geronas y demás parientes de los Arjonas, hasta que notó que su interlocutora no le hacía maldito el caso y chilló furioso:

—Pero ¡cuerno! ¿quiere usted atenderme á lo que digo, ó me voy?

—Si le oigo á usted. Conque decía usted que Enriqueta...

—¡Conque estoy hablando de su persona y me salta usted con la habichuela de la Gerona! Decía que los médicos extranjeros son unos imbéciles y no saben lo que se pescan; mucha bambolla y nada entre dos platos. Por eso le dije á usted siempre que desconfiara de sus pronósticos.

—¿Qué pronósticos?—intetrrogó *Lully*, sin caer en cuenta de lo que quería decir D. Fermín.

—¡Me parece que no serán los del almanaque zaragozano! Aquellas seguridades del médico alemán que usted me contó. ¿No se acuerda usted?

—¿Y qué tiene que ver aquello con lo que estamos hablando?—contestó bruscamente Luisa.

—¡Canario, es que se ha vuelto usted tonta, ó que yo no me explico! Quiero decir que aquel vejete le aseguró á usted que nunca tendría hijos, y por las trazas está usted embarazada de un mes.

—¡Qué!—gritó *Lully* sin contener su emoción y colgándose de la americana del doctor.

—¡Demonio, estése usted sentada, criatura! Sí, señora, ¡un chiquillo!

—¡Un chico, un hijo!—murmuró la Monsanto como si quisiera convencerse de su felicidad.

—Como no me haya yo vuelto tan negado como los otros.

—¡Se equivocará usted!

—Creo que no; pero, en fin, mañana volveré más despacio. Ahora á cuidarse mucho y á no hacer disparates.

—Por supuesto.

—Pues adiós, que tengo que almorzar con un amigo. ¡Que se logre!

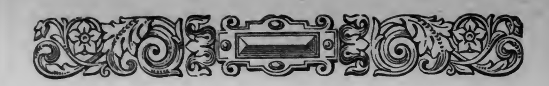
—¡Dios le oiga á usted! Hasta mañana, D. Fermín.

Cuando *Lully* se quedó sola, trató de coordinar sus ideas, aunque sin conseguirlo, y comenzó á dar vueltas por la habitación con la alegría de una niña. Por fin se sentó de nuevo, y como notara algo debajo de su cuerpo que la molestaba, metió la mano y sus dedos tropezaron con el rollo de cartas que antes escondiera.

Aquellos papeles tuvieron la virtud de trasladarla al mundo real y su figura tornó á doblarse con aire de anonadamiento. Era verdad, había olvidado lo que los demás, incluso D. Fermín, ignoraba. Si aquel hijo existía y llegaba á nacer, no sería como producto legítimo de la unión entre el esposo y la esposa, sino como fruto de relaciones pecaminosas, por lo cual, en lugar de ser la ilusión y la esperanza de su vida, vendría á constituir el recuerdo y el remordimiento eterno de su falta.

Pero como si, al sentir en sus entrañas las primeras incomodidades producidas por aquel ser tan deseado, se borrara por completo en su memoria el tiempo transcurrido, sobrepúsose con energía á toda consideración para no pensar sino en el porvenir dichoso que se presentaba ante sus ojos. ¡Fuera como fuera, tenía por fin un hijo!

Con un movimiento de repulsión aproximó á la encendida vela los papeles que retorcía entre sus manos, y á medida que el fuego se apoderaba de ellos y que las llamas lamían su superficie hasta reducirlos poco á poco á cenizas, iluminóse de alegría el rostro de Luisa y la sonrisa volvió á animar sus labios con la orgullosa seguridad del tiempo pasado.



CUARTA PARTE

XXIV

¿Cómo decírselo á Chucha? Este fué el primer problema que preocupó á *Lully*, hasta el punto de hacer que olvidase todos los demás planteados por su nueva situación.

Chucha era la única persona que conocía exactamente los detalles intimos de la vida de su hermana. Sin detenerse en escrúpulos ni contemplaciones, había Luisa referido á la jorobada sus tristezas y sus desengaños, con toda suerte de particularidades, cuando, roto ya el freno del silencio, pudo contar con una persona á quien confiar sus secretos. En los momentos de cansancio y en las épocas en que el aturdimiento de la sociedad disminuía, libres las dos chicas de prejuicios, discutieron menudamente el problema de la maternidad de Luisa, consolándose de su impo-

sibilidad merced á consideraciones de orden muy superior expuestas por Chucha y aceptadas con poco entusiasmo, á decir verdad, por la mayor de las Arjonas.

Por último, cuando aquella idea constante se tradujo en extravagancias ó en caprichos pueriles, Jesusa había sido la confesora de tales niñerías, y la que con su superior tacto impidió que la gente llegara á conocer la debilidad de su hermana ó se burlara de sus afanes, tomando éstos por el lado ridículo.

Conocidos dichos pormenores, ¿era posible que la avispada muchacha tragase el anzuelo de la inesperada felicidad y que su penetración no adivinara algún misterio en aquella nueva que venía á destruir por su base todos sus anteriores juicios?

Aunque Luisa lograra engañar la inexperiencia de Chucha en materias tan delicadas, y claro es que esto había de procurarlo con todas sus fuerzas, ¿sería tan perfecto su disimulo que no se hiciera traición un segundo ó que no decayera con el tiempo?

¡Podía suceder tan fácilmente que un descuido, una de esas confesiones que en un momento dado se escapan de los labios dieran un punto de apoyo á las sospechas de Jesusa, que lo probable era que la jorobada acabara por enterarse de todo, más tarde ó más temprano!

Aquello constituía su mayor preocupación, porque el resto de la cosa no le importaba tanto, y aun á fuerza de pensar en ello, acabó por encontrarlo muy soportable y justificado en cierta manera.

De Juanito no había que temer nada, pues nunca sospecharía que le correspondiera la paternidad de la criatura, ó si lo sospechaba se guardaría muy bien

de hacerlo público, por la cuenta que le traía; la cuestión de Pepe tampoco desazonaba á su mujer gran cosa: ajeno Cabrera á las experiencias y consultas de *Lully*, no participaba de las dudas de ésta, y como á pesar de la amistosa indiferencia que caracterizara el último período de sus relaciones matrimoniales, nunca había dejado de reinar la paz, la armonía y hasta el cariño, entendido de cierta manera, entre los esposos, natural era que las revelaciones de Luisa no causaran en su marido sino una mediana sorpresa, como si tuviera descontado aquel suceso en su matrimonio, por lo natural y lógico de su existencia.

Nada digamos de la Marquesa de Arjona, de la Montalto y de todas las amigas y compinches de casa de Monsanto, pues la aventura de *Lully* y Juan había revestido tan absoluto misterio que ninguna de ellas podía dar suelta á la lengua ni exponer la menor duda acerca del nuevo heredero de los Arjonas.

Con entera tranquilidad podía, pues, ostentar Luisa á la faz del mundo su triunfante maternidad, sin miedo á que la gente la discutiera ni comentara; con perfecta justicia estaba en el derecho de retirarse del mundo y de consagrar su vida á su hijo cuando éste naciera, sin que la sociedad que la había contemplado aturdida y medio loca por el torbellino del lujo y de las fiestas en la época de su libertad pudiera criticar que dedicara su juventud y todas las potencias de su alma á una empresa tan meritoria como la educación de su hijo.

Quedaba en pie, únicamente, la lucha entre *Lully* y su conciencia, que, como es natural, no resultaba tan fácil de contentar y convencer como Juanito,

Pepe y los demás compadres y comadres de la confianza de la Monsanto. Su falta ni la discutía ni mucho menos trataba de defenderla, avergonzándose de no haber sabido resistir al primer hombre que, en lugar de contentarse con palabras como sus predecesores, acudió á las obras para conseguir sus deseos.

Su arrepentimiento era sincero, y nadie criticaría su pecado y toda su anterior existencia con la dureza con que ella misma lo hacía.

Por eso su penitencia tenía que ser adecuada á su delito, y como si aquel final desastroso hubiera cerrado para siempre una parte de su vida y el principio del ser que sentía en sus entrañas señalara el principio de una nueva, así resolvió *Lully* en su interior cambiar profunda y radicalmente de modo de ser para que ni ella misma tuviera nada que reprocharse.

El pensamiento que la tranquilizara cuando en sus tiempos de soltera discutía su enlace con Pepe y cuando por fin se decidiera á él, volvió á presentarse ante sus ojos.

Renacer en el alma de su hijo, estudiar las primeras manifestaciones de sus sentimientos, enderezar sus facultades hacia el bien y la virtud, infundir en él un cariño y una veneración sin límites por su madre, encontrar en su amor el consuelo de sus penas y el motivo de sus alegrías, consagrarle su existencia entera, tal había de ser la única disculpa de la conducta pasada, y considerando aquélla y pensando en el porvenir, su conciencia aseguraba á Luisa que superaba la disculpa, por lo elevado del ideal, á todas las faltas que hasta entonces hubiera podido cometer.

La exaltación que en su ánimo se producía al considerar la fuerza de su cariño maternal llevábala á conclusiones disparatadas y á buscar argumentos para encarecer lo absoluto de su afecto. Si en los días anteriores á su matrimonio, cuando soñaba con aquel hijo, no concedía á nadie poder ni autoridad sobre él, con cuánta más razón no consideraría á su hijo por exclusivamente suyo cuando los acontecimientos habían arreglado las cosas de manera que nadie, excepto Luisa, conociera el secreto de su vida?

Las consideraciones de ilegitimidad, de usurpación de herencia, de engaño á la buena fe del esposo, razones todas que en un principio ocurrieron á la Arjona, lejos de disminuir su pasión, acrecentábanla, como si exigieran mayor afecto y mayores cuidados para quien en condiciones tan tristes nacía.

¡Pues no faltaba más sino que, no pudiendo tener la esposa lo que de justicia le era debido, todavía existiera falta en aceptarlo cuando se presentaba! Ella no lo había buscado. ¡Bien lo sabía Dios! Ni un instante pensó, antes ni después de su caída, en la probabilidad de conseguir de aquel modo lo que tanto deseaba; hubiera creído que al mezclar un amor tan santo con una aventura tan grosera, profanaba el sentimiento más puro y prostituía lo único noble que existía en el mundo.

Pero si se había presentado de manera impensada, ¿iba á rechazarlo y á atormentarse de nuevo con escrúpulos y distinciones? ¡El dinero! ¡Siempre el dinero! Pues por lo menos en aquella ocasión serviría para una cosa buena. Después de todo, ¿no sería el único, el solo, el inocente, y por añadidura no conservaría siempre el nombre de su madre, siendo conocido por él solo y relegando al olvido el de Cabrera, de que nadie se acordaría? Y en último caso, si nacía otro

de legítimo matrimonio, ¿no cabría entonces dudar de que el primero también lo fuera y que todas las seguridades y profecías de los médicos resultaran viles patrañas, como afirmaba D. Fermín?

Nada, nada, todo se arreglaba á las mil maravillas, ningún peligro le amenazaba y podía disfrutar tranquilamente de su felicidad.

¡Qué accesos de regocijo tan locos tuvo por entonces *Lully*, y qué diferentes eran sus pensamientos de los de ocho días antes!

Sin revelar todavía su secreto á nadie y haciendo extensos planes para lo futuro, pasó algún tiempo Luisa en el mejor de los mundos, sin otra nube que la del viaje de Portalegre á América que, según escribían no tardaría mucho en hacerse, y la de la amenaza vaga contenida en la carta de Juanito, que ahora le interesaba más que antes, hasta que al fin supo que ya estaba fijada la fecha de la partida del flamante Ministro, y considerando que su aventura había terminado por aquella parte, suspiró con la satisfacción del que se siente libre de un grave peligro.

¡Ya no quedaba más que Chucha! Y la fisonomía inteligente de la contrahecha volvió á aparecer ante la imaginación de su hermana, sonriéndose con picardía! ¡Aquel enemigo era más sagaz, estaba más enterado y tenía menos contemplaciones que guardar que Portalegre!

Por fin, decidióse por el medio más vulgar, segura de que cualquiera otro serviría sólo para infundir sospechas en el ánimo de la jorobada.

Una carta se escribe más despacio y con mucha mayor reflexión que la que puede emplearse en una plática; el que la lee no llega á observar la fisonomía del que la redacta, ni aprecia el temblor de la voz ni la duda de los conceptos del que habla; en una carta bien escrita se logra decir todo lo que se quiere y dejar adivinar lo restante, se prepara el futuro encuentro, se fijan las bases de la discusión venidera, y sobre todo, al establecer un espacio de tiempo entre la noticia y la llegada del que la participa, hace que las cosas reposen, que el ánimo se acostumbre á la novedad, y que por último se acepte ésta sin distingos ni argumentos en contra.

Decidida á escribir, sólo pensó *Lully* desde entonces en los términos de la carta, revolviendo en su cabeza cuantas expresiones caben para anunciar una noticia semejante á la suya, sin encontrar la adecuada para el caso y sin decidirse á redactar la epístola, no obstante jurarse cada mañana, al levantarse, que de aquel día no pasaba sin cumplir el deber de participar la novedad á su familia.

Tal vez la incertidumbre de Luisa se hubiera prolongado largo tiempo si un detalle, olvidado hasta aquel instante, no se presentara amenazándola de una manera inminente y moviéndola á garrapatear acto continuo la epístola de Chucha y la de la Marquesa de Arjona, amén de revelar la noticia, con toda clase de precauciones, al propio Cabrera.

El buen D. Fermín, de regreso ya en Madrid, y siguiendo su tradicional costumbre de charlar por los codos cuanto se le ocurría, debía haber comenzado á bromear, no obstante los juramentos hechos á su querida *Lully*, y á lanzar indirectas en presencia de Jesusa y de su madre, respecto del fausto suceso que se preparaba, con los demás chistes propios del caso, por lo cual, antes de exponerse á que la nueva resul-

tara fiambre, apresuróse la Monsanto á condensar en el papel todo su talento y su habilidad.

Lo menos media docena de cartas fueron rotas y quemadas antes de llegar á su fin. Unas parecían á Luisa demasiado ligeras y superficiales para la gravedad del suceso; otras, demasiado solemnes y relamidas. En las bromas de las unas se adivinaba el deseo de pasar como sobre ascuas por lo que mayor explicación requería; en las escogidas palabras de las otras veíase el estudio y la intención de no decir todo, velándolo con prudentes circunloquios.

Así pasó la tarde, emborronando papel, hasta que al fin, resuelta á acabar de una vez, puso su firma en el último pliego que tenía delante, y, sin permitirse más dudas ni vacilaciones, lo entregó en manos del criado para que lo echara en el correo.

¡Ya estaba hecho lo más gordo, lo más importante, y á ver por dónde salía la devota y cómo era acogida la noticia en Madrid! Si el efecto producido allí se asemejaba al que causara en Pepe la impensada revelación, bien podía asegurar *Lully* que no existía peligro alguno que temer; pero si empezaban á discutir, á unir cabos, á recordar confesiones, á fijarse én los términos de la carta, en las frases obscuras de ésta...

En aquel momento recordaba dos ó tres tonterías garrafales que á pesar de todo su cuidado había escrito, y que seguramente llamarían la atención de Chucha. ¡Estaba perdida, perdida sin remedio! ¡Y ya no era posible detener la carta, ya no existían fuerzas humanas que impidieran á su familia leer aquello! ¡Qué horror! ¿Cómo evitarlo?

En el mismo momento entró Pepe en el cuarto, ale-

gre como unas pascuas y trayendo á su mujer un presente para recordarle la fecha del día.

Su confianza y su satisfacción eran tan completas y sinceras, que la mayor de las Arjonas, sin experimentar la menor lástima por el engañado marido, fué recobrando poco á poco la tranquilidad y terminó por reir y charlar con Cabrera como en sus mejores tiempos.

XXV

Cuando *Lully* se separó de su hermana, después de larguísima entrevista, en que tuvo que emplear todos sus recursos y su fuerza de ánimo para no venderse mil veces, sintiendo que por primera vez en la vida le subía á la cara el rubor, al verse obligada á mentir con objeto de disimular sus verdaderos sentimientos, le hubiera sido imposible afirmar de una manera exacta el resultado de sus mañas ni la buena fe ó el disimulo de su hermana.

Nada más podía exigirse de ésta en punto á ternura, á cariño y á demostraciones; abrazada al cuello de Luisa, estuvo durante larguísimo rato besándola y repitiéndole de palabra la alegría que su felicidad le proporcionaba y que ya le había manifestado antes por escrito. Después del primer entusiasmo no hablaron las dos sino del futuro sobrino, perdiéndose juntas por las regiones fantásticas, discurriendo acerca del carácter y suerte del niño, así como de las más nimias circunstancias que debían acompañar su crianza. Todo aquello estaba muy bien, pero...

Aquí entraban las desconfianzas de *Lully* y comenzaban sus sospechas acerca de algún cambio en la manera de ser de Chucha. Cierto que el lenguaje de ésta y sus actos no eran diferentes de los que siempre empleara con su hermana, y sin embargo, parecía á Luisa que todavía resultaban más expresivos y un poquito menos naturales que antes, como si quisiera indicar con aquel exceso de afecto que perdonaba lo que hubiera que perdonar, y que, aunque no disculpaba la falta, pasaba por ella. Sus gestos parecían un poco más bruscos y nerviosos que de costumbre, su cara resaltaba por la palidez cadavérica y el círculo amoratado que rodeaba sus obscuros ojos, su risa sonaba mal y producía un efecto extraño como de algo forzado, sus críticas de la gente no pecaban de benévolas, sino que, al contrario de lo que hasta entonces sucediera, llevaban siempre consigo un poco de venenosa ironía y su conversación decaía de cuando en cuando para ser reemplazada por un silencio triste en que la jorobada parecía distraída, con los ojos perdidos y la actitud de una persona esclava de un pensamiento.

Todo aquello podía no ser nada, y tal vez sólo reconociera por causa el miedo que dominaba á Luisa; pero su fina penetración de mujer decía á la Monsanto que, si se engañaba respecto de las causas, no podía engañarse respecto de los efectos, y que á su hermana le pasaba *algo*, que ella aún no era capaz de determinar, aunque sospechara vehementemente que no tenía otro fundamento que sus propios desvaríos.

Lo que en otra circunstancia cualquiera no le hubiera causado extrañeza, chocábala en aquellos momentos por la tendencia á relacionarlo con su persona, y palabras ó conceptos que tal vez escapaban á Chucha sin pensar en lo que decía, herían el amor propio de Luisa y venían á condenar su manera de proceder.

Hasta entonces nunca pareció rebelarse la jorobada contra su suerte, aceptando ésta como Dios se la había deparado; pero en aquellos días dejaba escapar alguna que otra queja amarguísima respecto de su cruel destino, y como si la futura maternidad de *Lully* resucitara en ella todos los sentimientos que desde su niñez dormían en su alma, á través de la alegría que el impensado acontecimiento causaba en su generoso ánimo, adivinábase la pena inenarrable que le producía la certeza de que nunca saborearía su corazón aquellos goces, de que el tesoro de afectos que dentro de sí guardaba no sería apreciado ni conocido por nadie, y de que por fuerza había de bajar al sepulcro sin dejar otra huella de su persona que el recuerdo siempre corto de una existencia triste é inútil.

¡Y pensar que mientras tanto pasaban las demás el tiempo jugando con los sentimientos, burlándose de lo más santo, sin sentirse nunca satisfechas con lo que poseían, encontrando placer tan sólo donde no existía rectitud, acudiendo á lo reprobable para entretener sus ocios, sin otro pensamiento que no fuera la diversión perpetua, el egoísmo eterno!

¿Qué cara pondrían, no ya los extraños, sino los íntimos, los amigos de casa, si un día saliera Jesusa con la novedad de que estaba enamorada, de que ella, que no tenía cosa buena en el cuerpo, reclamaba la parte que le correspondía en la vida? ¡Qué carcajada tan general acogería sus declaraciones! ¡Con qué cariñosa burla la recomendarían un viajecito corto! Y si por

una casualidad se encontraba algún infeliz que tuviera el suficiente estómago para cargar con la mujer á trueque de la recién heredada dote, ¡con qué indulgencia podía contar de antemano para todas sus faltas, para todos los sufrimientos que impusiera á su cara mitad! ¿Conque á las que no somos fenómenos nos la pegan, y esa fea quiere ser una excepción con su joroba? Aquella sería la exclamación general, y tendrían razón, que era lo peor del caso.

Nada, á conformarse, á rezar, á presidir mayor número aún de asociaciones benéficas, á alternar con obispos y entretenerse con monjas, á organizar funciones piadosas y contentarse como único desquite con murmurar de las personas y cortarles sayos de todas formas, y si por un prodigio desaparecía la fealdad y la corcova como en los cuentos de hadas, y una mañanita con la fresca quedaba Chucha convertida en sugestiva princesa, no iba á ser tan tonta que diera la mano al príncipe que encontrara á sus pies, sino que, imitando lo que á su alrededor veía, tomaría su desquite con ardor nunca igualado y tendría hoy una aventura y mañana otra

Cuando *Lully* oía hablar así á Jesusa, sentía la acusación que encerraban sus amargas burlas, experimentaba deseos de defenderse, de protestar contra aquella severidad, de consolar á su hermana, de revelarle todo y hacerla juez imparcial de la causa, de arrodillarse delante de ella y aceptar cuanto se le ocurriese con tal de conservar su aprecio. Tan fuerte era la necesidad de hablar que Luisa experimentaba, que había momentos en que sentia agolparse á sus labios las confesiones, entablándose violenta lucha entre su repugnancia á seguir mintiendo y su miedo

instintivo al desvío de Chucha, combate cuyo final fué siempre la fuga apresurada con cualquier pretexto y las carreras por todo Madrid para distraerse y olvidar malas ideas.

Con este propósito pasaba horas y horas en las tiendas, comprando un sinnúmero de cosas para el futuro heredero y adquiriendo toda suerte de noticias que pudieran interesarle.

Un problema la distrajo durante unos días, hasta que al cabo encontró la solución mejor. Tratábase del nombre que llevaría el recién nacido, que desde luego había de fijar *Lully* para conocerle por él y acostumbrarse á hablar y dirigirse *in mente* á su hijo, como si al distinguirle por una invocación especial ganara su idea más en realidad y substancia.

Siendo ella padre y madre, todo á un tiempo, y viniendo su criatura á reemplazarla en el mundo, con notoria ventaja, claro es que no existía otro nombre que el de Luis ó el de Luisa, según resultaran las cosas, por más que la Monsanto creyera firmemente que sería varón, y en su fuero interno prefiriera un hombre á una niña.

Decidido ya el nombre y hecho público, pues no hablaba la mayor de las Arjonas de otra persona que de Luisito, y antes de nacer éste se hizo popular entre los íntimos de casa de Monsanto, ninguna cosa hubo que pareciera a *Lully* bastante perfecta para adornar y vestir á su primogénito.

Nada hablemos de amas y *nurses*, porque ello fué materia de largos disgustos entre toda la familia, hasta que cada individuo acabó por tener su candidatura, y Luisa adoptó el partido de no decidirse por ninguna, con la secreta esperanza de que su salud de

roble y el buen sentido de D. Fermín, á quien al efecto había ya hablado, le permitieran alimentar por sí misma á su hijo, pues ni aun esto quería dejarlo á manos mercenarias.

Su tristeza y su apuro fueron enormes un día que Pepe, de mal humor por haber perdido en la *Peña*, se burló de sus extremos, diciéndole que estaba poniéndose en ridículo y que recordara la fábula del parto de los montes para no pensar en todo antes de contar con el niño vivo y sano.

¡Era verdad! Pepe tenía razón que le sobraba en advertirle de aquel peligro. ¿No se veían tantos casos en que la criatura no llegaba á buen puerto, ó en que moría al nacer, ó en que la madre perecía al darla á luz? ¿No era ella vieja y primeriza, por lo cual habían de resultar mayores las dificultades del temido trance? Horrible parecía aquella duda, y apuró tanto á la Arjona, que ella, que nunca gustara de potingues ni de molestar á los médicos, dedicóse á visitar especialistas, decidió que D. Fermín la reconociera á diario, y en su afán de no perdonar medio que la condujese á su objeto, entretúvose en celebrar conferencias larguísimas con todas sus amigas que tenían ó estaban en camino de tener algún hijo, á la vez que satisfacía su curiosidad leyendo y devorando libros profesionales, cuyos pormenores la llenaban de espanto y de asco, produciéndole un miedo enorme, para combatir el cual apeló á la religión y á los santos más renombrados por sus milagros.

No hubo pobre por entonces que al acudir á la casa de misericordia, no encontrara dispuesta una envoltura para su niño y una limosna para su remedio. Hasta el indiferente Cabrera, advertido secretamente

por Chucha, tuvo que plantarse y prohibir á su mujer que continuara sus visitas á los mendigos, temeroso de que cualquier emoción ó fatiga extraordinarias produjeran una catástrofe en su casa, y Jesusa intervino repetidas veces, con su experiencia, á fin de evitar que su hermana fuera engañada por los pedigüeños de profesión.

Así pasaron los días y los meses, acercándose poco á poco el tiempo en que había de resolverse para Luisa el problema más importante de su vida.

XXVI

Al circular la noticia por Madrid, todos creyeron que se trataba de una broma y que el autor de ella sería *Eduardita* ó alguno de sus numerosos imitadores.

¡Era tan inverosímil, tan imprevista! Y sin embargo, á medida que el tiempo transcurría, los que al principio negaban la cosa, callaron ó respondieron con evasivas á las preguntas que los curiosos les dirigían. La nueva se comentó con apasionamiento, fué objeto de media docena de artículos plagados de mentiras, y la casa de Portalegre se convirtió por unas cuantas tardes en el punto de cita de las personas elegantes.

¿Cómo había sucedido aquel milagro? ¿Dónde había encontrado Juanito aquella perla única en su clase? ¿Era tan guapa como la gente aseguraba? ¿Tenía tantos millones como la imaginación de los envidiosos suponía?

Y los ancianos Condes y las personas más allegadas al diplomático, sin ocultar la satisfacción que aquella curiosidad les causaba, contentábanse con responder evasivamente que no sabían casi nada fuera de lo que Juanito les escribía, que no debía hablarse demasiado de las celebridades americanas, que se había exagerado mucho lo de la fortuna, pues no era para tanto; que había que esperar su llegada á Madrid para ver cómo se producía en sociedad, y que tal vez, á pesar de todos los entusiasmos del chico, no fuera el tal matrimonio sino una de sus numerosas veleidades, pues como siempre conservaba su carácter apasionado y en la mayoría de las cosas de su vida se apartaba por completo de la realidad de ésta, no podía fiarse mucho de su acierto.

Aquellos temores no debieron atormentar mucho á la familia, cuando los papeles se enviaron en el primer correo, y el activo Conde se puso en movimiento con su acostumbrada diligencia para que en brevísimo plazo se facilitara en Gracia y Justicia el real despacho necesario para la transmisión á su hijo de uno de los títulos de su casa.

Mientras tanto, la sociedad se entretenía en comentar los detalles que llegaban referentes á la familia de la futura ó á sus prendas personales, y las más inverosímiles noticias circulaban de tertulia en tertulia, sirviendo para que los chistosos *bordaran* el famoso enlace con toda suerte de adornos de su exclusiva cosecha.

Quién decía que la tan decantada elegancia era hija de un negrero y de una mulata, sólo que en París la habían *esmaltado* y convertido casi en una diosa del Olimpo; quién que, después de todo, sólo se tra-

taba de una chata graciosa; ora se aseguraba que su hermosura había alcanzado uno ó dos premios en los más famosos certámenes de belleza celebrados en América, ora que su padre y ella eran unos ordinariotes, imposibles de desbatar; por último, respecto del principio de las relaciones de los amantes y del verdadero carácter de éstas, se sacó partido para inventar historias á cual más estupendas.

En lo único que todos convenían era en que la suerte de Juanito había sido colosal, pues la fortuna de la americanita subía á muchos millones de francos, todos ellos en fincas ó en acciones de ferrocarriles, y que, guapa ó fea la futura Condesa, ya se daría su marido buena maña para hacerla lucir y sacar partido de sus talegas.

En estas condiciones el telégrafo trajo la noticia de haberse celebrado la boda, con solemnidad nunca vista por aquellas regiones, y el anuncio de que el nuevo matrimonio emprendería en breve su viaje á la Península, para que la joven Marquesa conociera á la familia de su esposo

Las anteriores noticias dejaron á *Lully* tan indiferente como podía esperarse de su arrepentimiento y contrición por lo pasado. Ni que esforzarse tuvo para disimular y contribuir con su sal á la fábrica de algunos chistes con motivo del pase de su primo á mejor estado, y en su fuero interno permitióse el gustazo de reconocerse á sí misma mucho talento y especialísima habilidad por haber calado el verdadero modo de ser de Juanito, por encima de toda la hojarasca de sentimentalismo con que él quiso deslumbrarla.

¡Aún se sonreía Luisa al recordar ciertas frases y ciertas protestas del muchacho! En fin, no podía juz-

garle muy severamente, pues, en resumidas cuentas, y con variantes, había hecho lo que la propia Arjona efectuara con Cabrera, y por lo tanto, toda crítica y burleta vendría á recaer sobre ella misma.

Además, en el fondo, la resolución de Portalegre venía á tranquilizarla respecto de los verdaderos sentimientos de Juan para lo futuro, pues aunque el intrépido galán, á su regreso á Madrid, emprendería casi seguramente la reconquista de *Lully*, ni podría hablar alto para que su mujer no le oyera, ni formular reclamaciones de ningún género.

Coincidieron las noticias antedichas con un ligero ataque que sufrió Chucha, y asustada Luisa por los síntomas que en él se presentaron y por las inquietudes de los médicos, apenas se ocupó de otra cosa que de permanecer al lado de la enferma la mayor parte del día, motivo por el cual no le fué dable hablar mucho del asunto Portalegre, por miedo á promover la explicación tan temida y que cada hora que pasaba parecía más difícil de evitar.

En efecto, desde la dolencia de Jesusa recrudeciéronse las sospechas y las desconfianzas de su hermana, pendiente siempre de las palabras, misteriosas é incomprensibles para los otros, que de cuando en cuando escapaban á la jorobada y de las mudanzas casi inapreciables en su manera de tratarla.

Entonces adquirió la certidumbre de que su delito era conocido por Chucha hasta en los menores detalles, y que en el fondo de su rectitud condenaba severamente la hipocresía y la falta de franqueza de *Lully*.

Por un tácito acuerdo, ninguna de las dos se atrevía, no obstante lo que á su alrededor se discutía sobre el asunto, á abordar el espinoso de la boda de

Juan, y cuando la conversación parecía aproximarse á él, ambas variaban rápidamente de tema, como si una y otra temieran el declararse demasiado.

Aquella existencia era insostenible para Luisa, que no tenía un momento de sosiego, cavilando siempre sobre el asunto y sintiendo con amargura indecible que, no obstante todos sus esfuerzos la distancia que la separaba de Chucha era cada vez mayor, como si á cada momento crecieran las prevenciones de la menor y su desvío hacia la hermana culpable.

Con el carácter de ésta, era muy difícil que la mina no reventase cuando menos se pensara, y al cabo sucedió lo que tenía que suceder.

XXVII

Llovía una tarde, si Dios tenía qué, cuando Chucha y *Lully* vieron interrumpido su diálogo por la tumultuosa entrada de Trini Arévalo, quien sin darse punto de respiro, comenzó á maldecir de Madrid, de su sociedad y de cuanto existía en el mundo, sólo porque el estado del tiempo había motivado aquel día la suspensión de una fiesta al aire libre.

De repente se detuvo en su discurso y, dirigiéndose á las dos hermanas, que la contemplaban un tanto aturdidas por su continua charla, exclamó:

—Pero ¡qué sosas sois, hijas mías! No se os ocurre decir nada, ni tenéis qué contarme. ¿Será posible que ni siquiera hayáis leído la carta que publica hoy *El Imparcial*, describiendo la boda de Juanito Portalegre?

—Y tan posible—repuso la Monsanto,—como que hemos estado entretenidas discutiendo.

—¿De tu chico, verdad? Criatura, estás apestosa con tu heredero, y desde ahora te doy mi palabra que hasta que el niño tenga uso de razón no vuelvo por tu casa. En fin, no importa, lo leeremos juntas. Llama para que traigan el periódico. ¡Ya verás, ya verás qué detalles tan divertidos cuenta, y qué cosa tan cursi debió resultar!

Y en cuanto el papel llegó á sus manos, púsose á leer enfáticamente el artículo de referencia, insistiendo con pésima intención en los párrafos en que al improvisado cronista se le había ido un poco la pluma, y permitiéndose comentar lo que leía.

Desde que la conversación recayó sobre aquel asunto, hizo Chucha como si le molestara la luz, y se volvió de espaldas á ella, entreteniéndose en remover con las tenazas el fuego de la chimenea, mientras Luisa, reuniendo todo su valor y contenta con que la mirada de su hermana no la persiguiera, continuó en el mismo sitio bromeando con Trini y riendo sus gracias.

—No diréis—resumió ésta cuando la lectura tuvo fin—que no está bien hecho el reclamo. Apostaría cualquier cosa á que Juanito mismo ha escrito esta carta.

—El ladrón cree que todos son de su condición—murmuró Jesusa desde la otra esquina.

—Oye, pitusa, ¿cuándo he hecho yo gemir las prensas, ni he actuado de musa inspiradora?

—Lo cierto es—dijo *Lully* que para casarse no debe moverse tanto estrépito, sino hacer las cosas sencillamente.

—Á ti te lo digo, Juan...—continuó la jorobada.

—Sí, pero lo mío fué otra cosa muy distinta, y bien sabe Dios que ni aun aquello se hizo por mi gusto.

—Sí. pero ya ves—observó Trini,—á esas chichitas les encanta el brillo y tienen tan metido en la sangre el afán del aparato, que por más barnices y pinturas que aquí se den, con él las entierran.

—Y ¿qué dirá nuestro archielegante primo al oir los brindis de los parientes?

—¿Y al ser vitoreado por sus colonos? Si parece una novela de *Ohned*, con vistas á Atala. ¡Mira que Juanito convertido en Chactas!

—Actuando de príncipe de comedias y dándose todavía aires de que él es el que desciende hasta los millones—añadió *Lully*, contagiada por la risa de la Arévalo.—Si cuando venga habrá que visitarle por papeleta y señalará un día de moda para que veamos á la hija de las Pampas.

—¡Te estoy viendo en la antesala, fumando el *calumet* de la paz!

—¡Quiá! ¡Qué *calumets* ni que tonterías. Buenos ejemplares de la Vuelta de Abajo, que es lo que usará mi hospitalaria prima.

—¡Qué atrocidad!—interrumpió Chucha con voz desabrida.—No vale la pena de que derrochéis gratis ese salero de gracias. ¡Cualquiera diría que estabais rabiando porque el bello Juanito no ha querido apencar con ninguna de vosotras y os ha dejado á casadas y solteras con un palmo de narices!

—Mira tú ahora por donde sale la santurrona—replicó picadísima Trini;—tenía que volver á nacer ese joven para que yo me fijara en él; y además ¿en-

tiendes? yo no necesito de las sobras de nadie para comer.

Sintió *Lully* hasta el fondo de su alma el alfilerazo de aquellas palabras, pero resuelta á no venderse, hizo como que continuaba la broma, mientras Chucha volvía á su primera actitud junto á la chimenea, y la conversación continuó en el mismo tono durante algunos minutos, hasta que, levantándose la Arévalo y mirando el reloj, dió un grito y sin hacer caso de nada, despidióse pretextando un sinnúmero de negocios que tenía que dejar cumplidos antes de la hora de comer.

Cuando las dos hermanas se quedaron solas, reinó el silencio en el cuarto, como si ambas siguieran el curso de sus respectivos pensamientos, hasta que al cabo dijo Chucha con tono agrio:

—Me carga Trini porque todo ha de criticarlo, y como ella no dirija un asunto, por fuerza ha de encontrarlo detestable, cursi y endemoniado. Figúrate qué le habrá hecho Juanito para que le trate de esa manera. Lo peor es que aquí no se ha explayado porque vió que yo estaba dispuesta á pararle los pies; pero por ahí anda diciendo mil barbaridades. Por eso haces tú muy mal en ponerte al unísono y reir sus majaderías.

Vió claro *Lully*, al escuchar estas palabras, que el tiro venía derecho, que no había más que resignarse y callar, ó resolver de una vez la cuestión, y como si el recuerdo del materialismo de Portalegre le diera ánimos, repuso con voz un poco temblona:

—Pero, hija, yo qué le voy á hacer si tiene gracia y en el fondo tiene razón que le sobra.

—¿Razón? ¿De qué?

—De burlarse de Juan y de sus romanticismos.

—¡Ah! ¿Tú también le atacas?

—No, no le ataco. Me tiene sin cuidado, para que lo sepas—repuso la Monsanto, decidida ya á jugarse el todo por el todo.—Lo que no sé es qué filtro ó qué mentiras te ha contado para que te constituyas en su defensora perpetua. Recordarás que nuestra única pelea la tuvimos el año pasado por el dichoso niño; me dijiste que le estudiara y le estudié, ¡bien sabe Dios con cuánto deseo de encontrarle tal y como tú te lo figurabas! Pero lo que es hoy, puedo asegurarte que mi juicio aquel, en lugar de severo, pecaba de benévolo, y que el Juanito es mucho peor de lo que yo me imaginaba, por lo mismo que tiene más cabeza y vale más de lo que yo creía en un principio.

—Dime, ¿y esos estudios los hiciste del natural?—preguntó burlonamente Jesusa.

—¿Para qué me hablas de esa manera? ¿Por qué me dices cosas que de sobra sabes que me atraviesan el corazón? ¿Qué tienes conmigo desde la última vez que nos separamos, que no eres la misma, que ya no me quieres como antes?—interrogó *Lully*, conteniendo á duras penas las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—¡Nada, mujer! Aprensiones tuyas.

—No, no son aprensiones mías; de sobra lo sabes. Á ti te pasa algo que no quieres decirme, sin duda porque crees que á mí me sucede algo que no te quiero confiar; pero lo que no te figuras es que con tus reservas, con tus medias palabras, con tus indirectas, me amargas mis pobres alegrías y me desesperas inútilmente.

—Pues perdóname, porque de veras te digo que

nunca he tenido intención de molestarte en lo más mínimo.

—No se trata de molestias, ni de fingimientos, Chucha. Si no volvemos á hablar como antes, como yo te hablé en San Juan de Luz y después en Madrid, si continúas expresándote así, es inútil que discutamos, porque entonces es que tu cariño hacia mí se ha concluído.

—Pero ¿qué quieres que te cuente?—repuso apurada la menor.—Soy una rara, un ente, ó una criatura infeliz, lo que prefieras, que con los años y con las enfermedades va haciéndose inaguantable hasta á los mismos por quienes sacrificaría lo poco que tiene en el mundo. ¿Te parece poca desgracia que, no deseando sino una cosa en la vida, no se alcance ésta?

—¡Chucha!—exclamó conmovida á su vez la Monsanto.—No te rebajes ni te humilles más aún, porque con ello no consigues sino realzarte á mis ojos y hacerme sentir la pequeñez de mis sentimientos al lado de los tuyos tan hermosos y tan verdaderos. Como siempre, la culpa es mía, y á mí me debes reprochar el haberte ocultado parte de mis faltas, siendo mi única excusa el temor que me inspirabas, el remordimiento que mi delito me producía.

—¡Cállate, cállate, no sigas!—gritó Jesusa, abrazándose á su hermana y besándola, con objeto de impedirle que hablara.

—Es necesario, Chucha mía, es necesario que pase esta afrenta, si quiero que nuestra amistad vuelva á renacer.

—¡Cállate, yo te perdono y disculpo cuanto tengas que decirme, pero, por Dios, no sigas, no sigas!—continuaba la jorobaba, afligidísima al ver el dolor de *Lully*.

—Tu penetración no te ha engañado: he cometido una falta atroz, imperdonable, estúpida—seguía en tanto declarando la mayor de las Arjonas, con la mirada fija en el techo, como si al confesar su pecado hablara consigo misma.

—¡Si no quiero saberlo! ¡Si prefiero seguir en la duda!—gemía Chucha, queriendo tapar con sus manos la boca de Luisa.

Pero ésta, apartando los brazos de su hermana y acercándose más hasta la butaca donde reposaba la enferma, comenzó la confesión en voz baja, embarullándola mil veces, volviendo otras tantas á reanudar el hilo de su historia, sin atenuarla en nada y escondiendo el rostro entre las faldas de Jesusa cuando una frase ó un detalle renovaba en su alma la vergüenza de su aventura, sin fijarse en el efecto que sus palabras producían en el rostro de Chucha, pues tal era su anonadamiento que ni á mirarla se atrevía hasta no terminar su penosa relación.

Si en lugar de comportarse de aquel modo, hubiera considerado como otras veces el semblante de la contrahecha, habríale visto desencajarse horriblemente, al oir por primera vez la verdad de las relaciones que unieron á *Lully* y á Juan y al escuchar de labios de su hermana los detalles de su conducta, referidos con la cruel inconsciencia de quien cree acusarse y convencerse solo á sí propio.

Hubo un momento en que la muchacha se llevó la mano al pecho, encogiendo la cabeza, al mismo tiempo que sus labios, de ordinario blancos como el papel, se ennegrecían extraordinariamente; pero al cabo de un rato pasó aquella impresión, y de nuevo volvió á caer su mano sobre el vestido, aunque sin

volver á abrir sus párpados, como si quisiera escapar á la presencia de cuanto la rodeaba.

En tanto seguía *Lully* su dolorosa historia, mostrando á la luz de la realidad el verdadero carácter de Juan, sin buscar por ello excusa á su falta, descubriendo el casi seguro origen de su hijo, y desahogando en el cariño de Jesusa todas sus ansias, todas las inquietudes que desde el momento en que le fué anunciada la existencia de aquel ser la habían agitado y conmovido.

Cuando hubo terminado, la emoción la ahogaba, y por un buen rato continuó abrazada á las rodillas de Chucha, que se limitaba á pasar sus manitas de contrahecha, finas y delgadísimas, por la cabeza de *Lully*. Al cabo abandonó ésta su postura suplicante y miró á su hermana, cuyos ojos obscuros desaparecían casi bajo las órbitas y brillaban con insoportable fijeza, con la vista perdida en el vacío.

—Ya lo sabes todo, todo—suspiró muy quedo la Monsanto.—Ya ves si he sido franca contigo. ¿Me querrás ahora como me querías antes?

Y al hablar así acercaba su hermosísimo rostro al de la jorobada, como queriendo animar con la vida que á ella le sobraba aquel cuerpo que parecía insensible.

Lentamente fué Chucha recordando la presencia de su hermana, y por fin, haciendo un movimiento brusco, miróla con severidad, cara á cara, como si fuera á renegar de su cariño.

Pero al contemplar delante de sí á aquella pobre mujer, pendiente de la palabra que iban á pronunciar sus labios, con la angustia y el dolor pintados en el semblante, cambió bruscamente la expresión de la jorobada, aflojáronse los músculos de su rostro, se humedecieron sus secas pupilas, donde por un momento brilló una lágrima que enseguida desapareció, y con voz que resonó en los oídos de *Lully* como música celeste que algún ángel murmurara á su lado, acabó por decir:

—¡Pobre Luisa! ¡Cuánto has sufrido! ¡Cuánto se sufre en este mundo!

Y desprendiendo sus manos de las de la Monsanto, alzó á ésta del suelo, besándola en la frente y poniéndola á un lado, como si con aquel acto quisiera probar á su hermana que todo estaba olvidado y nada les separaba en la vida.

XXVIII

Las personas que vieran cruzar por Recoletos á la Condesa de Monsanto, sola y vestida lo más sencillamente posible, cuando aún no eran dadas las siete y media de la mañana, quedarían sorprendidas y en el colmo de la estupefacción, contemplando levantada á aquellas horas á una mundana tan famosa.

Si en la pendiente de la curiosidad, alguno de los transeuntes hubiese querido comprobar por sí mismo la dirección que *Lully* tomaba en su carrera, pronto habria visto satisfechos sus propósitos, pues llegada la joven á la plaza de Madrid, hizo con la sombrilla una seña al conductor del único vehículo que allí esperaba el principio de su carrera diurna, y metióse con gran prisa en el interior de la berlina,

después de decir al cochero: «Á la iglesia de la Paloma».

Puesto ya en movimiento el coche, comenzó la mayor de las Arjonas por bajar el cristal de una de las ventanillas para respirar el aire de la mañana y entretenerse contemplando los tipos que transitaban por las calles, espectáculo nuevo para ella, que desde época inmemorial tenía la costumbre de levantarse tarde.

Aquellos puestos de café, rodeados de golfos y cocheros, los escasos coches que circulaban interrumpiendo con su ruido el silencio de la dormida población, las personas madrugadoras que se dirigían á sus asuntos, caminando despacio, como si antes de meterse en la obscuridad de una oficina quisieran gozar de la hermosura del día que, en contraposición del anterior, se anunciaba como uno de esos de invierno que bastan para hacer agradable la residencia en Madrid; todo contribuía á que la Monsanto se encontrara distraída y mirase á todos lados como si nunca se hubiera fijado hasta entonces en las particularidades de la capital.

Tomando por la Concepción Jerónima y la plazuela del Progreso, dirigióse el *simón* por la calle del Duque de Alba, hacia la de los Estudios, aumentando la curiosidad de Luisa al contemplar el bullicio de aquellos barrios, menos familiares para ella que los del centro de la villa.

Nadie hubiera dicho, al contemplarla tan bonita, con su melindroso aire de dama aristocrática, que pensaba en otras cosas que no fueran su belleza ó su elegancia, y, sin embargo, para una persona que pudiese leer en el interior de las almas, ¡cuán doloroso

sería contemplar las torturas que hacían padecer á la muchacha!

No se trataba ya de preocupaciones, de temores ó de escrúpulos; lo que tanto temiera durante siete meses, se había llevado á efecto con el pleno consentimiento y libre albedrío de *Lully*, quien en este caso, como en todos los sucesos graves de su vida, apreció la diferencia que existe entre las cosas arregladas y discutidas en el interior de las personas y los sucesos que se llevan á la práctica, que parecían deber corresponderse entre sí y ningún grado de relación mantenían.

Era inútil. Cuanto más le mortificaba una idea, y mayores sustos le producía un peligro, más fácilmente y con mayor impremeditación venía ella á chocar con el obstáculo y á ejecutar lo contrario de lo que se proponía.

¡Á quién se le ocurría confesarse de aquella manera, sin reflexionar en lo cruel que era desengañar de tan torpe manera las ilusiones de una criatura tan desgraciada como Chucha!

Aun en el caso de que aquello no influyese en las creencias y en el modo de ser de Jesusa, ¿era posible que su amor y su admiración por *Lully* no terminaran ó disminuyeran considerablemente al convencerse de que el objeto de su cariño no se diferenciaba en nada de las mujeres más vulgares y de que después de tantos idealismos su vida resultaba compuesta tan sólo de una serie de debilidades y de concesiones vergonzosas?

¿Qué remedio cabía después de lo hecho? Ninguno, más que dejar correr el tiempo y observar el efecto que su imprudencia causaba en el ánimo de la joro-

bada, que no podría disimular sus sentimientos de una manera tan perfecta que *Lully* no consiguiera adivinarlos y hacerse cargo del puesto que conservaba en el corazón de su hermana.

Verdaderamente la confesión había resultado inútil é insensata bajo todos conceptos. Su situación anterior respecto de Chucha, aun siendo tal como ella se la figuraba y no como en realidad era, pues bien claro se veía ahora que la infeliz contrahecha no tenía sino sospechas muy vagas, podía considerarse como muy preferible á la creada después del coloquio de la tarde anterior. No habiendo hablado de una manera clara y teniendo Jesusa sólo desconfianzas, podía olvidarse de sus principios y de su severidad para no recordar otra cosa que su desmedido cariño hacia *Lully* y las disculpas que de seguro existirían en su abono.

En cambio, al presente, sólo la Providencia podía salvarla de perder la consideración y, sobre todo, la estima de la menor.

Desvelada con estas ideas y meditando acerca del partido que debería adoptar, vínosele á las mientes la imagen de la Virgen de la Paloma, á quien desde que saliera del colegio consideró siempre como su patrona y protectora, y conforme el viejo *simón* iba acercándose á la reducida iglesia, aumentaba en mayor grado la exaltación y el fervor religioso de la Monsanto, sin que su conciencia se fijara en la mayor ó menor justicia de lo que se disponía á impetrar, sin que su entendimiento se parara á considerar el caso que podría hacer la veneranda imagen de un ruego tan interesado, cuando desde hacía años no había vuelto á recibir la visita de *Lully*.

El recinto de la pequeña capilla y las particularidades de ella, que desde largo tiempo se sabía de memoria la Monsanto, no tardaron en renovar en ésta la impresión de épocas pasadas y de anteriores visitas.

Allí, á la derecha, estaba el reluciente Cristo, destacándose sobre un terciopelo tachonado de estrellas que, por los años, era aventurado fijar el color; á la izquierda, sobre una palomilla descansaban un San Antonio chiquitito y un San Miguel algo mayor; por las paredes colgaban media docena de cuadros, tan negros que nunca había conseguido *Lully* adivinar su asunto; y pendientes del techo, ocultas bajo fundas de distinta tela, aparecían bastantes lámparas que solo se encendían en las grandes solemnidades.

En cuanto á la concurrencia, era también la de siempre, la que ayudaba á realzar el encanto y el especial carácter del reducido templo. Allí no había curiosos, ni indiferentes: todos rezaban, unos con los ojos alzados al cielo, otros moviendo los labios rápidamente, y dos ó tres pronunciando en voz alta sus oraciones, sin cuidarse para nada del vecino.

Cuando *Lully* entró, acababa una misa, y, sentándose en una silla baja, permaneció entretenida la mayor de las Arjonas, viendo salir unas personas y entrar otras, mientras el monaguillo soplaba las velas del altar y el celebrante desaparecía tras la no muy blanca puerta de la sacristía.

Aquellos detalles desaparecieron bien pronto de la vista de la muchacha, para no fijarse sino en la imagen y no separar la mirada del cuadro de la Virgen, contemplando á ésta con tal fijeza y abstracción de lo demás que la rodeaba, que sus contornos y color comenzaron á adquirir nuevas líneas y mayor encanto

para Luisa, quien durante este tiempo y para llegar al grado de recogimiento que deseaba, seguía rezando maquinalmente el rosario, sin ocuparse mucho en verdad de los padrenuestros y avemarías que se escapaban de sus labios.

Sí, aquella era la misma Virgen ante quien *Lully* se postrara en sus tiempos de soltera, contándole sus primeros desengaños y recibiendo en cambio los consuelos de la oración. Nada había variado, excepto la mujer arrodillada á los pies de la Paloma, que, en vez de aprovechar la adquirida experiencia, nunca siguió otra ley que la de su comodidad.

—¡Qué pocas veces se consigue en la vida—pensaba Luisa sin cesar de mover las cuentas de su rosario—el compenetrarse verdaderamente con Dios, y en lugar de repetir palabras como si se fuera una máquina, sin darse bien cuenta de su significado, hablarle como se pudiera hablar á una persona, explicándole las penas de uno y humillándose delante de Él!

Ella misma se extrañaba de pensar así, recordando que nunca alardeó de devota como la mayoría de sus amigas, ni creyó que su pecho era capaz de sentir los ardores de una Santa Teresa ó los arrobamientos de una Santa Clara; pero en aquellos momentos le parecía la cosa tan natural y desahogaba su alma de manera que, poco á poco, y como si sus plegarias equivalieran á maravilloso bálsamo que una á una fuera restañando la sangre de todas sus heridas, encontrábase más tranquila, esperanzada y alegre que de costumbre.

¡Con *aquélla* sí que no cabían disimulos ni retóricas! La verdad desnuda que no se necesitaba siquiera

referirla, porque ya ella estaba enterada de sobra y podía hablarle con la seguridad de que ni un detalle escapaba á su memoria, ni una disculpa, por pequeña que fuera, dejaría de pesar en la balanza de su misericordia.

¿Por qué no había la Paloma de salvarla á ella, cuando tantos milagros se habían realizado por su divina intercesión? Uno más, ¿qué importaba? Toda su vida la pasaría *Lully* bendiciendo los demás castigos que sobre su persona cayeran, con tal de salir del apurado trance en que se veía.

En los días de reflexión y de sincero arrepentimiento que desde su embarazo tuvo, meditó profundamente Luisa acerca de su persona y de su porvenir, ocurriéndole no pocas dudas, convenciéndose de muchas cosas y desconfiando de otras.

En cuanto se refería á mudar de vida de una manera radical, y no volver á ponerse en peligro de aventuras, no había que detenerse un momento, pues esto, aun sin existir criatura alguna, era cosa que hubiera resuelto *Lully*, y que ahora naturalmente sería observada con mayor rigor que nunca.

Pero lo que la preocupaba sobre todas las cosas, comprendiendo que hasta resolverlo no se vería tranquila su conciencia, era el problema de la conducta que había de seguir con Pepe después del nacimiento de su hijo.

Llevando las cosas por el camino más radical y revelándole la verdad del origen de aquel niño, haciéndole saber la falta de su mujer y el defecto de su naturaleza, ¿llegaría nunca Cabrera á convencerse de la certidumbre de tales sospechas y no se llenaría de cólera al verse engañado primero en su honor, y

ofendido después en la parte más sensible de su vanidad por la misma persona que le injuriaba? ¿Qué pruebas tenía *Lully* de la verdad de su aserto? Las palabras de los médicos á quienes consultara y el resultado de sus imperfectas experiencias; pero ¿no podían equivocarse aquellos sabios en sus afirmaciones, y al repetir sus pruebas con mayores elementos, discutir entre sí y modificar su opinión? Aquello se veía todos los días y bien recordaba Luisa que los mismos hombres de ciencia no dieron completa respuesta sino al cabo de muchas vacilaciones y disculpándose de su oscuridad por lo espinosísimo y delicado de la materia.

El convencimiento absoluto, irrefutable, que *Lully* tenía de que efectivamente su hijo procedía de sus relaciones pecaminosas con Juan, y no de las legítimas con Pepe, no se apoyaba en nada real y que se pudiera alegar en un tribunal de derecho, sino en creencias salidas del alma, independientes de todo razonamiento, y que por lo mismo que se fundaban en algo espiritual y superior á lo terreno no cabía el explicarlas ni determinarlas por causas materiales.

Además, y aunque lograra la muchacha convencer á su marido de la atroz realidad, ¿á qué conducía y qué objeto tendría alzar la venda de sus ojos, ni quien saldría perjudicado porque el engaño subsistiera?

Aquel hijo era suyo ante la ley, en caso de una separación podría reclamarlo Pepe, y, seguramente, á la corta ó á la larga, se lo concederían los tribunales siendo la perspectiva de tan cruel venganza, la única ventaja que Cabrera vería delante de él al descubrir el pecado de su esposa.

¡Antes la muerte que llegar á aquel extremo pensaba *Lully*, viéndose ya separada de su hijo, en poder éste de su falso padre, y sufriendo él y ella las torturas más horribles que nunca han imaginado verdugos infernales.

Perdida en un mar de confusiones, cayendo de contradicción en contradicción y de renuncio en renuncio, combatiéndose á sí misma con toda clase de argumentos y acabando por dudar de todo lo que le sucedía, no tuvo la mayor de las Arjonas, durante los últimos meses, sosiego ni reposo bastantes para discurrir, hasta el momento en que, postrada en su reclinatorio y calmados sus nervios por la atmósfera de tranquilidad que al lado de la Paloma se respiraba, fué interrumpiendo las avemarías de su rezo con invocaciones y monólogos cada vez más frecuentes y prolongados, hasta que, sin darse cuenta de lo que le pasaba, cayerónsele de las manos rosario y libros, y quedóse absorta, con los ojos puestos en el oscuro cuadro, sin apartar un momento sus pupilas del rostro de la Virgen y de la mancha blanca que su túnica producía, como si aquella mancha fuera una enorme flor que penetrase con su perfume é iluminara con su resplandeciente claridad los rincones más obscuros del alma de la Monsanto.

Ya no temía nada, ni la agitaban pensamientos tenebrosos; su inteligencia no se entretenía en considerar los hechos y en sacar de ellos deducciones cada vez más disparatadas; su sensibilidad no se exacerbaba aquilatando al detalle las menores impresiones que sus órganos recibían; su imaginación encontrábase parada, como si la vecindad de alguna fuerza desconocida la detuviera en su camino, ó como si el poder de misterioso encanto derramara por la cabeza de

Luisa dulcísima esencia que refrescara y disipase los fuegos y las tempestades que allí se producían continuamente; y sus potencias todas dirigíanse naturalmente á la admiración del bien absoluto y de la infinita belleza, al contacto de las cuales huían hasta desaparecer en insondables abismos las miserias y las pequeñeces humanas, capaces sólo de agitar á un ser tan débil y pobrecillo como el hombre.

Consideradas por éste las acciones propias y las de sus semejantes, natural era que las apreciara con severidad y que se equivocase acerca de su significado y extensión, porque el individuo humano no puede levantarse más allá de los prejuicios y de las consideraciones de orden inferior que la sociedad le impone y sin los cuales resulta imposible su existencia; pero referidas al Creador de todas las cosas, expuestas ante su bondad y ante su justicia, apreciadas por El que era la suma verdad, sin tener que esforzarse para la defensa ni para la exposición de los hechos, ¿qué duda podía caber de que las faltas y las penas de Luisa encontrarían indulgencia y consuelo en el Dios, ante quien el arrepentimiento equivale al olvido de lo pasado y al comienzo de una nueva vida, sin que su benignidad se vea interrumpida ni olvidada por la cantidad de pecados ó la magnitud de los crímenes?

No, no era posible que allá arriba se juzgaran los sucesos de la vida tan despiadadamente como ella lo hacía en la tierra, y algún consuelo encontrarían sus lágrimas y sus oraciones. Quizás su severidad era extremada y falsas algunas de las ideas que tenía por ciertas. ¡Acaso fuera producto de legítima unión el ser que se movía en sus entrañas! ¡Acaso Dios, para probarla, y en castigo de su falta, la llenara de dudas

para probar así su fortaleza! ¡Acaso su confesión á Chucha, en lugar de perjudicarla, serviría para realzarla en el ánimo de la jorobada y para demostrar á ésta lo sincero de su cariño!

En el exceso de su fervor, parecióle que al formular aquellas hipótesis tan atrevidas, pero que tan dulcemente la impresionaban, sonreía la imagen á través de sus lágrimas, y una oleada de amor, de fe, inundó á la muchacha, haciendo subir hasta sus labios palabras de agradecimiento, protestas de cariño, súplicas apasionadas, que querían expresar de una manera sensible la suma de afectos que desbordaban del alma de la pecadora

XXIX

Cuando *Lully* salió de la iglesia, sus ojos, acostumbrados á la escasa luz de la capilla, quedaron medio cegados por los vivísimos rayos del sol, al tiempo que llegaban hasta ella los mil ruidos que á media mañana suelen animar aquellos barrios de Madrid.

Sorprendida por el ir y venir de tantas gentes, unas que entraban ó salían del templo, otras que pasaban canturreando ó vendiendo sus mercancías, los más que caminaban despacio, los menos que parecían andar apresurados, detúvose un momento la Monsanto en el atrio de la Paloma, prestando poca atención á los importunos lamentos de los pobres que enseguida la rodearon, presumiendo con su habitual sagacidad que no obstante la sencillez del traje se las habían con una señorona, y echó mano al reloj, siendo extraordinaria su sorpresa al ver que iban á dar las diez y

media. ¡Tres horas, Ave María Purísima, y cómo se habían pasado! ¡Ella que se burlaba de las beatas que se comían á los santos y molestaban á los monaguillos! ¡Sí, sí, por el camino que llevaba, pronto empezarían á decir los descreídos que se habían apoderado de ella los jesuitas!

Reparando entonces en los pobres que la acosaban con sus lástimas y el relato de sus desdichas, prometiendo rogar por su futuro niño y por que Dios le diera media hora cortita cuando llegara el caso, sacó el bolsillo, repartiendo todo el dinero que llevaba, y metiéndose enseguida en el *simón* que le aguardaba con el cochero ya despierto, merced á los gritos de los mendigos, perseguida por las exclamaciones de agradecimiento de éstos, que cuando arrancó el coche se quedaron entonando las alabanzas de la dama y conviniendo por unanimidad en que aquello sí que era una señora y no las roñosas que venían todos los días á ensuciar la iglesia, sin que en todo el año se acordaran de los infelices que á la puerta tenían que sufrir los rigores de los elementos.

Mientras tanto *Lully* seguía en su carruaje, mirando con distraídos ojos á los transeuntes, cada vez más numerosos, que pasaban á su lado, ó á los vendedores que cruzaban rozando la portezuela del coche, y sin perder el hilo de sus pensamientos.

Indudablemente aquellas oraciones y el éxtasis de devoción que por primera vez en su vida gozara de una manera intensa y sin distraerse por otros objetos, le había proporcionado una tranquilidad grande y algo así como una especie de serenidad bastante para discutir sus actos tan imparcialmente como si se tratara de los de otra persona.

Ninguno de los últimos le parecía imperdonable, aunque se hubieran podido evitar, y su conciencia vacilara sobre la verdadera importancia de sus imprudentes manifestaciones.

Por primera vez, también, experimentó la necesidad de que aquellos escrúpulos fueran desvanecidos, de consultar con alguien que la pudiera asesorar y convencer de que por su parte no había existido ningún mal en referir á Chucha sus pecados, y como si en aquel instante, al pararse en seco el vehículo, detenido al atravesar la plaza de la Cebada por un tropel de verduleras y vendedores que ensordecían el aire con sus voces, y al sacar la cabeza por la ventanilla para averiguar la causa de aquella interrupción, le asaltara de pronto una idea feliz, gritó unas señas cercanas al auriga, que fustigó al penco, logrando abrirse paso con mucha lentitud entre la apiñada muchedumbre.

¡Sí! Aquello era lo mejor, y verdaderamente había estado muy torpe no ocurriéndosele antes. Pues ¿cómo, viviendo tan próximo el buen padre Benigno, no se apresuraba á consultarle y á depositar en el secreto de su amistad las confidencias de lo que con Chucha había pasado?

Y mientras, ya parado el coche delante de la gótica portada, se abría paso la elegante *Lully* por entre las mujeres que se agolpaban á la entrada del vetusto convento donde vivía el exclaustrado, aún seguía felicitándose por su idea. Franqueados unos peldaños á la derecha del zaguán y cerrando la puerta tras sí, emprendió, no sin fatigar, la subida de la escalera, apoyándose en el calado balaustre, cuya parte superior aparecía negruzca y reluciente por el uso, y al llegar

al descansillo, se detuvo para respirar unos segundos, disfrutando del absoluto silencio que en la escalera reinaba.

Por fin acabó de subir los escalones que faltaban, y penetrando por un amplio corredor, sembrado de puertas á un lado y otro y embellecido por algunas pinturas medianejas que se destacaban sobre las encaladas paredes, paróse al extremo de aquél, delante de una puerta más amplia que las otras, á la derecha de la cual pendía un cordón con una argolla á su extremo.

Al sonido de la campanilla no tardaron en responder unos pasos lentos, y al poco tiempo se abrió el postigo para examinar al visitante, y una exclamación de alegría al ver á la Condesa precedió muy poco á las salutaciones cariñosas de una amable viejecita que recibió á *Lully* con el cariño y la intimidad propios de persona de la casa.

—¡Pues ya lo creo que está el señor Rector! ¡Y tan bueno y tan santo como siempre! ¡Dios nos le conserve así muchos años! ¡Buen alegrón que se va á llevar el pobrecillo cuando la vea á usted! ¡Como hace más de tres semanas que no la veíamos y sabíamos que la señorita está ya en meses mayores! ¡La Virgen quiera sacarla con bien! Pues nos figuramos si es que no saldría usted ya de casa, y de un día para otro esperábamos un recadito con la noticia de que había un morito más que cristianar. Por aquí, señorita Luisa; el padre está en la sala, no sabe salir de ahí. Sin moverse como antes, pero con la cabeza tan buena y tan hermosa como siempre. ¡Señor Rector! Aquí tiene usted una visita que no aguardábamos, para que luego no diga que no se acuerdan de usted. ¡Jesús, Jesús,

si toda la grandeza quiere tanto á este señor, que no sé cómo los pobres nos atrevemos á hablarle!

—¡Luisita, tú por aquí, hija mía! ¿Y á estas horas?—exclamó el interpelado, que reposaba al lado del balcón sobre una gran butaca.—No sabes qué alegría me proporcionas. ¿Y en tu casa, todos bien? Anteayer vi á Jesusita. ¿Has venido en tu coche ó en el tranvía?

—No, padre—repuso *Lully*, cogiéndole las manos y besándoselas una después de otra.—Tengo abajo un simón y he pasado la mañana en la Paloma, donde hacía un siglo que no había puesto los pies. Pero al venir por aquí he visto los balcones y no he querido pasar sin hacerle á usted una visita, por si acaso no puedo ya repetirla en algún tiempo.

—Muy bien pensado, pero no tenías que molestarte, pues ya pensaba yo en ir á verte, ¿verdad Ruperta? Mira, siéntate aquí en mi sitio—añadió levantándose y colocando á *Lully* en el sillón, sin hacer caso de las protestas de la chica.—¡Nada de boberías! ¡Pues no faltaba más! Ruperta, acércale el brasero y ponme á mí ese otro sillón. ¿Ves qué bien estás así, mirando á la plaza y calentándote con ese rayo de sol? Vamos á ver, arriba esa cabeza, que yo aprecie cómo estamos de ánimos. Oye, apropósito, estarás cansada de la escalera, ¿no es verdad? Nada, nada, no me repliques y déjame hacer, que de esto entiendo yo más que tú; Ruperta, tráete esas yemas y esos bizcochos que subieron las monjitas y pídele á D. Eulogio una de las botellas de vino generoso que mandó para la misa la Sra. Duquesa de Urgell. Mira, basta de gazmoñerías—añadió, conteniendo á *Lully* que quería levantarse para impedir que la Ruperta cumpliera las órdenes de

su señor.—¡Te figuras que te lo he echado de penitencia y te aguantas!

—Oye, Luisa—preguntó al cabo de un rato, cuando la criada hubo desaparecido y en el silencio de la muchacha conoció que se trataba de algo más que de una visita de cariño.—Tú tienes otra cosa que decirme y que no debe ser pequeña, cuando no sabes cómo desembucharla.

—¡Es verdad!—repuso *Lully*, algo desconcertada y no atinando á principiar su relato.

—¿Quieres que vayamos al confesonario?

—No, no deseo confesarme, pues aún no estoy bien preparada para ello, y además me inspira usted un poco de miedo; lo que hoy necesito es que usted me oiga con atención y me ilumine en mis actos.

—Pues habla, que ya te escucho. Aquí me tienes pendiente de tus labios. Vamos, ¿qué te pasa, niña?—exclamó al ver que Luisa no acertaba á explicarse.—¿Quieres que yo comience preguntándote como cuando estabas en el colegio? ¿Tan poca confianza te inspiro que ya tienes secretos para mí? ¿Ó es que desde que no te confiesas conmigo te has olvidado de hacerlo con otro?

—No, no es nada de eso—respondió la Arjona acercando más su silla á la del padre y mirándole con extraordinario afecto:—déjeme usted que le contemple para tomar ánimos y enseguida le contaré cuanto me pasa.

—Eres una loca, Luisilla, una loca—repetía el fraile,—pero con buen fondo, eso es lo único que te salva.

—Es verdad, padre, soy una calamidad y usted un santo—repuso *Lully*, sin dejar de contemplar al sacerdote, casi inmóvil sobre la butaca, por el excesivo desarrollo de su cuerpo que le dificultaba los movimientos, la faz tranquila y simpática en que respiraba la bondad, los ojillos parados que dejaban traslucir de cuando en cuando toda la agudeza, la experiencia y la gramática parda adquiridas en ochenta años de confesonario y de trato con las personas más elevadas de España, y la enorme peluca oscura que, á guisa de pañuelo ó gorro, colocaba el buen rector sobre su desnudo cráneo, sin ocuparse del efecto que al lado de su rostro pudiera producir en el ánimo de sus visitantes.

¡Aquélla era una vida y aquél era un hombre! Nacido muy alto, probado por la desgracia en cuantas formas pueden imaginarse, distinguido siempre por la sociedad como uno de sus individuos predilectos, y después de larguísima existencia consagrada á la caridad y al bien del prójimo, allí estaba desde hacía muchos años, apegado á la rectoría que los aristocráticos patronos del Hospital le forzaron á admitir para asegurarle el pan, habiéndose complacido siempre en renunciar las mitras y las dignidades con que los políticos y hasta las personas de la familia real le brindaran. ¿Qué semejanza cabía entre aquella vida utilísima, dedicada siempre á dirimir discordias, á evitar catástrofes ó á resolver conflictos, desprendida por completo de sus intereses particulares en beneficio de los universales, y la existencia de Luisa, limitada siempre, por añeja costumbre y falta de ideales más altos, á pensar constantemente en sí propia, discutiendo, pesando y alambicando sus menores actos para acabar por escoger siempre el camino peor y sin acordarse para nada de las demás personas que la rodeaban?

—Vamos á ver, niña, ¿cómo te llamas?—preguntó burlonamente el padre, interrumpiendo el silencio de Luisa.—Pero, hija, ¿te figuras que te voy á comer por lo que me digas, ó que nunca he oído pecadazos mucho más gordos que los que tú puedes contarme? Hace seis años, ¿te acuerdas? después de veinticuatro de venir á confesarte conmigo una vez al mes, por lo menos, dejaste de hacerlo y ya no volviste sino en calidad de amiga, y sin embargo, me harás la justicia de reconocer que hasta este momento no te lo he echado en cara, ni siquiera ha parecido que me fijaba en ello, á pesar de lo cual, bien puedo decirte hoy, que entonces lo sentí vivamente y examiné mi conciencia con gran escrupulosidad para ver si estaba en mí la falta de tu desvío.

—Por Dios, padre, no me avergüence usted, ni me hable de esa manera, porque es el único modo de que no despegue los labios—interrumpió *Lully* visiblemente acongojada por la tristeza que respiraban las palabras del exclaustrado.

—Cállate, mocosa, y déjame seguir. Pues sí, reflexioné, y pensando, pensando, vine á convencerme de que tenías razón y habías hecho perfectamente en irte con la música á otra parte, porque la verdad es que tus confesiones conmigo, más que componerse de lo que debían, venían á constituir un sermón furibundo por mi parte en favor del matrimonio en general, y del pretendiente que en aquellos días te cortejaba en particular. Tú considerabas las cosas bajo tu punto de vista, yo bajo el mío, y no podíamos entendernos, disputándonos y acabando por separarnos, sin pizca de atrición, ni contrición, ni propósito de la enmienda por una parte ni por otra; pues tu natural

independiente nunca te ha permitido doblegarte á la voluntad ajena, y mi eterna manía de los casorios que siempre me ha dominado, y en estos últimos años parece como que va á chiflarme, no me dejaba, ni me deja, hablar un cuarto de hora con persona en estado de merecer, sin que al instante no le ofrezca su media naranja, y en mi interior comience á formar combinaciones para prepararle la santa coyunda.

—Todo eso pasó, y hoy está muy lejos, tan lejos que parece que hace un siglo de ello—murmuró muy bajo *Lully*, recordando otros pensamientos de su vida.

—¡Pues, hija, vaya una manera que tienes de apreciar el tiempo! ¡Tú, con treinta años, encuentras que lo que pasó hace seis es ya del siglo pasado, y yo, que nací hace cien años, me parece que acaba de ocurrir ayer! En fin, no divaguemos y volvamos á lo que te trajo á verme. Todo lo anterior créete que son chocheces del padruco, que con los años va perdiendo el escaso caletre que siempre tuvo, y que sólo venían á cuento para demostrarte que me preocupa todo lo que á ti se refiere y que no tienes ningún motivo para recelar mala voluntad en mí, pues á ti y á los tuyos os quiero como cosa propia, y ya sabes que cuanto os sucede, bueno ó malo, me afecta como si á mí me pasara.

—Ya lo sé, padre, y por eso he venido á consultarle.

—Pues empieza, que ya llevamos cerca de una hora charlando, y aún no hemos llegado al grano.

—Lo que tengo que decirle á usted se refiere en primer lugar á mi persona, y en segundo y muy principalmente á Chucha, á quien ambos queremos tanto y por la suerte de la cual nos interesamos siempre.

—No hables más entonces, que ya sé á qué te re-

fieres, y veo que Jesusita, después de hacerme prometer por cuanto hay de sagrado en el mundo que no hablase ni te contara lo más mínimo, ó en su despecho se ha confesado contigo, ó tú, con tu penetración, has conseguido adivinarlo. ¡Ese Juanito es un trasto de siete suelas y vale mucho menos de lo que la gente se figura!

—Pero ¿usted lo sabía todo? —exclamó *Lully*, roja como la grana, al escuchar las inesperadas palabras del fraile, disponiéndose á caer á sus pies, y sintiendo los más contrarios afectos al ver conocida su falta y propalada ésta por su propia hermana.

—¡Figúrate si lo sabía, aunque la pobre Jesusa nunca me dijo una palabra, ni jamás logré de ella que me lo confiara claramente!; pero bien claro se adivinaba por unas cosas y por otras, y además el mastuerzo ese, mientras tú estuviste fuera y antes de su viaje, se jactaba de ello con sus amigos, diciendo que no tenía que hacer más que una seña para que delante de todo el mundo se echara á sus pies la víctima, sólo que, como es natural, eso no te lo había repetido á tí nadie.

—¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! murmuró Luisa ocultando su rostro y anonadada al ver repetida por el mundo su falta, que ella creía tener secreta.

—No, mujer, vergüenza, después de todo, no hay—dijo el fraile con el tono más natural del mundo,—que nunca el querer así es deshonroso, y si alguna vergüenza existe, será por parte de él, que ha dicho esas cosas y después se ha casado con la americana por sus millones, sin acordarse para nada de la pobrecita Chucha, ni del amor que ésta le profesaba.

—¡Eh! ¿Qué dice usted? ¡Pero este señor se ha vuelto loco!—gritó la Monsanto al oir la última declaración del padre, y experimentando una angustia tan grande que casi le impedía hablar seguido.

—La que se ha propuesto volverme loco eres tú, chiquilla—repuso algo amostazado D. Benigno.—¿No decías que tenías que hablarme de una cosa de Chucha? ¿No es del afecto entrañable que ésta profesaba á Juan, de la sinvergüencería de éste, que se entretenía en fomentarlo, sin duda para divertirse á costa de tu hermana, y de la boda de ambos, por lo que yo he trabajado tanto y que he creído tener un momento en la mano, fiado de las palabras de esa zascandil, antes de su malhadado viaje y de su bodorrio con esa ricachona? ¡Mira, Luisa, acabarás por hacerme perder la cabeza con tus enredos!

—¡Y será verdad!—exclamaba en tanto *Lully*, cuyas piernas flaquearon obligándola á caer de nuevo en el sillón.—¡Y ese infame! ¡Y yo que no he comprendido! ¡Claro, su venganza! ¡Miserable, canalla! ¡Pero entonces yo... qué horror, qué horror! ¡Mi castigo, mi pena!...

—¡Luisita, por la Virgen! ¿Qué te pasa? ¿Te pones mala?—preguntó el exclaustrado al ver que la muchacha perdía el color y echaba hacia atrás la cabeza.—¡Claro, la debilidad, estas mujeres! ¡Y Ruperta sin traer lo que le he pedido! ¡Ruperta, chica, ven pronto, que la Sra. Condesa se ha puesto mala! ¿Y qué sería lo que tenía que decirme esta chica? ¡Ay, creo que yo también voy á perder el sentido!

Al cabo apareció la Ruperta con una bandeja en las manos, sosteniendo varios platos y botellas, pero con una cara tan pálida que D. Benigno, á pesar de su

aturdimiento, no pudo menos de reparar en ello, y dirigiéndose á su criada, murmuró con cierto temor:

—Pero, mujer, ¿qué te sucede? ¿Es que quieres marearme más? Ayúdame á hacer recobrarse á la señora Condesa.

—¡Ay, señor! ¡Pobre señorita! ¡Qué desgracia tan grande! ¡Más valiera que no se despertase nunca! ¡Y en el estado en que se encuentra!

—¿Acabarás de reventar?—chilló, ya fuera de sí, el Rector.

Asustada por las voces de éste, á quien nunca había visto incomodado, terminó Ruperta de colocar las cosas sobre la mesa, y acercándose al oído de su señor, murmuró unas cuantas palabras que tuvieron la virtud de trastornar al buen fraile, que preguntó emocionadísimo:

—Pero ¿cómo ha sucedido eso? ¡Qué desgracia tan grande!

—Ahí está el chico, que dice que andan todos como locos buscando por Madrid á la señorita para decírselo.

—¡Jesús, lo que son las casualidades de la vida! Ven, ayúdame, que voy á preguntar cómo ha ocurrido esa desdicha.

Y apoyado en la criada, y temblando aún por el efecto de la noticia que ésta acababa de comunicarle, abandonó el padre Benigno la sala. repitiendo sus lamentaciones y suspirando muy fuerte, como si quisiera impedir que los sollozos subieran hasta su garganta.

XXX

Al recobrar *Lully* los sentidos, ayudada por Ruperta, y encontrarse sola con ésta en el cuarto, su primer pensamiento fué levantarse y correr á casa de su hermana para pedirle perdón del mal que tan cruelmente la hiciera padecer; pero pronto vió que aún no se encontraba en disposición de ejecutarlo, y con ayuda de la vieja criada, dirigióse hacia la mesa donde estaban la botella y las golosinas. Auxiliándose con ambas manos, logró llenar una copa de agua, que vació de varios sorbos, mojándose después las sienes con el pañuelo, y, tomando el primer papel que encontró á mano para emplearle á guisa de abanico, volvió á recorrer la distancia que la separaba del sillón y dejóse caer en éste, rendida por el esfuerzo que acababa de hacer, mientras la doméstica, sin conseguir respuesta á sus continuas preguntas y á sus ofrecimientos, abandonaba de puntillas el cuarto, haciendo aspavientos y volviéndose de vez en cuando para contemplar la figura de *Lully*, que permanecía inmóvil sobre la butaca, como si estuviera dormida.

Colocado el sillón junto á una ventana, por la que entraban los rayos del sol y desde donde se veía el movimiento y el barullo del vecino mercado, teniendo por banquetilla el pie del enorme brasero que comunicaba dulce calor al cuerpo, y rodeada por las sillas y sillones que constituían el mobiliario del destartalado cuarto, permaneció *Lully* algún tiempo,

sintiendo que poco á poco le volvían las fuerzas y mirando el espectáculo que la calle presentaba.

El contraste de su dolor y de aquella alegría sincera y bulliciosa aumentó su tristeza y la hizo pensar melancólicamente en su propia situación.

¡Parecía mentira que hubiera estado tan torpe, tan estúpida, en no adivinar los verdaderos sentimientos de Chucha y en venir á caer, de error en error, hasta la última barbaridad! ¡Es decir, que, obcecada con sus razonamientos y atribuyendo á la conducta de Jesusa distintos móviles de los que en realidad la animaban, no había adivinado una cosa que ahora veía tan clara y tan natural! ¡Toda su experiencia y su penetración le había servido para aquello!

Vaya una existencia la de la infeliz Chucha, dotada de un espíritu tan superior, encerrado en un cuerpo tan mezquino; aspirando el aroma de todas las felicidades y de todos los deleites para mejor apreciar la extensión y la hermosura de lo que nunca había de gustar; reuniendo el cariño de su corazón para emplearlo en adorar á un ser único perfecto, único en su sentir, ¡la hermana mayor! Y para colmo, cuando después de tantos pesares lograba vislumbrar un rayito de luz y formarse allá en su interior un poco de felicidad, las cosas se arreglaban de manera que aquella misma hermana por quien hubiera sacrificado Chucha cuanto valía la engañara y terminase por herirla para siempre en lo más profundo de su alma, refiriéndole la repugnante verdad de su idilio y el materialismo grosero de los dos ídolos que la pobre jorobada elevara para su culto.

¡Y pensar que aquella santa había tenido la abnegación de ocultar su infinito dolor para consolar á su verdugo, para abrazar á la causa de sus desdichas, para mezclar sus lágrimas con las de la culpable, para no dejar escapar ni un suspiro ni una queja que permitiera adivinar el abismo de desconsuelo en que la tremenda revelación la arrojaba!

Pues ¿y la conducta de Juan, que para satisfacer su mezquino deseo de vengarse ó de entretenerse, no había vacilado en jugar con el corazón de la menor de las Arjonas, complicando en sus incalificables combinaciones al santo varón del padre Benigno que, atacado por su lado flaco de la manía de los casorios y gozoso con la idea de la posibilidad de un matrimonio, que sería el mayor triunfo de su vida, no vaciló prestar su respetable nombre para añadir mayores visos de verdad á la intriga de Portalegre?

¡Ahora sí que leía claro Luisa en la conducta de Juan y en la de Chucha, y se explicaba las rarezas de ésta, que tanto la extrañaban y que no eran sino débiles muestras del combate interior entre las esperanzas de una parte y las amargas realidades por otra que atormentaban á su desdichada hermana!

En cuanto á Juan, estaba segura de que ni por un momento se le ocurrió pensar en lo horrible y detestable que era el coquetear con una muchacha como Jesusa, con tal de cumplir su palabra y tomar el desquite del desdén de *Lully*, sin acudir á poner en práctica medios vulgares y procedimientos contrarios al honor. ¡Podía el muy canalla estar satisfecho de su obra! ¡Efectivamente no la había comprometido, pero su revancha dolía infinitamente más á la Monsanto que si Portalegre hubiera dicho la verdad á Cabrera ó la hubiera publicado en pleno arroyo!

Sin embargo, todo aquello no podía aceptarse así,

desde luego. El padre Benigno tal vez se habría equivocado en su manía de casar á la gente; pero Chucha, con su talento, con su penetración para juzgar á las personas, no pensaría del mismo modo y todo el cuento de sus amores sería una fábula del bendito fraile. ¿Por qué no agarrarse á aquella última esperanza? ¿No era inverosímil que una persona como Jesusa hiciera las cosas que el padre contaba, ni dejara traslucir sus sentimientos hasta el punto de que se llegara á tratar de su boda? ¿No era absurdo que nadie hasta aquel momento contara nada á *Lully* de un asunto que por fuerza habría hecho fijar la atención de la sociedad entera? El padre mismo había dicho que la jorobada nunca había confesado su amor de una manera cla a: ¿se necesitaba prueba más terminante de que aquél no existía?

Lo que ella iba á hacer en el acto, ya que había recobrado sus fuerzas, era ir á ver á su hermana para cerciorarse de la verdad del caso y pedirle perdón por todo lo que hubiera podido ofenderla. ¡Y el padre Benigno que no venía! ¿Qué le pasaría? Quizás cuando *Lully* se puso mala vendría otra visita, ó le llamarían para algo. ¡Pues ya debia hacer un buen rato que duraba su ausencia! En fin, qué más daba, si había salido, le dejaría un recado por Ruperta y vendría á verle aquella tarde ó á la siguiente.

Ya se disponía la joven á poner en práctica su idea, recogiendo el manguito y la sombrilla y arreglándose el gabán, cuando se abrió la puerta, dejando pasar al exclaustrado, cuya entrada y maneras sorprendieron á Luisa, que se acercó á él con objeto de despedirse.

—Pero, mujer, ¿adónde te vas tan deprisa?—preguntó el anciano con voz mal segura, cogiendo á Luisa por las manos.

—Ya no puedo detenerme más, deben ser cerca de las doce, y antes de volver á mi casa para almorzar, quiero pasarme por la de mamá y recoger á Chucha para ir juntas esta tarde de tiendas.

—Deja, siéntate otra vez y dame un ratito de conversación—insistió el fraile, queriendo apartar á la muchacha del camino de la puerta.

—Lo siento, padre Benigno, pero verdaderamente estoy muy retrasada. Ya vendré pronto y entonces charlaremos de lo que le he anunciado á usted.

—Es verdad, niña; no tienes más remedio que decírmelo antes que te vayas, que ya picaste mi curiosidad.

—¡Otro día, otro día!—repitió la Monsanto escurriéndose hacia la puerta y abriendo ésta.—¡Adiós, padre!

Pero súbitamente cerró la hoja que sostenía con la mano y preguntó con extrañeza:

—¿Es Ricardo, el criado de mamá, el que está ahí en el pasillo? ¿Á qué ha venido?

—No sé—repuso atropelladamente el confuso exclaustrado.—Tal vez venga á traerme algún encargo; sí, á eso venía, ahora recuerdo. ¡Qué cabeza tengo! Me dijo que tu madre vendría á confesarse esta tarde; ya ves, tu madre es tan religiosa que siempre quiere estar bien con Dios, porque eso es lo que se necesita, estar bien con su conciencia, desde el momento en que la vida no está contada, y cuando menos se piensa puede ocurrir una desgracia.

—¿Por qué me habla usted de eso?—dijo *Lully* temblándole la voz.

—Por eso, precisamente; es decir, no, por nada; como comprendes, un día al uno, otro al otro, nos puede tocar la china lo mismo á ti que á mí, que á cualquiera de nuestras dos familias; la vida es lo más inseguro que en el mundo existe, y cuando el Señor quiere probarnos de algún modo, nos prueba quitándonos lo que más queremos; pero para eso está nuestra religión, para consolarnos, para conformarnos con la voluntad divina, para recordarnos que hay que conservar los bríos y las fuerzas para cumplir con nuestro fin, que no es el de gozar, sino el de sufrir en este valle de lágrimas.

—Me da usted miedo, hablándome de esa manera; así no se habla más que cuando ha ocurrido algo grave.

—¡Qué tontería! Así se habla cuando se piensa como se debe pensar. Nada ha sucedido, pero figúrate que, por una casualidad, por una de esas desdichas que permite la Providencia, hubiera sucedido algo; ¿pues qué nos quedaba que hacer sino llorar la pérdida y bendecir el santo nombre del que nos la envía?

—Sí, eso está muy puesto en razón, pero conmigo no vale la pena andar con circunloquios. Usted está agitado, su voz no es la natural, ¿Qué calamidad es la que tiene usted que anunciarme? ¿Alguna nueva barbaridad de mi hermano Enrique?

—¡No, qué disparate! ¡Qué cosas dices! Precisamente tu hermano parece que va sentando la cabeza y que, Dios mediante, no volverá á las andadas en mucho tiempo.

—¿Mi madre?

—No, mujer, no te apures así; algo hay que no es

muy alegre, pero que tampoco es tan triste como crees. Se trata de una enfermedad, un pequeño ataque que ha acometido á Chucha, pero que no será cosa grave...

—¡Chucha! ¡Chucha de mi alma! ¡Me lo daba el corazón, y por eso no quería preguntar por ella! —exclamó Luisa, en medio de la mayor desesperación, sin pararse á considerar la diferencia que con sus palabras marcaba en el afecto que profesaba á su familia.

—¡Luisa, Luisilla, por María Santísima, no te pongas así! ¡Tú, que has sido siempre valerosa, has de esforzarte en seguirlo siendo! Todos somos mortales, y también te llegará tu hora; además de que no sabemos, tal vez no muera de ésta.

—Pero ¿no decía usted que sólo era un ataque pequeño?

—¿Yo te he dicho eso? Sí, quizás te lo habré repetido; ya no me acuerdo, pero ya ves, el criado vino de parte de tu madre para que fuese enseguida á su casa, porque se trataba de una cosa grave.

—Y ¿usted ha ido?—preguntó ansiosamente la Monsanto.

—No, aún no. Primero quería hablar contigo, pero enseguida, enseguida me voy. Abajo está el coche de tu madre.

—Bueno, pues vamos corriendo. Si hubiera usted comenzado por ahí, ya estaríamos en casa.

—Pero ¿tú vas á ir á allí?

—Toma, claro; ¡no faltaba más!

—Eso sí que no lo consiento. ¡Como que es lo primero que me han prohibido!

—Y ¿por qué se lo han prohibido? ¡Padre!—exclamó

Lully palideciendo horrorosamente y agarrando por el brazo al fraile.—¡Usted me engaña, mi hermana se ha muerto!

—¡No, no!—gritó el anciano.—¡Suéltame! ¡No me mires así, piensa en tu hijo, piensa en Dios!

—¡Muerta, muerta!—repetía la muchacha, hablándose á sí misma para convencerse de la realidad, pero sin soltar una lágrima.

—Sí, hija mía—exclamó por fin el padre, rompiendo á llorar.—El Señor ha permitido que yo viviera para presenciar esta desgracia y tener el dolor de comunicártela. Ya ves lo que es el mundo; quedamos los viejos que no servimos para nada, y se van los jóvenes, los animosos, los entusiastas.

—¿Pero cómo ha sucedido, cómo lo ha sabido usted?

—Pues aún se ignora: cuando esta mañana, viendo que tardaba en levantarse más de lo que tenia por costumbre, entraron á despertarla, la encontraron muerta, y el médico ha dicho que se trataba de un ataque agudo al corazón, de que ya sabes que estaba amagada desde el último verano. Eso me ha dicho el criado que envió tu madre para que fuera á consolarla en su desgracia y á disponer la parte de iglesia en el entierro. No sabían que estabas aquí y te andan buscando por todos lados. Pero ¿qué tienes? ¡Luisa, habla, por las llagas de Cristo!

En efecto, mientras el rector se esforzaba en dar las explicaciones pedidas, *Lully*, con la mirada vidriosa, los dedos agarrotados y el cuerpo rígido, permanecía de pie, junto al anciano, sin dejar escapar un gemido y sin demostrar en lo más mínimo el efecto que las palabras del exclaustrado le causaban.

Al fin con voz que no admitía réplica ni contradicción, expuso su voluntad.

—¿Va usted á ir á casa de mamá, no es verdad? Pues vamos juntos. Quiero verla.

—¿Estás loca? ¡No faltaba más sino que por buscar un consuelo que no encontrarás, seguramente, pusieras en peligro la vida de la criatura que llevas en tus entrañas.

—No importa, suceda lo que suceda, aunque muramos en el mismo momento mi hijo y yo, quiero verla. Después haré todo lo que ustedes me digan.

Ante aquella resolución tan terminante, no hubo medio de oponerse, y á los pocos momentos, el coche de la Marquesa de Arjona conducía á la Condesa de Monsanto y al padre Benigno á la casa mortuoria, sin que durante todo el camino le fuera posible al fraile hacer despegar los labios á *Lully*, quien, arrebujada en su abrigo y hundida en el fondo del carruaje, sólo dejaba escapar alguna que otra exclamación que para D. Benigno no tenía sentido ninguno, ó se estremecía de vez en cuando con un temblor nervioso que parecía iba á terminar en un ataque de epilepsia.

Al llegar á la puerta de casa de su madre, bajó rápidamente del coche, sin cuidarse para nada de su acompañante, al que ayudó á descender el lacayo, y con la mayor velocidad que le fué posible echó á correr escaleras arriba hasta el piso principal.

Sin duda, para evitar el ruido de los campanillazos estaba entreabierta la puerta, y por ella se coló Luisa, sin fijarse en el grupo de hombres y mujeres que lloriqueaban en el recibimiento y que se levantaron al ver entrar á la Condesa. Un caballero salió al encuentro de ésta, diciéndole muy extrañado:

—Pero, mujer, ¿á qué has venido? ¿No sabes que lo primero que ha prohibido D. Fermin es que te agitaras, y que la tía ha mandado ya una porción de recados para que te quedes en tu casa?

—¿Dónde está? ¿Dónde la habéis puesto?—preguntó ansiosamente Luisa, sin hacer caso y sin fijarse en el pariente que le dirigía la palabra.

—En la sala; pero no entres, sobre todo sin ver antes á la tía y á tu marido que están en el comedor.

—Bueno, bueno, ya les veré enseguida—murmuró la muchacha, y siguiendo su idea dominante, encaminóse hacia la habitación indicada

¿Qué objeto ó qué intención la obligaba á obrar de aquella manera, prescindiendo de todo género de consideraciones? Ni ella misma lo hubiera podido decir, pues lo único que la preocupaba era el deseo, la necesidad de contemplar otra vez á Chucha, muerta y todo, para leer en su rostro, para adivinar en la expresión que conservara su fisonomía la verdad del terrible problema que atormentaba á su hermana.

Nuevos brazos y nuevas personas, entre las cuales creyó *Lully* reconocer á Pepe, quisieron detenerla á la puerta de la sala; pero esta vez, sin tomarse el trabajo de hablar, rechazó con fuerza el obstáculo que se le presentaba y penetró en la habitación donde reposaba el cuerpo de Jesusa.

Á medio arreglar aún el cuarto, que varios hombres habilitaban para capilla, y sin cubrir por completo las paredes con paños blancos, acabábase de trasladar á él el féretro, que descansaba sobre una mesa bastante alta; y unas cuantas religiosas de los asilos que Chucha protegía entreteníanse en encender las

velas de los candelabros que rodeaban el ataúd, dando vueltas á su alrededor.

Los ojos de *Lully* se dirigieron enseguida hacia el rostro de la muerta, que conservaba un color blanquísimo y una expresión plácida, serena, majestuosa. En las manos, que se cruzaban encima del blanco traje, había alguien colocado el Cristo que colgaba á la cabecera de la cama de la jorobadita, y así vestida, colocada en aquella caja tan larga, parecía más pequeña que de ordinario, y uno que no la conociera, la hubiera tomado por una niña al apreciar los contornos del cuerpo que se adivinaban debajo del montón de flores que rellenaba los huecos del féretro y que venía á desbordarse por encima del lecho mortuorio, exhalando su encantador aroma, que al mezclarse con el olor que despedían los cirios, perdía su agradable perfume, confundiéndose ambos en uno mismo, acre, penetrante, que poco á poco iba haciéndose más pesado é irresistible.

¡Nada! ¡Nada ya! ¡Y siempre continuaría la horrible duda suspendida sobre la cabeza de *Lully*, amargándole todas sus alegrías y atormentándola hasta el fin de su vida! No había fuerzas humanas que obligaran á aquella boca á pronunciar una palabra, una sola, que tranquilizara á Luisa, que le hiciese olvidar la expresión de misterio eterno y de serenidad que conservaba el rostro de la muerta.

Al pensar de tal manera, hizo un movimiento la mayor de las Arjonas, como si fuera á caerse, y los que contemplaban tan triste escena acudieron á sostenerla. Varias voces se elevaron para exclamar á un mismo tiempo:

—Llevársela, quitarla de ahí; si no debía haber en-

trado. Es una imprudencia dejarla emocionarse de esa manera.

Algunos quisieron obligarla á salir del cuarto, y entonces *Lully*, recuperando su energía, manifestó que no se iría sin antes besar la frente de su hermana, y, con efecto, adelantándose por entre los candelabros, hasta ponerse al lado del cadáver, permaneció unos minutos silenciosa, contemplando los tristes despojos, queriendo convencerse de que aún quedaba algo de Chucha que le pertenecía. Estaba muerta sólo desde hacía horas y ya parecía que habían transcurridos siglos desde la última vez que estuvieron juntas. Nada las separaba entonces y ahora toda aquella gente se interponía entre ambas para impedir que continuasen unidas.

Reuniendo todos sus ánimos, inclinóse poco á poco, dominando la angustia que le producía el olor aún muy tenue que se desprendía del cadáver, hasta tocar con sus labios la frente de Jesusa, y en lugar del tibio calor de otras veces y de la blandura de la carne, sólo encontró frialdad y dureza debajo de su boca. Todo se había acabado, ni aun así podían enlazarse las dos hermanas.

Al incorporarse, traspasada por la pena y con la sensación de que todo lo que la rodeaba comenzaba á moverse y á emprender fantástica danza, encontróse delante con una figura vestida de negro que se abalanzó hacia ella y que la abrazó estrechamente. La primera impresión de Luisa fué de asombro, después de extrañeza al observar que la persona aquella seguía en la misma postura, y al cabo de unos momentos, el ruido monótono de los sollozos, y el calor que el contacto de la cabeza extraña producía en su pe-

cho, hiciéronla fijarse en el sujeto que así se mezclaba en su vida, palpándole con las manos para convencerse de su realidad, al mismo tiempo que sus ojos descendían para fijarse en los mechones grises que le rozaban las mejillas.

La vista de aquella masa plateada, confusa y revuelta, acabó de volverla al sentimiento de la vida y con acción brusca separó á la persona que la tenía abrazada, con objeto de mirarle la cara. Un rostro bañado en lágrimas y unas facciones marchitas, en que el dolor había marcado de una manera indeleble sus feroces huellas, ofreciéronse á la contemplación de la muchacha, y á la vista de aquel semblante tan conocido, sintió *Lully* que de repente afluía á su corazón toda la sangre de sus venas, al mismo tiempo que sus pupilas se inundaban de llanto, y arrojándose en brazos de la desolada señora, murmuró en voz muy baja:

—¡Madre mía, madre de mi vida, ahora sí que nos hemos quedado solas en el mundo!

XXXI

Al día siguiente del entierro de Chucha, después de un sueño intranquilo conciliado en la madrugada é interrumpido por espantables pesadillas, despertó *Lully* sin darse cuenta al pronto de otra cosa que de un malestar grandísimo en todo el cuerpo y de unos dolores como si alguien despedazara su cintura con sañudo encarnizamiento.

Obra de un minuto fué el acordarse de todas las

desdichas de la tarde anterior y de volver á caer en el mismo estado de desesperación que sufriera en las horas pasadas.

Apretando su cara entre las almohadas para apagar sus gemidos, con el cabello en desorden y retorciéndose sobre las deshechas ropas de la cama, permaneció largo rato la pobre mujer gimiendo con desconsuelo y pena infinitos, sin encontrar en su cansado cerebro fuerzas bastantes para establecer responsabilidades ni refrescar memorias, y ocupada únicamente en desahogar el dolor que parecía iba á matarla.

¡Sola! ¡sola! ¡sin nadie en el mundo! Era la idea que la atormentaba y las palabras que repetía entre sus lágrimas, sintiendo el vacío insustituible que acababa de realizarse á su lado.

Un grito de sufrimiento vino á interrumpir el curso de sus ideas y le hizo incorporarse hasta casi ponerse de pie. Los dolores sordos que la molestaban habían cesado, pero otro violentísimo, aunque de corta duración, se manifestó en aquel momento desde la cintura hacia el vientre, que dió al traste con sus ideas, para no dejarla pensar más que en sí misma.

Con los ojos muy abiertos, el cuerpo encogido y rodeada de las sábanas y almohadas dispuestas en torno suyo, aguardó unos minutos, mirando el reloj y llevándose instintivamente la mano á un puñado de medallas que colgaban de su cuello.

¡No! ¡Se había equivocado, era muy pronto! ¡Por Dios, no! Cuando quisiera, pero dentro de unos días, que hubiera adquirido fuerzas, que se hubiera tranquilizado algo. ¿Qué más daba antes que después?

Rendida como estaba, le era necesario un descanso. ¡Buena tonta en fijarse en aquella cosa! Ya habían transcurrido cinco minutos y nada, no se repetía. Su egoísmo había inventado el dolor para no pensar en otras cosas, ni asumir la responsabilidad que le cabía. ¡Pobre Chuchal... Y al acordarse de su hermana sintió que las lágrimas brotaban de nuevo de sus ojos, é hizo *Lully* ademán de cambiar de postura para volver á echarse sobre la cama.

Una queja sorda, como de una bestia herida, se escapó de sus labios, y apretándose las rodillas con los brazos, permaneció así hasta encontrar alivio, tan emocionada y confusa que sus miembros temblaban y sus extremidades parecía que no le pertenecían por la insensibilidad que el frío les prestaba.

Sí, acaso se había equivocado y su cuenta estaría mal. Acaso sería un anticipo motivado por los disgustos del día anterior. ¡Y ella, mala hembra, no se había acordado entonces de hacer callar á su corazón, de no agitarse, de no poner en peligro al hijo que llevaba en sus entrañas, de destruir en su cuerpo y en su alma todo la que no fuera su cuidado de madre! Pero no; aquello sería una falsa alarma, propia de los meses mayores; ahora se acordaba que en los libros que poseía estaba relatado circunstanciadamente el caso, y de que existía uno en que los síntomas llegaron hasta engañar á los médicos. ¡Qué simpleza no haberlo sabido antes! Pues para refrescar la memoria iba á releerlo enseguida; y saltando de la cama, metió los brazos en una bata amplísima, después de llamar al timbre.

Cuando la doncella acudió á preguntar qué quería la señora, encontróse á ésta desplomada sobre una

butaca, con el rostro como la cera, que la miraba con ojos de loca.

—¡Esto se ha acabado, esto es hecho!—Eran las únicas palabras que en voz baja y hablándose á sí misma repetía *Lully*, y á las solícitas preguntas de la criada sobre el motivo de su agitación y sobre la salud de la señora Condesa no contestó más que con una sola orden, terminante, absoluta:

—¡Que Ramón coja escapado un coche y que se traiga en él á D. Fermín, esté como esté!

Otra vez sola, corrió delante del enorme espejo que ocupaba uno de los huecos de la habitación, y separando con mano brusca tules y cortinas, contemplóse delante del cristal.

Su cara le dió miedo y sin ocuparse para nada de su atavío, cruzando el amplio crespón por delante del pecho y echándose sobre los hombros el primer abrigo que encontró, sentóse delante del oratorio en que acostumbraba á rezar por las noches, y sin cesar de mover los labios, murmurando oraciones, buscó impacientemente, hasta dar con él, un enredijo de escapularios y medallones con reliquias que, después de besar uno á uno, fué colgándose del cuello.

Terminado esto, permaneció algunos segundos delante de la imagen, sin mover los labios, como si le dirigiera mental invocación, mucho más poderosa que todas las escritas, hasta que los dolores se hicieron sentir de nuevo con mayor intensidad que antes.

—¡Virgen mía, no lo siento! ¡Si estará muerto!—exclamó *Lully* al notar que lo que á ella le parecieran movimientos de la criatura habían cesado. En tan horrorosa duda permaneció sin darse cuenta del transcurso del tiempo, sin experimentar como antes la violencia del sufrimiento, antes bien deseando que se presentara éste de nuevo, para ver si lograba apreciar la vida en sus entrañas, hasta que al cabo, primero la sospecha y después la certidumbre, hicieron dibujar inefable sonrisa en su descolorido semblante.

¡Sí, allí estaba, allí se movía, allí trabajaba por salir á la luz del mundo! ¡Pobre hijo suyo, no sabía cuántos sinsabores y cuantos malos ratos le esperaban! Es decir, no, para eso viviría ella, para evitarlos. ¡Adelante, no temiera que su madre se amilanase ante las fatigas que era necesario pasar! ¡No faltaba más! ¿Antes dijo que no conservaba fuerzas? Pues había sido una broma, y si no ya lo verían D. Fermín, y su madre, y Pepe, y Chucha, ¡no Chucha, no, la pobre no lo vería ya! ¿Y por qué no había de verlo? ¿No estaría ya en el cielo y desde allí no podría abarcar con la mirada cuanto pasara en este miserable mundo? ¿Y D. Fermín? ¿Por qué tardaba tanto? Media hora hacía que habían ido á buscarle y sin llegar aún. ¿Pero aquel hombre quería dejarla morir así, sin acudir á su remedio? Si la cosa venía bien, podía suceder que antes de la llegada del médico se encontrara *Lully* con su hijo en los brazos. ¿Y qué haría ella sola? ¡Qué miedo tan horrible!

El terror de verse sin nadie apoderóse de Luisa, que se colgó del timbre hasta que apareció de nuevo la doncella, y pronto se hizo público en la casa que la señora Condesa estaba mala; un segundo emisario fué despachado en busca de D. Fermín, al mismo tiempo que el teléfono y los criados se ponían en movimiento, y en las caballerizas se enganchaba apresurada-

mente un coche para ir á buscar á la Marquesa de Arjona

Despertado Cabrera por el movimiento y sabedor de la nueva, arrugó el entrecejo ante la multiplicación de escenas desagradables que venía padeciendo su sensibilidad, y corrió al lado de su mujer, quien apenas respondió más que con monosílabos á las preguntas de su marido, acabando por rogarle que se ocupara de unos cuantos detalles importantes, pues la cosa no era tan apresurada, y con su doncella y D.ª Teresa, que acababa de llegar, tenía muy bastante, manifestaciones en vista de las cuales, y después de cumplimentar los encargos de *Lully*, regresó Pepe á su cuarto con objeto de emprender su *toilette* y armarse de paciencia y de valor para presenciar los sucesos que se avecinaban.

La llegada de D. Fermín fué acogida por la Monsanto con un grito de alegría, y ante la tranquilidad que de repente se apoderó de ella al verse asistida por el médico, que tan bien la conocía, casi no tuvo ánimo para quejarse suavemente de la tardanza del galeno.

—¡Caramba con la niña! ¿Es que usted se cree que estas son cosas de abrir y cerrar los ojos? ¡Pues no faltaba más! Ahora veremos si esto va para largo ó para corto.

Hasta la respiración contuvo *Lully* mientras don Fermín practicaba sus reconocimientos, atenta sólo á seguir apreciando lo que dentro de su cuerpo pasaba y sin notar siquiera la llegada de su madre, pendiente como estaba de las palabras del médico.

—Sí, es parto y parece que se presenta bien; pero va para largo y tenemos tiempo de jugar una partida

de tresillo mientras tanto. No apurarse, hermosa, que así nacimos todos, y aunque yo salí muy feo y no he mejorado después, usted sigue siendo un manojito de rosas. Y si no que la vieran á usted ahora, que es el momento en que las mujeres tienen más expresión en la cara. ¿Verdad, señora?—exclamó dirigiéndose á la Marquesa, quien, envuelta en su manto negro, el rostro envejecido como si en un día hubieran pasado años por su figura y los ojos encarnados de tanto llorar, se apoyaba en los pies de la cama, sin tener fuerzas siquiera para hablar á su hija.

Al sentirse interpelada por D. Fermín, corrió á abrazar á *Lully*, sollozando convulsivamente y diciendo sin fijarse en sus palabras:

—¡Por Dios, hija mía, mucho valor, mira que este niño ha de ser todo para nosotras!

—¡Señora! ¿Le parece á usted esa buena manera de ayudar á parir? ¡Malhaya Judas! ¿Á que la echo á usted del cuarto y me quedo solo con Luisita, hasta que venga el crío? No apurarse, niña, que ya quisieran todas tener esas anchuras y esa naturaleza que tenemos. ¡Pues no faltaba más! ¡Con tal que no vengan dos, podemos contentarnos!

Y observando que sus bromas hacían sonreir á la enferma, continuó el médico enjaretando las mayores atrocidades, con toda suerte de advertencias en que se veía bien claro el cariño que profesaba á su cliente, mientras la matrona y las doncellas, dirigidas por la Marquesa de Arjona, á quien los gritos de D. Fermín volvieron á su acostumbrada actividad, arreglaban el cuarto y traían las cosas que el doctor pedía para estar preparado, desde luego, á cualquier sorpresa.

No era, sin embargo, ésta muy de esperar, pues al

poco rato de verse *Lully* rodeada de su familia, el doméstico encargado del teléfono participaba á los que querían saber nuevas de la Condesa que los dolores de ésta habían cesado desde las dos de la tarde y no habían vuelto á aparecer, pero que D. Fermín decía que era preciso dejar á la naturaleza seguir su curso.

Á las cinco, sin embargo, se manifestaron nuevamente, aunque de una manera irregular y poco frecuente, y al llegar la noche, la Marquesa de Arjona despidió á la de Montalto y á otras contadas personas presentes que se ofrecieron para quedarse, asegurándoles que eran muy bastantes, y que como por lo visto la cosa resultaba difícil, había tiempo de sobra hasta el día siguiente para ver qué partido convenía tomar, sin dejarse llevar por los apasionamientos de Cabrera, que quería echar todo por la ventana y llamar á consulta á las mayores celebridades de la corte, porque desconfiaba de D. Fermín.

Aquellas emociones eran demasiado fuertes y demasiado continuas para no quebrantar la fortaleza de la pobre señora, no obstante su costumbre de apurar desgracias en el mundo; así que cuando llegaba hasta ella, estando fuera de la alcoba, el eco de alguno de los chillidos de Luisa, continuados, desgarradores, como de alguien cuya carne destrozaran lentamente, apoyaba la frente entre sus manos y soltaba el raudal de sus lágrimas, si bien, aleccionada por las advertencias de D. Fermín, esforzábase en secarlas y sonreir al encontrarse en presencia de su hija.

Si la buena Marquesa hubiera podido apreciar lo que pasaba en el interior de *Lully*, no se habría tomado ningún trabajo en fingir serenidad para influir en el ánimo de su hija, por la sencilla razón de que los

pensamientos de ésta se encontraban muy lejos de la tierra, buscando otros consuelos mucho más sublimes.

En toda la tremenda noche que siguió á aquel día tan triste vivió *Lully* con el espíritu tanto como pudiera vivir en varios años, y puesta por primera vez en contacto verdadero con su conciencia, sin las distracciones y convencionalismos de otras veces, merced á los sufrimientos extremos y á la exactitud con que en las horas de supremo peligro se miran y consideran nuestros actos, elevóse hasta la altura necesaria para juzgar su conducta de una manera severa é imparcial.

¡Qué loca estaba cuando, sintiéndose joven y sin tener que preocuparse para nada de la posibilidad de acabar la existencia, arreglaba las cosas á su antojo, como si el mundo hubiera sido creado para su satisfacción personal! ¡En aquel momento sí que veía de cerca lo que es la vida, cómo se entra en el mundo y la insignificancia de los sucesos de aquélla, comparados con la majestuosa eternidad de la muerte! ¿Quién era ella más que un átomo, una parte inapreciable de la sociedad? ¿Qué valían todos los esfuerzos de su voluntad, ni todas las fantasías de su imaginación ante el fatal transcurso de los acontecimientos, que no estaba en su poder el evitar ni el prevenir? ¿Dónde estaban los amigos, los infinitos admiradores que llenaban su casa y corrían á saludarla donde quiera que la viesen?

Las desdichas ahuyentaban á las gentes, y si no allí tenía la prueba. ¿Quién estaba á su alrededor? Su pobre madre, que, rendida por la fatiga y por la pena, dormía en una butaca; la mujer pagada para asistir á *Lully*, que removía unos frascos junto á la

luz, pensando tal vez en lo que le valdría aquel servicio extraordinario en una casa tan rica, y allí, en el cuarto de al lado, donde ella había soñado y disparatado tanto, el médico con Cabrera y otra persona que jugaban á las cartas, hasta el instante en que se hicieran precisos sus servicios.

Aquélla, aquélla era la realidad y no las fantasmagorías que hasta allí había forjado su caletre. Cuando el dolor y las enfermedades vienen es cuando se aprecia mejor el aislamiento del individuo y éste tiene ocasión de probar hasta dónde llega su poder y su fortaleza.

¡Qué pequeña era la de *Lully*, por lo que á ella tocaba! ¡Qué grande por lo que hacía referencia á su hijo! ¡Pobre hijo de su alma! ¡Cuanto más la hacía sufrir, parecía que aumentaba su adoración por él!

Todo, incluso su vida, por salvar la de su hijo: ya se lo había manifestado aquella madrugada á D. Fermín, y cuando éste, hacia las diez de la mañana siguiente, con forzadas bromas, á través de las cuales se adivinaba su inquietud, y usando de toda su habilidad, le manifestó que, queriendo tanto su madre como Pepe que acabaran sus dolores, deseaban saber si consentiría en una pequeña operación, cosa de nada, cinco minututos, que bastarían para dejarla descansada y tranquila, la primera pregunta que se escapó de sus labios, fué la de: ¿Peligrará la vida del niño? Y cuando el médico le aseguró que no sólo no peligraba, sino que el propuesto sería el mejor medio de salvarlo, consintió valerosamente en todo lo que le pedían, con tal de que la dejaran confesarse antes, deseo á que les fué tanto más fácil acceder, cuanto que, según afirmó la Marquesa de Arjona, *daba la casualidad* de que el padre Benigno había venido en aquel momento, con objeto de enterarse de la salud de su Luisita.

Sin perder un punto su serenidad, cumplió *Lully* con los deberes de católica, y asistió después á los preparativos de la operación, saludando muy afectuosamente á la eminencia médica que, por deseo expreso de D. Fermín, había de practicar aquélla, recomendándole que pusiera todo su cuidado en salvar á la criatura, aunque ella corriese peligro. Alardeando de buen humor, que contrastaba lúgubremente con la seriedad de las circunstancias, distinguió cada instrumento por su nombre, y ante la pregunta de si preferiría hacer uso del cloroformo, contestó que aún no sabía nadie de lo que era capaz una mujer de sus condiciones.

Ya se disponía á entregarse en manos del afamado doctor, después de santiguarse y besar por largo rato á su madre, cuando sus ideas se embarullaron y su presencia de espíritu desapareció por completo á impulsos de violentísimo sufrimiento que la acometió de repente y que parecía iba á destruir cuanto de resistente y vivo conservaba en su cuerpo.

Desde entonces ya no pudo darse bien cuenta de lo que sucedía, ni de los actos que ejecutaban las personas que la asistían, pues el exceso del dolor le hizo perder casi los sentidos. Ya no había que pensar en nada, sino en luchar, en resistir á la muerte, en vencer al enemigo, en emplear sus últimas fuerzas para salir triunfante de la temerosa prueba.

Como en sueños, se sintió cogida por ambas manos, al mismo tiempo que alguien la sujetaba por la cintura; oyó voces á su alrededor, movimiento de

gente que iba y venía, puertas que se abrían y cerraban precipitadamente; pero el desgarramiento de su carne no le permitía coordinar aquellas impresiones, ni darse bien cuenta de ellas, obligándola á exhalar su agonía en gritos que nada tenían de humano, y que se escapaban por entre sus apretados dientes, no obstante el pañuelo hecho jirones que mordía y que llenaba casi su boca.

En aquella lucha horrible entre la vida y la muerte, en aquellos esfuerzos sobrehumanos de la naturaleza para seguir su curso natural, llegó un momento tan supremo, que á tiempo que *Lully* reunía las últimas fuerzas que le quedaban para cumplir su misión de mujer creadora y propagadora de la especie humana, su cabeza se inclinó hacia atrás, y ante la violencia del dolor se cerraron sus ojos, como si huyera de la región de los vivos, para penetrar en la insondable morada de los inmortales.

Al cabo de un espacio de tiempo, volvió á abrirlos con expresión de asombro, y al sentirse dolorida, medio muerta, pero libre de aquel insoportable padecimiento que le hiciera creer en la proximidad de su fin, irguióse, prestando oído á los murmullos que hasta ella llegaban, y sin estrechar los brazos que le tendían, ni parecer resucitada más que para un solo fin, gritó con voz ronca, gutural, imposible de oir, que erizó el cabello de los que la escuchaban, dirigiéndose al médico y á la mujer que se ocupaban en fajarle el cuerpo:

—¿Y mi hijo? ¡Mi hijo! ¡Traédmelo! - exclamó.

Sintióse abrazada por su madre: que se inclinó sobre su rostro, dejando allí la huella ardiente de sus lágrimas, sin pronunciar palabra, á la vez que don Fermín contestaba:

—Aguarde usted, no se ocupe usted ahora mas que de su persona.

—¡Quiero verle, quiero verle!—interrumpióle *Lully* con salvaje rudeza; y al empinarse sobre sus almohadas para vislumbrar el espacio por encima de los hombros de las personas que se agrupaban en torno suyo, tuvo la visión, que duró un segundo, de una masa blancuzca, informe, en que se destacaba algo oscuro que parecían cabellos descansando inerte sobre un montón de encajes manchados de sangre que casi la cubrían por completo, sin que nadie se ocupara de él, ni atendiera á cubrir su fría carne.

La noción de la realidad apareció terrible y sin atenuaciones ante la pobre madre, que sintió acudir toda la vida de su cuerpo al cerebro, mientras sus brazos caían sobre la cama, y á su lado murmuraba entre sollozos una voz:

—Valor, hija de mi alma; acuérdate de lo que ha sufrido tu madre en este mundo.

—*Lully* mía, no te apures, que los dos somos jóvenes, y con tal de que vivamos, ya verás qué pronto nos llenamos de chiquillos—suspiró muy cerca de ella otra persona.

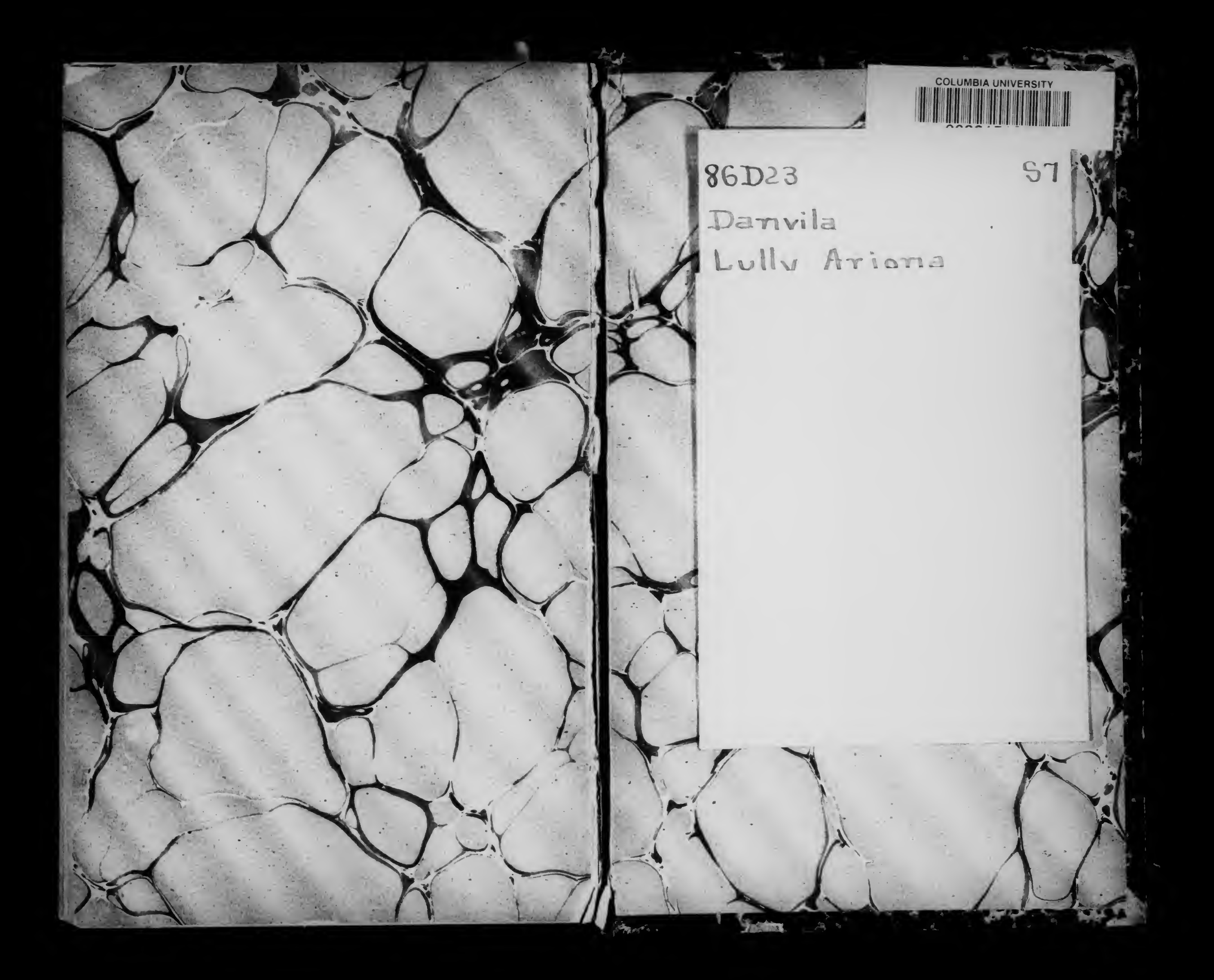
—Ésta es la vida, con sus tristezas—exclamó una tercera más lejos.—Dichosos ustedes que pueden volver á comenzarla de nuevo.

—¡Empezar de nuevo!—pensó con desesperación *Lully* á través de su tremenda pena; y una nube negra, impenetrable, infinita, se extendió delante de sus ojos, envolviéndola en su inmensidad y haciéndole perder la noción de todo lo que la rodeaba.

FIN

ERRATAS

Pliego.	Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
1	9	22	*pase*	*pose*
4	49	1	perla	perlas
4	55	15	1856	1656
5	71	30	*pocker*	*poker*
5	73	20	que	quien
5	75	28	el día después de la boda	el día de la boda
10	155	2	te se	se te
10	159	13	finísimas	feísimas
11	173	6	le	lo
11	175	12	né	fué
15	239	10	extrañaré	extrañará
18	285	12	Ohned	Ohnet
19	291	11	un	su


COLUMBIA UNIVERSITY
86D23
S7
Danvila
Lully Ariona